



*La mansión
de
Wood
Pine*

Audrey Dry

LA MANSIÓN DE WOOD PINE

IRIS MILLER #2

AUDREY DRY

La mansión de Wood Pine © 2018 Audrey Dry

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley: la copia, reproducción, adaptación, modificación, distribución, realizar obra derivada, comercialización, comunicación pública y/o cualquier otra acción que comporte infracción de la normativa vigente española y/o internacional en materia de propiedad intelectual y/o industrial de la obra.

NOTA DE LA AUTORA

Antes de empezar con la segunda parte, me gustaría avisaros de que después de *Bienvenido a Wood Pine* y antes de *La mansión de Wood Pine*, hay un relato muy importante llamado ***Historias de Wood Pine: El chico***, que trata sobre uno de los personajes de la serie. Así que os aconsejo que antes de empezar lo leáis. No os preocupéis, no tenéis que comprar nada. Podéis leerlo de forma gratuita en mi web, concretamente en este enlace: <https://audreydryauthor.com/2018/02/19/historias-de-wood-pine-el-chico-iris-miller-15/>.

Y eso es todo. Espero que lo disfrutéis tanto como yo.

LA MANSIÓN DE WOOD PINE

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Haz cada día una cosa que te dé miedo

Eleanor Roosevelt

PRÓLOGO

1936

Charles II Woodman recordó por última vez los momentos que guardaba en lo más profundo de su corazón. Todos esos momentos que acudían a su mente eran una tortura, pero pronto los olvidaría.

Bebió el último sorbo de vino que quedaba en el vaso. Era el último sorbo del vaso y también el último sorbo de su vida. Ya no lo volvería a probar. Sabía que allí a donde fuera no existirían las delicias que había en la tierra, pero existirían su mujer y su hijo. Deseaba estar con ellos y no quería esperar a que le llegara el momento. Quería hacerlo ya, aunque ese “ya” quizá fuera el momento que estaba destinado para él.

Dejó la copa encima de la pequeña mesa que estaba al lado de la mecedora y se acercó hasta la silla que estaba en el centro de la habitación. Miró alrededor una vez más, antes de verlo todo desde un nivel más elevado. La habitación estaba igual que la última vez, aunque más sucia. Lamentaba no haberla cuidado lo suficiente, pero no tenía fuerzas para mantenerla limpia. Cada vez que entraba allí una oleada de recuerdos inundaba su mente y no se sentía lo suficientemente fuerte como para dar un paso y entrar. Pero esta vez sí lo hizo. Se armó de valor y cruzó el umbral de la puerta. No sabía si era fuerza de voluntad o el alcohol que le llenaba el estómago, pero lo hizo. Había estado sentado en la mecedora durante horas. No recordaba cuántas, pero sabía que habían sido las suficientes como para ver el sol ocultarse y volver salir. No recordaba haber dormido, pero sí recordaba haber echado una última vista a su corta vida.

Había recordado a su madre. Sabía que ella lo echaría de menos, al igual que él a ella a pesar de que él ya no estuviera. Su madre había

intentado hacerle comprender que lo que había ocurrido tenía que ocurrir. Que no podía hacer nada para cambiarlo, pero él decidió no escucharla y encerrarse en sus ideas. Lo intentó todo a pesar de las advertencias de su madre. Había intentado traer a su familia de nuevo junto a él, aunque solo fueran sus almas, quería volver a verlos. Nunca había creído en esas cosas, pero quería besar a su hijo de nuevo como hacía cuando lo acostaba en la cuna, y quería acariciar a su mujer nuevamente como hacía cada vez que deseaba. Pero nada sirvió para traerlos de vuelta. Ningún hechizo y ningún tipo de brujería. Era cierto que pasaban cosas extrañas en la mansión desde entonces, pero sabía que los sonidos y golpes que se escuchaban por las noches no procedían de su mujer y muchos menos de su hijo. Él había despertado algo en esa horrible casa.

Miró hacia la ventana y vio como el sol ascendía hacia el cenit. Deseaba poder ir a la playa a jugar con sus hermanas igual que cuando era pequeño, pero sabía que esos tiempos habían pasado. Sus hermanas habían crecido al igual que sus sobrinas, fuertes y llenas de vida. Envidiaba eso. Se preguntaba constantemente por qué le había ocurrido a él la desgracia en vez de a otra persona. Se lo preguntaba día tras día hasta que comprendió que no tenía que cuestionarse nada más y que tenía que ir con su mujer. Había escondido todos los libros de brujerías y hechizos en el desván, y había decidido dar el paso final.

Puso un pie encima de la silla y luego el otro. Observó cada parte de la habitación. Desde arriba tenía un aspecto diferente, más lamentable. No había movido absolutamente nada de sitio desde que su hijo murió. No quería hacerlo, ya que pensaba que sería cambiar algo de su memoria. Los cuadros, las estanterías con los juguetes, la mecedora, las cortinas, la cuna... Todo estaba exactamente igual que hacía un año y deseaba que

siguiera siempre de esa manera. Quería que cuando lo encontraran pudieran ver que se había marchado en el mismo lugar que su mujer y su hijo.

Alzó la vista al techo y observó la cuerda, deseando que por favor no cediera al peso. Luego miró el nudo del otro extremo. Su padre le había enseñado a hacer todo tipo de nudos y ahora él lo iba a usar para matar aquello que su padre había creado. Era de lo que realmente se lamentaba. Sabía que su madre lo comprendería, pero para su padre, en cambio, sería una decepción.

—Lo siento mucho —les dijo a ambos a pesar de que sabía que no le podían escuchar.

Tomó aire y dejó que sus ojos viajaran hacia una flauta que su mujer le había regalado a él en uno de sus aniversarios. No la había vuelto a tocar desde que ella murió. Siempre hacía sonar alguna melodía cada día, ya que el dulce sonido era una de las cosas que hacía que su mujer sonriera. Pero ahora que ella no estaba el sonido no iría a ninguna parte. Se perdería en el aire hasta no quedar nada, y nadie en toda la mansión apreciaría algo tan bello como lo hacía su dulce esposa.

Observó una de las fotos de la estantería. Era de él junto a su mujer el día de su boda. Era la novia más bonita que había existido y para él lo seguiría siendo eternamente. Se maldijo por haberla perdido y por no haberse dado cuenta de que estaba tan desolada como para saltar. Había discutido con ella cientos de veces y había intentado convencerla de que todo iría bien y de que lo superarían a pesar de que él era consciente de que no. Pero su mujer había perdido la fe y un día, al ir a buscarla a aquella habitación, la vio saltar desde la ventana. No podía borrar esa imagen de su mente y deseaba hacerlo cada segundo. Vio como ella se giraba hacia él una última vez y extendía los brazos como las alas de los

pájaros. Sus ojos fijos en los de él con una súplica para que la perdonara, las mejillas llenas de lágrimas y la mirada de desesperación. No apartó la mirada cuando ella se dejó caer por la ventana ni se tapó los oídos cuando escuchó el golpe. Era un sonido que aún no había dejado de escuchar.

—¿Por qué no me esperaste, Marie? Podríamos haber saltado juntos.

Y era verdad. Habría saltado. No estaba enfadado con ella porque saltara, sino porque no le había esperado. Quería haberle puesto fin a aquel dolor junto a ella en vez de solo. Pero ahora no tenía tiempo de lamentarse. Ahora podría estar junto a ella para siempre.

Respiró profundamente y se colocó la cuerda alrededor del cuello. Pidió a Dios que por favor no fuera su madre ni su padre quien lo encontrara y que pudiera ver a su dulce mujer junto a su hijo una vez más antes de que su corazón dejara de latir. Volvió a mirar por la ventana y sintió como el sol le calentaba la piel. Por lo menos sentiría algo agradable antes de marcharse. Echó un último vistazo a la habitación de su difunto hijo y se dejó caer, tirando la silla al suelo. Sintió como la cuerda se le clavaba en la piel y se le hundía en la carne, aumentando la presión en su cabeza. Sintió el dolor cada vez más fuerte y como poco a poco le quedaba menos aire en los pulmones. Escuchaba como su corazón latía y antes de dejar de hacerlo vio a su mujer junto a la ventana. Estaba preciosa, como siempre había estado. A pesar de que sus ojos transmitían una llama de alivio y de tristeza, y de que sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas, para él seguía igual de maravillosa.

—¡Ayúdame, Charles! Se lo han llevado.

Y entonces, durante el último latido de su corazón, se percató de que su hijo no estaba con ella.

CAPÍTULO UNO

Aquel demonio sin nombre me miraba fijamente, a pesar de que no tenía ojos. El pútrido olor escapaba de las aberturas de su piel, además de un sofocante calor. La brasa que se abría paso a través de sus fisuras emanaba un color rojizo y encendido, que hacía contraste con el tono oscuro del resto de su cuerpo. El bosque que nos rodeaba estaba prácticamente destrozado: los árboles caídos aquí y allá, las raíces asomando al exterior, los trozos de ramas y corteza de árbol cubrían el suelo donde me encontraba. Absolutamente todo había perdido el cariz que antes poseía. Había pasado de ser un bosque lleno de vida a ser un bosque exánime. Incluso los árboles que habían conseguido mantenerse en pie estaban desnudos de hojas. Y entremedio de todo aquel caos, la sombra avanzaba hacia mí, con uno de sus brazos extendidos para intentar alcanzarme. No di ni un solo paso atrás. El único movimiento que llevé a cabo fue elevar el brazo cuando tuve al demonio junto a mí, colocarle mi mano sobre su cabeza, evitando el desagradable tacto con su piel, y dejar fluir una energía que creía no poseer. El demonio se deshizo de mi mano y se retorció emitiendo un profundo grito. Su boca se abrió desencajando la mandíbula, como si de una serpiente se tratase. Su piel comenzó a carbonizarse, quemándose por dentro. Sus grietas se expandieron dejando que la brasa y el calor fueran expulsadas. Comenzó a consumirse poco a poco, a plegarse sobre sí, mientras unas luces blancas escapaban de su interior. Sentí como una fuerza extraña intentaba absorberme, empujándome hacia donde aquella cosa se encontraba, hasta que finalmente el cuerpo explotó. Una ola de calor me envolvió quemándome la piel. Sin embargo, no caí hacia atrás, me mantuve en pie hasta que mis rodillas flojearon y luego lo hizo el resto de

mi cuerpo. Me golpeé la mejilla contra el suelo calcinado mientras una lluvia de ceniza se dejaba caer desde el cielo. Todo se tornó oscuro.

Todo se detuvo.

—¡Iris! Despierta. Tranquila, Iris, abre los ojos.

Hice lo que mi madre me ordenaba. La vi sentada junto a mi cama, sosteniéndome una mano entre las suyas. Movía los labios diciéndome cosas que yo no llegaba a entender. Sentía los oídos entumecidos. El sudor me resbalaba por la frente y tenía las sábanas enrolladas en las piernas. La lengua parecía lija en el interior de mi boca.

—Tranquila —la alcancé a oír—, solo ha sido un sueño. Todo está bien, pequeña.

Tomé aire sintiendo una punzada en el costado.

—Agua —rogué.

—Toma.

Me ofreció el vaso que estaba en la mesilla de noche. Por lo visto había sido lo suficiente audaz como para traer uno de antemano. Claro que tampoco había sido la primera vez que me despertaba en mitad de una pesadilla. Me habían acompañado desde el día del incidente, y de eso hacía ya más de nueve meses. Aquel demonio había decidido bajar del cielo por alguna extraña razón y yo me había armado de un valor que carecía, para pelear con él y detenerle. Y lo hice. Sin embargo, algo había ocurrido, algo que no podía explicar, que me torturaba prácticamente por las noches. Apenas pegaba ojo y, en consecuencia, mi madre tampoco. Hacía tiempo que había comenzado a sentirme mal por ella.

Bebí el agua que me ofrecía, y luego dejó el vaso sobre la mesilla sin soltarme la mano que me cogía.

—Iris... —me alentó con voz preocupada—, mi niña, estoy muy preocupada por ti. No puedes seguir despertándote en mitad de la noche

o por la mañana de la forma en que lo haces.

Apoyé la cabeza sobre la almohada, sintiendo la humedad de esta. Las palabras de mi madre se volvían repetidas, pero no carecían de sentimientos ni de preocupación. La comprendía, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

—Lo sé —le dije, intentando calmarla a sabiendas de que nada funcionaría.

—Deberías de buscar ayuda, Iris. No puedes seguir así. Apenas descansas, y apenas comes. Ya no sé cuál de las dos cosas es peor.

—Se me pasará —sentencié, sentándome en la cama y dejando que mi espalda se apoyara sobre el cabecero de esta.

—No, Iris —me regañó—, llevas diciendo eso desde hace meses.

—Lleva su tiempo —me excusé con un simple encogimiento de hombros mientras sentía como un par de gotas de sudor resbalaban por mi piel.

—No digas tonterías. Sabes que me estoy cansando de todo esto, ¿verdad?

Guardé silencio sin saber qué más decir. Tampoco creía que algo pudiera funcionar.

—Déjanos ayudarte —me pidió, con una dulce mirada en los ojos, prácticamente implorando.

Me solté de su mano para poder recogerme la cola nuevamente. Al tocar el pelo de la nuca mi mano se empapó de sudor. Reprimí un gesto de desagrado y me centré en agarrar todo el cabello y envolverlo con la gomilla. Mientras tanto, mi madre me observaba a sabiendas de que intentaba evitar la conversación. Deseaba que se marchara.

—¿Qué me dices de... tu amiga? —me preguntó, entre medio de una suave tos, probablemente con el propósito de disimular la vergüenza que

sentía al tomar la decisión de cuestionar tal cosa.

La miré sorprendida. En lo que llevaba de vida nunca la había escuchado admitir que La Mujer de Blanco existía, y muchos menos la había oído decir que aquella alma errante era mi amiga.

—¿Lo dices en serio?

—Iris, que no lo diga en voz alta no significa que no vea las cosas que ocurren alrededor. He visto cómo has sanado.

Me encogí de hombros. La Mujer de Blanco era todo un enigma para mí. Incluso después de los últimos acontecimientos seguía siendo un misterio sin resolver. Siempre había sido una hermana, madre en ocasiones, tutora en otras. Me había acompañado desde que con ocho años caí a la piscina y morí. Al abrir mis ojos allí estaba ella, vestida de blanco y con una radiante sonrisa. Me costó acostumbrarme a su presencia, a perder el miedo que me embargaba cuando ella se hacía notar. Me llevó meses, hasta que finalmente comprendí que me gustaba estar a su lado. Era un apoyo continuo y una ayuda infinita. Sin embargo, el año anterior algo cambió. Aparecía con menos frecuencia y el halo de suspense que siempre la envolvía comenzaba resquebrajarse. Había pasado de preguntarle cosas corrientes a cuestionarme su cordura. La ayuda que siempre me había brindado se había convertido en evasión. Cuando yo preguntaba por aquella sombra que perseguía almas perdidas, ella respondía que no podía decir nada. Hasta ahí, aunque no lo pareciera, la comprendía. Pero el vaso rebosó cuando supe que había provocado un accidente de tráfico en el que un adolescente perdió la vida. Fue entonces cuando perdí casi toda la confianza. Para mí ella salvaba, no mataba.

De cualquier modo, La Mujer de Blanco había desaparecido desde el día del incidente. La última vez que la vi fue en mitad del bosque, y no

ocurrió como siempre. Si bien antes aparecía sana y resplandeciente, casi con un halo blanco alrededor, aquella vez no se materializó por completo. Parecía que algo había roto parte de su interior. Solo estuvo un par de cortos segundos, apoyada en un árbol mientras me miraba, después desapareció sin dejar rastro. Y aún no había vuelto a aparecer.

—Mi amiga se ha ido de vacaciones —le dije, finalmente, a riesgo de sonar como una burla.

Frunció el ceño y negó sin comprender.

—Es una larga historia —sentenció, intentado dar la conversación por finalizada.

—Creía que siempre estaba contigo. ¿Habéis discutido?

—No exactamente. Digamos que llevo mucho tiempo sin verla.

Frunció los labios, pensativa. Supe que estaba barajando la posibilidad de hablar, de lanzarse al vacío y averiguar si su ausencia había empezado el día en que aquella sombra apareció en el cielo.

—Me voy a arriesgar a preguntar si fue desde aquel fatídico día —se aventuró a decir.

Suspiré me pasé las manos por el rostro y me levanté de la cama.

—No tiene nada que ver —evadí la pregunta—. Me gustaría ducharme y desayunar algo.

—¿Qué pasó aquel día en el bosque, Iris?

Me había hecho aquella pregunta en diversas ocasiones. Al principio, cuando me encontré con mis padres en el centro sanitario decidieron ser prudentes y no decir nada al respecto. Me observaron con expresión preocupada, pero en el fondo sabía que estaban deseando salir de allí. Eran conscientes de que aquella sangre seca que llevaba adherida a mis ropas podía ser mía o no, sin embargo, evitaron todo tipo de cuestiones. Yo no tenía ni un solo rasguño, ningún hueso roto y ninguna marca que

delatara que algo me había ocurrido, ni siquiera el supuesto golpe en la nuca que yo había declarado recibir, evidentemente. Todo estaba en su lugar, sano y salvo. Excepto por mis ropas, las cuales estaban listas para tirar a la basura. En cambio, el mutismo que había acompañado a mis padres durante toda la evaluación que me hicieron se disipó un par de semanas después. Las preguntas comenzaron a fluir a la hora del almuerzo o de la cena hasta tal punto que la atmósfera se tornó tan espesa que opté por dejar las horas correr y comer sola. Eso detuvo un poco el tren de las cuestiones. Aun así, de vez en cuando, incluso después de que mi padre se marchara tres meses atrás, alguna que otra pregunta salía disparada de los labios de algunos de mis predecesores. Unas veces eran más sutiles, otras más directas, pero preguntas incómodas al fin y al cabo. Como por ejemplo la última: directa y sin rodeos. Una pregunta lanzada hábilmente después de despertar de un sueño infernal. A veces me preguntaba si mi madre intentaba pillarme con la guardia baja.

—No sé qué fue lo que ocurrió, ya lo he dicho muchas veces —me excusé, maldiciendo mis constantes pesadillas, las cuales habían provocado cierta inquietud a mi madre y, en consecuencia, había ocasionado que me avasallara nuevamente con cuestiones que no podía ni debía responder.

—De acuerdo. Entonces, cuéntame las pesadillas que tienes —sentenció, más como una obligación que como un ofrecimiento materno.

—No las recuerdo.

—Iris... —me advirtió.

—Lo digo en serio.

—Mentir no te ayudará.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, exhausta y deseando que me dejara cierta intimidad. Agradecía constantemente que corriera a ayudarme

cuando me escuchaba gritar en mitad del sueño, pero cuando abría los ojos y me recuperaba su actitud de madre preocupada se convertía en el tercer grado. Entendía que quisiera ayudarme, que quisiera que yo me desahogara, pero había cosas que era mejor no saber. Era mi madre, y quería protegerla de todo lo que me rodeaba.

—Por favor...

Se levantó algo enfadada y me miró una última vez antes de alcanzar el pomo. Sus ojos se suavizaron cuando se encontraron con los míos.

—Si necesitas ayuda, o mejor dicho cuando cambies de opinión, ya sabes dónde estoy.

Respiré profundamente cuando cerró la puerta al salir. Dejé caer los hombros y miré por la ventana el cielo azul moteado con pequeñas nubes blancas. Desentumecí el cuello y me aventuré a darme una ducha de agua fría para eliminar el calor del cuerpo. Cuando terminé bajé al piso de abajo y vi como mi madre se atusaba el pelo frente al espejo que colgaba de una de las paredes del vestíbulo. Se había vestido con el uniforme del trabajo y al parecer, por el movimiento de sus manos, llegaba tarde o iba con prisas. Me detuve en el último peldaño y me agarré a la baranda mientras la observaba.

—Odio ese uniforme —confesé de mala gana.

Por su rostro deduje que ella sentía lo mismo hacia aquellas ropas. Mi madre había comenzado a trabajar hacía un par de meses en una de las pastelerías que estaban en el paseo marítimo. No ganaba gran cosa, pero por lo menos la sacaba de casa, la curaba de la ausencia de mi padre y la hacía sentirse útil. Yo había ido a verla al trabajo en un par de ocasiones, y ella me había invitado a chocolate y pasteles. No era un local muy grande, pero sí acogedor, adornado con los colores marrón y blanco, y en algunos lugares con pequeños círculos rosas. Los dulces estaban deliciosos

y el ambiente era familiar. Al menos hasta que mi madre llegó y se colocó el uniforme. No era una mujer mayor, rondaba los cuarenta y pocos, pero se conservaba tan bien que aparentaba diez menos. Eso más su figura esbelta y bien cuidada, hacía que el uniforme se adhiriera a su piel de forma sugerente, incluso sin quererlo. El resultado fue una creciente entrada de clientes masculinos en la pastelería, y en consecuencia el dueño y jefe estaba la mar de contento.

—¿No podrías pedir que cambien el uniforme?

Se giró mientras se colocaba el abrigo y agarraba el bolso con la otra mano. Me miró apretando los labios para contener la sonrisa. Al parecer mi postura frente a la situación se le antojaba graciosa.

—No seas mojigata, Iris. El uniforme está bien, no es corto y no tiene escote.

—Podrías ponerte una talla más.

—Voy a enseñarte algo que quizá en el futuro recuerdes: tu puedes vestirte como quieras mientras no alteres el orden público, recuerda que si te miran es problema de ellos, no tuyo. La lujuria hay que aprender a controlarla.

Me encogí de hombros como si no me importara.

—Procuraré tenerlo en mente cuando me convierta en una adolescente rebelde y me dé por ponerme faldas excesivamente cortas y escotes suficientemente largos. ¿Qué te parecería si saliera por la calle con unos cubrepezones? Dicen que ahora es la moda.

Evitó mirarme mientras seguía conteniendo la sonrisa. Alcanzó el pomo de la puerta principal y lo abrió.

—Hasta luego, Iris. Recuerda que tienes el almuerzo en la nevera. — Salió al exterior, pero antes de que la puerta llegara a cerrarse, me tendió el periódico para que lo dejara en la cocina.

Cerré la puerta y me encaminé hasta la cocina para prepararme el desayuno. Cuando tuve el cuenco de cereales en mis manos, salí al porche trasero con el periódico en la mano y me senté en el primer peldaño que llevaba hasta el jardín. No hacía frío, pero caía cierta humedad. Las hojas estaban húmedas y el césped algo crecido. Desde que mi padre se marchó lo cortábamos menos veces, ya que teníamos poco tiempo libre. En realidad era algo que me gustaba. El césped tan crecido, teniendo en cuenta que Wood Pine estaba en mitad de un bosque, daba un toque de fantasía. Aquel pensamiento me llevó hasta la primera vez que entré en aquella casa, hasta la primera vez que estuve en aquel jardín. El abuelo de Joe apareció frente a mí, señalando el cobertizo que entonces se erigía al fondo del jardín. Aquel cobertizo ya había sido demolido y en su lugar se levantó otro mucho más grande, más nuevo y con un ventanal lo suficientemente grande como para que entrara luz del exterior. No lo visitaba mucho. Se había convertido en un pequeño trastero donde mi madre guardaba herramientas y objetos de poco uso, además del cortacésped. Aparte de lo evidente, que era que nada de lo que hubiera allí me interesaba, no entraba porque me acordaba de Joe.

Aparté los pensamientos de mi mente y dejé el cuenco a mi izquierda con la mitad de los cereales consumidos. Mi apetito se había esfumado. Me desperecé en un intento de sentirme algo menos cansada, pero todo era un intento fallido. Dejé caer la cabeza sobre mis rodillas y mis ojos repararon en el periódico que estaba a mi derecha. Normalmente lo llevaba como compañía en mis solitarios desayunos y, sin lápiz, le echaba un vistazo a los crucigramas. Nunca llegaba a resolverlos por completo, pero buscar una palabra concreta con ayuda de una corta definición hacía que mi cerebro arrancara. Quizá era lo único que hacía que despertara totalmente de las pesadillas.

Sin embargo, esta vez llamó mi atención un titular marcado con un rotulador rojo, incluso podría decirse que me desperté por completo. Lo levanté del suelo y lo desdoblé, pasé las páginas rápidamente para llegar hasta la noticia en cuestión. Tragué saliva. Sabía que después del incidente el periódico local y el del instituto se habían cebado con lo ocurrido en el bosque. Y aquella noticia prometía lo mismo. Miré el autor y luego la fecha. Me sorprendió ver que aquel periódico tenía la fecha de hacía un mes. Volví a la primera página y me di cuenta de que tampoco era el local. La sangre se me subió a la cabeza y luego sentí que bajaba. Lo dejé caer al suelo preguntándome cómo había llegado concretamente este periódico hasta mi casa, y quién lo había dejado ante mi puerta.

CAPÍTULO DOS

Me desperté esa mañana con la ligera sensación de que flotaba y me hundía al mismo tiempo. Había conseguido dormir gran parte de la noche y las pesadillas no me habían atormentado. Sin embargo, no recordaba lo que había soñado. Tampoco intenté hacer memoria. Fuera lo que fuese estaba mejor oculto en las entrañas de mi cerebro. Haber podido dormir superaba con creces cualquier otro pensamiento y razonamiento.

Después de prepararme para ir a clases y desayunar, salí al jardín en busca de mi bicicleta. Vi a Susan salir con una radiante sonrisa. Me saludó con la mano y se acercó a abrir el candado de su bici. Me acerqué con la mía hasta donde ella estaba. Al ver sus blancos y resplandecientes dientes la envidié de buena manera. Podía apreciarse que gozaba de buena salud, en cambio, la mía caía en picado. Deseé poder sonreír de la misma manera.

—Buenos días —me dijo como si cantara una cancioncilla feliz compuesta por ella.

—Te veo muy alegre para ser el primer día de curso.

—Oh, Iris, ¿es que no ves la parte positiva de las cosas?

—Dime qué tiene de positivo levantarse temprano e ir a estudiar.

—¿Estás perdiendo el norte?

—Las ganas, más bien.

Guardó el candado en su mochila y luego subió a la bici.

—Voy a estrenar mi nueva bici —dijo, alegre.

—¿Esa es tu razón? Por favor, Susan, podrías haberla estrenado durante estas dos últimas semanas si no te hubieras empeñado en aparcarla junto al árbol y reservarla.

—Quería estrenarla en un día especial.

—¿Y hoy es especial?

—Es el primer día de clases, y eso me encanta. Los demás días son todos iguales, pero solo hay un primero y un último.

—¡Vaya! —exclamé—. Espero que no opines lo mismo de tu futuro matrimonio.

Me miró en silencio, algo cohibida.

—Voy a ser una mujer soltera y trabajadora. No pienso casarme.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Muy típico de ti, Susan. ¿Sabes que no se debe escupir para arriba?

Enarcó una ceja, apretó los labios y me ignoró. Pasó por mi lado y comenzó a pedalear. Hasta entonces había sido consciente de que mi mejor amiga tenía problemas para conducir, sin embargo, nunca pensé que con la bicicleta iba a sufrir el mismo percance. Si bien pedaleaba, no podía decirse lo mismo del manillar. Lo movía como si estuviera tentando a la suerte o al destino, o a ambas cosas. Hacía cortas eses e intentaba mantener el equilibrio como podía. De vez en cuando un pie se soltaba del pedal y la cadena giraba sola por inercia. Me debatí entre colocarme junto a ella o mantener una distancia prudencial. Mezclé ambas.

—Susan —tanteé—, ¿sabes conducir una bici?

—Por supuesto, ¿acaso no me ves?

—No sé si conduces peor el coche de tu abuela o el potrillo encabritado que está debajo de ti.

—Muy graciosa —sentenció, algo molesta—. ¿Acaso tú sabes hacerlo todo bien? ¿Naciste sabiendo?

—No y no. Pero evito que la gente se ría de mí en situaciones ridículas.

—La gente siempre va a reírse de ti, Iris, sean situaciones ridículas o no.

La cuestión está en cómo saber manejarlas.

Reí sin poder evitarlo.

—Pues espero que cuando se rían de ti sepas manejar la situación mejor que la bici.

Se detuvo y me lanzó una mirada asesina.

—De acuerdo —le dije entre risas—. No me meteré contigo, y te acompañaré hasta la puerta del instituto.

—Como una buena amiga —me regañó.

Dentro de la normalidad, Susan y yo solíamos tardar entre unos diez o quince minutos en llegar a pie al instituto. Ahora habíamos tardado veinticuatro. Me pregunté si no habría sido mejor convencerla de dejar la bici e ir andando, pero su rostro rojo a causa del esfuerzo y las ganas que le ponía al asunto hicieron que me lo pensara mejor. Si ella era feliz, ¿por qué no? Dejamos las bicis en el aparcamiento. Susan se demoró poniéndole el candado. Comenzaba a pensar que le gustaba llamar la atención con su nueva bici. Llegábamos tarde. El primer día. Suspiré para aliviar la tensión y darme esperanzas de que evitaran ponerme un retraso.

—Susan, no quiero meterte prisa, pero vamos a llegar tarde.

Se irguió para estirar la espalda y luego volvió a agacharse para cerrar el candado. Estaba claro que su mente se encontraba inmersa en una batalla que iba a durar unos minutos más.

—Lamento decirlo, pero creo que voy a ir yendo para clases —le dije, sintiéndome un poco mal por dejarla—. ¿Te parece si nos vemos en el almuerzo?

La escuché protestar mientras doblaba el candado y lo retorció. Estaba claro que no me estaba escuchando.

—Nos vemos, Susan.

Me alejé de ella y entré en el edificio. El timbre ya había sonado y los alumnos se movían camino de sus aulas. Aún quedaban algunas personas charlando, y otras frente a sus taquillas cogiendo lo que necesitaban y guardando lo innecesario. Llegué hasta mi taquilla. Hacía un año que aquella puerta me había entregado un mensaje desagradable, y fue mucho peor cuando la abrí. Había pertenecido a un alumno muy querido en el centro y, en consecuencia, yo no era bien recibida. Pero poco a poco, a pesar de que aún había gente a la que yo no le agradaba, me había conseguido hacer un hueco. Algunos aún me miraban curiosos, preguntándose si de verdad hice saltar por los aires todas las taquillas del instituto en una sola noche, mientras que otros ya se habían acostumbrado a mi presencia de tal modo que ya resultaba natural verme por los pasillos. Después de un año, supuse que poco a poco todo volvía a la normalidad. Instintivamente y sin poder evitarlo miré hacia mi izquierda. Dos taquillas más allá se encontraba la de Joe, ahora vacía a causa de su marcha. Lo conocí allí mismo, justo en el momento en el que intentaba mantenerme en pie debido a una falta de energía a causa de un fantasma. A pesar de todo aguanté el tipo y mantuve lo mejor que pude mi imagen de chica resuelta y ansiosa por conocer aquel pueblo. Lamentablemente, algo tuvo que salir mal porque desde aquel instante hice que Joe sospechara de mí. Me sentí culpable por no haberlo hecho mejor, pero al mismo tiempo sabía que él me había ayudado en el último momento. Lo agradecía y al mismo tiempo lo lamentaba.

Cerré la taquilla y me dirigí hacia el aula que me tocaba. Era la misma aula que la del año anterior, así que automáticamente me senté en el mismo sitio. Cuando el profesor entró la sala fue enmudeciendo hasta que todo quedó sumido en un profundo silencio. El profesor, un hombre de unos cuarenta años, pelo castaño y ojos verdes, se quedó en pie sobre

la tarima, con las manos a la espalda y mirándonos en silencio. Era un tipo guapo, y al parecer listo, ya que sabía de qué modo controlarnos.

—Me llamo Oliver Kent, y voy a ser vuestro nuevo profesor —dijo, en un tono amigable y sereno. Hizo una presentación corta, invitándonos a preguntar por su vida. Respondió a todas las preguntas con un sentido del humor amigable y a pesar de que al principio parecía algo intimidante, resultó tener cierta simpatía. Luego pasó lista, observándonos durante un corto instante pero intenso para quedarse con nuestros rostros. El aula solo quedó en silencio cuando nombro a Peter.

—Peter Hault —nombró.

Miré a mis compañeros. No, definitivamente Peter no estaba. De hecho, el lugar que había ocupado el año anterior (justo a mi derecha, pero separado por un estrecho pasillo) se encontraba vacío. Un amigo suyo rompió el silencio y se dignó a hablar.

—No ha venido a clase —informó John.

—Eso ya puedo verlo —le respondió el profesor. Algunos alumnos se echaron a reír. Vi a dos chicas mirar hacia el profesor Kent y cuchichear con tontas sonrisas. Supe que este nuevo portento iba a ser el profesor preferido. No llevaba ni una hora y ya levantaba pasiones—. ¿Puedo saber dónde está? ¿Se ha saltado la hora o está enfermo?

Observé a John. La franqueza del profesor lo dejó un segundo más de lo necesario en silencio. Suficiente para que el profesor supiera la verdad.

—Dile de mi parte que no me gusta que falten a mis clases sin un buen motivo. Voy a ponerle retraso y cuando le vea dígame que quiero hablar con él. Por esta vez se va a librar, pero no en la siguiente.

El compañero asintió y apretó los labios. Agachó la mirada algo avergonzado, como si la "riña" se la hubiera llevado él. El resto de la hora pasó volando. El profesor explicó parte de lo que íbamos a dar durante el

año y cuando sonó el timbre nos despidió con una amable sonrisa. Las siguientes horas fueron algo más monótonas, incluido el almuerzo con Susan. No dejó de parlotear sobre el dichoso candado de la bici. Cuando terminé mi almuerzo me despedí con la excusa de que tenía que ir a la biblioteca y salí del comedor casi corriendo para evitar que me siguiera. Al doblar la esquina cambié de dirección y en vez de tomar el camino que me llevaría hacia la seguridad de las estanterías, opté por el campo de rugby. Supuse que un lugar apartado me vendría bien para poder echar una cabezada. Estaba algo cansada a pesar de que había dormido, sin embargo, las horas acumuladas no se había marchado de mi cuerpo.

Llegué al campo de rugby y me escabullí bajo las gradas. Pensé que aquel día, por ser el primero, menos gente haría pellas, pero aparté esa idea de mi mente cuando al doblar la esquina me encontré con un Peter agazapado. Estaba sentado con la espalda apoyada en uno de los pilares que sostenían las gradas y se abrazaba las piernas mientras apoyaba la cabeza sobre las rodillas. Un ligero temblor se instaló en sus hombros y se desapareció tan rápido como había aparecido.

—¿Peter? —le llamé en un susurro mientras me acercaba a él lentamente.

Hoult levantó la cabeza y evitó mirarme, sin embargo, no pudo ocultar de ninguna manera el aspecto de sus ojos. Ambos estaban irritados y, a juzgar por el grado de color, parecía que había llorado durante mucho tiempo.

—¿Te encuentras bien? —me arriesgué a preguntar. Se puso en pie mientras se echaba la mochila al hombro y me daba la espalda—. El nuevo profesor dice que quiere hablar contigo, aunque supongo que tu amigo ya te lo habrá dicho. Te ha puesto un retraso en vez de una falta.

Se quedó quieto mientras me escuchaba, o al menos hacía como el que

oía, hasta que decidió girarse y echarme un vistazo.

—¿No tienes otra cosa que hacer que no sea molestar? —me dijo de malos modos.

—No, ¿y tú? ¿No tienes otra cosa que hacer que no sea ser malagradecido?

Apartó la mirada durante unos segundos.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

Lo miré sorprendida y abrí la boca para reprocharle, pero unos gritos desesperados y adolescentes me interrumpieron. Un grupo de unas cinco chicas vestidas de animadoras se acercaba a nosotros desde el otro extremo de las gradas mientras pronunciaba de forma alocada el nombre del sujeto que tenía delante. Parecía que todas ellas se alegraban de verlo.

—¡Mierda! —exclamó, dejando clara su desaprobación ante tal grupo de fans.

—¡Vaya! Está claro que las féminas han pasado un verano muy duro sin ti —ironicé.

Me miró de soslayo, una mezcla entre irritación y humor. Me limité a sonreírle. El grupo de chicas se acercaba cada vez más y la indecisión comenzaba a reflejarse en el rostro de Peter. Las observó por encima de su hombro y luego volvió su atención a mí. Se acercó, eliminando la distancia que antes nos separaba y abrió los labios para decir algo, pero lo pensó mejor y los cerró, formando una tensa línea. Miró detrás de mí, luego agachó la cabeza, negando. Comprendí que se estaba debatiendo en un sinfín de ideas y posibilidades. Hasta que, finalmente, optó por pasar por mi lado y alejarse de todo aquello.

Fruncí el ceño sin comprender del todo qué era lo que le ocurría. Tampoco era que me importara, sin embargo, una parte de mí sintió

lástima al verlo deshecho. Tomé la decisión al segundo siguiente. Me giré hacia el grupo de chicas y cuando estuvieron cerca de mí, me coloqué frente a ellas para impedirles el paso. Sonreí como mejor pude, tragándome el disgusto que aquel acto suponía.

—¡Hola, chicas! —exclamé, a la vez que ellas se detenían frente a mí, sorprendidas—. Quería pedirles ayuda con algo. Veréis, ¿cómo puedo inscribirme para ser animadora?

Las chicas se miraron las unas a las otras. Luego me sonrieron, algunas con cierta desconfianza y otras con cierta simpatía irónica. Maldije en aquel momento a Peter Hault.

* * *

El día había finalizado de la mejor manera posible, al menos la parte escolar. El grupo de animadoras había decidido aprovechar al máximo la oportunidad que yo les brindaba. Me habían arrastrado con ellas para que rellenara el documento preciso y lo entregara en aquel momento, estaba claro que no querían que me escaqueara. Deseé que todo quedara ahí y comencé a barajar el momento apropiado en el que poder borrar me de tal actividad extraescolar, pero lamentablemente me llevaron con ellas hasta los vestuarios y tomaron las medidas apropiadas de mi cuerpo para ofrecerme un uniforme de mi talla. Por supuesto, a lo largo de toda aquella toma, tuve que soportar sus conclusiones y opiniones sobre mí. Según ellas, yo era demasiado baja, delgada y mi cabello necesitaba con urgencia la mano de una buena peluquera, tanto para cortar como para teñir. Conseguí librarme cuando sonó el timbre que marcaba la hora de comienzo de la siguiente clase. Ignoré las miradas de algunas de ellas al cruzármelas en los pasillos durante las siguientes horas mientras en mi fuero interno maldecía a Hault por haberme hecho tal cosa, aunque después me di cuenta de que él no me había obligado en ningún

momento. Había sido yo sola, en un intento desesperado por querer echarle una mano. Sentí pena de mí misma. Y esa lástima se multiplicó por dos sin saber por qué cuando llegué a mi casa y mi madre me recibió con una adorable sonrisa.

Esa noche mi madre había decidido pedir pizza para cenar. Tenía ganas de ver una peli de miedo mientras cenábamos en el salón como dos adolescentes. A decir verdad, desde que mi padre se marchó mi madre había adquirido un aspecto más desenfadado. Había abandonado la tensión que había ido adquiriendo con los años y ahora estaba más ligera. Si antes se encerraba en su cuarto o no salía del salón, ahora entraba y salía de casa a diario. El trabajo le levantaba el ánimo, el hecho de tener algo que hacer le daba pie a poder pensar en otras cosas. Era una distracción para ella, además del refuerzo positivo que su salario le ofrecía. Sonreía y cantaba durante todo el día, incluso sus miradas suspicaces hacia mí se habían suavizado y pasado a ser miradas de cariño.

O quizá esto último tomaba ese cariz porque yo también me sentía más aliviada. El año escolar anterior había sido diferente a cualquier otro. Aparte de todo lo ocurrido con aquel demonio, el miedo de estar sola fue suplantado por mi querida amiga y vecina, y eso había sido algo muy positivo. Ahora era algo más abierta, hasta tal punto que me había ofrecido a apuntarme como animadora con tal de proteger la intimidad de Hault.

—¿No vas a querer más pizza? —me preguntó mi madre, mirando la última porción como si no fuera a comer al día siguiente.

—No, estoy llena. ¿Cómo puedes comer tanto?

—No lo sé, creo que simplemente está riquísima. —Se sirvió la última porción—. Tenemos que repetir esto más veces.

—¿Cenar? Lo hacemos todos los días —bromeé.

—No, cenar aquí, en el salón mientras vemos una peli.

La mujer de la película gritó aterrorizada al mismo tiempo que la música estridente sonaba de repente.

—¿Tiene que ser de miedo?

—Creí que te gustaría. Cuando yo tenía tu edad era lo que veía.

—¿No veías otro género?

—No, comprende que es el género en el podíamos permitirnos acercarnos al brazo de nuestro reciente novio para sentirnos seguras.

—¡Por favor! —exclamé, levantándome del sofá y alcanzando mi vaso para volver a llenarlo.

—¿Por favor qué?

—¿Por qué las madres hacéis eso? —Me miró sin comprender—. Eso. Hacéis como si antes no existieran las mismas cosas que existen ahora. Los novios han existido siempre, las novias también, los besos, el cariño... Todo. Actuáis como si siempre os hubierais portado bien, cuando en realidad no hacíais nada malo. ¿Qué malo hay en agarrarte del brazo de tu novio sin tener un motivo de terror externo? Te abrazas y punto.

—Las cosas eran diferentes —dijo junto con un encogimiento de hombros.

Puse los ojos en blanco y fui a rodear la mesa para volver a llenar mi vaso de agua, pero me detuve cuando el televisor se apagó y las luces comenzaron a parpadear. Mi madre se levantó de un salto.

—¿Habrá sido el generador? —preguntó, más para sí misma.

Me acerqué a la ventana del salón y observé que las farolas de la calle también parpadeaban.

—Toda la calle está igual, incluso la casa de en frente —apunté.

Un suave viento sopló y movió las ramas de los árboles y las hojas de los arbustos. Las hojas y las agujas de pino que cubrían el suelo se

arremolinaron. Un gato callejero maulló bajo un coche y corrió hacia el jardín vecino, dejando su escondite habitual en el instante en que las luces del auto se encendieron. Luego comenzaron a parpadear igual que las demás. Los faros de los demás coches se unieron, incluido el nuestro. El vaso comenzó a vibrar en mi mano, sentí las ondas en el cristal de la ventana. Miré de un lado a otro esperando ver a algún fantasma, esperé a que el tiempo volviera a detenerse, pero nada de eso ocurrió. El vaso estalló en mi mano y di un paso atrás para evitar que los trozos cayeran sobre mis pies desnudos.

—Iris.

Escuché la voz de mi madre detrás de mí, pero no fue un tono de advertencia por los cristales, sino una mezcla de preocupación y miedo. Me giré para observarla. La pantalla del televisor seguía apagada, las luces seguían parpadeando y mi madre observaba con temor la chimenea, la cual se había encendido sola. A través de ella pude escuchar ruidos estridentes, golpes, gritos y una risa gutural. Mi piel se estremeció. Era la primera vez que escuchaba lo que Susan había estado advirtiéndome durante todo este tiempo.

Y no me sentí mejor ahora que lo sabía.

CAPÍTULO TRES

Aun tumbada en la cama podía apreciar a través de la cortina como las luces se apagaban y encendían.

Cuando las voces y gritos cesaron, mi madre tomó el control de la situación, más por intentar serenarse que por mostrar que en realidad no le habían afectado aquellos aullidos. Yo me había quedado estancada e inmóvil frente a la chimenea, rememorando aquellos sonidos que me habían puesto la piel de gallina. Cuando volví al presente escuché que mi madre me llamaba para que la ayudara a recoger los cristales. Fue entonces cuando ambas reparamos en que me había cortado la mano derecha cuando el vaso estalló. Mi madre dejó los cristales en el suelo y me llevó hasta el aseo. Le dio al interruptor, pero las bombillas no encendieron, así que me mandó de nuevo al salón. Sentada en el sofá mientras la esperaba me observé la herida. Me percaté de que no me dolía a pesar de que aún sangraba. Volví a mirar hacia la chimenea y observé que el fuego resplandecía consumiendo la leña. La pantalla del televisor comenzó a parpadear y un viento gélido agitó las llamas, casi extinguiéndolas.

—Iris... —susurró una voz procedente del fuego.

Me puse en pie lentamente, debatiéndome entre echar a correr, llamar a mi madre o ser valiente y acercarme. La temperatura de la habitación bajó unos grados, los suficientes para que el vaho que echaba por mi boca formara una nube translúcida. Rodeé la pequeña mesa de café que estaba delante del sofá y me acerqué con pasos indecisos hasta la chimenea. Los cristales de la ventana comenzaron a crujir y me percaté de que una capa de hielo los había cubierto y ahora comenzaba a

resquebrajarse.

—Iris...

Mis ojos volvieron al fuego, el cual terminó de extinguirse a causa de un frío y fuerte viento. La casa se sumió en una oscuridad que me pareció terrorífica. Un ligero temblor me recorrió el cuerpo a causa del frío. Todo estaba negro y opaco, lo único que alcanzaba a ver era sombras proyectadas por la luz que se colaba de forma intermitente por las farolas y por el televisor del salón. Comencé a marearme y la bilis subió por mi garganta. Me dejé caer de rodillas, rendida y sin fuerzas, cuando un grito agudo y afilado rugió desde la chimenea. Me cubrí los oídos, pero parecía que estaba en el interior de mi cabeza. Había cerrado los ojos para evitar el viento y los flashes.

—Iris... —volvió la áspera voz—... los de blanco...

Meforcé a abrir los ojos. Lo que vi me cortó la respiración. Entre medio de oscuridad y luz atisé ver una sombra cerniéndose sobre mí. Me rodeaba y se acercaba cada vez, acortando la distancia que nos separaba, asfixiando mi espacio personal. Volví a cerrar los ojos, no quería ver lo que estaba a punto de ocurrir. Apreté los párpados, hice más presión sobre mis oídos para acallar los gritos. Quería desaparecer de allí, quería ir a otro lugar. Recé para que todo parara.

—¡Iris! Iris, tranquila —escuché una voz femenina—. Iris, abre los ojos. Mírame.

La obedecí. Mi madre estaba arrodillada junto a mí mientras que yo yacía en el suelo. Me tomó por las muñecas y me apartó las manos de los oídos. Sentí una de mis mejillas húmedas y vi que mi madre me cubría la herida de la mano con una toalla. Supuse que la humedad que sentía era debido a la sangre de la mano. Todo me daba vueltas y la boca me sabía a ácido.

—Tranquila, ya pasó —me alentó mi madre, con los ojos desorbitados y nerviosa.

Me sentía tan cansada que solo quería dormir. Sin embargo, mantuve los ojos abiertos. La temperatura de la habitación había vuelto a la normalidad, los cristales de las ventanas ya no estaban cubiertos de escarcha, el fuego estaba apagado al igual que el televisor y la luz del salón estaba encendida. Lo único que todavía continuaba como antes, era el parpadeo constante de las farolas.

—¿Qué ha pasado? —alcancé a decir, evitando el recuerdo de aquella sombra. Guardaba la esperanza de que todo hubiera sido un sueño, que aquel demonio no hubiera vuelto.

—Salí del baño unos segundos después de ti y te he encontrado en el suelo, inconsciente y sobre un charco de...

Dejó las palabras en el aire y comprendí por qué razón mi boca tenía un sabor ácido.

—Voy a llevarte arriba para vendarte bien la herida. Te ayudaré a asearte, ¿de acuerdo?

Asentí sin decir nada.

Me llevó a mi cuarto de baño, me limpió y vendó la herida, me lavó la cara para borrar todo rastro de sangre, estuvo a mi lado mientras me cepillaba los dientes y luego me ofreció un zumo de manzana, el cual me bebí sin pensármelo dos veces. Luego me metió en la cama, me arropó y con voz dulce me avisó de que llamaría a mi padre para que no pasáramos la noche a solas.

Sin embargo, mis ojos no se cerraban a pesar del cansancio que sentía. Todo mi cuarto estaba a oscuras iluminado intermitentemente por las luces de las farolas, las cuales seguían parpadeando. ¿Cuánto tiempo llevaban así? Mi mente divagó y volvió a lo ocurrido en el salón. Aquello

no podía ser real, no podía haber vuelto a Wood Pine. Sabía que aquel demonio había muerto. Lo sabía porque yo lo había matado. Sabía que me había deshecho de él a pesar de que apenas recordaba lo ocurrido. ¿Quizá había sido solo una proyección por la antigua mansión? ¿Puede que solo hubiera sido lo que Susan me había dicho con anterioridad?

Alcancé mi móvil y encendí la pantalla. Busqué el número de Joe. El año anterior, antes de su marcha, me había enfrascado en varias discusiones con él a causa de su silencio. Había estado presente cuando me deshice de aquel demonio, pero Cowell había decidido guardar silencio y dejarme con la gran duda de lo que había ocurrido. Quería una historia detallada no un resumen. Y ni siquiera él se dignaba a darme el resumen. Quizá si le llamaba y le contaba lo que acababa de ocurrir, se abriría. Quizá hacerle recordar después de tanto tiempo lo tentaría a hablar.

Marqué su número y contuve la respiración. Me llevé el teléfono al oído y escuché el tono de llamada. Sonó. Volvió a sonar. Luego otra vez. Y al final la comunicación se cortó para dar paso a un tono más constante y corto. Llamada finalizada, en otras palabras. Después de nueve meses sin verlo una parte de mí esperaba que Joe tuviera la decencia de llamarme para contarme lo que ocurrió, pero no había recibido ni una sola llamada de él. Solo se limitaba a mensajes cortos como, por ejemplo, "¿Qué tal va todo?" o "¿Algo que contar?". Por supuesto, cuando yo le respondía, él no volvía a escribirme, a pesar de que yo también le preguntaba qué tal iba. A veces me daba la sensación de que Cowell solo quería sacar información para tener la última hora. En cambio, él no daba ningún detalle de su vida en la ciudad. Ni siquiera me había pedido que lo visitara durante el verano, ni tampoco había venido de visita. Pensándolo bien, tampoco es que yo quisiera ir. Joe me caía bien, aunque a veces me parecía impredecible y nuestra relación, a veces, me resultaba asfixiante. Era

como si viviera en un constante Gran Hermano con él. Tenía que estar atenta a todos mis movimientos.

Me cubrí un poco más con la manta, casi hasta taparme la cabeza y sumergirme en un mar de suavidad y algodón. Deslicé el dedo por la pantalla del móvil y llegué hasta aquel número de teléfono que había guardado en mis contactos a pesar de que le dije a su dueño que no volviera a llamarme. El porqué no lo había eliminado de la memoria era todo un misterio.

Dejé el móvil sobre la mesilla de noche y volví a acurrucarme. Los hogares seguían a oscuras. Las farolas seguían apagándose y encendiéndose lentamente. Era un parpadeo tranquilo y constante, parecía un suave pestañeo que se mecía en la oscuridad de la noche. Cerré los ojos, respiré profundamente y caí rendida en un profundo sueño del que luego no recordaría.

Cuando volví a abrir los ojos el sol saludaba con sus primeros rayos. Me desperecé y me levanté de la cama más descansada de lo que estaba acostumbrada, lo cual agradecí. Me acerqué a la ventana y observé el cielo, estaba completamente despejado de nubes. Abrí la ventana con el fin de ventilar la habitación y poder oler la humedad de la mañana acompañada del canto de los pájaros, pero en vez del suave piar de los gorriones y golondrinas, mis oídos se toparon con gritos femeninos procedentes de la casa vecina. Me asomé por la ventana y miré hacia la casa de Susan. Sí, era su voz la que se escuchaba entre medio de otras dos voces, una más apagada, la de su abuela, y otra que no reconocí. Nunca había escuchado a Susan tan alterada. Intenté afinar el oído a pesar de que sabía que estaba mal, pero todo lo que alcancé a oír eran gritos ininteligibles.

Bajé a la cocina y vi una nota sobre la encimera.

—"He ido a comprar con tu padre" —leí en voz alta.

Me encogí de hombros y procedí a hacer mi desayuno. Comenzaba a acostumbrarme a que quedaran para ese tipo de cosas. Meses atrás él había tomado la decisión de marcharse con la finalidad de volver cuando todo se calmara. Al principio pasaba poco por casa, solo lo necesario para saber cómo estábamos. Quedábamos para merendar, a veces íbamos los dos a solas y otras se unía mi madre. Independientemente de la presencia de mi figura materna, las charlas con mi padre habían sido de pocas palabras. Nos solíamos centrar en temas como mis estudios, su trabajo, y si mi madre se unía, de su nuevo empleo. Otros temas presentes solían ser los arreglos que la casa o su nuevo piso necesitaba, algún evento o fiesta que hubiera en Wood Pine, o la nueva carpa que querían instalar en la playa para celebrar el futuro Halloween. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Las charlas fueron fluyendo mejor y al final, a pesar de que vivían en lugares diferentes habían decidido ir a comprar juntos, ir a las fiestas o de picnic algún día festivo, incluso tener citas. Mientras tanto yo me quedaba en casa. Sola. El pensamiento me asustó. Normalmente era lo que siempre había hecho y nunca me había quejado. Supuse que había llegado a esa edad en la que los adultos decían que los adolescentes queríamos cosas diferentes a las que teníamos. O quizá me había acostumbrado a la presencia de Susan y de Joe.

Me senté a la mesa con un tazón de cereales. Para haberme desmayado ayer y haber creído ver un demonio que creía muerto, tenía un apetito desmesurado. Fui a llevarme la cuchara a la boca cuando el timbre sonó. Los cereales de colores me miraron con tanta ansía como yo a ellos. Hasta el azúcar que le había echado por encima, brillante y reluciente, sentía tanta lástima como yo. Dejé la cuchara en el cuenco con un quejido y me

acerqué hasta la puerta. Susan entró sin vacilar, sin decir hola. Lo único que salió de su garganta fue un gruñido.

—Necesito quedarme aquí durante unas horas —sentenció, sentándose en el sofá, cruzada de brazo.

Cogí el tazón de cereales y me senté junto a ella. El silencio fue brutal, más que nada porque Susan no solía estar callada. Me llevé la cuchara a la boca. El sonido que produjeron los cereales al ser triturados con mis dientes llenó el salón. Susan pareció no distinguirlo, estaba completamente sumida en sus pensamientos. Seguí comiendo.

—No me puedo creer que se haya dignado a aparecer después de tantos años —se quejó.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado? —me atreví a decir.

Se frotó el rostro con ambas manos y luego se tumbó de mala manera sobre el sofá.

—Mi madre. Eso es lo que ha pasado.

—¿Tu madre? —pregunté, casi atragantándome.

—Ha venido.

—Creía que no quería saber nada.

—Y así era. —Se irguió para mirarme—. Pero se ha echado un nuevo novio que es prácticamente igual que ella. No tienen dinero, no preguntes en qué se lo han gastado, ya lo sabes. Quiere que mi abuela le dé algo. Y cuando digo algo me refiero a algo suficientemente grande como para que puedan llegar al otro lado del planeta.

—¿Un avión? —bromeé en un intento de animarla.

—Ahora no estoy para bromas estúpidas, Iris.

—Lo siento —dije, dejando el cuenco sobre la mesita de café—. Bueno, si no consiguen nada, supongo que se irán en cuanto menos te lo esperes.

—Ese es el segundo problema. —Se recogió el pelo en un rodete alto—.

Dicen que como no tienen a dónde ir se van a quedar hasta que a él le salga algún trabajo aceptable en Wood Pine. Luego se irán a vivir juntos hasta conseguir lo suficiente para marcharse.

Apreté los labios. Este año iba a ser duro para mi querida amiga.

—El problema es que no podrán ahorrar y se quedarán, ¿comprendes? Eso si es que él encuentra trabajo. O ella, cosa que no creo, ya que mi madre no es muy fan de trabajar.

—¿Cómo está tu abuela? —me atreví a preguntar.

—Mal... Fatal. —No supo decidirse—. Es como si todo se le hubiese venido encima. Está acostumbrada a estar conmigo y a estar sin mi madre. Tuvo que dejarla marchar hace mucho porque la convivencia era insoportable. Y ahora que ha vuelto sabe lo que va a pasar. Mi abuela está mayor, Iris. No tiene fuerzas suficientes para lidiar con ella, y menos aún con su nuevo novio.

—Comprendo. Oye, si necesitas quedarte o dormir aquí, puedes hacerlo cuando quieras.

Sonrió como gesto de agradecimiento.

La puerta se abrió en ese momento y entraron mis padres con unas cuantas bolsas cargadas de alimentos. Saludaron a Susan y le preguntaron qué tal le iba, a lo que mi amiga respondió con un "Bien. Gracias" de la forma más escueta posible, pero sin abandonar su amabilidad natural. Escuchamos como dejaban las bolsas en la cocina. Luego se abrió la puerta trasera, escuché que se despedían con un beso apenas audible. Susan me miró sorprendida y me hizo un gesto con las manos, cuestionando lo que acababa de oír. Le respondí encogiéndome de hombros, intentando responder con ese simple gesto que ya habían dado un pequeño paso. Sonrió. A saber lo que habría entendido.

—Bueno, tengo que irme —me dijo, rompiendo el silencio.

—Si necesitas algo, llámame.

Se despidió con un abrazo y se marchó. Luego fui hasta la cocina, donde me dejé caer sobre un taburete. Observé como mi madre se desenvolvía en la cocina, colocándolo todo en su lugar mientras tataba una cancioncilla popular. Estaba contenta y eso me gustaba.

—¿No vas a ayudarme? —me preguntó de buen ánimo.

—Me gusta mirar cómo te desenvuelves y cantas.

—Bueno, me siento bien.

—¿Y eso por qué?

—Esta noche he quedado con tu padre. Me ha invitado a cenar.

—¿En serio? —pregunté sorprendida, aquella reconciliación iba más rápido de lo que yo pensaba—. ¿A dónde vais a ir?

Titubeé durante un segundo.

—Me ha invitado al piso.

Abrí los ojos. Mucho. Luego la boca. Eso significaba reconciliación al completo. No sabía si sentirme bien o no. A decir verdad, sentí un poco de miedo. Me había costado mucho sentirme bien. Durante la ausencia de mi padre había avanzado poco a poco, como si mis pensamientos se trataran de arenas movedizas. Un paso más rápido de la cuenta o un paso en falso era lo que más miedo me daba. Podía hundirme en menos de un minuto si no sabía cómo llegar al otro extremo sana y salva. Sabía que mi padre tenía que volver tarde o temprano, pero al ver que su relación avanzaba más rápida que mi propia curación y recuperación de mi orgullo herido hacía que el suelo temblara bajo mis pies. No estaba preparada para ello. Todavía no.

—¿Eso significa que voy a tener un hermanito? —bromeé, porque no sabía que otra cosa hacer.

—No, Iris, no vas a tener otro hermanito —me respondió, dándome la

espalda y ocultándome el rostro. Si lo hubiera hecho lo suficientemente rápido, podría haber pensado que se avergonzaba, pero el disgusto que vi apartó cualquier pensamiento romántico. ¿Tener otro hijo era un disgusto para ella? Una multitud de pensamientos abrumaron mi mente.

—¿Quieres que te haga algo para cenar antes de irme? —se ofreció, rompiendo sin saberlo una tormentosa nube de preguntas sin respuestas en el interior de mi cabeza.

—No, no te preocupes. Puedo hacerme la cena yo. ¿Te importaría si se queda Susan esta noche? Aunque tengo que preguntárselo, quizá no quiera.

—¡Claro! Así no estarás sola.

Acto seguido salió de la cocina como si tuviera prisa por prepararse para la cita a pesar de que todavía quedaba el día por delante. Alcancé mi móvil y le mandé un mensaje a Susan, proponiéndole que se quedara a dormir. Al parecer tenía el teléfono en la mano porque me respondió en menos de quince segundos. No me dijo sí. Tampoco no. Simplemente un solitario gracias, el cual podría interpretar de cualquier manera. ¿Sí, gracias, estaré allí enseguida? O ¿no, gracias, mejor otro día? Acabábamos de vernos y no me había respondido nada cuando le ofrecí un lugar en el que pasar la noche. Pensé que quizá estaba siendo demasiado insistente con el tema en cuestión.

Dejé caer el móvil sobre la encimera, produciendo un ruido sordo. Algunas cosas de la compra aún estaban sobre la encimera, así que me levanté y me puse a guardarlas. Estar sin hacer nada me producía apatía. Y cuando me sentía apática me liaba a pensar en el dichoso periódico que alguien había dejado frente a mi puerta y en lo que había ocurrido la noche anterior. También pensaba en Joe. Y en Peter. En dónde estaría La Mujer de Blanco y en si habría más demonios acechando algún otro

pueblo.

Terminé de guardarlo todo y subí a mi habitación. Hice la cama, arreglé el cuarto y luego me puse a hacer los deberes. Almorcé con mi madre en el porche trasero, mientras escuchábamos el canto de los pájaros y las voces lejanas de algunos vecinos. Luego me di una segunda ducha y me senté en el sofá a ver la televisión. Por desgracia para mí, no podía apartar los ojos de la chimenea. Después de lo del bosque me aterraba la idea de que algo como lo que ocurrió pudiera volver a pasar. Temía que alguien saliera herido o peor... como le ocurrió a mi vecino, Jonathan Castle. Me aterraba que le ocurriese a mi madre. Después de escuchar aquella voz llamándome a través de la chimenea no me cabía duda de que aquel ser quería algo de mí. ¿Qué pasaría si mi madre se encontraba sola en casa cuando aquella cosa apareciera? Se me ponían los pelos de punta con solo pensarlo. ¿La voz pertenecía a un fantasma? Mi mente me decía que sí; mi instinto lo dudaba. Y aquella sombra... no me gustaba en absoluto. Estaba segura de que todo había acabado en el bosque.

El timbre la puerta me asustó. Mi madre estaba arriba arreglándose para la cita. Me acerqué hasta la puerta y la abrí esperando ver a mi padre tras ella, pero resultó ser Susan.

—¡Qué sería estás! —exclamó mirándome con el ceño fruncido y pasando por mi lado como si se tratase de su casa. Me encantaba ese aspecto desenvuelto de ella. La envidiaba de buena manera.

—Esperaba encontrar a mi padre.

—Creía que estabais mejor.

—Y así es, pero a veces resulta complicado. Sobre todo cuando sé que ha quedado con mi madre y que van a pasar la noche juntos. Creo que todo va demasiado rápido para mí.

Se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos. Luego se acomodó.

Durante el verano fui capaz de contarle a Susan ciertas partes de mi relación con ellos. Le conté que mi padre había tenido un desliz y que no teníamos muy buena relación a causa de ello. Le dije que con mi madre todo era más fácil. No nombré mi don.

Fui a tomar asiento, pero el timbre sonó de nuevo. Me acerqué a la puerta, pero mi madre bajó las escaleras corriendo y alcanzó el pomo antes que yo. Me sorprendió saber que mi madre pudiera correr con tacones. Cuando la puerta se abrió, ambos se saludaron. Escuché un beso.

—Iris, nos vamos, que si no llegaremos tarde y no quiero perder la mesa reservada —me informó mi madre, haciéndome un gesto para que me acercara a la puerta a saludar.

Apreté los labios. Era lo único que podía hacer para evitar la incomodidad causada por la falta de aceptación de mi padre hacia mí. Como no sabía qué decir le deseé que se divirtiera y que fuera prudente al volante.

—Nunca pensé que la palabra complicado fuera sinónima de incomodidad —dijo Susan cuando me senté en el sofá.

Me encogí de hombros.

—Bueno, a veces no sé qué decir para resultar más natural. ¿Qué tal te fue el resto del día? —Preferí cambiar de tema.

—Pues los he dejado a todos en casa discutiendo. Al parecer se van a quedar un par de días más.

—¿Sería raro si te dijera que siento oír eso? Es decir, por el hecho de que sea tu madre.

—Me trae sin cuidado. Nunca se ha preocupado por mí, Iris. Solo me llama una vez al año para felicitar me por mi cumpleaños, y ni siquiera es el día correcto.

Torcí el gesto.

—Cada casa es un mundo, ¿eh?

Asintió.

—¿Te parece si nos hacemos una pizza en vez de pedirla? Tengo ganas de cocinar —preguntó, alentada por la ilusión.

—Me parece genial.

Nos movimos hasta la cocina, donde Susan se puso a hacer la pizza mientras yo ponía la mesa y le daba los utensilios. La noche cayó rápido sobre Wood Pine y una brisa fresca se colaba por la ventana. El único sonido que se oía, aparte de nuestros movimientos, era el canto de los grillos.

—Quería decirte algo —Susan rompió el escaso silencio—, pero no quiero parecer borde.

—Dispara.

—¿Por qué no me dijiste esta mañana que te ibas a apuntar al grupo de animadoras? No es que me moleste, pero nunca te imaginé moviendo los pompones. Además, las chicas ya sabes como son, te harán la vida imposible cuando compartáis taquillas en los vestuarios del gimnasio.

Maldije a Hault a pesar de que no había sido su culpa.

—Bueno, en realidad... —Guardé silencio mientras maquinaba menos de prisa de lo que quería—, solo ha sido una broma por mi parte. Quería quedarme con ellas.

Arqueó una ceja.

—Una forma muy extraña.

—No se me ocurrió nada mejor para empezar el año académico. Estoy un poco oxidada, pero la verdad que me divertí viendo sus expresiones.

Amabas guardamos silencio mientras Susan volvía a la pizza y yo me encargaba de encender el horno. Me acerqué a la ventana para tomar un poco el aire y respirar. Era mi amiga y no me gustaba ocultarle cosas, pero

tampoco podía decirle que vi a Peter tan mal que me conmovió. No podía exponerle.

El aire fresco me acarició el rostro y entonces me di cuenta de que algo faltaba.

—Susan, ¿puedes apagar el horno?

Levantó la mirada extrañada, pero se acercó hasta él y lo apagó. Ahora que el ventilador de este había quedado mudo, pude apreciar lo que echaba de menos.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras se colocaba junto a mí y miraba por la ventana.

—Que todo está en silencio.

—Es de noche, Iris. Es lo normal.

—¿Dónde están los grillos?

Abrió la boca y luego la cerró. Un chasquido sonó detrás de nosotras y nos giramos al mismo instante en que las luces se apagaban. Noté como Susan buscaba mi mano.

—Iris, no me sueltes, por favor.

Miré a la mansión. También estaba a oscuras.

—Tengo velas en uno de los muebles de la cocina.

—No, no, no te muevas de mi lado.

Su voz sonaba asustada y no la culpaba. Después de lo que le ocurrió el año anterior era normal que tuviera miedo.

—Ven conmigo, solo voy a acercarme a uno de los cajones.

—¿Escuchaste los gritos anoche? No voy a moverme de aquí hasta que vuelva la luz.

—Susan, no podemos quedarnos aquí a oscuras sin hacer nada. A saber cuándo volverá.

Me obligué a controlar mi propio miedo. Si pasaba algo parecido a lo de

anoche, Susan no sabría qué hacer. Y menos si me desmayaba sobre mi propio vómito. Escuché su respiración asustada. En ese momento las luces comenzaron a parpadear. El rostro de mi amiga se iluminaba de forma intermitente. La encimera, con la comida a medio hacer y el cuchillo justo al lado habían adquirido un aspecto casi tétrico. Las luces de la mansión también parpadeaban. La brisa fría que antes se colaba por la ventana, se había transformado un viento algo más fuerte. Las ramas de los árboles crujían y unos gritos procedentes de la colina llegaban al pueblo.

Solté la mano de Susan y crucé la cocina.

—Iris. —Mi amiga fue tras de mí—. ¿Adónde vas? No me dejes aquí sola.

—Quédate aquí o vuelve a tu casa Susan. Tengo que ir a un sitio.

—¿A por tus padres? Puedo ir contigo, no me importa.

—No, es a otro sitio.

Llegué al vestíbulo, cogí una cazadora fina y salí al jardín en busca de mi bici.

—Iris, espera.

Las luces de las farolas se apagan y encendían mientras quitaba el candado.

—No voy a buscar a mis padres, voy a otro sitio.

—¡Iris! —exclamó, para llamar mi atención.

Pero no solté las llaves del candado hasta que no escuché como los coches que estaban aparcados a lo largo de la calle se ponían en marcha y las luces y los cláxones cobraron vida. Un grito desesperado procedente de la mansión se oyó hasta donde estábamos. Miré hacia la colina con el poco valor que había conseguido reunir. Me faltaba la daga, pero tenía que descubrir si aquello era obra de algún demonio o solo era la mansión.

—¿Vas a ir a la mansión? —preguntó horrorizada.

Me subí a la bici, dejando que el candado y las llaves cayeran al césped.

—Así es —respondí.

Salí a la carretera y pedaleé lo más rápido que mis piernas me dejaron.

CAPÍTULO CUATRO

Bradley Woodman estaba en la cocina preparando un biberón mientras a lo lejos escuchaba la televisión sin oírla. Estaba tan cansado que no prestaba atención a nada de lo que le rodeaba. Hacía un mes que había nacido su primer hijo y como todos los recién nacidos, lloraba durante toda la noche.

En cambio, su prometida, Charlotte, dormía tranquilamente en una habitación distinta, preparada para ella y para todas sus necesidades entre las cuales cuidar a su hijo no figuraba en ninguna línea. Y es que en ningún momento Charlotte había deseado tener un bebé. Todo había sido idea de Bradley, el cual desesperado por tener una luz guía en su familia, había convencido a su prometida con promesas de que estarían más unidos si había un niño entre ellos. Pero ni siquiera dar a luz a una nueva vida había cambiado la forma de pensar de Charlotte. Seguía tan reacia como el día en el que se enteró que esperaba un bebé. Bradley sabía que su prometida era una persona extrovertida, incluso llena de alegría. Fue eso lo que la atrajo de ella en un primer momento. Era divertida y siempre sonreía. Pero a medida que la relación avanzaba, se dio cuenta de que toda esa felicidad que la rodeaba era simple y llanamente una tonta idea: querer vivir la vida de una adolescente cuando realmente no lo era. Charlotte siempre andaba de arriba para abajo, intentando convencer a la gente de su alrededor con que había que vivir la vida antes de que nos marchitáramos, antes de que fuera demasiado tarde. Ir de viaje, esquiar, hacer paracaidismo, piragüismo y otras tantas cosas que supusieran un gasto exagerado de tiempo y dinero. Ese era el término de vivir la vida que Charlotte tenía en la mente

constantemente, olvidando que para hacer esas cosas antes hay que conseguir los medios necesarios. Por ejemplo, dinero.

Charlotte no trabajaba. Estaba tan convencida de que pronto su belleza se moriría que vivía la vida como si el mañana fuera el final. Nada de trabajo, solo disfrutar. ¿Y de dónde salía el dinero para sus eternas vacaciones? De la familia Woodman, por supuesto. Él pedía una y otra vez que se lo tomara con calma, que su familia había trabajado durante mucho tiempo, pero la preciosa Charlotte no escuchaba, y Bradley se sentía cada día peor. No entendía por qué razón su prometida se gastaba el dinero en objetos que eran exactamente igual que los que ya tenía. No comprendía por qué razón necesitaba cada año cinco biquinis diferentes y unos zapatos a juego con cada uno de ellos. Lo peor era que tenía los biquinis del año anterior olvidados en el fondo de un cajón, como si tuvieran alguna enfermedad contagiosa y no pudiera volver a ponérselos y, por supuesto, mucho menos donarlo a aquellos que de verdad lo necesitaban.

No. Charlotte podía ser guapa, extrovertida y llena de alegría, pero su felicidad no la compartía con lo demás. Ni siquiera con él y ahora mucho menos con su hijo.

Dejó el biberón lleno de leche sobre la encimera de la cocina y entró en el salón para coger en brazos a su hijo, Charles. Nunca había sido partidario de ponerle el nombre de un antecesor ya fallecido a una nueva vida, pero su abuela Margaret lo había convencido en los últimos momentos de su vida. Según sus ideales, alguien debería de llevar el nombre de un recuerdo y así había sido. Charles III Woodman. No sabía si a Charlotte le gustaba el nombre, pero tampoco se molestó en preguntarle, simplemente lo inscribió como tal sin pedir ninguna sugerencia. Aunque con la atención que su prometida le daba a su propio

hijo, dudaba que le importase.

Cogió a Charles en brazos y lo meció mientras caminaba hasta la cocina. No sabía cuál era la razón, pero su querido hijo no dejaba de llorar. Lloraba por la mañana, por la tarde y por la noche, cuando almorzaba o cenaba, cuando lo dejaba en la cuna, cuando lo ponía en el cochecito, cuando lo cogía en brazos. Era desesperante. Bradley sentía un profundo dolor en las sienes a causa de tanto llanto. Pero algo ocurría cuando salían fuera de aquella mansión. Cuando padre e hijo cruzaban el umbral de la puerta y se alejaban de aquel recinto, Charles solo gimoteaba. Cuando cruzaban la verja de entrada de la casa, Charles dejaba de llorar. Era entonces cuando dormía, comía, jugaba y sonreía. Empezaba a pensar que a su hijo no le gustaba aquella atmósfera, incluso se planteaba alquilar una pequeña casa si la finalidad era que su hijo pudiera tener una vida sana. Con Charles en los brazos, mirando aquel rostro desenchajado por el llanto y pensando en todas las atrocidades que habían ocurrido allí, comprendió que a su hijo no le faltaba razón. Aquella casa era horrible.

Había vivido allí desde que nació y aún recordaba las voces susurrantes que recorrían los pasillos durante la noche cuando de pequeño se tumbaba sobre su cama en un intento por dormir. Había escuchado golpes lejanos, gritos que procedían de otra frecuencia, ruidos extraños procedentes de algún lugar que él no llegaba a ver, incluso había escuchado algunos testimonios de los vecinos. Decían que algunas noches las chimeneas de los habitantes más cercanos a la mansión se encendían y el fuego gritaba. Parecía sacado de una película de terror, pero aquello era real. Aquella mansión estaba encantada. Sus antepasados la habían dividido por la mitad con el fin de que ambos pudieran poseer una parte diferente. Él había heredado el ala este, se había encargado de mantener

su parte en buen estado. Lo habría hecho de buen gusto con la otra parte, ya que él era el único heredero, la mansión era suya, pero por falta de dinero se centró en conservar solamente el lugar donde él había crecido.

Aun así el lugar era horrible. Lo había sido en el pasado y lo sería en el futuro. Y parecía que algo ocurría con los años, parecía que los fantasmas que la habitaban se enfadaban día tras día. Algo ocurría en el inframundo que los obligaba a volver, algo ocurría en el más allá para que cada vez hubiera más actividad paranormal.

Él lo sabía, hasta su hijo lo sentía.

Le acercó el biberón a Charles, el cual succionó dos veces y luego siguió llorando. Brad cerró los ojos, cansado, ya no sabía qué hacer. ¿Irse al parque a darle a comer a su hijo? Lo hacía durante los almuerzos, pero ya era tarde, las cenas siempre eran tardes. Si darle de comer era complicado, todavía lo era más dejarlo en la cuna. Había noches en las que no pegaba ojo y otras en la que caía rendido para después despertarse con un llanto que provocaba dolor en los tímpanos. Algunas noches movía la cuna hasta su habitación con el fin de estar junto a él, pero estar a su lado tampoco funcionaba. Ese fue uno de los motivos por el que Charlotte se fue a otra habitación.

Dejó el biberón sobre la encimera y comenzó a mecer a su hijo mientras paseaba por la casa. Sorprendentemente, Charles comenzó a tranquilizarse. A veces lo hacía cuando cambiaba de habitación. Lloraba en una, se relajaba en otra y se dormía en la siguiente. No sabía si era a causa la energía negativa o porque estaba tan cansado que ya nada importaba. Subió las escaleras, pisando cada peldaño como si de un meticuloso ladrón se tratase. Alcanzó su habitación y dejó con cuidado a Charles en la cuna, rogando que no se despertara a pesar de que sabía que lo haría dentro una hora, ya que apenas había probado bocado. Se

despertaría a causa del hambre.

Encajó la puerta y bajó las escaleras. Tenía un hambre atroz, pero estaba tan cansado que el sillón frente al televisor le parecía más atractivo que un plato de comida. Se acercó hasta él arrastrando los pies, exhausto por la falta de sueño. Se dejó caer en el sillón. El mando del televisor estaba sobre el brazo del sillón, así que solo tuvo que mover un dedo para encender aquel maldito aparato. Llevaba una semana que aquel televisor hacía lo que quería. Se apagaba cuando lo deseaba y se encendía cuando le apetecía. Incluso cambiaba los canales y subía y bajaba el volumen cuando le convenía. Aquella noche, en cambio, se encendió cuando apretó el botón del mando. Supuso que aquello era una buena señal. Se acomodó en el sofá y dejó los ojos fijos en la pantalla mientras sentía el calor que la chimenea desprendía. El calor que sentía bajo los párpados comenzaba a quemarle. Los cerró durante un momento o lo que creyó que lo sería, ya que cuando abrió los ojos el televisor estaba apagado y la temperatura había descendido un par de grados. Se levantó del sofá y cruzó el salón para irse a la cama, durante todo el recorrido no se percató de que el fuego se había apagado aun con leña sin consumir.

La puerta del salón se cerró de golpe y eso hizo que los vestigios del sueño ligero se disiparan. La temperatura del salón comenzó a bajar vertiginosamente, el vaho salió de su boca como si de invierno polar se tratase, sobre los cristales de las ventanas se formó una gruesa escarcha, el televisor se encendió y comenzó a pasar los canales, cada vez con el volumen más alto.

Brad miró en derredor y solo pensó en una cosa: salir de allí.

Cuando su manó tocó el pomo de la puerta, profirió un grito de dolor. El pomo ardía, estaba al rojo vivo y la temperatura cada vez descendía

más y más. De la chimenea salió un grito agudo que lo obligó a cubrirse los oídos con las manos. El suelo comenzó a temblar, precipitándolo al suelo. Los muebles temblaban, arrojando los objetos del interior contra el frío parqué. La lámpara de araña se balanceaba colgada del techo, como se hubiera movido si formara parte de un barco en mitad de una tormenta. Aquello parecía un terremoto, pero no lo era. Brad sabía que los terremotos no producían gritos en las chimeneas ni calor en el pomo de la puerta ni cambiaba los canales de la televisión. Lo que estaba ocurriendo en aquel momento era obra de aquella horrible mansión.

El grito cesó de golpe, dejando un vacío que gritaba incluso más que aquel chillido. El salón seguía temblando mientras que el televisor comenzaba a echar chispas. Se arrastró hasta él, estirando el brazo en un intento de evitar que aquel aparato lo electrocutase. Agarró el cable y le dio un tirón. El televisor se apagó. Solo entonces, a través de todo el ruido que envolvía el salón, el crujir de los muebles y el estrépito de los objetos cayendo, pudo escuchar el llanto de Charles.

Brad se puso en pie, tropezando. El pomo seguía incandescente. Se quitó el jersey que llevaba, se envolvió la mano y lo agarró sintiendo un tenue calor a través de la tela. Aquello no giraba, ni siquiera zarandeando la puerta. La temperatura del salón comenzó a subir. ¿O era el calor del pomo lo que sentía? Un ruido sordo, justo detrás de él, lo sobresaltó. La leña de la chimenea había salido disparada del hogar, como si se trataran de meteoritos incandescentes rozando con la atmósfera terrestre. Cayeron en diferentes partes del salón y las ascuas se convirtieron en fuego. El sofá comenzó a arder al igual que las cortinas, la alfombra se prendió, y en menos de un minuto el frío cortante que antes se había instalado a su alrededor había desaparecido consumido por el calor y el humo. Apenas se podía respirar.

Brad quitó el jersey del pomo y se lo llevó a la nariz y a la boca. Sabía que debía estar mojado para que hiciera de mascarilla, pero en aquel momento no tenía nada mejor que hacer. Entre toses observó el pomo. Estaba al rojo vivo y consumía las fibras de tejido que habían quedado adheridas. Cogió aire. Era mejor una quemadura que la propia muerte. Y su pequeño Charles necesitaba ayuda.

Rodeó el pomo con la mano profiriendo un grito de dolor. Sintió cómo la piel se quemaba y se separaba de su mano para unirse a aquel calor. Su cuerpo le pedía que soltara aquella cosa, pero su valentía lo hizo seguir. Con toda la fuerza que aún le quedaba a pesar de aquella quemadura, giró el pomo y tiró. La puerta fue cediendo poco a poco, parecía que alguien o algo tiraba en el sentido contrario. Cuando estuvo abierta lo suficiente como para que su cuerpo cupiera, colocó un pie delante de ella para aguantarla y paso el cuerpo poco a poco, intentando ignorar que la mano le ardía del calor. Soltó el pomo notando como la superficie de su piel se quedaba adherida al pomo. Gritó como nunca antes lo había hecho, incluso cuando cayó al suelo, fuera del salón, siguió profiriendo un llanto de dolor que le atravesaba los oídos. Era la primera vez que se escuchaba a sí mismo en aquellas circunstancias.

Dejó caer el jersey. Con una mano se sujetaba la muñeca de la otra y observó con horror la palma de su mano. Estaba en carne viva. La puerta del salón había vuelto a cerrarse y el humo del fuego salía por debajo de la puerta. Se puso en pie, acallando el dolor que gritaba, y corrió escaleras arriba en busca de Charles.

Las luces del pasillo parpadeaban y las puertas temblaban exactamente igual que lo hacía el salón. A través de las puertas pudo escuchar como los cristales de las ventanas y los objetos se hacían añicos. Hasta los apliques de luces que adornaban la pared estallaban. Los cuadros caían

de las paredes. Corrió lo más rápido que pudo hasta la puerta de su habitación. Estaba cerrada y temblaba como las demás. Agarró el pomo con la mano buena sin pensárselo dos veces. Le daba lo mismo si quemaba como si no. Abrió la puerta y vio a Charles en la cuna, llorando como nunca antes lo había hecho. Los muebles de la habitación estaban tumbados, los cajones rotos, las ropas hecha girones, los cuadros volcados y la ventana rota. Un frío intenso entraba a través de ella.

Alcanzó la cuna en pasos largos y agarró a Charles envolviéndolo en una manta. Cuando lo tuvo bien sujeto y lo agarró con seguridad pero sin apretar, la puerta se cerró de golpe. Todo lo que estaba en el suelo comenzó a levitar y al segundo siguiente los objetos volaban en todas direcciones. Se agachó para esquivar un libro, se movió a la derecha para evitar un cristal, pero no pudo hacer nada con los resto de un cajón que viajó precipitadamente hacia su cabeza. Sintió un golpe en la nuca. La gravedad lo arrastró hasta el suelo. Charles aún lloraba en sus brazos mientras él perdía la conciencia poco a poco. Todo fue tornándose oscuro, pero no lo suficientemente rápido como para no ver los zapatos oscuros de una mujer.

* * *

Pedaleé lo más rápido que mis piernas me dejaron. Las farolas se habían apagado, sumiendo al pueblo en una oscuridad absoluta, a excepción del parpadeo de los faros de los coches, que iluminaban la calle de forma intermitente, y de la luz de mi bicicleta, que iluminaba poco pero de forma constante.

Salí del pueblo y tomé la carretera que llevaba a la mansión. Estaba oscuro como boca de lobo. El cielo nublado ocultaba la luz de la luna y solo unos tenues rayos conseguían escapar a tal opacidad. Los árboles, oscuros y altos, se cernían sobre el camino como gigantes, y la carretera

se perdía entre ellos como una serpiente en la selva. Me dolían las piernas de pedalear cuesta arriba, pero era peor ir caminando. Tardaría más y me arriesgaba a dejarme llevar por el miedo y la oscuridad.

Un coche pasó junto a mí. Sus faros aún se apagaban y encendían, a diferencia de la luz de mi bici. Al parecer los hechos paranormales no interferían en las luces dinamo.

Finalmente llegué a la última curva. Unas luces rojas, azules y naranjas hicieron que me detuvieran a mirar. Las rodillas me dolían, así que me bajé de la bici y anduve el último tramo a pie. Había varios coches aparcados en el arcén y, un poco más allá, algunas personas se habían congregado a mirar de lejos la mansión. Arrastrando la bicicleta me coloqué detrás de la gente, casi en la linde del bosque, ya que no quería llamar la atención. Una cinta de seguridad marcaba el perímetro junto con un par de coches de policías. Un camión de bomberos y un par de ambulancias estaban aparcadas en el interior del perímetro. Los paramédicos atendían a un bebé, mientras que los bomberos intentaban sin éxito apagar el fuego que consumía la parte baja del ala habitada de la mansión.

Aquello no me gustaba en absoluto. Aquella imagen se asemejaba mucho a lo ocurrido en la casa del señor Castle. Era demasiado para un simple fantasma.

Un crujido entre la maleza me sobresaltó. Miré por encima del hombro, intentando discernir en la oscuridad lo que podía haber sido. Un animal, quizá. O simplemente era lo que me decía a mí misma para no sentir el miedo que sentí el día del incidente. Desde aquella mañana le había cogido cierto temor a los bosques.

—Eres un imbécil —dijo una conocida voz.

Sophie salió de entre los árboles, con el ceño fruncido y con cara de

muy pocos amigos. Dos segundos después salió Peter, con cara cansada y pensativa. No me sorprendí. Tampoco me pregunté qué era lo que hacían ahí. Sophie se alejó de él y pasó por mi lado sin poder tener la boca cerrada:

—¿Se puede saber qué miras? —Acto seguido siguió caminando sin esperar respuesta.

Puse los ojos en blanco. Volví a mirar hacia la mansión. Los bomberos llevaban el cuerpo de un hombre y los paramédicos acercaron una camilla para que tumbaran el cuerpo inconsciente. Su piel estaba sucia y llena de hollín, una de sus manos estaba en carne viva. Le pusieron una mascarilla y lo llevaron hasta la ambulancia.

—¡Iris! —exclamó una conocida voz.

Miré hacia el lugar del que provenía. Mi padre se habría pasado entre la gente para llegar hasta a mí. Sentí un ligero nerviosismo en el estómago. Se suponía que debía estar en casa con Susan y no aquí. Tragué saliva.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me preguntó una vez estuvo frente a mí.

—Yo...

—Fue cosa mía —dijo otra voz—. La convencí para que viniera.

Miré hacia mi izquierda. Peter se había acercado hasta nosotros, prácticamente rozaba su brazo con el mío. Sonreía a mi padre con soltura y amabilidad. Elevé una ceja en dirección a Peter. No terminaba de creerme lo que estaba ocurriendo.

—¿Y tú eres...?

—Peter Hault, un placer conocerlo, señor Miller. —Le tendió una mano, que mi padre estrechó indeciso. Lo más probable era que su cerebro estuviera echando chispas al intentar procesar todo aquello.

—¿Eres amigo de Joe?

—Así es. Siento si su hija le ha desobedecido, pero ha sido mi culpa. Yo la convencí para que viniera.

Lo observó durante varios cortos segundos y luego volvió su atención a mí.

—¿Dónde está Susan?

—En casa —respondí—. Solo hemos venido un momento, ya volvíamos.

—No te quiero por aquí, Iris —me dijo con más autoridad de policía que de padre—. Te quiero en casa.

Asentí.

—Ahora —ordenó para que me fuera en ese mismo momento. Me sentí avergonzada.

Agarré el manillar de la bici, algo más fuerte de lo normal, y me giré para marcharme. Detrás de mí escuche los pasos de Peter. Cuando me hube alejado, miré por encima de mi hombro y observé que mi padre se había marchado. Solo entonces miré a Hault con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Solo pretendía ayudarte. No ha ido tan mal.

Le miré con aire sorprendido.

—Era mi problema, Hault. Además, ¿no tendrías que haberte ido con tu novia?

—Primero: puede que fuera tu problema, pero te debía una. Segundo: nunca ha sido mi novia, y lo sabes.

Moví la cabeza para apartar pensamientos inútiles. Nunca terminaría de comprender a Peter.

—Yo no te he pedido nada. Aunque si tuviera que pedirte algo, sería que me ahorraras el trabajo de borrarame del equipo de animadoras. No me he apuntado aún, pero las chicas están tan sorprendidas (esto lo digo con sarcasmo porque quieren hacerme la vida imposible) que me han

estado tomando medidas para conseguirme un uniforme. Casi me adornan como a un pavo de Navidad.

Sonrió.

—Las chicas nunca te permitirán entrar, Iris. Y tú tampoco quieres estar allí, así que no te costará evitar la situación. Pero sí te voy a decir algo: probablemente estarán confeccionando alguna prenda de tu talla para ridiculizarte.

—Como si fuera a ponérmela. ¿Crees que soy imbécil?

—No lo creo en absoluto.

—Si se han tomado la libertad de apuntarme, borra mi nombre —le advertí.

Fue a responder, pero su rostro quedó congelado en el tiempo. Un súbito mareo se instaló en la base de mi cráneo. Las personas que estaban congregadas se movían lentamente, a cámara lenta. Las llamas fulgían despacio y consumían las paredes de la mansión acariciándolas. Las luces de emergencias brillaban más que nunca.

Sentí fatiga y un ligero desvanecimiento cuando en una de las ventanas del piso superior una sombra oscura comenzó a tomar forma. Por un segundo pensé que aquello era un demonio, pero cuando su forma se hizo visible por completo lo que quedó a mi vista fue el alma de Charles II Woodman.

Al segundo siguiente, desapareció. Mis piernas fallaron y la gravedad hizo el resto.

—¡Iris! —exclamó Peter, sosteniéndome a tiempo—. ¿Te encuentras bien?

Abrí los ojos como pude y tragué saliva. No quería vomitar allí mismo.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido un pequeño mareo.

—Tienes muy mal color. Y estás más delgada que este verano. ¿Quieres

que avise a tu padre?

—¡No! —exclamé, era lo último que quería. No tenía fuerzas suficientes para aguantar otra pequeña bronca.

—De acuerdo, de acuerdo —hizo una pausa, pensativo—. Entonces será mejor que te lleve a tu casa.

Me apartó del lado de la bici y se subió sin pedirme permiso. Luego me miró y me hizo una seña para que me sentara sobre la barra que unía el sillín y el manillar. No me gustaba para nada aquella idea, pero me sentía tan débil que supe que pedalear o caminar no era una buena opción. Había un buen trecho hasta mi casa.

Observé una vez más la mansión y me pregunté qué era lo que habría ocurrido. Ver a Charles Woodman en una de las ventanas había abierto un montón de preguntas sin respuestas.

—Iris —me avisó Peter—, vamos. No quiero que te desmayes aquí en medio.

Asentí y me senté sobre la barra lo mejor que pude. Era dolorosamente incómoda. Con una mano me sostuve en el manillar y apoyé la espalda en el brazo de Peter. Descansé los párpados y sentí cómo la bicicleta se movía en un suave descenso.

CAPÍTULO CINCO

Un suave y frío viento me acariciaba el rostro. La barra donde estaba sentada era endemoniadamente incómoda, pero el calor que desprendía el respaldo humano en el que estaba apoyada era realmente reconfortante.

Me odié por pensar algo así.

Cuando salimos de la carretera que unía la mansión con el resto del pueblo, sentí un ligero frío sobre los hombros. El estómago se me encogió al comprobar que las luces de las farolas seguían apagadas y que el pueblo entero, hogares incluidos, estaba sumido en una completa oscuridad. Algunas casas desprendían una tenue luz de velas a través de las ventanas y los vecinos que se habían atrevido a salir a la calle, se movían con linternas en la mano.

—¿Puedes ir un poco más despacio? No me encuentro muy bien — confesé, sintiendo un pequeño ardor de estómago. Sentía el ácido subir.

Hoult aminoró la marcha. Lo último que quería era echar el contenido de mi estómago delante de él.

—¿Qué crees que ha pasado en la mansión? —preguntó.

Me fui a mover algo inquieta, pero recordé que probablemente acomodarme no era la mejor solución.

—No lo sé —respondí—. ¿Sabes una cosa? Eres de lo más extraño. El año pasado apenas me dirigías la palabra a no ser que quisieras guerra. Y después de Navidad decidiste hacerme la vida imposible con tus amigos. Pintabais mi mesa, mi taquilla, me dejabais notas asquerosas, obscenas e insultantes en el interior de mi taquilla, de hecho tuve que colocar una mosquitera por el interior de la rejilla de la puerta para que pararais.

Cuchicheabais de mí, sobre todo tu novia. Os metáis con Susan y conmigo, no pienses que no sé vuestros comentarios. ¿Y ahora vienes con esa amabilidad desbordante a causa de que te ayudé cuando debería no haberlo hecho? Debería de haber dejado que tus fans descubrieran que en realidad eres capaz de llorar.

—No es mi novia —me corrigió.

—Bla, bla, bla. —Guardé silencio esperando una respuesta, pero no dijo nada, así que volví a la carga—. ¿Qué es lo que quieres?

—Solo intento ser amable.

—Tú no eres amable. Eso es imposible.

Sonrió. Entramos en nuestra zona residencial y condujo la bici cada vez más despacio. No sabía si era porque estaba cansado o porque no quería llegar. ¡Qué estupidez pensar en eso último! Cuando llegamos al cruce que separaba nuestros caminos le dije que se detuviera. A partir de ese punto podía llegar yo sola, sobre todo porque no quería que Susan me viera llegar con él.

Detuvo la bici y me bajé de la incómoda barra. Aún sentía algo de fatiga, pero al menos el mareo había desaparecido. Peter se bajó de la bici y me la devolvió ofreciéndome el manillar.

—Solo quiero ser amable —me dijo con un tono suave—. Sé que el año pasado las cosas se complicaron después del incidente con aquella cosa que apareció en el cielo. La gente se volvió más paranoica que de costumbre y más susceptible. No querían a gente nueva aquí y después de lo ocurrido con las taquillas y que casi todo el pueblo sabe que estuviste con Joe en el bosque aquella mañana...

Al escuchar su comentario sobre el demonio sentí que mi corazón se saltaba un latido. Ni quería ni me apetecía coger por ese camino. Sabía que no había salida por ese lugar.

—Bueno, ya no soy nueva.

—Siempre serás la nueva, Iris. Fuiste la última en llegar.

—Eres bastante amable al decirme que nunca me dejaran en paz.

Sonrió con cierta tristeza. En aquel momento pareció que la temperatura bajaba un par de grados. Las farolas volvieron a encenderse para luego volver a apagarse. Los faros de algunos coches que estaban aparcados se encendieron y apagaron intermitentemente. El vaho comenzó a salir de nuestras bocas y vi que Peter miraba algo por encima de mi hombro. Me giré para observar lo que era y sentí que el suelo se abría bajo mis pies cuando me percaté de que el parabrisas del coche estaba cubierto de escarcha. Una ligera niebla comenzó a formarse en las calles. A lo lejos aún se veía el fulgor del fuego que consumía la mansión. La poca gente que estaba fuera de sus casas corrieron a refugiarse.

—Será mejor que me vaya a mi casa —alcancé a decir.

—Te acompañaré.

—No —rebatí dando un paso atrás—. Es mejor que tú te vayas a la tuya. Hoy la noche promete ser... ¿extraña?

Asintió sin mucha convicción. Su rostro dejó traslucir que quería decirme algo, pero lo guardó en su interior y se giró para alejarse de mí.

—Peter —lo llamé sin estar del todo convencida—, ten cuidado.

—Tú también, Iris.

Se alejó hasta perderse en la niebla que cada vez era más espesa. Agarré el manillar de mi bici y caminé lo más rápido que pude y con seguridad hasta mi casa. Dejé la bicicleta en el jardín delantero, sin detenerme a ponerle el candado. Subí los escalones del porche y entre al interior de mi hogar.

—¡Susan! —la llamé, pero me detuve cuando escuché otra voz.

—Estamos aquí, Iris.

Entré en el salón mordiéndome el interior del labio. Sabía que iba a caerme una buena por haberme ido de allí y haber dejado a Susan sola en mi casa. Para empezar por parte de mi padre, ahora por parte de mi madre. Me regañé mentalmente por no preguntarme a mí misma dónde estaba mi madre si mi padre había acudido a una emergencia.

—Nos hemos comido tu parte de la pizza. —Me sonrió Susan.

—¿No tienes nada que decirle a tu amiga, Iris? —me advirtió mi madre.

—Sí. —Tomé aire, una disculpa era la única opción que podía tomar. Sus rostros estaban expectantes bajo el juego de luces y sombras que el fuego de la chimenea arrojaba—. Lo siento mucho, Susan, fue descortés por mi parte irme y dejarte aquí sola.

—Te perdono, amiga mía, pero solo con la condición de que me cuentes todo lo que has visto.

Me hicieron un hueco en el sofá. No supe qué hacer. Mi madre sabía mi secreto; Susan no. Así que tendría que limitarme solo a lo que fuera visible para todo el mundo. Tomé asiento y comencé a contar que parte de la mansión estaba ardiendo todavía, que el señor Woodman estaba malherido y que su hijo también. Que los bomberos intentaban apagar el fuego, que la policía, incluido mi padre, estaban controlando la situación, y que muchos vecinos se habían acercado para ver lo ocurrido.

—Deberías de haber venido, Susan.

—Ni hablar. Estoy empezando a cogerle miedo y tirria a este pueblo.

—¿Habéis visto eso? —nos preguntó mi madre mientras se levantaba del sofá, para luego acercarse con cautela a la ventana del salón.

El cristal estaba cubierto de escarcha, pero solo parcialmente. Por la parte que estaba solo cubierto de humedad podía apreciarse la espesa niebla que enterraba la calle. Apenas podía verse la casa de enfrente. Los árboles arrojaban grandes sombras sobre el cielo, las luces aún estaban

apagadas y solo se lograba discernir algo gracias a las luces de las ventanas.

Las alarmas de los coches cortaron el silencio de la noche. Un ligero temblor sacudió la casa, comenzando por el techo y recorriendo las paredes hasta llegar al suelo. Algunos cuadros cayeron sobre parqué. Todo temblaba como si se tratara de un terremoto. Las velas y el fuego de la chimenea se apagaron sumiendo todo en una oscuridad total. Las casas vecinas quedaron a oscuras.

Wood Pine quedó inmerso en un silencio roto por el ruido del temblor, cubierto de niebla y sin alguna luz que diera calor.

* * *

A la mañana siguiente hacía una humedad terrible. El suelo estaba mojado y las gotas de agua que se precipitaban en el suelo formaban pequeños charcos junto al bordillo de la acera. El césped estaba húmedo y grandes gotas de rocío caían de las ramas de los árboles. Los coches estaban mojados y las gotas de agua que caían sobre los cristales dejaban surcos que borraban los anteriores.

El temblor de la noche anterior se detuvo casi al minuto de haber empezado. La luz, en cambio, aún no había vuelto. Mi madre había tenido que tirar comida del refrigerador. Supuse que todo el mundo lo habría hecho. Después de que el suelo dejara de vibrar Susan decidió marcharse a su casa. A pesar de que estaba su madre con el nuevo novio, no quiso que su abuela se quedara sola con ellos en un momento como aquel. Encendimos velas y, nuevamente, la chimenea. Hacía tanta humedad que el frío se sentía al tocar los cristales de las ventanas. Estaban empañados y gotas de agua recorrían su superficie. Decidimos dormir juntas aquella noche en el salón, cada una en un sofá, abrigadas por el calor que desprendía el fuego y deseando que aquellos horripilantes gritos no

volvieran a escucharse.

Y así fue.

Cuando despertamos la humedad seguía bañando el pueblo y mi madre tiraba algunas cosas del frigorífico.

—No quiero que vuelvas a salir sola en mitad de la noche y dejando a tu mejor amiga abandonada —me dijo, casi en un tono de regañina, aunque a decir verdad estaba evitando reñirme—. La pobre estaba muy asustada cuando llegué.

—Lo siento.

—¿Cómo se te ocurrió ir a la mansión teniendo en cuenta lo que te pasó en el bosque?

Me encogí de hombros. Supuse que se llamaba valentía o quizá inconsciencia.

—Quería saber qué era lo que ocurría.

—Iris, no me gustó lo que pasó el año pasado y tampoco me gusta lo que está pasando ahora. Así que te quiero lejos de cualquier cosa paranormal, ¿entendido?

Asentí con falsa convicción. No iba a alejarme en absoluto.

Me senté a la mesa y me serví cereales con leche a temperatura ambiente. La falta de luz me impedía calentarla.

—¿Qué vamos a almorzar hoy si no tenemos luz? —quise saber.

—Aún estoy pensando en ello.

El timbre de la puerta rompió el constante ruido de mi madre moviéndose por la cocina.

—¿Puedes abrir la puerta? —me preguntó mi madre.

Una Susan bastante nerviosa me sonrió forzosamente cuando abrí la puerta.

—¿Estás haciendo algo importante?

—Desayunando.

—Necesito salir a dar una vuelta.

Asentí. Le dije que pasara y nos sentamos a la mesa. Mientras yo desayunaba, ella charlaba con mi madre de lo ocurrido durante la noche. Ambas estaban asustadas, pero mi madre en un modo diferente. Supuse que por ser mi madre veía las cosas de una manera distinta. El miedo por perder a un hijo en algo que siempre se había ignorado deliberadamente era atroz.

Me terminé el desayuno y salimos. Decidimos andar en vez de coger el coche, ya que Susan temía que algo paranormal ocurriera sobre el motor y no pudiera controlarlo. Caminamos sin salirnos de la zona residencial.

—Mi madre y su novio van a quedarse más tiempo.

No supe qué decir, era un tema algo sensible para ella.

—No quiero que esté allí. Es como si lo estuvieran estropeando todo. Fuman maría, ¿sabes? El olor magdalenas recién horneadas se ha evaporado. Ahora hay un olor rancio pegado a las paredes. El sofá tiene quemaduras de cigarrillos. Se han apoderado del mando del televisor. Mi abuela se ha recluso en su cuarto, incluso le ha puesto una cerradura a la puerta de mi habitación para que ellos no entren cuando yo no estoy.

Sentí lástima por ellas. La abuela de Susan era una mujer pacífica. No entendía cómo era posible que la madre de Susan fuera así teniendo en cuenta el entorno en el que había crecido. También sentí compasión por su casa. Después de que aquel demonio atacara a Susan en su propio salón y cocina, su tío las había ayudado a comprar todo el mobiliario que había quedado destrozado. Supuse que ahora los muebles estaban en peores condiciones que cuando el demonio se dedicó a pasárselo bien tirando los cuadros sobre la cabeza de mi amiga.

—Siento mucho oír todo eso, Susan. Si hay algo que pueda hacer, no

dudes en pedírmelo.

—En realidad de eso quería hablar contigo. —Guardó silencio durante unos segundos, maquinando las palabras y enlazándolas para crear una frase cortés y educada—. Mi abuela me ha pedido, casi obligado, que pida refugio en tu casa. Dice que no quiere que esté en un ambiente así. Al menos durante un tiempo, ya que dudo que se vayan en los próximos meses.

—Susan, no hace falta ni que lo digas, sabes que puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que necesites.

Sonrió tristemente.

—Lo sé, el problema es que no quiero dejar a mi abuela sola en aquella jungla. No te imaginas lo que se escucha por las noches...

Apreté los labios. Aquello sí que era incómodo.

—Bueno, podemos hacer algo. Invita a tu abuela a mi casa siempre que quieras.

—Eso es meter los problemas en casa ajena, Iris. No creo que mi abuela esté de acuerdo.

—¿Y tú tío? ¿No puede ayudarla?

—Sí, claro que sí. El problema es... ¿le deja la casa tal cual? A mi abuela le gusta vivir aquí. Le gusta Wood Pine y todos sus sucesos paranormales. ¿Por qué se tiene que ir? Está claro que la que sobra es mi madre.

Caminamos unos metros sin decir palabra. No podía darle una solución porque ella tenía razón.

—Quédate en mi casa, Susan. El tiempo que necesites.

—Gracias.

Se detuvo para abrazarme. Habíamos dado la vuelta a casi toda la manzana y nuestras casas se veían a unos cien metros de distancia. La humedad había mojado nuestras cabezas, parecía que habíamos salido de

la ducha hacía solo unos minutos.

—¿Crees que esta humedad se irá en algún momento?

—Espero que sí.

Y lo esperaba de verdad. Aquello me gustaba cada vez menos.

—¿Quién es ese? —preguntó Susan, mirando hacia mi casa.

Un hombre se dirigía hacia la puerta, pero se detuvo frente a los escalones del porche y dejó algo en el suelo. Sentí que mi corazón se aceleraba. Un segundo después, el hombre se alejó por el camino de entrada, se subió a un coche negro y se marchó.

—Ha dejado algo frente a la puerta de tu casa —dijo Susan, más para procesar la información que para marcar lo evidente—. ¿Lo conoces?

Negué con la cabeza en vez de mediar palabra. Mi cerebro iba a mil por hora. No sabía con seguridad lo que había dejado en el suelo, pero temía que mis cavilaciones fueran ciertas.

—Vete a casa, Susan —le aconsejé mientras me alejaba—. Tengo algo que hacer. Luego nos vemos y gracias por la vuelta.

Corrí hacia mi casa, cogí del suelo lo que aquel hombre había dejado y entré en el vestíbulo. Saludé a mi madre con un simple "hola" y me encaminé hacia mi habitación. Era un nuevo periódico, justo como me temía. Lo desdoblé para ver qué noticia había marcado aquel hombre con rotulador rojo: "¿Fantasmas o vandalismo?". Ese fue el titular del artículo que hacía un año había llenado la primera página. Cuando las taquillas del instituto estallaron causando un gran destrozo, me acusaron de vandalismo, pero el periódico quiso darle, al parecer, un toque paranormal. Teniendo en cuenta donde vivíamos era completamente lógico. No vi el artículo en su día, sin embargo, ahora lo tenía delante, después de un año. Ya era el segundo periódico que dejaban frente a la puerta de mi casa. Podría decir que me inquietaba, pero en realidad no

tanto como antes. Ahora no iba a ciegas. Ahora sabía que era un hombre y no un niño, adolescente o mujer, el que me dejaba aquel regalo frente a la puerta. Ahora sabía cuál era su coche.

Ahora empezaba mi búsqueda.

CAPÍTULO SEIS

Mi cuerpo entero sudaba. Parecía que estaba en el interior de un horno inmenso y la resistencia, incandescente y caliente, me quemaba la piel. La temperatura subía constantemente y en mi piel se levantaban ampollas. Aquel demonio me exprimía la vida, pero algo fuerte y cálido me fortalecía el interior. Mi mano estaba sobre la cabeza de aquel ser, mi piel comenzaba a calcinarse, aquella cosa expulsaba un calor sofocante, aquello dejó de ser un horno para convertirse en un infierno cargado de dolor. Luces blancas brotaron del interior del demonio. Poco a poco fue resquebrajándose. Grandes grietas se abrieron en su piel y dejaron escapar una luz roja, como si del interior surgiera lava incandescente. Parecía que todo llegaba a su fin, pero a medida que él se consumía mi cuerpo agonizaba. Caí sobre la tierra calcinada cuando aquel monstruo estalló frente a mí, envolviéndome en una nube de fuego y calor. Mi mano yacía frente a mi rostro, quemada por completo. Después de unos segundos mi piel mudó, expulsando al exterior, como si se tratara de cáscaras, aquellas horribles quemaduras. Bajo ellas la piel lucía un color sano. Mis pulmones volvieron a inspirar. Me puse en pie a duras penas, con el deseo creciente de querer salir de allí cuanto antes, pero mi sueño se vio interrumpido por algo que era exactamente igual que lo que acababa de vencer.

Otra sombra se encontraba frente a mí.

Me desperté sobresaltada. Mi cuerpo entero estaba bañado en sudor y mi corazón latía a un ritmo desorbitante, golpeándome el esternón con cada latido. Respiré profundamente varias veces y extendí el brazo para encender la lamparita que estaba sobre la mesilla de noche.

—Hola

Me giré rápidamente. La Mujer de Blanco estaba sentada a los pies de la cama. Me miraba con preocupación a pesar de sus ojos estaban algo más vacíos que antes. Le noté algo extraño.

—Me has asustado —le dije, llevándome una mano al pecho.

—Lo siento.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te pasó aquel día en el bosque? ¿Por qué no has aparecido cuando yo te he llamado?

Las preguntas salían de mi boca sin freno. Elevó una mano como gesto para que me detuviera.

—Estoy bien, Iris. No tienes que preocuparte por mí.

—Joe se marchó. Se fue sin decirme lo que vio aquel día. ¿Sabes lo que eso significa? Que necesito saber a qué me enfrento, Joe me pone muy nerviosa. Es impredecible y lo sabes. Tú estuviste allí ese día, recuerdo que te vi. ¿Qué ocurrió?

—Sé que Joe se marchó. Me encantaría poder decirte más, pero no... — hizo una pausa, como intentando coger aire—, no puedo contarte más. Solo ten cuidado y no te fíes de Joe.

—¿Y me lo dices ahora, después de que prácticamente le confiara mi secreto? Me vio, estuvo en el bosque.

—Era inevitable, Iris. Tenía que ocurrir.

—¿Te refieres a lo del bosque?

—Todo.

—¿Lo de Fredd también?

Guardó silencio durante unos largos segundos. Luego abrió los labios con cierta dificultad, como si tuviera la boca seca.

—Tengo que marcharme, pero no olvides que siempre estaré pendiente de ti.

—Pero todavía tengo muchas preguntas pendientes...

—No puedo —sentenció débilmente, mientras desaparecía poco a poco.

—¡Espera! —la detuve—. ¿Volveré a verte pronto?

—Haré todo lo posible porque así sea —me alentó con voz suave.

Se marchó dejando una estela templada tras ella. Siempre había sentido calidez cuando se marchaba y otras veces frío. Ahora era una mezcla extraña.

Volví a tumbarme en la cama, pensativa. Hacía meses que no la veía, que no hablaba con ella. La había echado muchísimo de menos, había sido siempre como una hermana para mí. Siempre pendiente, siempre cuidándome, siempre reluciente. Ahora estaba ausente y... débil. ¿Por qué estaba tan frágil? ¿Qué había ocurrido? Recordaba fragmentos que normalmente soñaba cada dos por tres, recordaba que maté a aquel demonio. Pero no recordaba como llegué a hacerlo con exactitud. ¿Morí realmente?

Me debatía entre pensamientos que no me dejaban conciliar el sueño. Cerré los ojos, los abrí, cambié de postura. Solo cuando los párpados cedieron bajo el peso del sueño me percaté de qué era lo extraño que rodeaba a La Mujer de Blanco. El halo que siempre la había envuelto ya no estaba.

* * *

Terminé de atarme los cordones y comencé a ponerme mi abrigo. Había quedado con Susan esa misma mañana para ir al centro comercial y comer en algún restaurante de comida rápida. Mi amiga necesitaba salir de su casa y despejarse, y yo quería ayudarla en todo lo posible. La noche anterior mi madre me dio permiso para que Susan se mudara con nosotros si ella lo deseaba, el único "pero" que me impuso fue que no

hablara con fantasmas. La comprendía en ese aspecto.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras. La electricidad había vuelto, en cambio, la humedad aún no se había marchado. A decir verdad, dudaba que lo hiciera. Aquello era como estar junto al mar en pleno invierno. Salías a la calle y volvías con la ropa y el pelo fríos y húmedos. Sin embargo, no hacía mucho frío. A pesar de todo, la gente se colocaba el abrigo para impedir mojarse y que la humedad calara hasta los huesos. Yo había optado por ponerme mi abrigo impermeable.

Un claxon sonó fuera. Susan me llamaba, probablemente con el deseo de salir de aquella zona residencial lo más rápido posible.

—Abrígate bien, Iris. No quiero que cojas un resfriado.

Mi madre me colocó la capucha del abrigo sobre la cabeza, no pudo evitar resistirse.

—Voy en coche, no me mojaré —rebatí.

Me besó en la mejilla y hui de tal cariño ante la sorpresa. Mi madre estaba cambiando mucho. Supuse que para bien, aunque me hiciera sentir un poco fuera de lugar. Subí al coche y Susan arrancó sin que me diera tiempo colocarme el cinturón de seguridad.

—Bueno días —la saludé con cierto sarcasmo.

—Lo siento, es que hoy no es mi día.

—Últimamente nunca lo es. Cosa que comprendo, no te lo digo con sarcasmo.

—Lo sé, es que estoy muy cansada de todo. Hasta ahora han estado durmiendo en un colchón hinchable en el salón por falta de sitio. ¿Y sabes qué? Se han enterado que me voy a tu casa y quieren usar mi habitación como nido de amor. Mi abuela ha decidido mudarse a mi cuarto y ceder el suyo para ellos.

—Y supongo que eso te molesta, como es normal.

—No es porque mi abuela haya cedido, Iris. Es porque poco a poco están cogiendo terreno y no quiero que llegue el día en que echen a mi abuela. Creo que voy a llamar a mi tío. Alguna solución a largo plazo tiene que haber.

Conducía con cuidado debido a la humedad. El suelo estaba tan mojado que las ruedas de los coches patinaban. En realidad era algo que agradecía. A Susan no se le daba bien conducir y el suelo mojado le regalaba cierta prudencia a la hora de conducir más rápido de lo que en realidad deseaba.

Miré el cielo a través de la ventanilla. El día anterior las nubes habían cubierto el cielo, coloreando a Wood Pine con cierto tono gris. Hoy, en cambio, las nubes comenzaban a dispersarse y dejaban entrever un cielo azul cálido. Parecía que la actividad paranormal estaba remitiendo. Este tipo de cosas hacía que me preguntara a mí misma si ver más allá no asustaba a la gente. Estos habitantes estaban acostumbrados a ver este tipo de cosas, ¿por qué iban a asustarse de alguien que podía ver fantasmas? Aun así me aterrorizaba que la gente me conociera por algo así. Esa idea no me parecía atractiva.

—Creo que ir al centro comercial es buena idea —me dijo, cambiando de tema. Supuse que le hacía falta otro tema de conversación—. ¿Puedo preguntarte algo?

No me gustaba cómo sonaba eso. Cuando una persona te preguntaba si podía hacerte una pregunta era porque quería preguntar algo imprudente. Agradecí que poco a poco nos fuéramos acercando al centro comercial.

—Claro.

—¿Qué crees que pasó aquella noche en la mansión? Es decir, sé que fue algo paranormal, como todo en Wood Pine, pero es que nunca había

ocurrido algo así en la mansión. Parecía que se había... ¿desbordado?

—Solo llevo aquí un año, Susan. El año anterior no escuché nada a través de la chimenea, aunque las cosas que pasaron en el pueblo fueron extrañas. Creía que siempre habían ocurrido cosas así.

—Sí, pero no tan grandes. Más bien cosas aisladas y pequeñas.

—¿Crees que le pasó algo a Bradley Woodman y a su hijo?

—Según me he enterado tiene una conmoción y está ingresado. Su hijo está bien.

—¿Y su novia?

—Al parecer esa noche no estaba en la mansión. Ahora está cuidando a su hijo en el motel que hay junto al parque.

—Es decir, que no han vuelto a la mansión.

—¿Quién querría volver ahí, Iris? A mí me costó horrores volver a mi casa.

—Supongo que tienes razón.

Guardó silencio durante largos segundos, con expresión pensativa.

—¿Es cierto el rumor que he oído? —preguntó.

Tragué saliva, no me iba a gustar en absoluto aquella pregunta.

—¿Es cierto que al final te vas a apuntar como animadora? Sé que me dijiste que era una broma, pero quizá has cambiado de opinión.

—No, no voy a ser animadora. Es solo un falso rumor. Era una broma. Ya sabes cómo son en los pasillos.

Un frenazo en seco con el sonido de un golpe me sacó de mis pensamientos. Susan gritó a mi lado. El coche había descendido por una cuesta, mejor dicho resbaladiza cuesta, para luego tomar una curva a la derecha. Susan había pisado el acelerador, o quizá había sido acción de gravedad por ir cuesta abajo. El coche había cogido velocidad y al girar había atropellado a un peatón que cruzaba en ese momento. El cuerpo

había caído sobre el capó del coche para luego resbalarse hasta el suelo.

Miré a Susan tan sorprendida que las palabras se atascaron en mi garganta. La gente miraba la situación desde la lejanía, nadie se acercaba.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿qué he hecho? —se lamentó.

—Acabas de atropellar a alguien.

Se bajó del coche tan rápido como sus nerviosas piernas le permitieron. Yo la imité. Corrí hacia la parte delantera del coche y miré hacia el suelo. Un joven, de unos veintitrés años, estaba sobre un lado, con un brazo apoyado en el suelo y el otro sobre la cadera. Se quejaba con los labios apretados. Tenía un corte sobre la ceja izquierda.

—No sabe cuánto lo siento —se disculpó Susan, más aterrorizada que arrepentida.

La gente que caminaba por la calle había comenzado a acercarse a nosotros.

—Será mejor llames a una ambulancia, chica —dijo un hombre mayor, que se había detenido a mirar el espectáculo, apoyado sobre un bastón y con expresión risueña. Al parecer aquello era gracioso.

—No, nada de ambulancia —sentenció Susan.

La miré sorprendida mientras que el joven que estaba tirado sobre la calzada la miró con miedo y locura.

—Lo llevaré yo, es mucho más rápido.

—Susan, no es buena idea. Moverlo puede agravar la situación.

—¿Sabes lo que cuesta una ambulancia?

Preferí callarme. Se agachó para mover al joven, que negaba repetidas veces con la cabeza y rogaba en un murmullo que no lo movieran. Al girarse le vi el rostro. Me resultó conocido.

—Iris, ayúdame —me rogó Susan—. Lo acostaremos atrás.

Me acerqué al coche y abrí una de las puertas. Luego me acerqué a

ayudarla. Me pasé uno de los brazos del joven sobre los hombros y entre las dos lo levantamos. El chico gimió, nervioso. Después de meterlo en el coche, cerré la puerta y Susan se subió tras el volante. El chico me miró a través de la ventanilla. Su expresión de dolor se congeló durante unos segundos para dar paso a una mirada de reconocimiento. Él también me había reconocido, pero ¿de qué?

—Iris —me llamó Susan a través de la ventanilla del conductor—, tenemos que llevarlo. Vamos, sube.

Volví a mirar al asiento trasero. El joven aún me observaba, pensativo y lleno de incertidumbre.

—Será mejor que vayas tú sola, Susan.

—¿Qué?

—No me encuentro muy bien —le mentí—. Me voy a casa. Espero que no te importe ni te enfades, es que... no me siento bien.

—¿Otra vez sientes mareos?

—No, no, para nada. Es que... lo que acaba de ocurrir... No me siento muy bien —sentencié.

—De acuerdo. No pasa nada. Escríbeme cuando llegues, ¿vale? Tengo que irme. Nos vemos luego.

Asentí. Arrancó el motor y se marchó. La gente comenzó a dispersarse y yo me giré para volver por el camino que habíamos venido. Había poca gente, supuse que eran los valientes que habían decidido salir a pesar de la humedad que la atmósfera contenía. La gran mayoría llevaban impermeables.

Subí la cuesta poco a poco. No era empinada, pero sí larga. Mientras daba un paso tras otro, cavilaba. ¿Por qué me sonaba ese chico? Nunca había visto su rostro, de eso estaba segura, sin embargo, algo en él me resultaba conocido. Y él me había reconocido, eso era algo seguro. Sus

ojos azules me habían observado desde detrás del cristal de la ventanilla con cierta incertidumbre y... ¿miedo? No estaba segura. También sentí algo más en su mirada, pero no conseguía descifrar el qué. ¿Lo había visto por Wood Pine? No, no lo creía. ¿Lo había visto en alguna de mis otras residencias? No lo recordaba, pero no lo creía. Apenas salía cuando vivía en mi casa anterior, por no decir en las demás. Y entonces era pequeña al igual que él. No, no era eso.

Me coloqué la capucha. Era curioso como a medida que me acercaba a la zona residencial donde vivía la humedad aumentaba, aunque en realidad aquella zona residencial no era el foco paranormal de Wood Pine. Aquel foco era la mansión. Mi zona residencial era la más cercana y evidentemente era la que más daños había sufrido durante los días anteriores. Algunas casas había sufrido daños en los tejados y otras tenían grietas en alguna pared a causa de los temblores o terremoto, aún no sabía cómo llamarlo. Unas cuantas ramas de árboles se habían precipitado contra las lunas de los coches que estaban aparcados justo debajo. En una casa vecina una ventana se había convertido en añicos a causa de los gritos que habían entrado por la chimenea.

Todo aquello me preocupaba. Y mucho. No solo haber visto a Charles II Woodman, sino haber sentido la presencia de aquella sombra pasada. Según lo poco que recordaba aquel demonio estaba muerto, entonces ¿era real lo que yo había visto o había sido imaginación? Me asustaba que hubiera sido real, pero tampoco podía eliminar esa opción solo por miedo. ¿Qué pasaría si hubiera vuelto? Sentía un nudo en el estómago con solo pensarlo. Sin embargo, otra parte de mí no lo creía posible. No solo porque yo recordaba haberlo matado, sino porque durante el proceso vi salir luces blancas. Antes no sabía lo que era, pero ahora, después de ver a Charles Woodman en una de las ventanas de la

mansión, supe que aquellas luces eran las almas que aquel demonio había ingerido. Y si el señor Woodman había vuelto a su mundo normal, aunque se tratase de otro plano, ¿por qué razón parecía tan... oscuro? ¿Quizá estar dentro de aquel demonio le había dado cierta oscuridad que antes no poseía? ¿Las demás almas consumidas estaban en la misma situación?

Demasiadas preguntas en un solo segundo. Aquello comenzaba a abrumarme.

—¡No puede ser verdad! —exclamé en voz alta, sin poder contenerme.

Me detuve en seco y miré a algún lugar que nadie más veía. Me perdí en mis recuerdos. Aquel joven al que Susan había atropellado tenía la mirada cargada de incertidumbre. Sí, cierto. Y también cierto miedo. Y algo más. Algo que no había conseguido distinguir hasta ahora. Curiosidad. Sus ojos transmitían curiosidad. No lo había visto antes porque no lo conocía, pero sí me sonaba. No él, por supuesto, sino su abrigo. Y su color de pelo. Su abrigo color azul y su pelo rubio. Eran del mismo color que el del hombre que dejó el periódico en la puerta de mi casa.

Me giré y miré el camino por el que había venido. Mi corazón latía contra mi esternón.

—¡Mierda!

CAPÍTULO SIETE

La humedad se había disipado casi por completo y el sol brillaba en un cielo azul completamente despejado. Parecía que era un día de verano, excepto por el frío que ya comenzaba a sentirse en las calles y los hogares. Halloween se acercaba. Solo faltaba unos días y mi madre se había armado de valor para adornar una calabaza. Normalmente no celebrábamos esta fiesta. Habíamos vivido constantemente rodeados con mi don, así que un día de celebración perdía el encanto. Mis padres estaban cansados de criaturas paranormales, o más bien de mis charlas con espacios vacíos. ¿Quién iba a culparles? Comprendía que para ellos podía ser complicado, pero los demás no tienen culpa. Yo, en cambio, odiaba esa noche porque había más actividad. Al parecer la tradición no era una mentira. El velo que separaba ambos mundos se volvía más fino y yo, para variar mi conducta, me encerraba en mi cuarto con la cabeza metida bajo la almohada.

Sin embargo, ese año mi madre había decidido cambiar las costumbres, y ahora le hacía cortes a una calabaza para ponerla en el porche junto a unos cuantos adornos que todavía no teníamos.

—Estás adornando la calabaza demasiado pronto. Se pondrá fea en unos días y no tendrás calabaza para Halloween —le hice saber.

—Me da lo mismo. Es algo que quiero hacer.

—¿Por qué? Nunca te ha gustado esta fiesta.

—Bueno, para todo hay una primera vez. Tú estás mucho mejor, más comunicativa. Yo estoy mucho mejor también, así que ¿por qué no darnos el capricho solo este año?

—Porque tu calabaza es fea y horrible. Menos mal que no va a llegar a

Halloween, sino los niños nunca se acercarían a esta casa a pedir caramelos.

—Gracias por tu honestidad, Iris.

Sonreí y abrí el frigorífico para coger un poco de zumo. Arriba escuché a Susan moverse. Había traído unas cuantas cosas y ahora las guardaba en un espacio que yo le había cedido. Un par de cajones, un hueco en el armario y un espacio para los zapatos, era todo lo que le había ofrecido y era demasiado para las pocas cosas que se había traído. Mi madre había retirado el sillón donde solía sentarme a leer y había colocado en su lugar una cama supletoria para ella. Se la veía feliz a pesar de todo.

—¿Por qué no te acercas al centro y compras algunos adornos? Hay una tienda junto al parque que venden unas cosas preciosas —me dijo mi madre.

—Vale, pero esperaré a que Susan termine de colocar sus cosas.

—No, déjala. Me quedaré aquí con ella mientras tú vas a comprar.

—¿Tanta prisa te corre?

—¿Te has fijado en los demás jardines? Parecemos los raritos de la calle.

Fui a abrir la boca para preguntarle desde cuando se preocupaba por el qué dirán del aspecto del jardín, pero la mantuve cerrada por el bien del estado de ánimo de mi madre.

—De acuerdo. Iré ahora mismo. Voy a ponerme los zapatos.

Salí de la cocina y subí las escaleras a regañadientes. Ir a comprar adornos era lo último que quería hacer en ese momento. Me apetecía estar en casa sin hacer nada. Había salido del instituto sin ganas de ponerme a estudiar aquella tarde, también tenía que hacer un trabajo de historia. Y ahora todo se reducía a ir a comprar adornos para Halloween.

—Voy a salir —le dije a Susan cuando entré en la habitación—. No

tardaré. Mi madre quiere que vaya a comprar.

Observé cómo guardaba sus ropas en el cajón. Intentaba guardarlas de tal forma que ocuparan el máximo espacio posible.

—Susan, te has traído muy pocas cosas y te he dejado espacio suficiente para que te traigas más ropa y no tengas que sufrir pérdidas masivas en tu armario personal por parte de tu madre.

—Lo sé, es solo que me entristece traerme tantas cosas para acá. Parece que dejo sola a mi abuela.

Siguió guardando la ropa que ya estaba guardada. Por más vueltas que le daba no conseguía el resultado que quería.

—¿Sabes que el orden de los factores no altera el producto? Por más vueltas que le des no conseguirás que ocupe más espacio en el cajón.

No me respondió y yo no seguí insistiendo. Me puse los zapatos sentada en la cama. Fue entonces cuando reparé en el marco de foto que Susan había dejado sobre la mesilla de noche. Era la foto de su difunta abuela. Recordé que el año anterior me había pedido que le dijera a mi amiga que mirara en el interior, pero nunca encontré las palabras adecuadas. Ahora me preguntaba qué había sido de aquella anciana. No la había vuelto a ver desde entonces y temí que el demonio se la hubiera llevado cuando atormentó a Susan aquella noche. Peor aún, temí que se hubiera convertido en un ser temible como Charles II Woodman. Deseé que aquellas ideas no fueran realidad.

Cogí el cuadro. Era lo mejor que podía hacer para empezar.

—Me gusta que te hayas traído esta foto —le dije a mi amiga.

—No pensaba dejarla en manos de mi madre. Probablemente la dañaría haciéndole agujeros en los ojos.

Moví el cuadro junto a mi oreja. No se escuchaba nada, pero podría mentir.

—¿Lo has abierto alguna vez?

Susan se volvió para prestarme toda su atención.

—No, ¿por qué?

—He escuchado algo moverse en el interior, pero ya no se escucha.

Frunció el ceño y me quitó el pequeño cuadro de las manos. Lo movió junto a su oreja. Nada. Y era verdad, no se escuchaba nada, pero era lo único que se me había ocurrido sobre la marcha. Esperaba que hubiera algo en el interior porque si no existía nada tendría que marcharme de allí como fuera posible. Susan le dio la vuelta al cuadro y comenzó a quitar la parte posterior. Luego abrió la boca y frunció aún más el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Hay una llave.

—¿Una llave? —No pude resistirme y me levanté para mirar—. Es muy pequeña, parece de una taquilla o de un buzón. ¿Qué es lo que abre?

—No lo sé. ¿Por qué la dejaría escondida aquí dentro?

—Quizá para que solo la vieras tú.

—¡Iris! —exclamó mi madre desde la planta de abajo, metiendo prisa.

—Tengo que irme, Susan. Te prometo que no tardaré.

Dejé a mi amiga en la habitación, de pie y con el cuadro en las manos, mirando atentamente la pequeña llave y, probablemente, preguntándose qué abría. Pensé que esa búsqueda era cosa suya, yo ya había cumplido mi parte.

Salí de mi casa y me subí a mi bici. Solo llevaba puesto un jersey de lana, los abrigos e impermeables habían pasado al olvido a pesar de aún se sentía algo de humedad. Pedaleé sintiendo el fresco en el rostro y durante un par de segundos cerré los ojos sintiéndome libre. Nunca me había sentido así, era como una mejoría en mi cuerpo y en mi mente. Toda mi vida me había sentido encerrada y el último año me sentía

apresada por la presencia de Joe. Puede que me molestara un poco el hecho de que no me llamara y, mucho más, que no me dijera lo ocurrido el día del incidente. Pero no echaba de menos esa insistencia indirecta y directa que él hacía sobre mí. Tampoco echaba de menos su forma impredecible y su continua dominancia.

Sin embargo, ahora sentía algo más fuerte que el año anterior. El miedo. Sentía más temor a causa de aquel joven que dejaba periódicos frente a la puerta de mi casa que de la insistencia de Joe. Cuando conseguí hablar con Susan por teléfono, me contó que el joven se llamaba Jeremy Garber y que estaba bien, solo había tenido una contusión en la cadera y un buen golpe en la ceja. Podría haber sido peor si la calzada hubiera estado seca, ya que hubiera ido a mayor velocidad. Guardé silencio mientras la escuchaba por teléfono, me moría de ganas por preguntarle quién era en realidad Jeremy Garber, pero no hizo falta abrir la boca.

—Jeremy es periodista —me contó—. Está aquí para investigar Wood Pine. Me contó que lo ocurrido el año pasado, lo de la sombra, se hizo viral en internet, pero luego nadie le prestó atención. Me contó que empezó a buscar información y descubrió que Wood Pine es un pueblo fantasma. Me dijo que le encantan los casos paranormales. ¿No te parece genial?

No respondí. Me parecía horrible. Era periodista, estaba en Wood Pine, y dejaba mensajes en la puerta de mi casa. ¿Cómo iba a parecerme genial? Sabía algo de mí, quizá nada concreto, pero estaba atando cabos.

—Me ha pedido que le enseñe Wood Pine y le cuente cosas que han ocurrido, un poco de historia. Le conté lo que me ocurrió aquella noche. Se quedó realmente impresionado y conmovido. Me ha dado su número, y me dijo que lo llamara algún día para tomar algo y hablar.

—Se te ve muy emocionada.

—¡Claro! Es que me parece genial.

A la mañana siguiente, Susan se mudó a mi casa. No tenía nada en contra de ello, me parecía estupendo y quería ayudarla, pero en realidad su estancia era un arma de doble filo. Por un lado, el hecho de que Jeremy Garber supiera que Susan se quedaba en mi casa podría frenarlo a dejarme más mensajes, ya que bien podría encontrarlos ella. Y por otro lado, el hecho de que supiera dónde se quedaba mi amiga podría conducirlo a querer entrar en mi casa.

Llegué al centro de Wood Pine y aparqué la bici junto al parque. Había más gente que el día anterior, pero menos que antes de que ocurriera el incendio en la mansión. Supuse que la gente estaba aún algo asustada y preferían quedarse en sus hogares antes que salir a explorar las calles. Miré al interior del parque, solo jugaban un par de niños.

Caminé por la acera hasta la tienda de decoraciones, la cual ahora estaba a rebosar de objetos de Halloween. Entré en la tienda y comencé a curiosear. El mostrador estaba a la izquierda y el escaparate a la derecha. Las paredes estaban llenas de estanterías rebosantes de adornos y en el centro había otras dos estanterías que dividían la estancia en tres pasillos. Comencé por el derecho y anduve el pasillo poco a poco, observando lo que a mi madre pudiera gustarle o no. La verdad era que no tenía ni idea. Era la primera vez que celebrábamos aquella fiesta y no sabía qué era lo que más podría gustarle. Opté por coger dos calabazas de plástico. No era lo mejor teniendo en cuenta que los demás tallaban calabazas de verdad, pero teniendo en cuenta que mi madre había sido demasiado rápida, supuse que nos vendría bien. Cogí varias telarañas, arañas de silicona y un pequeño ataúd abierto con un zombi en el interior. Tenía los brazos tan llenos que no podía coger nada más, así que

me encaminé hacia el mostrador para pedirle al dependiente que me guardara las cosas mientras miraba el resto. Sin embargo, me detuve a mitad de camino y sin poder evitarlo escuché las voces del pasillo contiguo.

—No entiendo qué es lo que le pasa —se quejó Sophie a su amiga.

—Olvídalo, no tiene sentido que le echés cuenta —le respondió su amiga.

Me giré despacio y miré entre medio de los objetos que llenaban la estantería.

—Si quiere hablar, que lo haga con su madre en vez de conmigo. Llevarme hasta la mansión y escondernos en el bosque solo para pasar el rato charlando lo veo absurdo.

—¿No os dio miedo? Aquella noche fue horrible.

Sophie puso los ojos en blanco y le dio la espalda a su amiga, ignorándola. Ambas se acercaron al mostrador, pagaron y se marcharon. Me pregunté de qué querría hablarle Peter aquella noche. ¿Quizá quería desahogarse de aquello que lo entristecía? Me encogí de hombros y me acerqué al mostrador para pagar. Supuse que el asunto de Peter y Sophie no era de mi incumbencia a pesar de que me picaba la curiosidad. Decidí no comprar nada más por ahora, no podría llevar tantas cosas en la bici.

Salí de la tienda con un par de bolsas en la mano. El sol brillaba con fuerza y el agradable calor que desprendía calentaba mi rostro. Me pareció que era un día bonito. Teniendo en cuenta los días anteriores, ese día parecía sacado de una postal otoñal. Cielo celeste, hojas amarillas y marrones, pocos habitantes paseando por las aceras, pocos coches circulando por las calles, el aire limpio, húmedo y frío refrescando tus manos... Me gustaban esos días.

Crucé la calle para llegar a mi bicicleta. Las hojas que yacían junto al

bordillo crujieron bajo mis pies. Crucé la calle y sentí que mis vellos se ponían de punta. Sin saber por qué sentí que algo me acechaba, algo extraño. Volví sobre mis pasos, despacio, y me detuve en mitad de la carretera, en aquel momento ningún coche se aproximaba, y miré en derredor buscando aquella cosa extraña. No había nada, ningún fantasma ni ninguna sombra. Tampoco había nadie conocido, solo unos cuantos peatones siguiendo su rutina diaria. Volví a mirar con más atención, buscando a Jeremy Garber. Si alguien me estaba espiando en aquel momento, solo podía ser él.

Un claxon me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Quita de en medio, jovencita! —exclamó una voz, con mal humor—. ¿Qué es lo que pretendes?

Miré al viejo hombre que estaba sentado detrás del volante. Me miraba con furia y prisas. Me quité de en medio para dejarle paso. Cuando estuve en la acera, junto a mi bici, volví a observar la calle, pero al igual que antes no distinguí a nadie conocido ni a nadie extraño. No había nadie parado en la acera, disimulando la espera de otra persona o leyendo el periódico. ¿Escondido, quizá? Bueno, eso iba a ser más complicado de saber.

Coloqué las cosas en la cesta de la bici y quité el candado. Luego me coloqué en el arcén para volver a mi casa por el mismo camino que había venido. Tenía la sensación de que ese alguien o cosa, porque no dejaba de pensar que también podría ser un demonio, me seguía observando. No exactamente igual. Lo de antes había sido una sensación más fuerte, como de algo inminente. Ahora lo que sentía era como un rescaldo que me decía que no me encontraba sola, que alguien o algo estaba pendiente de mis movimientos. Hacía que me sintiera inquieta.

Pedaleé más rápido a pesar de que iba cuesta arriba. Quería llegar a mi

casa cuanto antes y sentirme segura bajo la compañía de mi madre y de Susan. Quería una puerta cerrada que me separara del mundo exterior.

Cuando finalmente llegué, me bajé de un salto al mismo tiempo que cogía las bolsas y dejé caer la bici sobre el césped. No le puse candado, en aquel momento no me pareció importante. Entré en mi casa y cerré la puerta tras de mí. Respiré profundamente, apoyando la cabeza sobre la puerta.

—¿Iris, eres tú? —preguntó Susan desde mi habitación.

—Sí, ya he vuelto. Enseguida subo.

—Tu madre ha salido —me hizo saber—. Me pidió que te dijera que, por favor, pusieras los adornos en el jardín. Incluida la calabaza que ella ha tallado. Está en la cocina.

Gruñí. Volver a salir era lo último que ahora mismo quería. Me aparté de la puerta y fui hasta la cocina. Mi cara se tornó en una expresión de horror cuando vi la fea calabaza. ¿De verdad quería mi madre que pusiera aquella cosa en la puerta? Mi madre podía tener muchos puntos buenos, pero las manualidades no era uno de ellos. Me encogí de hombros. Si ella era feliz, ¿por qué no? Al fin y al cabo, de noche todos los gatos son pardos y quizá con una vela encendida en el interior no quedaba tan mal.

—Susan, voy a poner los adornos. Estaré fuera —le dije desde el vestíbulo, con la calabaza bajo el brazo.

—Vale.

Salí al jardín, abriendo la puerta con cierta reticencia. No sabía por qué me daba tanto temor tener la misma sensación de vigilada. Supuse que no me gustaba el sentimiento de incertidumbre. Observé el porche, debatiéndome y pensando en dónde era mejor colocar la calabaza para que mi madre estuviera contenta y mucha gente no la viera.

—Qué calabaza más fea.

La voz de Peter me sobresaltó. Estaba sobre su bici, con un pie en el suelo y otro sobre el pedal, parado junto a mi buzón. Sonreía con suficiencia y al mismo tiempo miraba la calabaza con la nariz arrugada. Si lo hubiera visto llegar, la habría escondido. Ya no tenía sentido ocultarla.

—¿Tú madre no te enseñó de pequeña a tallarla como es debido?

Elevé una ceja y lo miré con burla mientras bajaba los escalones del porche y me aproximaba a él. Volví el rostro de la calabaza hacia a mí y luego miré a Peter. Después volví a mirar la calabaza y luego otra vez a él. Sonreí.

—Me ha salido bastante aproximado —dije con una sonrisa, no pude evitarlo.

—Muy graciosa —me respondió sin poder evitar sonreír—. ¿Siempre tienes una buena respuesta?

Me encogí de hombros.

—Mi madre me dice que hablar no es preciso, pero contestar sí.

—Y lo sigues al pie de la letra.

—¿Qué te trae por aquí, Hoult?

—Vivo en esta zona, por si te has olvidado. Así que es normal que me veas de vez en cuando.

—Ya, pero te has parado junto a mi buzón.

—Tu calabaza llama mucho la atención. ¿Dónde vas a ponerla? No la pongas a la vista, si no ningún niño entrará en tu jardín. Creo que gracias a esa cosa tan fea, tu casa será más terrorífica que la mansión de los Woodman.

—Te estás insultando a ti mismo. —Coloqué la calabaza sobre el buzón. Era horriblemente fea: su sonrisa estaba torcida, la nariz del revés, y un ojo estaba más alto que el otro y no eran del mismo tamaño—. Por cierto, no quiero malmeter, pero tu novia va hablando de ti a sus amigas.

Pensé que divertirme un rato a su costa no estaría mal.

—No es mi novia.

—¿De verdad la llevaste al bosque solo para dar un paseo? No es típico de ti, Peter.

Sonreí durante un corto segundo, ya que el crujido de unas hojas captó mi atención. También la de Houl. En aquel momento la calle estaba vacía, no había ningún peatón ni ningún coche que interrumpiera el canto de los pájaros. Sin embargo aquel crujido tenía que venir de algún lugar. Más bien incluso cercano. Mis vellos se erizaron.

—Quizá ha sido un gato —concluí.

La mandíbula de Peter se tensó.

—Creo que deberías entrar.

Ese comentario hizo que me pusiera más nerviosa.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté, susurrando—. ¿Has visto algo extraño?

—Solo he venido para molestarte, como siempre. —Sonrió sin mucha convicción—. Y también para traerte esto.

Soltó momentáneamente el manillar y se sacó del bolsillo interior de su cazadora un sobre de tamaño mediano.

—¿Qué es esto? —le pregunté, cogiendo el sobre y abriéndolo. Me percaté de que volvía a mirar hacia el lugar de antes—. ¡Una invitación a tu fiesta de Halloween! ¿En serio? ¿Qué he hecho para merecerme tal honor?

Volvió su atención a mí, pero sus sentidos seguían en aquel lugar.

—No me caes tan mal como tú crees, Iris.

—¿Eso es un halago? Peter Houl, al final va a resultar que tienes corazón. —Agachó se rostro, dedicándome esa sonrisa tan atractiva—. ¿Puedo invitar a mi amiga?

Soltó el aire que sus pulmones contenían y puso los ojos en blanco.

—Sí, puedes invitar a Susan.

—¡Oh, no! No me refería a ella, sino a mi amiga la calabaza.

Comenzó a pedalear despacio, sin quitarme los ojos de encima.

—Será mejor que entres en tu casa, Iris. Nos vemos.

Guardé silencio, algo nerviosa por su insistencia. ¿Había visto algo que yo aún no sabía? ¿Sabía quién era la persona que me seguía? Lo observé marcharse. Pedaleaba despacio y no dejaba de mirar por encima del hombro, no a mí, por supuesto, sino a aquel lugar de antes. Me giré cogiendo la calabaza, la dejé sobre el porche y entré en mi casa. Por lo menos ahora sabía que aquella cosa que me vigilaba era humana.

CAPÍTULO OCHO

Corría por un bosque desconocido. No era el de Wood Pine, sino otro diferente. Los árboles no eran los mismos, eran otros más altos. El terreno no se parecía en nada. El de Wood Pine tendía a estar seco con un poco de humedad sobre las agujas de pino. Este era un terreno fangoso. Los pies se me hundían a cada paso y correr era un trabajo arduo. Pero no solo corría. Huía. Huía de algo aterrador.

Miré por encima de mi hombro, y a pesar de que no veía nada, sabía que me perseguía. Mi corazón latía con tanta fuerza que temía que algo malo le ocurriera. Me dolía la cabeza por la presión de la sangre, sentía latidos en mis sienes y en mi cuello. Las lágrimas comenzaban a agolparse en mis ojos. Necesitaba parar. Necesitaba detenerme. Apenas podía respirar, mis pulmones parecían colapsados y sentía un punzante dolor bajo las costillas.

Me detuve tras un árbol. Su tronco era tan amplio que me cubría por completo. Cogí aire, o al menos lo intenté. Quería que mi corazón dejara de latir de aquella manera, me dolía el esternón. Me permití llorar, cubriéndome mi boca con la mano. Una mezcla entre grito y rugido tronó en el bosque. Los vellos se me pusieron de punta y cerré los ojos, no quería ver nada, no quería estar allí. Escuché como los árboles se tronchaban y caían al suelo, algunas ramas salían despedidas y caían cerca de donde yo me encontraba. Todo crujía a mi alrededor. Aparté lentamente la mano de mi boca y me giré despacio sobre mí misma para mirar hacia atrás. Una sombra salió de entre los árboles, rodeando los troncos. Era una sombra parecida a la de aquel demonio, pero mucho más grande. Era muy grande.

Las piernas me fallaron y caí de rodillas. La sombra comenzó a acercarse a donde me encontraba, al principio despacio, luego más rápido. Me puse en pie como pude, con las rodillas y las manos llenas de lodo, y comencé a correr. La sombra me seguía, prácticamente me pisaba los talones. La sentía cada vez más cerca. Una parte de ella me rodeó la pierna y tiró de mí hacia atrás. Comenzó a arrastrarme. Intenté agarrarme a cualquier piedra o raíz, pero lo único que mis manos arrastraban era fango y barro. Sentía el rostro húmedo. Me giré como pude, intentando que me soltara, pero mis manos se perdían en su oscuridad. En cambio, las de aquel demonio sí podían alcanzarme. Comenzó a subir por mi pierna, luego rodeó mi vientre y llegó a las costillas, aprisionándolas e impidiéndome respirar. Llegó a la altura de mi pecho, se posó sobre mi esternón. Me retorcí de dolor y de miedo. Luego se elevó unos centímetros y sentí que me perforaba hasta llegar a mi corazón.

Me desperté sobresaltada, mareada y con dolor punzante en la cabeza. Susan se despertó, se bajó de su cama y se aproximó a la mía, sentándose a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó, asustada.

No pude responderle. Un intenso dolor me invadió las costillas.

—¿Quieres que avise a tu madre?

Negué con la cabeza mientras cogía aire profundamente.

—De acuerdo —respondió, cogiéndome la mano—. Solo ha sido una pesadilla.

—Agua.

Cogió el vaso vacío que estaba sobre mi mesilla de noche y fue al baño a llenarlo en el lavabo. Volvió con cara de preocupación. Me dio el vaso y bebí. Mi garganta estaba seca.

—Me has asustado, Iris. No has llegado a gritar a pleno pulmón, pero sí

lo suficiente para despertarme.

—Lo siento de veras, Susan.

—¿Tan malo ha sido?

—Solo ha sido una pesadilla. No te preocupes. Vuelve a la cama.

—Puedo quedarme aquí contigo, si quieres.

—Oh, por favor, te pareces a mi madre.

Sonrió con cariño.

—De acuerdo, pero estaré ahí al lado por si me necesitas.

Asentí. Se fue a su cama y al poco rato escuché su respiración constante y lenta. Me volví a tumbar en la cama. No me cubrí con la sábana, estaba sudando del calor. Simplemente me quedé tumbada y quieta, intentando centrarme en un punto para suprimir el mareo y paliar el dolor de cabeza y la punzada que aún me presionaba las costillas. Cerré los ojos, pero era aún peor que dejarlos abiertos. Las imágenes de aquel sueño comenzaron a atormentarme. Había sido real. Muy real. Todavía podía sentir el olor a humedad y fango del suelo. Aún sentía el roce de aquella sombra sobre mi pierna. Era mucho más grande que el demonio del bosque. Y mucho más fuerte.

—Solo ha sido un sueño, Iris —me susurré a mí misma.

Pero una parte de mí se negaba a creerlo, me decía que había sido real, como una visión de algo que se aproximaba. ¿El futuro, quizá? ¿O solo había sido una exageración de lo que había ocurrido en el bosque? Puede ser que solo fueran mis miedos, ya que me aterrorizaba la idea de que pudiera haber otro igual, de que pudiera pasar lo mismo, pero fuera peor que la primera vez.

Me perdí en mis pensamientos y comencé a cuestionarme el porqué de todo lo ocurrido. Nada tenía sentido porque no sabía ni la mitad de la historia. La Mujer de Blanco no quería contarme nada, Joe Cowell no me

confesaba lo ocurrido, y yo con la amnesia no recordaba nada, solo fragmentos que se presentaban en sueños. ¿Por qué después de tantos años aparecía un demonio? ¿Por qué no los había visto antes? ¿Sería Wood Pine el epicentro de algo más grande? ¿Pasaba algo en este pueblo que los atraía como la miel a las moscas? ¿Fredd, el chico que murió, tenía algo que ver en todo esto? ¿Por qué la luz del faro se apagó cuando él murió?

Escuché a Susan bostezar y desperezarse. Fue entonces cuando me percaté de que el sol estaba saliendo.

* * *

Mis ojos se cerraban a causa del cansancio. Era la última hora del horario escolar y estaba deseando irme a casa. Apenas había atendido en clase y en un par de ocasiones había dado una ligera cabezada. En esas dos ocasiones cuando mi cabeza fue a precipitarse contra el pupitre, mi cuello rectificó de forma ligera, despertándome en el proceso. Miré a mi alrededor, por suerte estaba en la última fila y nadie me había visto. Sin embargo, ahora estaba sentada en la tercera fila y estaba claro que si me dormía el profesor Kent se daría cuenta. Observé cómo todos le prestaban atención. Me parecía asombroso como el profesor Kent se las apañaba para que todos lo miraran. Explicaba bien y sabía cómo llamar la atención. Excepto la mía, que ese día estaba de capa caída. El almuerzo no me había dado suficientes energías como para estar despierta, y mis párpados caían poco a poco, deseando privar a los ojos de ver.

El timbre de finalización de clases retumbó en el pasillo. Respiré aliviada. Tenía unas ganas enormes de llegar a casa y tumbarme en el sofá o en la cama, cualquiera de ellos me servía para mi verdadero propósito: dormir.

—Señorita Miller, ¿puede acercarse a mi mesa antes de irse, por favor?

—me pidió el profesor Kent.

Apreté los labios e inevitablemente pensé: mierda y pillada.

Recogí mis libros y los fui guardando en mi mochila despacio con el fin de hacer algo de tiempo y permitir que mis compañeros salieran del aula y nos dejaran a solas. Cerré la cremallera y me colgué la mochila sobre un hombro mientras me acercaba a la mesa del profesor.

—¿Le aburren mis clases? —me preguntó mientras terminaba de guardar sus cosas en una carpeta.

—No, por supuesto que no.

—La he visto distraída. Podría decir... ¿dormida?

Abrí la boca para decir algo, pero negarlo era absurdo. Estaba claro que me había visto.

—Lo siento, pero no es por usted o sus clases. Es que no he dormido bien.

—¿Tiene problemas en casa?

—No, claro que no.

—Cuando una persona no puede dormir es porque algo le preocupa.

Tenía muchísimas cosas que me preocupaban, pero nombrarlas una a una no era una opción.

—Si tiene problemas en casa, espero que pueda hablarlos con sus padres.

—Madre —le corregí—. Vivo con mi madre.

Guardó silencio y me observó. Comprendí que había sido un error corregirle, más que nada porque ahora iba a pensar que tenía problemas en casa. Aunque pensándolo bien, era mejor eso que los demonios y fantasmas.

—De acuerdo —dijo finalmente—, entonces hable con su madre. No quiero que ninguno de mis alumnos se duerma en mi clase.

—Sí, profesor Kent. Lo siento mucho.

Asintió e hizo un ademán con la mano para que me retirara. Salí de allí lo más rápido que pude y me encontré con Susan en la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Casi me quedo dormida en clase. El profesor Kent me ha pillado.

—Deberías descansar esta tarde.

Caminamos hacia nuestra zona residencial. Susan iba hablando como siempre, y yo perdí el hilo para variar un poco. Me dolía la cabeza del cansancio, y lo peor era que temía dormir porque no quería tener la misma pesadilla. Me pregunté si una siesta podría hacerme daño, dormir durante cortas horas en vez de la noche entera. Sabía que no era sano, pero peor era no descansar.

Cuando entramos en nuestra calle, Susan me dijo que se quedaría a cenar con su abuela. Su madre y el novio iban a salir, así que iba a aprovechar su ausencia para estar unas horas con su abuela.

—Oye, ¿conseguiste adivinar de dónde era la llave que estaba escondida en el cuadro? —le pregunté.

—No, y honestamente no tengo ni idea. He pensado en preguntarle a mi abuela, aunque no creo que sea buena idea.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que decírmelo.

Asintió. Estábamos justo delante de mi jardín. Observó su casa con cierto disgusto.

—Deséame suerte, quizá aparezcan a última hora.

Sonreí y la vi marcharse. Anduve el camino de entrada que me llevaba hasta el porche y luego subí los escalones que me separaban de la puerta de entrada. Me detuve en el último y miré lo que descansaba en el suelo. Era un paquete rectangular, envuelto con un papel de color marrón. Miré por encima de mi hombro. Solo había padres que recogían a sus hijos del

colegio, y adolescentes yendo hacia sus casas. Nadie que pareciera sospechoso; nadie que se pareciera a Jeremy Garber. Me agaché y cogí el paquete. No era muy pesado. Le di la vuelta y vi que había una etiqueta con mi nombre como destinatario. Había otra con el nombre de remitente. Me quedé de piedra.

—Joe Cowell —leí en voz baja.

Sin poder creérmelo rompí el papel que lo envolvía. Una caja blanca quedó a la vista. Era de cartón, algo fina y sencilla, sin ningún dibujo que la adornara. Abrí la tapa y, si antes me había quedado de piedra, ahora estaba segura de que no sangraría si me pinchaban. La daga estaba en el interior. Exactamente igual que la última vez que la vi, sin un arañazo, reluciente y elegante. Empecé a atar cabos. La daga desapareció aquel día, en el bosque. O al menos creía que había desaparecido. Joe la encontró, la guardó o la escondió. Se la llevó con él, ¿con que intención? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me lo ocultó? Mi corazón latía con fuerza, me sentía traicionada. ¿Por qué razón llevarse consigo la daga y no volver a contactar conmigo? ¿Y qué sentido tenía no habérmelo dicho durante el resto del año que estuvo aquí, antes de marcharse?

Las preguntas se agolpaban en mi mente. Nada tenía sentido. Lo único en lo que podía pensar y creer era que Joe Cowell me había enviado esto o bien para sincerarse o bien para torturarme.

CAPÍTULO NUEVE

Gracias a un milagro del más allá conseguí dormir el resto de la semana sin una pesadilla. Me sentía aliviada y al mismo tiempo llena de incertidumbre porque podía ocurrir en cualquier momento. Aún sentía miedo, lo cual era absurdo porque solo era un sueño. Me habría gustado preguntarle a La Mujer de Blanco, pero no había vuelto a aparecer. La intranquilidad me carcomía.

Sin embargo, la vida estaba llena de sorpresas. No había soñado con demonios ni sombras desconocidas, sino con la daga que Joe me había enviado. No podía dejar de repetirme que había cometido un tremendo error al acercarme a él. Eso nunca debería haber pasado. El arrepentimiento cada vez estaba más presente en mi corazón, y hacía que me cuestionara qué sería lo siguiente que me encontraría y qué se proponía Cowell con aquel movimiento. ¿Ayudarme porque se había enterado de los últimos hechos paranormales o asustarme? No me gustaba pensar mal de las personas, pero el hecho de que nunca me hubiera llamado ni enviado ningún triste mensaje me hacía pensar que aquel gesto no era con buenas intenciones.

—¿En qué piensas tanto? —preguntó Susan.

Íbamos hacia el paseo marítimo que estaba junto a la playa, concretamente íbamos a visitar a mi madre y de paso comprar algunos pasteles. A mi amiga se le había antojado comer chocolate. ¿Y a quién no? El chocolate lo aliviaba todo.

—Estoy pensando en Halloween —mentí. Me sentía terriblemente mal, pero no podía decirle que me sentía traicionada por Joe.

—Menos mal que la calabaza que hizo tu madre se echó a perder,

porque era terriblemente fea. Siento decirlo, pero...

—Por favor, Susan, no te disculpes. La primera que dijo que era horrible fui yo.

Ambas reímos. Me encantaba llevarme bien con mi amiga.

—Oye, el otro día vi una invitación sobre tu escritorio —dijo—. Sé que está mal cotillear, pero es que me sorprendió que fuera de Peter.

—Una de sus muchas bromas, Susan. No te sorprendas.

—¿Vas a ir?

—¿Tengo cara de loca? Por supuesto que no.

—Mi abuela dice que cene esa noche con ella a pesar de que esté mi madre y compañía. No quiere quedarse sola la noche de Halloween y menos teniendo presente lo que ocurrió hace poco. Tiene miedo.

—Sabes que si en algún momento te sientes mal, solo tienes que llamarme.

Asintió con una suave sonrisa. Ya estábamos cerca del paseo. La humedad se hacía más intensa y se notaba una fría brisa procedente del mar. Vivir junto a la playa podía ser muy bonito, pero en otoño e invierno hacía un frío que te calaba hasta los huesos.

—Llamé a Jeremy Garber esta mañana —me hizo saber—. Hemos quedado el día de Halloween por la mañana para ir a dar una vuelta y hacer un pequeño resumen de Wood Pine. La verdad es que me hace mucha ilusión que alguien investigue las cosas que ocurren aquí. ¿No te parece interesante?

La miré sin saber qué responder, aunque al final decidí romper mi silencio.

—Supongo que sí.

—¿Puedo preguntarte algo? No quiero ponerte triste, pero es que si no lo hago pareceré mala amiga igualmente.

—Dispara.

—¿Has conseguido hablar con Joe, o recibido algún mensaje?, ¿se ha puesto en contacto contigo?

Qué pregunta más oportuna. Justo cuando recibo el dichoso paquete, Susan me pregunta. ¿Habrá visto algo? Imposible. Había escondido la daga en la misma caja en la que me llegó. En el último estante del armario, detrás de un montón de jerséis. Y lo hice cuando ella no estaba.

—Nada —respondí.

—Me parece asqueroso por su parte. No te ofendas, Iris. El año pasado se partía los cuernos por estar contigo y este año ni siquiera te envía un mensaje.

—¿Supiste qué abría la llave? —cambié de tema, tajante.

—No. Se la mostré a mi abuela y me dijo que parecía de una caja pequeña o de una taquilla. No tengo ni idea. Si me hubiera dejado una pequeña nota junto a ella, habría sido más fácil.

—¿Y si es de alguna caja que ella tenía cuando vivíais juntas? Quizá tengas que hacer memoria.

—Todo lo que tenía se donó y la casa era alquilada. No me queda nada de ella. Solo la foto y algunos objetos personales.

—¿Y entre esos objetos personales no hay nada que pueda ayudarte?

—Mi abuela estaba muy enferma, Iris. No creo que se pusiera a dibujar el mapa del tesoro.

Habíamos llegado a la pastelería donde mi madre trabajaba. Habían sacado varias mesas y las habían colocado en el exterior, creando una pequeña terraza. No había mucha gente, solo un par de señores mayores tomando un café y leyendo el periódico a la cálida luz del sol. Un par de jóvenes corrían por la húmeda arena de la playa, y un par de madres paseaban a sus hijos por el paseo. Un grupo de adolescentes, vestidos con

ropas de invierno, estaban sentados sobre una gruesa toalla colocada sobre la arena. El otoño era una estación bonita en Wood Pine. Al estar todo cubierto de naturaleza le daba un aspecto de cuento de hadas, con los rayos del sol colándose entre las ramas de los árboles y el suelo cubierto de hojas marrones y amarillas. La humedad te enfriaba el rostro y la calidez del sol lo calentaba de forma placentera.

—Por fin hemos llegado. Voy a pedirme una taza de chocolate caliente.

—Creía que querías un bizcocho.

—He cambiado de opinión. ¿Entramos?

Asentí, pero me detuve. Observé que en la playa había un hombre sentado sobre la arena. Estaba quieto y miraba el horizonte en silencio. Nadie lo acompañaba. A pesar de que estuviera de espaldas lo reconocí. Era Bradley Woodman.

—Susan, entra sin mí. Enseguida vuelvo.

Me alejé de ella antes de que preguntara qué ocurría. Bajé los escalones que me separaban de la playa y me acerqué hasta él. No sabía cómo preguntarle qué era lo que había ocurrido en su casa, pero de alguna manera tenía que saber algo.

—Perdone —le llamé una vez estuve a su lado—, usted es Bradley Woodman, ¿no es así?

El hombre me miró con ojos cansados.

—Así es. ¿Tú también quieres saber qué fue lo que pasó aquella noche?

Guardé silencio. Debería de haber supuesto que no iba a ser la única que le preguntara.

—Estoy cansado de que todo el mundo me hable de lo mismo.

—En realidad quería decirle que siento lo que ocurrió —cambié de idea en el último momento. En el fondo le comprendía—. El año pasado caí a una piscina por culpa de... aquella cosa. Solo quería decirle que lo

comprendo.

—La sombra, ¿verdad? Sí, recuerdo aquella cosa en el cielo. Me ha llegado a los oídos que un periodista está escribiendo un artículo sobre Wood Pine. Gracias a Dios aún no me ha encontrado.

—Jeremy Garber.

—¿Lo conoces?

—Solo su nombre —mentí—. Aunque tengo una amiga que va a ofrecerle un tour por Wood Pine.

—Ten cuidado. Llegará el momento en el que te pregunte qué ocurrió aquel día en el que caíste a la piscina.

—Señor Woodman...

—Lámeme Bradley.

—Bradley —corregí—, aquel día, el día del incidente en el bosque, una sombra apareció en el cielo. Sobra decir que aterrorizó a todo el mundo. ¿La vio usted la otra noche en su casa?

—Creía que solo venías a darme las condolencias.

—Estoy asustada. Mi madre está más asustada que yo y mi amiga aún peor. El año pasado la sombra estuvo en su casa y..., bueno es una larga historia. Solo quería saber si estábamos a salvo. No pretendo preguntarle sobre qué ocurrió o recordarle el trauma vivido, solo saber si vio algo como lo del año pasado.

Se puso en pie y se sacudió el pantalón y las manos.

—¿Cómo te llamas?

—Iris.

—Bien, señorita Iris, puedes estar tranquila. No vi ninguna sombra —confesó, aunque en su mirada se vio algo de temor—. Solo ocurrieron hechos paranormales como el resto de las veces.

—Creo que fue algo más fuerte que otras veces.

—Sí, ahí tienes razón. Pero puedes estar tranquila: no hubo sombra alguna.

Asentí.

—Gracias.

—De nada, Iris.

Me giré para marcharme, pero sus palabras me detuvieron.

—¿Y tú? ¿La has vuelto a ver?

—No.

—¿Y has visto algo raro, aparte de las cosas que ocurren con normalidad?

—No sé a qué se refiere, pero creo que no.

Guardó silencio, con las manos guardadas en los bolsillos y el rostro pensativo. Observó el horizonte y luego la playa.

—Entré en la habitación de mi hijo para protegerlo —comenzó a contarme—, pero antes de que pudiera alcanzarlo, todo salió volando: los cuadros, los cajones, las estanterías... Cuando cogí a mi hijo de la cuna, algo me golpeó la cabeza. Caí al suelo con mi hijo en mis brazos. Es una suerte que esté bien.

—A mi amiga le ocurrió algo parecido.

—Me quedé inconsciente unos segundos después de que me golpeará la cabeza. No vi ninguna sombra, Iris, pero sí vi algo que jamás había visto antes. Los zapatos de una mujer.

Por favor, que no fueran unos zapatos blancos, pensé.

—Eran negros, casi cubiertos por una falda oscura. No sé quién era, aunque creo que tampoco quiero saberlo. No pienso volver a esa mansión.

—¿Negros?

—¿Por qué te extraña? —preguntó de forma inquisitiva.

—Bueno —reflexioné, tenía que inventarme algo que fuera creíble—, has dicho negros y he pensado en la sombra.

—No sé, no parecía lo mismo. ¿Crees en fantasmas?

—Una absurda pregunta teniendo en cuenta lo que ocurre.

—Tienes razón. —Miró su reloj—. Bueno, señorita Iris, debo irme. Ha sido un placer hablar contigo. Me siento mucho mejor.

—Lo mismo digo. —Sonreí—. Yo también debo irme. Mi madre me espera.

Me dirigí hacia el paseo, no sin antes mirar por encima de mi hombro y ver como Bradley se marchaba. Quizá había sido un error hablar con él. A pesar de que tenía que saber qué era lo que había ocurrido, me arrepentía de saber que había visto los zapatos negros de una mujer. ¿Era un fantasma? ¿Un demonio? ¿Quizá existía la posibilidad de que existiera lo contrario a La Mujer de Blanco? Ahora me lamentaba por saberlo. Ahora tenía otra cosa que averiguar y algo más por lo que preocuparme.

CAPÍTULO DIEZ

Finalmente, llegó el día de Halloween. Todo Wood Pine estaba adornado con féretros, zombis, fantasmas, vampiros, lápidas, telarañas, guirnaldas y velas. Si el pueblo era bonito el resto del año, ahora que estaba adornado por completo era precioso. Había adquirido un aire cálido, a pesar de que hacía algo de frío, y lograba poseer un aspecto fantástico gracias a la tenue luz que otorgaba las velas. Mi madre había adornado el jardín con las cosas que compré hacía unos días, y además con un par de lápidas con luces fantasmagóricas que ella misma había comprado. Los árboles estaban decorados con guirnaldas con forma de fantasmas y calabazas, y con luces blancas escondidas entre las ramas. Habían apagado la mitad de las farolas, por lo que la atmósfera intentaba ser más espeluznante sin conseguirlo. Wood Pine no daba miedo a pesar de que lo pretendía. Su atmósfera era otoñal, bella y deliciosa, era imposible que tratara de imponer terror.

—¿Estás segura de que quieres quedarte sola en la noche de Halloween? —me preguntó mi madre mientras terminaba de ponerse los pendientes. Había quedado con mi padre para ir al parque, donde hacían una fiesta de disfraces. Habían colocado una carpa blanca junto al estanque, antorchas con bombillas que simulaban ser fuego, barbacoas, un par de mesas en las que ofrecían bebidas y un escenario donde representarían una obra de teatro, rodeado de mesas redondas donde la gente podría comer mientras se deleitaban y divertían.

—Estoy segura, mamá. ¿Qué puede pasar? Susan estará aquí al lado, si necesito algo, la llamaré.

—Lo sé. En realidad sé que no va a ocurrir nada, a no ser que la

mansión o algo paranormal ocurra en el pueblo. Y eso es lo que me da miedo, que estás sola en casa en el caso de que algo ocurra.

—Si ocurre algo paranormal, iré a casa de Susan. Lo prometo.

Asintió sin terminar de gustarle la idea de dejarme sola. Se apartó momentáneamente del espejo y alcanzó una peluca blanca. Se había disfrazado de bruja. Era lo último que esperaba de mi familia. Adornar el jardín era una cosa, disfrazarse era un nivel superior. Y al parecer mi padre se había disfrazado de vampiro.

Salí del dormitorio y bajé al salón. Me tumbé en el sofá y encendí el televisor, estaba emitiendo películas de terror prácticamente en casi todos los canales. Podría hacer un cuenco de palomitas y quedarme toda la noche viendo películas de terror, podría vestirme e ir a la fiesta de Peter, podría hacer muchas cosas, sin embargo, había decidido durante la noche ir a un lugar que me daba pánico. Después de la conversación con Bradley Woodman, me había dedicado a pensar largo y tendido sobre la mujer de los zapatos negros. Pensé que por ser negros no tenía por qué pertenecer a una mala persona, o fantasma o lo que fuera. Normalmente relacionamos lo negro con lo malo y lo blanco con lo bueno, pero no tenía por qué ser así. Había llegado a esta conclusión de que quizá Bradley Woodman y su hijo habían sobrevivido gracias a esta mujer, ya que de haber sido "mala" había aprovechado la inconsciencia de Bradley para hacerle daño a él y a su hijo.

Mi plan era el siguiente: Susan no estaba, era un punto positivo; mis padres se iban a la fiesta y probablemente tardarían horas en volver; todo el mundo estaba en una fiesta o pidiendo caramelos; y yo estaría camino de la mansión en unos minutos. ¿Qué podía salir mal? Todo o nada, o quizá algunas cosas. Si alguien me había seguido varias veces, no desaprovecharía la noche de los fantasmas para dejarme libre. Así que

contaba con que me siguiera. Bien. Tendría cuidado respecto a eso. Otro punto que podía salir mal era que algún fantasma apareciera, pero siempre podía evitarlo e intentar no desmayarme. El peor punto era que pudiera aparecer un demonio, pero para ello pensaba llevarme la daga que Joe me había devuelto, aunque no sabía si funcionaría o no. No recordaba lo que ocurrió la última vez, así que me dejaba en manos del destino.

Me sentía muy nerviosa a pesar de que tenía la cabeza fría con mi plan.

El timbre de la puerta sonó y mi madre bajó las escaleras con pasos apresurados. Me levanté del sofá y me acerqué al vestíbulo.

—Feliz día de Halloween —nos felicitó mi padre, disfrazado de vampiro. Nada de esto tenía sentido, así que lo achaqué a que estaban más felices ahora que vivían separados—. ¿Estás lista?

—Sí —respondió mi madre, luego fijó su atención en mí—. Recuerda lo que hemos hablando, Iris. No te quedes sola si ocurre algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Me acerqué hasta ellos y le di un beso a cada uno. Era una nueva norma que mi madre había dictado: un beso antes de salir—. Os llamaré si ocurre algo.

—Diviértete —dijo mi padre.

Después de eso, salieron y cerraron la puerta. Por fin me quedé sola. No era que estuviera deseándolo, pero sí había comenzado a impacientarme.

Subí a mi cuarto y esperé diez minutos de seguridad, no fuera a ser que volvieran porque se hubieran olvidado de algo. Después me cambié de ropa. Me vestí con unos vaqueros oscuros y camiseta de manga larga negra, una sudadera con capucha y una chaqueta vaquera. Iba haciendo el ridículo, pero no quería pasar frío. Luego me puse mis deportivas. Cogí la daga y la guardé en el interior de mi chaqueta vaquera.

Respiré profundamente. Sentía el frío de la hoja junto a mis costillas a

pesar de que llevaba ropa suficiente como para no sentirlo. Me sentí aún más nerviosa a pesar de que me infligía seguridad.

—Vamos allá —me alenté a mí misma para darme valor.

Salí de mi casa. Había muchísima gente en la calle. Un par de casas más arriba había una fiesta de disfraces. La gente paseaba de un lado a otro y se divertían. Los niños corrían de puerta en puerta pidiendo caramelos. Los habitantes de Wood Pine habían abandonado el miedo de los días anteriores para disfrutar de la fiesta. Era un punto a favor: a más gente hubiera en las calles, más desapercibida pasaba.

Subí a mi bici y comencé a pedalear calle abajo. A pesar de que sabía que Susan estaba con su abuela y mis padres en la fiesta, no dejaba de mirar en derredor para comprobar si alguien me veía. Me coloqué la capucha mientras conducía con una mano y sin dejar de pedalear. Supuse que mi cabellera cobriza llamaba demasiado la atención.

Finalmente, llegué a la carretera que conducía a la mansión. Como siempre, estaba tenuemente iluminada y vacía. Todo el mundo estaba celebrando Halloween. Pensé que quizá teniendo en cuenta la festividad que corría, algunos habitantes se podrían haber envalentonado como yo. Visitar la mansión fantasma de Wood Pine no era una idea descabellada dado el día que era. Sin embargo, no había nadie. Quizá con lo ocurrido los días anteriores, la gente había decidido no armarse de valor. Quizá yo estaba siendo una tonta por colarme en el interior.

Me bajé de la bici en cuanto llegué a la alta verja de hierro que delimitaba el límite de los jardines de la mansión. La cinta policial que había rodeado la entrada el día del incendio había casi desaparecido. Solo quedaba un pequeño retal atado a uno de los barrotes, moviéndose tenuemente a causa del suave viento. Observé que la verja estaba abierta, encajada más bien. Era como si hubiera optado estar de aquella manera

intencionadamente, como si invitara a entrar, como si estuviera esperando a alguien. Coloqué una mano sobre ella, lista para empujar y entrar, pero me detuve cuando el pequeño crujido de una rama fracturándose llenó el silencio que me rodeaba. Miré por encima de mi hombro. La luz de las farolas apenas alumbraban y lo único que mis ojos alcanzaban a ver era la sombra que proyectaban los árboles a la luz de la luna. Todo estaba oscuro y no podía distinguir nada. Presioné la daga con el brazo hacia mis costillas, me sentía más segura con su tacto, me daba cierto valor. Aquel crujido... Bien podría haber sido algún animal, ¿no? O bien aquella persona que me espiaba y vigilaba.

Saqué mi móvil del bolsillo de mis vaqueros y encendí la linterna. No me había traído otra cosa para alumbrar, así que el flash de la cámara iba a hacer todo el trabajo. Miré el porcentaje de la batería: veinte. Recé para que me durara durante toda la expedición. Volví a mirar por encima de mi hombro. No vi nada, ni siquiera alumbrando con la linterna. Finalmente, cogí aire y empujé la verja, que se abrió con un agudo quejido. Solo la abrí lo suficiente para que mi cuerpo cupiera y luego la dejé tal y como estaba antes, encajada. Pensé que si alguien me estaba siguiendo, tendría que abrir la puerta y el sonido me alertaría.

Anduve por la calzada que dividía el jardín en dos partes. Ambos, tanto el de la izquierda como el de la derecha, no presentaban un aspecto muy cuidado. Tampoco eran muy grandes, sin embargo, la calzada que llevaba hasta la gran puerta de entrada sí era lo suficientemente grande como para que cupiera un camión de bomberos, una par de coches de policías y una ambulancia. Unos cuantos escalones separaban la puerta de entrada con la acera.

Alumbré la puerta. Permanecía cerrada, probablemente con llave, ya que no creía posible que Bradley Woodman se hubiera descuidado.

Aunque la verja estaba abierta... Subí los escalones y empujé la puerta. Estaba cerrada.

—Mierda.

Me volví para bajar los escalones. Si una puerta estaba cerrada, quizá alguna ventana estuviera abierta. Y si no pues tendría que abrirla a la fuerza. No pensaba marcharme de allí sin una respuesta. Me dispuse a bajar los escalones, cuando la puerta se abrió con un ligero crujido. La puerta estaba entornada y por la rendija la vista se perdía en la oscuridad. Tragué saliva.

—Muy bien —me dije a mí misma—. Vamos allá.

Empujé lentamente la puerta. No hubo ningún crujido ni llanto, simplemente se abrió en silencio. Iluminé el vestíbulo. Era amplio, casi igual de grande que un salón. Una par de sofás descansaban en el centro y entre ellos había una mesa de café. Al fondo unas altas ventanas permitían la entrada de luz, aunque en aquel momento solo había oscuridad. A mi izquierda había una puerta y a la derecha otra. Aquí era donde la mansión se dividía en dos alas. La puerta que estaba a mi derecha era la que llevaba a la casa de Bradley, la de la izquierda llevaba a la mansión abandonada. Bradley me había contado que la mujer de los zapatos negros había aparecido en la habitación de su bebé, y el día del incendio vi a Charles II Woodman en este mismo ala. Opté por la puerta de la derecha, aunque sabía que probablemente no daría resultado. Quizá el ala izquierda ofrecía más actividad paranormal dada la cantidad de muertes que habían ocurrido en su interior, pero ahora mismo no me interesaba ver más fantasmas. Quería ver quien era aquella mujer.

Escuché como la verja del exterior gemía. Alguien me estaba siguiendo. Me acerqué a la puerta principal para observar a escondidas, pero cuando di un paso adelante esta se cerró dando un portazo. Detrás de mí, la

puerta del ala que pertenecía a la casa de Bradley se abrió. No sabía quién estaba haciendo aquello, y daba igual si era un fantasma (aunque no lo creía), demonio o alguien vestido de negro. Estaba claro que quería llevarme a algún lugar concreto. No confiaba en que fuera algo seguro, probablemente era una trampa, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si quería tenerme en un punto, pensaba exponerme.

Entré en casa de Bradley y alumbré. Me quedaba un diecinueve por ciento de batería. Esperaba que fuera más que suficiente. Un pequeño vestíbulo me rodeaba. Había una puerta a mi izquierda y frente a mí un pasillo. Ignoré la puerta y me dirigí al corredor. Había dos puertas a cada lado, todas cerradas. Al final del pasillo había un par de puertas abiertas. Una llevaba a un salón, o más bien lo que en su día fue un salón. Ahora mismo lucía todo calcinado. Los muebles, el televisor, los sofás... Todo estaba carbonizado. Las cortinas habían desaparecido, incluso la puerta del salón estaba rota y quemada. Lo único que mantenía el aspecto de nuevo era el pomo dorado y reluciente. La otra puerta abierta llevaba a la cocina, la cual no llegaba a estar por completo quemada. Solo la entrada había sido pintada de negro por las llamas.

Al otro lado, unas grandes escaleras se curvaban hacia el piso superior. Era amplia y de la pared colgaban grandes cuadros familiares y de paisajes. Una alfombra cubría los escalones. Puse un pie en el primero cuando una puerta al otro extremo del pasillo gimió. Alumbré rápidamente, pero no vi nada. Todo estaba oscuro, parecía que se tratase de un agujero negro, por mucho que alumbraba nada se iluminaba, era como si algo absorbiese la luz. Un golpe en las escaleras me sobresaltó. Uno de los cuadros se había caído y ahora yacía sobre los escalones boca abajo. Me lo tomé como una señal y comencé a subir las escaleras. Cuando llegué a la planta superior la temperatura había descendido un

par de grados. A mi izquierda había una pared y a mi derecha se extendía un largo pasillo más o menos hasta la mitad de la mansión, justo donde esta se dividía en dos alas. No había ventana alguna que diera al exterior, solo puertas cerradas. Al alumbrar vi que algunos apliques habían caído al suelo, al igual que algunos cuadros. La alfombra que cubría el suelo en su longitud estaba arrugada en algunos sitios.

Comencé a caminar despacio. Observando los cuadros y las puertas, esperando a que algo ocurriera o a que alguna señal me indicara el camino. Pensé que si no había recibido señal alguna una vez hubiera llegado al final del corredor, optaría por entrar en alguna habitación. Anduve varios metros, puse un pie tras otro durante varios minutos, percatándome poco a poco de que nunca llegaba al final del pasillo. Veía las puertas pasar junto a mí, sentía moverme hacia delante, sin embargo, siempre me encontraba en el mismo lugar.

—De acuerdo —me dije en susurros—. Estoy en un bucle.

Temí no poder salir de allí. ¿Y si me dirigía hacia el otro lado? Intenté caminar hacia las escaleras, pero igualmente ocurría. No me movía. El corazón me latía fuerte, pero no ligero. Los oídos se me taponaron a causa de la tensión y el miedo. Quería salir de allí. No debería de haberme adentrado en aquella horrible mansión. Quería echarme a llorar.

Una puerta se abrió a mi derecha. Dejó al descubierto una habitación oscura, sin luz alguna. Alumbré con la linterna y el haz de luz se perdió en el interior. Tragué saliva. Tenía que entrar, no solo porque aquella alma desconocida me estuviera indicando el camino, sino porque no podía hacer otra cosa. No podía ir ni a la izquierda ni a la derecha. Escuché como otra puerta se cerraba en el pasillo. Miré hacia aquel lugar pero no había nadie. Llegué a la conclusión de que me estaban siguiendo, y decidí entrar en la oscura habitación antes de que aquella persona viera algo

extraño.

Crucé el umbral de la puerta y cuando estuve dentro, la puerta se cerró despacio y sin emitir ningún sonido. La linterna de mi teléfono móvil se apagó. Pulsé el botón de encender pero no hizo nada. Era imposible que la batería se hubiera agotado tan rápido. ¿O quizá yo llevaba demasiado tiempo en el interior de la mansión y no me había percatado? Miré en derredor, pero todo estaba oscuro, no se distinguía absolutamente nada, ni siquiera podía verme las manos. No había ni una gota de luz. Sostuve el móvil en una mano, solo para sentir la seguridad de que la luz podía volver. En la otra mano sostuve la daga, algo absurdo pero me daba valor. Caminé a tientas, colocando las manos por delante de mí y tanteando el suelo con los pies. Anduve lo que supuse que fueron unos seis metros hacia delante y no me di de bruces con nada. Era como estar en un limbo oscuro e infinito. Cambié de dirección y fui hacia la derecha. Nada en mi camino. Luego fui hacia la izquierda. Nada. Me di la vuelta para intentar buscar la puerta, pero después de dar unos veinte pasos, seguí perdida en aquella oscuridad. Me sentía tan encerrada y tan asustada que estuve a punto de gritar ayuda a pleno pulmón. Quien quiera que me siguiera podría venir a ayudarme, con abrir la puerta era más que suficiente. Pero luego pensé que quizá esa persona también podría perderse en el interior.

Una luz muy tenue comenzó a iluminar la habitación detrás de mí. Me giré para mirarla. Al principio era una blanca luz mortecina, que poco a poco fue ganando luminosidad hasta ser tan brillante que cegaba. Aparté los ojos. A mi alrededor había una cantidad asombrosa de muebles, unos encima de otros, como si aquella habitación se tratara de un trastero. Era amplia, pero su espacio libre quedaba reducido a tan solo unos metros cuadrados. ¿Cómo era posible que hubiera caminado largos metros y no

me hubiera dado de bruces con nada? La puerta estaba justo detrás de mí. Agarré el pomo para abrirla y marcharme de allí en cuanto fuera posible, pero la brillante luz se apagó y mi linterna se encendió. Mis piernas perdieron fuerza y todo a mi alrededor comenzó a dar vueltas. Sentí náuseas. Hacía tiempo que algo así no me ocurría de una forma tan agresiva. Solo podía significar una cosa: un fantasma.

Poco a poco el alma de una mujer fue tomando forma frente a mí. Era de mediana edad, aunque aparentaba más edad que la que contaba. Su cabello negro caía sobre sus hombros, despeinado y algo sucio. Su traje negro era clásico de los años veinte. Sus zapatos también eran negros. Comprendí que aquel fantasma era el que había aparecido frente a Bradley Woodman. Lo que no llegaba a entender era cómo él había conseguido verla con tanta claridad. Normalmente no ocurría así.

—No puedo encontrar a mi bebé —me dijo, con una voz que denotaba preocupación.

—Tú marido es Charles II Woodman, ¿verdad? —me atreví a preguntar, ignorando el mareo que poco a poco iba aumentando.

—¿Charles? No, no, no, no —respondió, desesperada—. Charles es uno de ellos. No deberías estar aquí.

—¿Uno de ellos? ¿Qué quieres decir?

—No puedo encontrar a mi bebé —dijo, llevándose las manos a las sienes y enredando mechones de cabello en sus dedos.

—¿Tú me has traído hasta aquí?

Dejó las manos quietas y me observó detenidamente, como intentando reconocerme. Luego dejó caer los brazos y se acercó poco a poco a mí.

—Tú sabes dónde está mi bebé. Dímelo.

Di un paso atrás cuando vi que elevaba una de sus manos para intentar cogerme. Sentí más náuseas y me desequilibré a causa del mareo. Mi

espalda dio contra la puerta.

—No sé dónde está tu bebé —le dije, alumbrándola con la linterna. Su aspecto cada vez era más tétrico. A medida que se aproximaba podía verle el rostro con más claridad. Tenía el cabello apelmazado a un lado de la cabeza por la sangre. También tenía varios cortes por el rostro.

Se detuvo y miró alrededor.

—Intenté salvarlo del fuego.

—¿Te refieres a tu hijo?

—No, al otro bebé. Lloraba en la cuna.

—El hijo de Bradley.

—Él quería matarlo.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas.

—¿Bradley?

—Charles —me corrigió—. No deberías estar aquí.

Me observó con los ojos desorbitados. Parecía que aquella mujer tenía momentos de lucidez y momentos de locura.

—¿Por qué iba a querer Charles matar a un niño?

—Tú sabes dónde está mi bebé. Sé que lo sabes. Por eso estás aquí.

—Tú hijo murió hace años. No sé dónde está.

Comenzó a llorar de forma desesperada y cayó de rodillas sobre el suelo.

—Está enfadado. Ahora puede hacer cosas que antes no hacía.

—¿Charles?

—Está buscando al bebé. —Rompió a llorar nuevamente—. No quiero que lo encuentre. Quiero hacerlo yo.

Una ventana, al final de la habitación, se abrió de par en par. Un frío helado se coló en el cuarto.

—Ha llegado la hora. Siempre llega. —Se puso en pie y caminó hasta la

ventana en completo silencio. Se subió al alfeizar y miró hacia atrás—. Tú sabes dónde está mi hijo.

—Lo siento. No puedo ayudarte.

—Se lo llevaron —me dijo. Su cabello se movía con el viento y le ocultaba parte del rostro—. Siempre se los llevan.

—¿Quiénes?

—Siempre se llevan a los niños. —Me miró con una triste sonrisa, y mientras se dejaba caer añadió—: Los de blanco.

CAPÍTULO ONCE

Las piernas me fallaron y mi espalda resbaló por la puerta. Quedé sentada en el suelo, mirando como aquella mujer se había colocado de espaldas al exterior, había extendido los brazos y se había dejado caer hacia el abismo. Respiré con ansiedad. Verla caer me había impresionado a pesar de que ya nada podía hacer. También me había desconcertado sus últimas palabras: Los de blanco se llevaban a los niños. Sentí como mis vellos se ponía de punta. Tenía la piel de gallina y no era a causa del frío que entraba por la ventana abierta.

La luz de la linterna comenzó a parpadear. Los muebles que estaban amontonados y cubiertos parcialmente con sábanas aparecían y desaparecían frente a mis ojos. Cada vez que la luz los iluminaba adquirían una forma diferente, como si mutaran de un aspecto a otro, aterrorizándome. La puerta tembló detrás de mi espalda, no como si alguien intentara abrirla, sino como si se agitara dentro de sus goznes. Me separé de ella y me puse en pie de un salto. Todavía estaba un poco mareada, pero me sostenía bastante bien. La puerta seguía agitándose, una luz brillante se colaba por debajo de ella. Di un paso atrás. Luego otro. Sabía que la ventana estaba detrás de mí, abierta. Alumbré la habitación lo mejor que pude a pesar de que la luz aún parpadeaba. A mi izquierda había una puerta tras un sillón. Me aproximé hasta él sin dejar de prestar atención a la puerta. Cada vez se agitaba con más violencia. Aparté el sillón y alcancé el pomo. Cogí aire y cambié de habitación. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Entré en la desconocida habitación y cerré la puerta tras de mí. Alumbré aquella estancia. Era casi exactamente igual que la anterior, la

única diferencia era que había menos cantidad de muebles. Una puerta llevaba al pasillo. Decidí salir por ahí en vez de volver atrás cuando una mano se posó sobre mi boca, silenciándome, y otro brazo me apresaba desde atrás. Sentí tal impulso de miedo que me moví rápidamente, forcejeé con todas mis fuerzas, me moví de un lado hacia otro hasta que me zafé del brazo que me rodeaba y de la mano que me acallaba. Me giré sobre mis talones y, con el teléfono móvil en mano, propiné un golpe a aquella persona que pretendía retenerme.

Escuché un improperio y algo que caía al suelo.

—¿¡Peter!?! —pregunté en medio de la oscuridad cuando reconocí la voz. Luego alumbré. Se tocaba el ojo con una mano—. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí? Me has dado un susto de muerte, imbécil.

—Y tú me has golpeado.

—¿Y qué querías que hiciera? Me has agarrado como si fueras a secuestrarme.

Se apartó la mano del ojo y se miró los dedos. Una gota de sangre le recorrió la sien.

—Me has hecho un corte en la ceja —exclamó.

—¡Oh, pobrecito! ¿Estás preocupado porque tu rostro no va a ser el más bonito de Wood Pine?

Me miró como si hubiera algo que me perdiera.

—¿Te parece bonito?

—Vete a la mierda —le dije, empujándole en un hombro—. Casi me lo hago encima.

—¿Sabías que eso sirve para espantar al depredador?

Lo miré sin comprender de dónde demonios había salido.

—Lo de hacérselo encima funciona cuando alguien intenta atacarte.

Atacarte en ese... sentido.

Puse los ojos en blanco y me agaché para recoger la linterna que antes se le cayó al suelo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Se suponía que tenías que estar en tu fiesta. —Le ofrecí la linterna.

—Así debería ser, pero como no aparecías fui a buscarte. Te vi saliendo de tu casa en bici.

—¿Y decidiste seguirme?

En ese momento recordé el ruido de la rama rompiéndose en mitad del bosque, de la verja que delimitaba el territorio de los Woodmans, de la puerta cerrándose en el piso de abajo y en el pasillo de fuera.

—En realidad... no.

—Vaya, es la peor mentira que me has dicho hasta ahora, Hoult. No me has seguido, pero aquí estás.

—Sí, pero no es lo que parece. Te seguí porque alguien más lo estaba haciendo. Cuando vi que entró en la mansión detrás de ti, decidí entrar yo también. —Hizo una pausa—. Por si necesitabas ayuda.

Fruncí el ceño. No tenía duda alguna de lo que me estaba contando. Sabía que era verdad, porque yo misma había sentido que alguien me seguía, incluso cuando Peter vino a mi casa a darme la invitación de la fiesta. Incluso él pareció notarlo.

—¿Quién era? ¿Has podido verle el rostro?

—No, no he podido verlo, pero creo que es un hombre. No sé la edad ni sé quién es.

Sabía que era Jeremy Garber. ¿Quién si no iba a ser?

—¿Tienes alguna idea? —me preguntó.

—No —mentí.

—Me estás mintiendo —dijo con sorpresa.

—Oh, por favor, no seas infantil.

La puerta de aquella habitación comenzó a temblar como la del anterior cuarto. Sin embargo por abajo se colaba una luz roja en vez de blanca. Lo peor no era que estaba otra vez encerrada en una habitación sin salida, sino que no sentía mareo ni náuseas, el tiempo no se estaba ralentizando y Peter Hoult estaba viendo exactamente lo mismo que yo. ¿Aquello era humano o demonio? Ahora me planteaba la cuestión. Solo yo podía ver fantasmas, en cambio, Joe había visto el demonio, todos lo habían hecho. Y Hoult estaba viendo aquello. Así que o era un demonio, toqué la daga para asegurarme que seguía en el bolsillo de mi cazadora, o era humano, en este caso Garber.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Peter, la puerta seguía temblando.

—O es la persona que me sigue intentando gastar una broma, o son los espíritus de la mansión.

—Bueno, será mejor que lo descubramos abriendo la puerta.

Dio un paso adelante, pero le agarré el brazo para retenerlo. No quería que lo hiciera. Si era un demonio, o cualquier cosa paranormal, no podría ayudarlo. ¿Qué había dicho la mujer de negro? Que Charles no era el mismo de antes. Las linternas comenzaron a parpadear de nuevo.

—No vayas, déjalo. Será mejor que busquemos otra salida.

Me giré para volver a la habitación de antes, pero me detuve cuando vi que la puerta había desaparecido. Solo había una pared, lisa y sin adornos.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó Hoult, a pesar de que sabía que era estúpido hacerlo.

La puerta tembló con más violencia. Casi parecía que estaba a punto de ceder. Alumbré el resto de la habitación. No había otra salida.

—La ventana —dije mientras me acercaba. Sabía que estábamos en una planta superior, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La intenté abrir, pero no cedía.

—Iris, mira.

Miré hacia donde su linterna alumbraba intermitentemente. En el techo, había una pequeña trampilla cuadrada que llevaba a una buhardilla. Fruncí el ceño.

—Es imposible, Peter. Esto no es el último piso.

—¿Tienes otra idea mejor? —Alumbró la puerta, la cual empezó a crujir. Faltaba poco para que saliera de los goznes.

—Vale, pero yo voy primero.

Dejó la linterna en el suelo, alumbrando hacia la puerta. Luego me cogió por las piernas y me aupó para que alcanzara la anilla que colgaba de la trampilla. Tiré una y otra vez, hasta que cedió y se abrió. La trampilla cayó hacia abajo, columpiándose sobre sus bisagras. Tras ella, un montón de polvo cayó sobre mi rostro. Tosí.

—Iris, no lo digo porque peses, sino por la puerta. Está a punto de ceder. ¡Sube!

Tenía razón. La luz se colaba por los laterales y por la parte de arriba. Me agarré como pude al marco de aquella abertura y me impulsé hacia arriba. Una vez dentro alumbré. Se trataba de un pasillo estrecho, como si se tratara de un tubo de ventilación. Dejé el móvil sobre el suelo y miré hacia abajo. Peter había cogido una silla y se había subido sobre ella para alcanzar la entrada. Extendí un brazo para ayudarlo. Saltó hacia el hueco y con mi ayuda entró en aquel tubo. La puerta de la habitación se rompió en aquel instante. Vi como pedazos de madera caían sobre el parqué. También vi la sombra de un hombre sobre la moqueta del suelo, la cual desapareció poco a poco hasta convertirse en una sombra sin forma que

se acercaba a nosotros. Tragué saliva. No podía ser aquella cosa de nuevo. Peter sacó un brazo a través de la abertura, agarró la anilla de la trampilla y la cerró antes de la sombra nos alcanzara. Escuché como aquella cosa golpeaba la trampilla y la agarraba para abrirla. Peter la sostenía con fuerza pero no era suficiente. Me acerqué a él y agarré la anilla con todas mis fuerzas. Los golpes retumbaban a lo largo del tubo. Sentía las mejillas húmedas de las lágrimas que escapaban de mis ojos sin yo quererlo. Hasta que de repente los golpes cesaron. Nos quedamos tal y como estábamos, ambos agarrados a la anilla, tirando hacia arriba de la trampilla por si acaso aquella cosa seguía allí.

—¿Qué demonios era esa cosa? —preguntó Peter, pero no me lanzó esa pregunta a mí, sino más bien como algo que no comprendía—. Era igual que aquella cosa que apareció en el cielo el año pasado, ¿verdad?

Respiraba con dificultad, así que me permití no responder. Tenía más necesidad de coger oxígeno.

Poco a poco fuimos aflojando nuestras manos, hasta que soltamos la anilla. Sin embargo, ninguno de los dos soltamos nuestras manos. Me temblaban tanto los dedos que temía no tener algo que me estabilizara.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Vamos a buscar una salida, ¿de acuerdo?

—No debería haber venido a la mansión —dije, cerrando los ojos y agachando la mirada. Me sentía terriblemente culpable de que Peter estuviera allí. Y también de Garber, estuviera donde estuviese en aquella mansión, se enfrentaba a algo que no comprendía. Dudaba que se fuera de rositas aquella noche.

Sentí la mano de Hault bajo mi barbilla, elevándome el rostro para que lo mirara.

—Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? —me alentó—. Aunque debo reconocer que tienes un par... mucho coraje al haber entrado aquí en la noche de Halloween.

Rompí a llorar al mismo tiempo que me reía. Peter sonrió. Sabía que parecía una cría, pero temía verme en la misma situación que el año anterior. No quería enfrentarme a aquella cosa otra vez. Quería dejarlo atrás y seguir con mi vida. No quería morir otra vez. Aquello era una tortura y me sentía más asustada que aquel día en el bosque. No estaba preparada, como yo creía.

Hoult alcanzó su linterna y alumbró a ambos lados de aquel tubo, primero a la derecha y luego a la izquierda.

—¿Cuál crees que es mejor? —preguntó.

—Creo que el que está a tu espalda. Por allí estaban las escaleras.

—¿Quieres ir tú primero?

—Esta vez te toca a ti.

Comenzamos a gatear por el tubo. Peter delante de mí, alumbrando con su linterna; y yo detrás, alumbrando intermitentemente el camino y el camino que quedaba a mis espaldas. No quería que algo me sorprendiera. Pasamos por encima de varias trampillas, hasta que decidimos cual sería la más indicada de abrir para salir de aquel tubo.

—¿Te parece bien esta?

Me quité una telaraña del hombro y me limpié la mano en el pantalón.

—Supongo que sí. Alguna tiene que ser, ¿no?

Asintió. Agarró la anilla y empujó la trampilla hacia fuera. Esta se abrió y quedó colgando de las bisagras.

—Saldré yo primero —me dijo.

—No, saldré yo.

—Iris, sé cuidarme solo. —Sonrió. Saltó hacia el exterior y alumbró a su

alrededor—. Parece una habitación como las demás. Solo hay muebles viejos. Vamos, te ayudaré a bajar.

Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta y dejé caer las piernas por la abertura. Luego fui poco a poco dejándome caer, mientras Peter me sostenía.

—Gracias —le dije una vez mis pies estuvieron en el suelo. Evité mirarle. Estar tan cerca de él me ponía nerviosa y, además, me daba la sensación de que él podía notarlo. Gracias a eso pensaba que lo hacía adrede y que creaba este tipo de situaciones intencionadamente para que me sintiera incómoda. Como posible solución lo ignoraba y continuaba mi camino, pero no siempre surtía efecto en mí—.Vamos, quiero salir de aquí cuanto antes.

—¿Y quién no?

Me acerqué hasta la puerta, la cual estaba cerrada. Agarré el pomo y lo giré despacio, rezando para que la anterior luz cegadora no apareciera por debajo de la puerta, rezando para que nada temblara.

La puerta se abrió sin ningún incidente. Ambos salimos al pasillo y alumbramos hacia ambos lados. Al parecer nos habíamos desplazado más de lo que pretendíamos y ahora nos encontrábamos en el ala oeste de la mansión. Las escaleras estaban a unos veinte metros a mi izquierda.

—Bajemos y salgamos de aquí —animé a Hault, que guardaba silencio y alumbraba hacia nuestra derecha imperturbablemente.

No le presté atención, le agarré del brazo y tiré de él para que se moviera. Sin embargo, se quedó clavado en el suelo. Solo movió uno de sus brazos para agarrarme a mí. Seguí el trayecto de su mirada. Charles II Woodman estaba en el extremo del pasillo oeste, prácticamente al final. Su silueta negra resaltaba gracias al contraste con la luz que se colaba por la ventana que quedaba a sus espaldas. Podría haber pensado que

aquella silueta pertenecía a aquella enigmática persona que me seguía, pero algo me decía que aquel no era Jeremy Garber. Sentí como los vellos se me ponían de punta, un frío agudo rodeó mi cuerpo, parecía que la temperatura había descendido varios grados en tan solo cinco segundos. Percibí un ligero olor a alcohol que luego fue aumentando considerablemente, hasta que finalmente se tornó en un olor putrefacto. Olía a carne podrida, sentí unas nauseas enormes y me cubrí la boca y la nariz con el brazo de forma instintiva a pesar de que Peter estaba allí y podía verme.

—¿De dónde procede ese olor? —preguntó Hault, soltándome el brazo y cubriéndose la boca y la nariz sin dejar de alumbrar el final de pasillo.

Me sorprendí al saber que él también podía percibirlo. Aquello no podía ser nada bueno.

La puerta por la que habíamos salido se cerró de golpe y comenzó a temblar al mismo tiempo que lo hacían todas las demás. Las luces comenzaron a parpadear, incluida las linternas. Los cuadros que colgaban de las paredes comenzaron a vibrar, algunos se precipitaron contra el suelo produciendo un estrépito que retumbó a lo largo del pasillo. Charles II Woodman comenzó a correr hacia nosotros a medida que las puertas se abrían de golpe como si un fuerte empujón las obligara a ceder. Las bombillas comenzaron a estallar a su paso.

—¡¡Corre!! —ordenó Hault.

Pero mis pies se quedaron fijos en el suelo. Mi cuerpo parecía congelado. Veía como aquel fantasma corría hacia donde me encontraba, observaba como las cosas se rompían a su alrededor, y como una oscura sombra ascendía detrás de él, como unido a su alma. Era un fantasma unido a una porción de demonio. Palpé el bolsillo interior de mi cazadora, intentando encontrar la daga y acabar con aquello de una vez por todas.

Pero Peter me agarró del brazo y tiró de mí.

—¿Qué demonios haces, Iris? —me dijo, enfadado, haciéndose sonar por encima del ruido. Parecía que toda la casa crujía—. Vamos.

Me cogió de la mano y comenzamos a correr hacia las escaleras. Cuando llegamos hasta el primer escalón, un trozo de madera, procedente de algún marco, pasó volando por encima de nuestras cabezas. Aquello me trajo recuerdos.

Bajamos las escaleras de dos en dos, saltando en cada rellano. Aquello no tenía ningún sentido. Solo habíamos subido una planta, y ya habíamos bajado dos. Los escalones se rompían tras nuestros pies, los cuadros caían de las paredes, la barandilla cedía bajo nuestras manos. Llevábamos cuatro pisos cuando por fin llegamos a la planta baja. Corrimos en dirección contraria por donde habíamos venido en un principio, pero cuando llegamos a la puerta principal, que llevaba al vestíbulo común, esta no cedía. Todo volaba a nuestro alrededor. Miré por encima de mi hombro, esperando y temiendo ver a aquella sombra o demonio o fantasma. En cambio, vi como un trozo de madera prendía solo. El fuego se propagó por la habitación, consumiendo toda la madera que estaba desperdigada por el suelo. Los muebles comenzaron a arder. Casi estábamos rodeados por las llamas en cuestión de segundos.

—La ventana —dijo Peter. Había dos, una que daba hacia la parte delantera de la mansión y otra hacia atrás. Me cogió de la mano—. No te separes de mí.

Cruzamos la habitación, evitando las llamas, tosiendo. Apenas se podía respirar. Intentamos abrir la ventana, pero estaba bloqueada.

—Tenemos que... volver —dije entre toses—. No podemos... salir por aquí. Moriremos.

—No podemos cruzar las llamas.

Miró en derredor, buscando algo consistente con lo que golpear la ventana. Tosí fuerte. Comenzaba a asfixiarme.

—Peter... —Tosí—, quiere asfixiarnos... no quemarnos.

Hoult me observó con ojos seguros, como si creyera lo que le decía, sin duda alguna. Observó la linterna que llevaba en la mano y golpeó el cristal con la parte posterior. Un golpe no hizo nada; el segundo lo astilló; el tercero creó una estrella asimétrica a lo largo del cristal; el cuarto lo rompió. Quitó algunos cristales que quedaron en el alfeizar, luego me agarró y me subió al borde de la ventana. Ambos miramos hacia abajo. Una pronunciada pendiente de unos quince metros se extendía hacia abajo. Cruzamos la mirada, pensando que solo había un camino. Las llamas cobraron fuerza detrás de Peter.

—Lo siento —me dijo. Luego me empujó.

Caí de lado sobre una mezcla de hierbas, rocas y piedras. Sentí un golpe en la cabeza y luego todo dio vueltas. Estaba girando sobre mí misma mientras caía por la pendiente al mismo tiempo que el mareo me nublaba la visión. Sentí que algo cálido me rodeaba, protegiéndome la cabeza y el torso. Giré y giré, hasta que me detuve. Tenía los ojos cerrados e intentaba concentrarme en un punto en la oscuridad. Percibí un movimiento a mi lado. Al abrir los ojos el mareo se disipó en su mayoría. Hoult estaba junto a mí, abrazándome y protegiéndome la cabeza. Un profundo corte sobre la ceja derecha sangraba sobre su sien, dibujando un rastro rojo a su paso. Nos quedamos en aquella posición durante largos segundos, hasta que decidí hablar.

—Tienes un corte en la ceja —le hice saber, sin moverme ni un ápice. Era consciente de que mi cabeza estaba apoyada sobre su brazo derecho y que el izquierdo me rodeaba el cuerpo, al igual que sus piernas estaban entrelazadas con las mías. Percibí su olor mezclado con jabón.

—Ese corte me lo hiciste tú en la habitación. —Guardó silencio unos segundos, observándome—. Tú también tienes una herida en la cabeza.

—Estoy algo mareada.

Un agudo grito salió de la mansión, como si toda ella gritara, las ventanas, las puertas las paredes. Ambos nos incorporamos y miramos hacia la ventana por la que habíamos saltado. Los árboles cubrían gran parte de la vista de la mansión, pero la luz de la luna alumbraba lo suficiente como para mostrar una ventana normal y corriente. No había fuego, nada estaba carbonizado ni ennegrecido por las llamas. La ventana no estaba rota, sino intacta. Todo lucía como si nada hubiera ocurrido.

—No puede ser cierto —escuché como Peter decía a mis espaldas.

Pero sí lo era.

CAPÍTULO DOCE

Abrí la puerta trasera de mi casa. A pesar de que todas las luces estaban apagadas no quería arriesgarme a entrar por la puerta principal, no me gustaba la idea de que algún vecino me viera invitando a Hoult a entrar en mi casa. El motivo del porqué lo invitaba no era tan extraño. Ambos estábamos hechos un asco. Nuestras ropas estaban sucias, nuestros rostros con manchas negras por el fuego, teníamos varias heridas en la cabeza y cortes en las manos, agujeros en las ropas, mi pelo estaba completamente sucio y apelmazado a causa de haberme arrastrado por el suelo. Podría haber mandado a Peter a paseo y decirle que se lamiera las heridas él solo, al fin y al cabo, era él quien había decidido seguirme. Sin embargo, en su casa se celebraba una fiesta de Halloween. No quería que la gente lo viera con una corte en la ceja que aún sangraba, y tampoco quería que él dijera que había sido yo. Tenía que convencerle disimuladamente de que guardara silencio, no me apetecía que la gente supiera que habíamos estado juntos en la mansión. A más tiempo lo distrajera, más tarde llegaría a su casa y menos gente habría en la fiesta. Por otro lado, tenía que ser prudente y andarme con ojo: mi madre podría llegar en cualquier momento.

—¿Estás segura de que quieres invitarme a entrar?

—Si sigues preguntándomelo, Peter, cambiaré de opinión. En tu casa hay una fiesta. ¿Quieres ir a tu casa y que todo el mundo te pregunte qué te ha pasado?

—Si decides echarme o no invitarme, podría decir que es mi nuevo disfraz.

Miré por encima de mi hombro. Su expresión divertida me hervía la

sangre.

—No seas imbécil.

Entré en la cocina, encendí la luz y dejé la cazadora sobre una silla. Peter entró y me imitó. Cerré la puerta y luego me acerqué hasta el salón y llamé a mi madre. Nadie me respondió.

—¿Y si llega tu madre?

—Fácil: te echaré de mi casa antes de que entre en la cocina.

—¿No piensas presentarme?

—¿Por qué debería? —rebatí desde el baño mientras cogía de un mueble el botiquín.

—Porque soy amable, encantador y me gusta conocer a gente nueva.

—Y eso me lo dice precisamente el que me dijo "nadie será tan amable como yo" el primer día de clase. Es verdad, Hault. Eres amable, encantador y, sobre todo, te gusta conocer a gente nueva —le dije, entrando en la cocina.

—En mi defensa diré que si me acercaba a ti, te crearía más problemas de los que ya tenías.

Coloqué el botiquín sobre la encimera y apoyé las manos sobre la tapa. Me sentía cansada, sucia y una punzaba comenzaba a cobrar fuerza en mi sien derecha. No me había mirado todavía en ningún espejo, pero sabía que probablemente tenía una pinta horrible. Más o menos la misma que él. Tenía el rostro sucio y el pelo hecho una maraña a pesar de que lo tenía corto. No quería imaginarme como estaría el mío.

—Me das dolor de cabeza —le dije.

Sonrió sin responderme. Me acerqué hasta él, deslizando el botiquín sobre la encimera. Luego abrí la tapa y saqué varias gasas y antiséptico.

—Si me dejaras un espejo, podría limpiarme la herida por mí mismo.

Lo observé con indiferencia mientras sostenía en mi mano una gasa

impregnada con antiséptico.

—El aseo está frente a la puerta principal. No voy a arriesgarme, podría llegar mi madre. O mi padre, que sería aún peor.

—¿No hay baño en tu habitación?

—No pienso invitarte a mi habitación —sentencié, y luego le ordené, señalando el taburete que estaba justo detrás de él, que se sentara.

Me obedeció sin decir palabra, lo que me resultó extraño porque siempre me contradecía. Comencé a limpiarle herida. Estaba cerrada prácticamente por la postilla que se había formado, sin embargo, sangró de nuevo cuando pasé la gasa por encima. Tiré esa gasa y cogí otra limpia humedeciéndola nuevamente con antiséptico. Luego la coloqué sobre la herida.

—Presiona —le dije.

Luego me senté en el taburete que estaba frente a él y comencé a limpiarme la herida de la rodilla. Tenía un agujero en el pantalón justo en ese lugar, lo cual facilitaba la labor.

—¿Sabes que tienes otro agujero en el pantalón? —me hizo saber mientras sostenía la gasa sobre la herida—. Estaría mal que no te lo dijera porque cuando te cambies de ropa lo verás y desearás que no me hubiera dado cuenta. Así que prefiero decírtelo y que no te queden dudas.

—Ahora mismo estoy a punto de echarte de mi casa.

—Ha sido una vista muy agradable.

Sentí como mis mejillas se teñían de rojo. Por favor, parecía una cría. Me levanté y le presioné su mano contra la herida de la ceja. Profirió un ligero improperio y me miró con el ceño fruncido. No pude evitar reírme.

—¿Estás loca? Y encima te ríes. Eres una sádica.

—Y tú un crío.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Agaché la cabeza algo

incómoda. Si Susan se enteraba de esto, probablemente me regañaría durante un año. Siempre me había dicho que Peter Hoult era una mala hierba, pero nunca me lo había parecido. Sí me parecía prepotente y narcisista, pero no mala persona. Había en él cosas que no cuadraban. Ahora tenía un comportamiento normal, pero cuando se rodeaba de sus amigos era diferente.

—Oye, Peter —susurré con un hilo de voz—, ¿por qué aquel día estabas... tan mal?

Me observó con ciertas dudas, pero sus ojos transmitían seguridad. Era algo extraño. Como si se sintiera firme, pero reflejara intencionadamente indecisión e incertidumbre.

—Mi padre... falleció este verano —me respondió.

Me sentí terriblemente mal por haber hecho una pregunta tan imprudente. Abrí la boca y la cerré sin saber qué decir. De todas las respuestas que podría haberme imaginado esa no aparecía en la lista.

—Yo... lo siento mucho. Ha sido una mala pregunta.

Sonrió.

—No me llevaba bien con él, Iris —me dijo mientras se ponía en pie. Alcanzó una gasa limpia, la humedeció con antiséptico y comenzó a limpiarme la herida de la sien—. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía unos diez años. Se marchó y no lo volvimos a ver. Hasta que nos avisaron de que había muerto. No teníamos buena relación. Pero aun así...

—Es normal echar de menos a una persona.

—¡Oh, no, Iris! No te confundas —me corrigió—. No lloraba de tristeza, al menos no completamente. Más bien me sentía aliviado.

No supe cómo reaccionar. Tampoco sabía los problemas que había tenido. No pensaba preguntar. Cualquier cosa que pudiera decir a partir

de este momento sería indiscreta, imprudente e insensata.

—Eres la única persona a la que se lo he contado —confesó. Ahora me sentía más incómoda—. Por favor, no se lo digas a nadie. Ni siquiera los saben mis amigos.

—¿Por qué no lo saben?

—Me mudé aquí después de que se divorciaran. Saben que mi madre se divorció, pero no conocen la historia.

—No diré nada —prometí. Sabía lo que era guardar un secreto, y si él no había dicho nada, ni siquiera a sus amigos, era porque tenía un motivo de peso. Al igual que yo con Susan.

—Gracias. —Se sentó de nuevo en el taburete y tiró la gasa sucia y cubierta de sangre sobre las demás que habíamos usado—. Yo tampoco diré nada de lo que ha ocurrido hoy.

—Bien.

Tragué saliva, sonreí y me puse en pie. Comencé a recoger las cosas y a guardarlas en el botiquín. Había traído a Peter con la intención de convencerle, de hacerle guardar silencio porque no me convenía que nadie supiera lo que había ocurrido. Y ahora Hault me decía por sí solo que guardaría el secreto. No podía negar que aquello estaba resultando más fácil de lo que pensaba. El problema era que me estaba poniendo nerviosa. ¿En qué momento me pareció buena idea limpiarle la herida? Sí, me sentía algo culpable porque yo se la había ocasionado. ¿Pero él limpiarme a mí la mía? No debería de haberle dejado. Tampoco debería de haberle preguntado nada acerca de aquel día.

—¿Por qué fuiste a la mansión? No me cuentes una historia diferente a la realidad, Iris.

Evité mirarle y continué poniendo en orden el botiquín. Guardé las gasas, las tiritas, el antiséptico, las vendas... Todo. Pero por alguna

extraña razón ahora las cosas no cabían en el interior. Mi corazón latía desbocado. No quería que me hiciera preguntas.

—Tengo un espíritu aventurero.

—De eso no me cabe duda. El año pasado te colaste en el instituto por la noche. Luego está la historia del bosque. Ahora la mansión.

—Lo del bosque no tiene importancia —rectifiqué—. Simplemente queríamos salir de Wood Pine. No tengo culpa si una rama cayó sobre el capó del coche.

—Eres un imán para atraer problemas.

Conseguí cerrar el botiquín. Más bien loforcé a cerrarse. Estaba hinchado y la tapa se curvaba hacia uno de los lados. El cierre parecía a punto de saltar.

—Ahora es mi turno de preguntas: ¿quién me estaba siguiendo? Además de ti, claro.

Apretó los labios, pero no apartó su mirada de la mía.

—No lo vi bien.

—Oh, por favor, no te lo crees ni tú. Dime, ¿era Jeremy Garber?

—¿Quién es Jeremy Garber? —preguntó confundido y frunciendo el ceño.

—Es el nuevo amigo de Susan. Es periodista y dice que está aquí para hacer un estudio o un artículo de Wood Pine. Al parecer le gustan las actividades paranormales.

—¿Y por qué iba a seguirte?

Mierda. No se le escapaba una.

—No lo sé. Quizá me vio ir hacia la mansión y decidió seguirme.

—Iris, lo has dicho muy segura. ¿Te está molestando?

Aparté la mirada e intenté poner la tapa del botiquín derecha.

—No.

—Bueno, si era él el que te seguía, creo que se ha llevado una grata sorpresa al visitar la mansión. Va a tener historias que contar durante unos cuantos meses, ¿no crees? Lo mismo hasta se marcha con el rabo entre las piernas.

—¿Crees que ha salido de la mansión? A nosotros nos ha costado varias heridas.

—Pues que se lo hubiera pensado mejor.

—Sigo sin entender una cosa, Peter. —Me giré hacia él, apoyando mi cadera en la encimera y cruzándome de brazos—. ¿Cuántos pisos subiste?

—Uno. Solo subí uno, Iris. No entiendo cómo hemos bajado cuatro.

—Yo también subí solamente uno.

—¿Por qué no corriste cuando aquella sombra nos siguió?

—No lo sé —respondí, encogiéndome de hombros y recordando aquel momento. Quise sacar la daga, pero mi cuerpo se quedó congelado al ver la sombra—. Supongo que me bloqueé.

Peter me agarró por un brazo y me acercó a él. Me miró a los ojos sin soltarme, como si quisiera decirme algo importante.

—Prométeme que no volverás a entrar en la mansión —me pidió, casi rogando.

Hice caso omiso a los latidos de mi corazón, los cuales se aproximaban cada vez más unos a otros.

—No puedo prometer eso, Peter. Sabes que tengo un espíritu aventurero.

—En ese caso —me dijo mientras que con la mano libre me quitaba una pequeña rama que se había quedado enredada en mi pelo—, prométeme que me llamarás. No quiero que vayas sola.

—¿Y eso por qué? Qué más te da.

—Sabes que no me da igual, Iris. Podrías haber muerto si no llego a

estar allí para romper la ventana.

—Eso no lo sabemos.

Agachó la mirada hacia la rama que aún sostenía en su mano. Con la otra aún me agarraba el brazo manteniéndome cerca. Me quemaba la piel.

—Tú pelo parece un nido de pájaro —me dijo sin levantar la mirada y sonrió tenuemente.

—Tú tampoco estás especialmente limpio y peinado.

Dejó caer la rama sobre la encimera y luego volvió su atención a mí.

—Prométemelo, Iris —rogó.

No respondí, no podía hacerlo. No podía prometer algo que sabía que no cumpliría. Lo peor era que me dolía porque en sus ojos se podía percibir que me lo estaba pidiendo de corazón.

—Cowell fue un gilipollas por marcharse y dejarte aquí.

Abrí la boca sorprendida por aquella confesión.

—Lo siento, no pretendía ofender —se disculpó—, pero...

—¿Pero?

Apartó sus ojos de mí durante unos segundos. Observó la mano que descansaba sobre mi brazo y movió el pulgar, acariciándome. Deseé que parara y que continuara.

—Ten cuidado con los Cowells, ¿de acuerdo? Te lo debería de haber dicho antes. Y siento mucho no haberlo hecho, de verdad. Pero ahora puedo avisarte, aunque no sé si estoy a tiempo o no. —Volvió a mirarme a los ojos, en silencio. Se humedeció los labios y sonrió con dulzura durante un corto segundo—. Debo irme. Es tarde.

Fue a levantarse del taburete, pero antes de completar la acción, y antes de soltarme el brazo, lo agarré y lo empujé suavemente para que volviera a sentarse. El calor me subió a las mejillas, el pulso me temblaba

al igual que las piernas. Aparté la mirada y observé mis manos. Una le sujetaba un brazo, la otra agarraba su mano. Moví esta última despacio y entrelacé mis dedos con los suyos en una caricia. Ambos estábamos muy cerca el uno del otro.

—¿Iris? —pronunció mi nombre.

Nuestras miradas se cruzaron. Sentí como su brazo se zafaba de mi mano lentamente y posaba su mano en mi cintura atrayéndome hacia él. No me soltó la otra mano en ningún momento. Instintivamente mi mano libre se posó sobre su esternón. Su corazón latía tan rápido como el mío. A pesar de que estaba sentado seguía siendo más alto que yo, por lo que tuve que elevar el rostro para mirarle. Posó su frente en la mía y rozó mi nariz con la suya. Esperó un segundo. Luego otro. Aquel momento parecía interminable. Sabía que aquello, por alguna inexplicable razón no estaba bien. No quería besarle, pero deseaba hacerlo. No quería que me abrazara como lo estaba haciendo, ni que me diera la mano del modo en el que ahora mismo estaba. Pero al mismo tiempo era algo que ansiaba.

—Peter —susurré, con el fin de hacerle reaccionar. Estaba tan bloqueado como yo. Quería que se apartara y acabara con aquello, y al mismo tiempo que rozara sus labios con los míos. ¿Qué pasaría después? ¿Se marcharía incómodo, se iría enfadado o diría que todo fue un error? ¿Sería yo la que dijera que aquello no podía ser? —Peter...

Se humedeció los labios, se separó tan solo unos milímetros de mí e inclinó la cabeza para besarme. El calor que desprendía era sofocante y dulce. Yo también incliné mi rostro para devolverle el beso. Cada vez más cerca.

—¿Iris, estás en casa? —dijo mi madre desde el vestíbulo.

Me aparté de Hoult dando un paso atrás, y chocando con el taburete donde antes había estado sentada. Este cayó hacia un lado produciendo

un estrépito. Estaba hecha un manojo de nervios. Nuestros labios se habían rozado casi imperceptiblemente, lo suficiente como para sentir que una pequeña parte había estado en contacto aunque no lo hubieran hecho por completo.

—Mierda —exclamé, agachándome rápidamente y colocando el taburete como estaba.

Mi madre entró en la cocina con una radiante sonrisa. Al parecer su cita había ido bien. Pero toda la felicidad y alegría que cubría su presencia se desvaneció cuando me vio en la cocina, toda sucia y llena de arañazos, acompañada por un joven al que no conocía.

—Hola —alcanzó a decir cuando me hubo mirado de arriba abajo. Luego miró a Houlton, el cual se había levantado del taburete. Miró el reloj que colgaba de la pared. Era casi la una y media de la madrugada—. ¿Buenas... noches?

Evité mirar a Peter. Me sentía más incómoda que nunca, y sin saber por qué enfadada. Por el rabillo del ojo pude ver como Houlton pasaba su atención de mi madre a mí, como esperando algo que nunca llegaba. Mi madre me lanzó una mirada llena de confusión.

—Usted debe ser la señora Miller, ¿no es así? —se presentó—. Yo soy Peter Houlton, estudio en el mismo instituto que su hija y, además, vivo cerca. Siento no darle la mano, como puede ver estoy hecho un desastre.

Mi madre movió la cabeza confusa, agarrando el bolso como si fuera un salvavidas.

—Así que tú eres Peter, ¿eh? He oído hablar mucho de ti.

—Es suficiente —dije tajante, dando aquella conversación por finalizada. No pensaba dejar que mi madre delatara mi conversación con la madre de Houlton aquel día en urgencias.

—¿En serio ha oído hablar de mí? —preguntó de forma socarrona.

—No, no ha oído tu nombre en su vida —le respondí, cogiéndole del brazo y tirando de él hacia la puerta por donde habíamos entrado. Luego le dije a mi madre—: Peter ya se iba.

—Acabamos de conocernos, Iris. No seas maleducada —se burló mi madre. Lo que me faltaba.

—Tu madre tiene razón, Iris. Estás siendo grosera.

La cara me ardía de vergüenza. Probablemente estaba roja como un tomate y lo peor es que me ardía la zona donde nuestros labios se habían rozado. Abrí la puerta que llevaba al porche trasero, deseando echar a Peter de una patada en el culo.

—¿Puedo saber al menos qué os ha pasado? Parece que os habéis revolcado en mitad del bosque —nos dijo mi madre, apretando los labios en un intento fallido por contener la risa.

Nunca pensé que pudiera ponerme doblemente roja. Mi enfado iba aumentando por momentos. Hasta las mejillas de Peter se habían teñido parcialmente, pero el muy capullo comenzó a reírse suavemente del chiste de mi madre. Lo miré estupefacta.

—Muy bien, Peter Hault. Es suficiente. —Lo empujé hacia el exterior y cerré la puerta en sus narices. A través del cristal de la ventana observé que me llamaba con gestos, pero me limité a cerrar la persiana que colgaba de la puerta, ignorándolo. Luego me volví hacia mi madre, lista para decirle que no hiciera preguntas, pero unos golpes en la puerta me hicieron volverme—. ¿Qué? —le dije enfadada, una vez hube abierto la puerta nuevamente.

—Necesito que me devuelvas mi cazadora.

Apreté los labios. Alcancé su cazadora y se la di de mala manera. Quería se marchara, me sentía incapaz de mirarle al rostro.

—Ha sido un placer conocerla, señora Miller.

Cerré la puerta antes de que mi madre respondiera. Finalmente, me volví y la miré. Su rostro estaba marcado por la burla.

—No quiero oír ni una palabra —intenté que sonara a amenaza, pero me salió más como una regañina.

—Oh, por favor, Iris. No seas infantil. Es un chico muy guapo.

—No sigas. Su visita no tiene nada que ver con eso.

—Está bien, no preguntaré dónde os habéis metido para revolcaros — se burló de nuevo.

Cogí mi cazadora de malos modos y crucé el salón casi corriendo. Subí las escaleras y me encerré en mi habitación. Dejé caer la cazadora en el suelo y luego me tiré sobre la cama, boca arriba y con los brazos extendidos. Me dolía la herida de la cabeza, más por el sofocón que por lo que había ocurrido entre Peter y yo. ¿Cómo se me había ocurrido seguirle el juego? Estaba claro que el golpe que me había dado en la cabeza me había dejado trastornada. Nada de lo que había ocurrido en la cocina había estado bien. Debería de haberlo dejado marchar hacia su casa en vez de traerlo a la mía. Con decir que se había caído de la bici era más que suficiente. También podría haber negado todo lo que él hubiera alegado en los pasillos del instituto de haber creado algún rumor. Había sido una estúpida y una tonta por haber hecho lo que hice, y sobre todo por no haber tenido cuidado cuando me encaminé hacia la mansión. Pero Peter tenía razón. De no haber sido por él quizá habría muerto allí. O quizá no.

Me toqué la zona donde nuestros labios se habían rozado. El año pasado Joe Cowell me besó por primera vez en el faro. No quise que eso ocurriera y, sin embargo, lo permití más de una vez porque estaba realmente confundida. Me sentía presa y me forzaba a mí misma, diciéndome una y otra vez que era un buen chico y que no había nada de

malo en ello. Era un chico guapo y no se portaba mal a pesar de que era impredecible. Pero sentía que faltaba algo. ¿Chispa? Peter Hoult solo se había rozado conmigo y me ardían los labios, la cintura, ambas manos y todavía me temblaban las piernas. El sentimiento era completamente opuesto a lo que sentía con Cowell. Quería que ocurriera pero no lo permitía. No me sentía presa por él, sino avergonzada. Tampoco parecía mal chico... a veces. Y lo peor era que me negaba a reconocer que había algo entre nosotros. ¿Química?

Sonreí como una tonta.

—Oh, por favor, Iris —me regañé, borrando la estúpida sonrisa de golpe—. ¿En qué estás pensando? Céntrate y deja de pensar en estupideces. Tú vida es más importante que un tonto romance.

Me levanté de la cama, dispuesta a darme una ducha, quitarme toda la suciedad y desenredarme el pelo. Me agaché para coger la cazadora del suelo y la coloqué sobre la silla. Estaba tan sucia como yo. Introduje la mano en el interior de la cazadora y alcancé el bolsillo interior para guardar la daga en un lugar seguro. Pero no estaba. Miré en el otro bolsillo, presa del pánico. Nada. Miré el suelo de mi habitación, incluso debajo de mi cama y de la cama de Susan. Tampoco. Bajé las escaleras, recorrí el salón y llegué hasta la cocina. Mi madre ya se había acostado así que todo estaba en silencio. La daga tampoco estaba allí. Sentía como mi corazón latía con fuerza y como el calor me subía por la garganta. ¿Se me habría caído en la mansión?, ¿en el bosque cuando Peter me empujó para que saltara?, ¿quizá en camino a mi casa? No, no podía ser esta última. Estaba segura de que me habría enterado si esta se hubiera caído.

¿O quizá se me había caído en el bosque y Peter la había cogido y guardado en su cazadora? El estómago se me encogió con solo pensar en ello.

—Mierda.

CAPÍTULO TRECE

Un búho ululó en mitad de la noche, rompiendo el monótono silencio que rodeaba a los árboles. El crujido de una rama rota por unos zapatos blancos acompañó al canto del animal. Una piedra rodó por el suelo hasta detenerse junto a una curiosa arma blanca que yacía entre piedras y musgos. La Mujer de Blanco se detuvo frente a ella y la observó sin agacharse. Cualquiera que pudiera observarla pensaría que era una daga de una época diferente, y en parte lo era. Para Iris tenía cierta magia que la envolvía, pero no del modo que creía. En realidad, aquella mujer del faro se la ofreció con un propósito, pero la cubrió con una mentira que podría haber acabado con Iris. Se suponía que ella tenía que ayudarla, pero sabía que ya se estaba implicando demasiado. Los otros la vigilaban. Mucho.

—Te he estado buscando —dijo una voz masculina.

La Mujer de Blanco dio un paso al frente y cubrió la hoja de la daga con su zapato con el fin de que no reflejara la luz de la luna. Un joven vestido con camiseta blanca de mangas largas, y con un pantalón del mismo color, salió de entre los árboles. Su cabello castaño le caía sobre la frente.

—Enhorabuena, me has encontrado —le contestó, con una falsa sonrisa—. ¿Para qué me buscabas?

—Para echarte un ojo, ya lo sabes. No podemos dejar de observarte.

—Creo que eso me quedó claro hace mucho. Solo preguntaba porque pensé que quizá era un motivo personal.

El joven miró por encima de su hombro durante un par de segundos, como si buscara a alguien que estaba más allá. Luego volvió su atención a ella.

—Me parece que no —sentenció—. En realidad me han pedido que te busque.

La Mujer de Blanco no se movió de donde estaba. Solo escuchaba y observaba. Llevaba años metida en aquel juego, concretamente desde que salvó a Iris de una muerte prematura.

—¿Qué es lo que quieren? —le preguntó.

—Bueno —comenzó a decir, cruzándose de brazos y caminando alrededor de ella con el fin de intimidarla—, como bien sabes has cometido unos cuantos errores. Algunos más graves que otros, pero errores al fin y al cabo.

—¿Ten han enviado a decirme eso? Diles que ya tenía esa información.

—Oh, no, no te equivoques —dijo, cuando pasó por delante de ella, deteniéndose para observarla—. Me han enviado a proponerte un trato.

La Mujer de Blanco se sorprendió y lo miró como si fuera una mentira lo que acababa de decir. ¿Un trato? Eso era imposible. Ellos nunca hacían tratos.

—Estás perdiendo luz, querida. —Sonrió con frialdad—. Se te ve menos resplandeciente.

—¿Qué trato? —alcanzó a decir, ignorando su comentario a pesar de que sabía que era verdad.

—Podrás volver.

—¿Volver?

—Si tanto te interesan los mortales, ¿por qué no vivir como uno de ellos? Es lo que quieres, ¿no es así?

Cogió aire disimuladamente. No quería que su asombro y desconcierto se traslucieran. Era algo que siempre había deseado con todo su corazón, pero sabía que aquello suponía muchas cosas. No volvería como tal, sería una persona diferente. No recordaría absolutamente nada, ni siquiera a

Iris, que quedaría sola y desamparada sin nadie que la protegiera. Otro de ellos se encargaría de ella, pero se mantendría a distancia en todo momento. En otros tiempos hubiera aceptado sin pensárselo dos veces, pero ahora era diferente. Iris no podía quedarse sin ella. Pensó que escuchar el resto del trato no significaba que lo aceptara. No tenía nada que perder por prestar oídos.

—¿Y qué quieren a cambio?

—¿Cuántas veces la has salvado? ¿Dos? ¿Tres, contando con el demonio? —Su expresión se tornó en un gesto de decepción.

—Tú habrías hecho lo mismo por tu protegido.

—Jamás. No es nuestro trabajo, y lo sabes.

—Protección. Eso es lo que hacemos y lo sabes —rebatió.

—Siempre en la medida de lo posible —discutió—. Una vez que mueren, se les abandona. Ya no son de nuestra incumbencia.

—Era una niña —se defendió, intentando buscar una razón para su falta, aunque sabía que esa no era la verdadera realidad. Al menos no del todo.

—Exacto —exclamó—. Parte de nuestro trabajo es llevarnos a los niños. Tendrías que haberla dejado morir y luego habértela llevado. Ese era tu trabajo, no salvarla una y otra vez.

La Mujer de Blanco elevó la barbilla. No pensaba arrepentirse de las decisiones que había tomado en un pasado. Se sentía orgullosa a pesar de que sabía que había cometido algunos errores.

—¿Cuál es el trato? —preguntó, ignorando lo demás.

—Has salvado su vida todo este tiempo. Así que solo queda una opción.

—No pienso hacerlo.

—Una vida a cambio de otra. Ese es el trato si quieres volver. Es lo que siempre has querido.

—No voy a sentenciar a un inocente por mis actos.

—Has jugado con Iris Miller, la has sanado, curado y salvado la vida. Sois prácticamente hermanas. —Sonrió con sarna—. Sabes que si un humano, uno con habilidades especiales como es el caso de tu protegida, puede vernos, tenemos que mantenernos al margen, no jugar a las cocinitas. Has interferido en su vida durante años a pesar de que sabías lo que te ocurriría. Mírate, te estás consumiendo, casi estás en la recta final. ¿Sabes lo que ocurre cuando te consumes? —Se cruzó de brazos, esperando una respuesta que no llegaría—. Te están ayudando, incluso salvando, con este trato, y lo sabes. Es tu oportunidad de seguir aquí. No la desperdicies.

El joven se giró y se perdió entre medio de la vegetación y la oscuridad. Todo quedó en silencio hasta que el ulular de un búho volvió a romper la calma. La Mujer de Blanco esperó en el lugar que se encontraba, atenta y a la escucha de si algo se movía entre la espesura del bosque. Estaba sola, y además no sentía la presencia de ninguno de los suyos.

Fue entonces cuando levantó el pie que cubría la hoja de la daga. Se agachó y la sostuvo en entre las manos, observándola. Tenía que devolvérsela a Iris, de eso estaba segura. Aquel trato que le ofrecían era realmente jugoso, pero no pensaba abandonar a Iris en plena lucha con las sombras. La había acompañado durante años, y a pesar de que sabía que aquel sería su fin, no pensaba darle la espalda. La hoja de la daga reflejó la luz de la luna, la empuñadura estaba fría al tacto. Quizá el final que ella tenía en mente era el mejor para todos, y aquel arma blanca suponía la clave para el final.

* * *

—He quedado con Jeremy —informó Susan—. Vamos a hablar de la mansión. Al parecer se ha interesado en ella. Hubo algo de actividad

durante la noche de Halloween. Se escucharon gritos y ruidos a través de la chimenea. Al parecer los escuchó en la habitación del hotel en donde se hospeda.

Caminábamos por el pasillo del instituto. Llegábamos tarde para no perder la costumbre de aquel año. Susan que siempre había llegado la primera a clase, se estaba dejando llevar por el gusto de pasear por los pasillos mientras compartía una charla. Y como no podía ser de otra manera, decidí aprovechar la ocasión para enterarme de todo lo que pudiera. Según Hault, alguien me había seguido al interior de la mansión, y era todo un misterio para mí saber si aquella persona había conseguido salir de la mansión indemne. Por lo que contaba Susan, Jeremy Garber estaba sano y salvo, así que ahora tenía serias dudas sobre él: o bien había salido sin problemas de la mansión, o bien no era él la persona que me seguía.

—¿Y qué vas a contarle, además de la historia de la mansión?

—Pues no sé. Quizá las cosas que se oyen, que a veces sale humo de la chimenea del ala oeste que es la que está cerrada. También le contaré que a veces las luces parpadean, no solo en la mansión, sino en todo el pueblo.

—Espero que no salga con el rabo entre las piernas.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Está aquí para registrar ese tipo de acontecimientos. Es absurdo que le dé miedo.

—Bueno, ambas sabemos que las cosas cambian cuando uno las vive en la propia piel.

Doblamos la esquina para dirigirnos al laboratorio, aunque era yo la que tenía clase de química en vez de ella. Susan tenía clase de español.

—Me gustaría presentártelo.

Me detuve en mitad del pasillo. Los pocos alumnos que había allí

corrían hacia las aulas, presas del retraso. ¿Conocer a Garber? No estaba segura de que quisiera algo así. Él sabía quién era yo, o tenía una idea aproximada. Yo sabía quién era él. ¿Qué bien nos haría conocernos? Probablemente me avasallaría con preguntas sobre lo que ocurrió en los pasillos, en casa de Peter cuando hizo la fiesta, o en el mismísimo bosque. Y si resultaba ser él el que me seguía, también haría preguntas sobre la pasada noche en la mansión.

—No sé, Susan —dije con cierto recelo y un poco culpable—. No estoy segura de que pueda ayudarle en su investigación.

Continué caminando. Unos metros más y alcanzaría la puerta del laboratorio. Era la meta que deseaba lograr para librarme de aquella incómoda conversación.

—Claro que sí. Además, parece un buen chico.

—Y no lo dudo. Pero no me apetece recordar esos momentos. Me parecen escalofriantes.

—Podrías hacer un esfuerzo.

Me detuve frente a la puerta. Estaba indecisa e incómoda. Deseaba entrar y evitar todo aquello.

—Susan...

—Por favor, hazlo por mí —me rogó—. Eres mi única amiga.

Suspiré.

—De acuerdo —accedí, a sabiendas de que era un error—. Estaré encantada de conocerlo. Pero, por favor, que no me haga demasiadas preguntas. No me apetece recordar el horror que pasé en los pasillos.

Me dio un fuerte abrazo, llena de alegría.

—Genial. Eres una fantástica amiga. ¡Nos vemos luego!

Salió disparada para su aula. Aquello no iba a salir bien. Sabía por propia experiencia que se me daba fatal ocultar algo. Se me notaba en los

ojos.

Dejé las cavilaciones para más tarde y llamé a la puerta del laboratorio. No esperé a que respondieran, sino que la abrí y asomé la cabeza. La clase había comenzado hacía cinco minutos, y mis compañeros me observaron, aburridos, desganados y desanimados.

—Señorita Miller, la clase comenzó hace cinco minutos —dijo el profesor, con cierta mirada severa.

—Lo siento.

—Pase. Hemos hecho parejas para la siguiente práctica. Siéntese con el señor Hoult, es el único que está solo.

Miré al fondo del aula. Peter y yo cruzamos la mirada. Ni en broma pensaba sentarme con él después de lo de la otra noche.

—Creo que me iría mejor sola —alcancé a decir. Mis compañeros de clase despertaron de su seudoletargo y me observaron atentamente.

—Esta práctica es en pareja, y como ha llegado tarde creo que no tiene derecho a decidir. Siéntese. Ahora.

Apreté los labios y asentí. Anduve el pasillo hasta la última mesa y me dejé caer en la silla de mala gana. Algunos compañeros me miraban divertidos. A Peter también. Aquello me resultaba realmente embarazoso. Habría preferido que el profesor no me hubiera dejado entrar en clase.

Este comenzó a explicar la práctica que íbamos hacer. Intenté prestar atención y tomar nota de todo, pero la verdadera realidad era que no estaba comprendiendo nada. Lo único que en aquel momento tenía en mente era el deseo de que Hoult no hubiera contado nada de lo que casi ocurrió en la cocina.

—¿Cómo te encuentras? —me susurró Peter.

Miré hacia mi izquierda. El corte de la ceja le había cicatrizado bien durante los dos días anteriores, y ahora solo tenía una fina línea roja. El

corte de mi sien tenía peor aspecto, aunque teniendo en cuenta que casi me abrí la cabeza con una piedra, podía llamarme dichosa. Había conseguido cubrirmela con el pelo con el fin de que Susan no hiciera preguntas.

—Déjame —protesté, también en un susurro—, estoy intentando atender.

—Solo te preguntó por tu cabeza. Ya sabes, la herida.

Le ignoré y seguí tomando notas.

—No seas tan pretenciosa, Iris. Comenzabas a caerme bien.

—No quiero caerte bien.

—¿Por qué no? ¿No quieres caerme bien porque casi nos besamos la otra noche?

El profesor terminó de explicar y nos dio luz verde para que comenzáramos con la práctica. Dejé mi cuaderno a un lado y comencé a poner los utensilios en orden. Quería terminar cuanto antes, supuse que con dedicarme de lleno a la tarea impuesta y con ignorar a Hault el tiempo pasaría más rápido.

—Iris, solo fue un beso —susurró—. Y apenas nos rozamos.

No pude sentir una punzada de dolor al oír esa frase. Vale, era cierto que apenas nos habíamos rozado. Pero decir que solamente fue un beso me desquiciaba. Lo miré con mala leche y al parecer se percató, porque guardó silencio y su rostro se transformó en una máscara de temor. Mejor así, porque su frase me había cabreado. Extendí el brazo y le pellizqué la pierna. Fuerte. La apartó con un respingo y me miró dolido, divertido y sorprendido.

—Malvada. —Se masajé la zona—. Tienes la mala leche reconcentrada. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—¿Y te han dicho alguna vez que eres imbécil? Normal que Sophie

hable mal de ti por ahí. No sabes tratar a las mujeres.

—No lo he dicho en ese sentido, melón. No estaba infravalorándolo, sino quitándole importancia para que no te avergonzaras.

—Tarde. —Comencé a colocar el aspirador de pipetas en una de ellas—. De todas maneras no volverá a ocurrir algo así. Me pillaste con la defensa baja. Acababa de golpearme la cabeza.

—Bueno, gracias a Dios, yo no me golpeé nada, así que no puedo decir que me pillaras con la defensa baja. Hice lo que quería hacer.

El aspirador resbaló de mis manos y cayó al suelo. Aquella conversación comenzaba a ponerme nerviosa. No quería hablar de eso, y menos en clase de química, y aún menos con el mismísimo Hault.

Peter se agachó para recoger el aspirador y luego me apartó a un lado para colocarlo él mismo en la pipeta.

—Justo a esto me refería. No quiero que te sientas incómoda cuando me veas por los pasillos o por Wood Pine. Tampoco quiero que te avergüences.

—No me avergüenzo —protesté.

—Tampoco quiero que me ignores, Iris.

—Eso sí lo hago, pero es mi forma de ser contigo —me excusé.

—Tampoco quiero que lo olvides.

Dejé que un incómodo silencio por mi parte flotara entre ambos. No podía mirarlo porque en realidad sentía vergüenza, pero no quería reconocerlo. Pensaba que si lo hacía estaba en desventaja con él. Además, que me pidiera que nuestro "beso" no cayera en el olvido era algo que, al parecer, él consideraba demasiado importante para, según mi opinión, la fea y escasa relación que teníamos.

—Tampoco quiero que hagamos como si no hubiera pasado nada.

Si antes me sentía avergonzada, esto me resultaba una pésima

proposición. ¿Peter Hault pidiéndome... qué? ¿Qué era lo que pretendía? Aquello no me gustaba nada. Quizá hace dos noches sí me sentí tentada a besarle, quizá sonreí como una estúpida por lo que había ocurrido. Pero ¡demonios!, ya habían pasado dos días y, a pesar de que sentía preocupaciones por lo ocurrido en la mansión, había conseguido asentar en buena medida la cabeza.

—No sé qué pretendes decirme con eso.

—¿Todavía sales con Joe?

¿Lo hacía? Ni siquiera yo lo sabía. Era una pregunta muy interesante. Pero era aún más la que Peter me decía. Aquello no podía ocurrir. Estaba en un momento de mi vida en el que tenía muchas cosas de qué preocuparme, por ejemplo, de aquella sombra, de los demonios, de La Mujer de Blanco y de la maldita daga que había desaparecido. Además, Joe y yo no habíamos vuelto a hablar, y aunque sabía cómo había acabado todo entre nosotros, no podía dejar de sentir cierta culpabilidad de traición. Tanto por su parte por no estar en contacto conmigo, como por la mía al haber besado a Peter.

—Es complicado —acerté a decir.

—Supongo que sí. Solo quería asegurarme de en qué punto estabais porque... no quiero... que lo que pasó entre nosotros el otro día te ocasione problemas, Iris. No quiero entrometerme.

Cómo me hubiera gustado decirle en aquel preciso momento que no lo hacía, que había sido algo que ambos queríamos. Cómo me hubiera gustado contarle mi situación con Joe. Pero cuando decidí mirarle y sonreírle de la forma más amigable posible para agradecerle su amabilidad, el tiempo se ralentizó de una forma tan agresiva que todo me dio vueltas de una forma vertiginosa. Todo a mi alrededor se movía rápido, como si pasara por delante de mis ojos a un velocidad increíble.

Sentí náuseas e intenté llevarme una mano a la boca, pero me detuve cuando vi que un hombre de mediana edad aparecía detrás de Peter, casi rozándolo. Era alto, rubio y con los ojos azules. El parecido con Hoult era innegable. Vestía ropas normales, pero su aspecto era sucio y desaliñado, como si hubiera llevado esas prendas durante muchas semanas seguidas. La barba de varios días estaba completamente descuidada y el pelo graso se le pegaba a la frente.

Aquel hombre me sonrió de una forma horrible y fría. Deseé que no me pidiera ayuda, era lo último que quería darle. Elevó un brazo y lo colocó sobre el hombro de su hijo, a pesar de que era imposible tocarle. Sus dedos se hundieron sobre el hombro de Hoult.

—Él también puede vernos.

Mis piernas me fallaron y mis rodillas perdieron fuerza al escuchar el susurro de aquel hombre. La boca se me secó y un latido sordo me recorrió la sien donde me había golpeado hacía dos días. En tan solo una milésima de segundo aquel hombre había desaparecido, y el brazo de Peter se movía rápidamente para alcanzar una probeta, la cual estrelló en el suelo rompiéndola en pedazos. El tiempo siguió su curso con total normalidad y mi cuerpo siguió su descenso gracias a la gravedad. Los brazos de Peter me rodearon apresuradamente para evitar mi caída y de forma disimulada me sostuvo a su lado como si estuviera de pie, aunque la verdadera realidad era que estaba sentada sobre una de sus rodillas. Los demás alumnos nos miraron con curiosidad al haber escuchado como el cristal se rompía.

—Ha sido mi culpa —se disculpó Peter al profesor—. Le he dado sin querer.

Lo miré desconcertada, todavía mareada. Sentía su brazo rodeándome la espalda y sosteniéndome con firmeza y disimulo para evitar que me

cayera. No comprendía absolutamente nada. Parecía que mi cerebro no arrancaba, solo podía observar y repetir una y otra vez las palabras que aquel fantasma me había susurrado: "Él también puede vernos".

CAPÍTULO CATORCE

Volvía a estar en el mismo bosque. Huía de aquella sombra a pesar de que sabía que era un sueño. Recordaba haberlo soñado antes, haber estado perdida entre aquellos árboles, huyendo de aquel demonio que quería matarme. Mis piernas podían ir más rápido, pero no corrían más, parecía que pesaban una tonelada cada una cuando intentaba levantarlas del suelo. Crucé un claro y cuando volví a entrar en la espesura del bosque, me escondí detrás del mismo árbol que la otra vez. No quería acabar de la misma manera.

—Por favor, despiértate, Iris —me rogué a mí misma, sintiendo las mejillas húmedas—. Despiértate, despiértate...

La sombra rodeó el árbol por ambos lados. Estaba rodeada y, poco a poco, aquel espacio comenzó a estrecharse. La sombra me aprisionó contra el árbol, aplastándome y comprimiéndome, apenas podía respirar, mis costillas estaban a punto de ceder...

Me senté de un salto, sobresaltada y sudada. Susan dormía plácidamente en la cama auxiliar. Esta vez no se había despertado a causa de mis pesadillas. Sentí cierto alivio por ello. Me levanté, guiándome en la habitación gracias a la escasa luz que entraba por la ventana, y fui sigilosamente hasta el baño para refrescarme la cara y beber un poco de agua. También necesitaba estirar mi cuerpo, todavía sentía las costillas entumecidas de la impresión. Cuando me miré en el espejo me sentí algo horrorizada. Mis ojos estaban rojos y las ojeras se me marcaban. Mi pelo estaba pegajoso y apelmazado, no solo por el sudor, sino por una sustancia amarilla y reluciente, parecida a la miel. Lo toqué con mis dedos y conseguí coger un poco para verla de cerca. Al tenerla en la yema de mis

dedos no pude evitar sentir el inconfundible olor. Era resina procedente de los árboles. ¿Cómo había llegado ahí? Sentí que mi corazón latía fuerte, tan asustado como yo. Volví a mirarme en el espejo, parecía que la chica que se reflejaba estaba más aterrada que yo. Llevé las manos al borde de la camiseta y la elevé lo suficiente como para mirarme las costillas. Sentí tal impresión que temí desvanecerme allí mismo. Comencé a respirar muy rápido. Varios hematomas de color púrpura, negro y rojo, más grandes que mis manos, me rodeaban el tórax por completo. Dejé caer la camiseta y me senté a tientas sobre la tapa del retrete. Tomé aire y lo solté, intentando tranquilizarme, pero lo único que logré fue echarme a llorar.

* * *

Estar sentada frente al pupitre, con el libro abierto por la página adecuada y escuchando la clase del profesor Kent no eran puntos suficientes para mantenerme despierta. No había dormido en toda la noche. Estaba tan asustada que temía dormirme, así que me quedé encerrada en el baño hasta que Susan se despertó y llamó a la puerta. Le dije con voz animada que acababa de entrar a ducharme, aunque la verdadera realidad era que me rompía en pedazos y me espantaba quitarme la ropa y ver que más me deparaba aquella tortura. Me dolían hasta las pestañas y cerrar los ojos me aterrorizaba, sobre todo, porque sabía que podía volver a aquel lugar. ¿Y qué era aquel lugar? ¿Dónde estaba? Antes de que ocurriera todo, soñar era un lugar placentero al que podía huir sin miedo alguno, con el fin de poder evitar fantasmas. Ahora prefería encontrarme con diez fantasmas a la vez antes que dormirme.

Bueno, tampoco era del todo cierto. La verdad era que no sabía lo que prefería. ¿Sedación, quizá?

Aquella mañana mientras caminaba junto a Susan camino del instituto

y me comentaba que hoy Jeremy iba a pasarse por allí para conocerme, disimulé lo mejor que pude mis doloridas costillas. Me había cubierto las ojeras con un poco de maquillaje, pero no mucho porque tampoco quería que se notara que ocultaba algo. Así que tenía un poco de ojeras, no podía ponerme derecha por el dolor que me traspasaba el cuerpo y mis ojos seguían tan rojos como anoche. Mi madre había insistido en administrarme un colirio, según ella, era una reacción alérgica a los pinos. Estaba segura porque había sido enfermera, pero ¿cómo podía decirle que en realidad había sido cosa de un demonio a través de un sueño? Siempre había evitado ese tipo de situaciones, pero nunca me había pasado algo así. El año anterior La Mujer del Faro se dedicó a visitarme y a apuñalarme, pero nada comparado con los moratones que ahora me recorrían el tórax.

Las preguntas me invadían la mente. ¿Dónde había estado mientras dormía?, ¿quizá había viajado a otra realidad alternativa?, ¿quizá aquel demonio se había metido dentro de mi mente y me había torturado? Si La Mujer de Blanco me visitara tanto como antes, podría preguntárselo. Pero sabía que mi deseo no iba a cumplirse. Además, no le gustaba responder preguntas comprometidas.

Cuando pensaba en ella recordaba a la esposa de Charles II Woodman. "Los de blanco se llevan a los bebés", había dicho. No podía quitarme de la cabeza esa frase, parecía que la oía una y otra vez. ¿Por qué se los llevaban?, ¿eran ángeles o quizá algo parecido?

¿Y dónde estaba la puñetera daga? Esa era una de las peores preguntas que me rondaban la mente. Había hecho un repaso mental del recorrido de la mansión. Recordaba que al subir al tubo de ventilación la tenía en el bolsillo. Al bajar también. Cuando vi a Charles II Woodman hice el amago de cogerla, pero nunca llegué a tocarla, así que estaba segura de que la

había perdido a partir de aquel momento. O estaba en el interior de la mansión o en el bosque. Este último sería fácil de mirar. La mansión... no tanto. Entrar otra vez supondría muchas cosas. Escaparme de casa sería fácil. No creía que nadie me siguiera de noche. Evitar a los fantasmas en la mansión sería imposible. Encontrarme con Charles II Woodman... sería espantoso. Si entraba, me arriesgaba a no salir con vida de allí. Me costó reconocer que Peter tenía razón cuando me lo dijo, el chico no se equivocaba.

Esa misma mañana me lo había encontrado en los pasillos. Había intentado saludarme, pero yo lo había ignorado deliberadamente. Sabía que el día anterior me había rogado que no hiciera eso, pero me sentía tan mal y tan dolorida que no tenía ganas de jugar con él. Cuando pasé por su lado y llegué a mi taquilla, miré por encima del hombro hacia la suya. Hault estaba frente a ella, con la puerta abierta y la cabeza inclinada hacia delante, quizá un poco hundido. Luego cerró la taquilla y pasó por mi lado sin mirarme. ¿Qué podía decirle? Además, lo que aquel fantasma me había dicho me creaba cierta incomodidad. ¿De verdad él también podía verlos como yo? ¿Si fuera así, por qué yo no lo había notado? ¿Los percibiría igual que yo? ¿O quizá era todo una mentira?

Bostecé sin mucho reparo. Me caía de sueño, los párpados me pesaban. Me decía una y otra vez "por favor, no te duermas", pero la vista comenzaba a fallarme. Las letras del libro se movían, danzando sobre las hojas. Supuse que un minuto de sueño no me haría daño, así que cerré los ojos, pero tres segundos después, un pequeño papel arrugado cayó sobre mi mesa. Abrí los ojos y lo alcancé antes de que el profesor Kent lo viera. Miré hacia mi derecha, Hault me miraba con disimulo. Sophie, un asiento más allá, nos observaba con desprecio y sorpresa.

Abrí el papel cuando el profesor se dio la vuelta y comenzó a anotar

cosas en la pizarra.

"Te rogué que no me ignoraras. No lo hagas, por favor. Tienes mal aspecto. ¿Todo bien?"

Arrugué el trozo de papel y lo guardé en mi estuche. El timbre sonó en ese instante, y los alumnos se levantaron apresurados para salir cuanto antes. Yo me rezagué, me sentía sin fuerzas para correr al exterior del edificio. Peter parecía rezagarse también. Y Sophie.

—Señorita Iris, ¿podría quedarse cinco minutos más? —preguntó el profesor Kent, aunque sonaba más como una orden—. Usted también, Hoult.

Ambos nos miramos. La nota.

—Usted no —le hizo saber a Sophie, que salió del aula airada y echándole una mirada a Peter que prometía una acalorada discusión—. Me gustaría pedirlos que hoy sea la última vez que os mandáis notas en mi clase.

—Bueno, técnicamente he sido yo —le dijo Peter—. Iris no me ha mandado ninguna. Ni siquiera me ha respondido.

—Es muy caballeroso por tu parte cargar con la culpa, y lo veo justo. Sin embargo, Iris, es la segunda vez que casi te quedas dormida en mi clase.

—Lo siento mucho, señor Kent. No he pasado muy buena noche.

—¿Qué le ha pasado en los ojos?

—Una reacción alérgica.

—No tienes muy buen aspecto, Iris. Es mejor que la próxima vez se quede en casa descansando en vez de venir y dormir aquí. Estoy seguro de que la cama es más cómoda que el pupitre.

—No le quepa duda.

—Me gustaría hablar con su madre —me dijo. Tragué saliva mientras cogía el papel que me ofrecía—. Déselo, y que no falte. En cuanto a usted,

Hoult, espero que no se vuelva a repetir. Vamos, ya podéis iros —nos dijo.

Ambos salimos del aula y nos dirigimos a las taquillas. Los alumnos se movían por el pasillo hacia otras aulas, pero la gran mayoría se dirigía a la cafetería o al patio para almorzar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Peter.

—Supongo que comer algo. Estoy hambrienta.

Evité mirar a los alumnos que nos echaban un vistazo. Puede que fuera mi segundo año allí, pero ver a Peter Hoult hablando conmigo era realmente nuevo. Me centré en mirar cómo mis zapatos avanzaban por el suelo. Llegué a mi taquilla, cosa que agradecí. Sin embargo, me maldije cuando vi que Peter seguía a mi lado.

—¿Puedo preguntarte a qué se debe esa alergia? —me dijo mientras apoyaba su hombro en la taquilla que estaba junto a la mía.

—Mi madre dice que es una reacción a los pinos. No lo sé. —Me encogí de hombros y comencé a ordenar mis cosas.

—Oye, Iris —me dijo después de guardar silencio durante un par de segundos—, me gustaría hablar contigo de lo que ocurrió ayer en clase de química.

—No tengo tiempo para una charla, Peter. Además no pasó nada, solo me mareé.

Seguro que sí, pensé.

—También me gustaría hablar del día de Halloween.

—Ya lo hablamos en clase de química. No entiendo qué más quieres decir.

—No me gusta que me ignores.

—No lo hago.

—Lo hiciste esta mañana cuando fui a saludarte.

—Estoy cansada, Hoult. —Apoyé mi frente en filo del estante que

separaba el interior de la taquilla en dos y dejé que mis brazos se apoyaran en el interior del hueco de abajo. Me dolían las cotillas.

—De acuerdo, hoy no. Pero me gustaría poder hablar contigo. Tranquilos. Y a solas.

Le eché una mirada inquisitiva.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿Por qué no quieres? ¿Acaso temes que te haga algo?

—No, no me das miedo. Es que... —Miré por encima de mi hombro, algunos compañeros aún nos observaban—. Todo el mundo está pendiente de nosotros.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense la gente?

—Desde siempre.

—Mentirosa.

—¿Y desde cuándo no te importa a ti? Siempre te has comportado de una manera extraña. Como un capullo cuando estás con tus amigotes y amable cuando estás conmigo a solas.

—Y sin embargo aquí estoy.

—¿Y el año pasado?, ¿dónde estabas?

—Ese año no cuenta.

—¿Qué diferencia hay? Sigo siendo la misma.

—Joe no está.

—No seas antiguo, Peter. Puedo tener varias relaciones de amistad al mismo tiempo.

—No lo dudo, pero Joe te quería solo para él.

Dejé de ordenar la taquilla y fruncí el ceño.

—Bueno, eso explica muchas cosas.

—Vaya, es increíble que tu hubieras dado cuenta.

—Un día le pregunté si sabía a quién pertenecía cierto número de

teléfono. Me mintió. Era el tuyo.

Terminé de guardar mis cosas en la mochila y dejé lo que no necesitaba en la taquilla.

—Me prohibió que te llamara —me confesó.

—Y tú no hiciste caso.

—No. Y me alegro. Tanta protección y al final te deja.

Cerré la puerta de mi taquilla con un suspiro.

—Eso ha sido un golpe bajo —sentencié.

Un chico pasó por nuestro lado a paso rápido, camino del exterior del edificio. Al pasar justo por mi lado me dio un codazo en las costillas, empujándome contra las taquillas. Vi las estrellas.

—¿Se puede saber qué haces? Mira por dónde vas, imbécil —le dijo Peter, empujándolo hacia el centro del pasillo. El chico continuó su camino—. ¿Estás bien?

—Sí —dije, intentando coger aire.

—¿Tan fuerte te ha dado? Te estás casi retorciendo de dolor.

—No es nada. —Me coloqué la mochila sobre ambos hombros, intentando no levantar mucho los brazos—. Tengo que irme. Te buscaré cuando tengo un rato para hablar, ¿de acuerdo?

—Me parece bien.

Ambos nos sonreímos. Nuestras miradas se cruzaron y un silencio se instaló entre nosotros. Me moría de dolor, pero allí estaba, de pie, como una auténtica imbécil, mirando a un chico que no me convenía y que posiblemente guardaba un secreto parecido al mío.

—Tengo que irme —me hizo saber—. Entrenamiento.

—Sí, claro. Que te vaya bien. —Sonreí lo mejor que pude. Probablemente algo roja a causa de mis costillas y con los ojos más irritados que un fumador de maría. Si Peter Hault estaba interesado en

mí, tenía que estarlo de verdad, porque en aquel momento muy bonita no estaba.

Pero la burbuja incómoda que nos rodeaba explotó cuando vi que Susan y Jeremy Garber doblaban la esquina del pasillo y se dirigían hacia donde nos encontrábamos.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

—Mierda, mierda, mierda. —Me giré para marcharme en camino contrario, pero me detuve unos segundos—. Si pregunta por mí, no me has visto.

Me di la media vuelta y me marché lo más rápido que pude, dejando a mi mejor amiga colgada y a Peter con un interrogante más.

CAPÍTULO QUINCE

Había decidido dormir a intervalos. Dormía durante una hora y media, y luego me mantenía despierta a alrededor de otra hora y media. No era sano pero era la mejor opción, al menos hasta que mis costillas se curaran, lo cual llevaría bastante tiempo. Me había comprado en la farmacia una pomada para los hematomas. No tenía grandes esperanzas, pero esperaba que al menos se redujeran en menos días. No estaba segura de dormir toda la noche ni con las costillas curadas, pero debía hacerlo. No solo por salud, sino porque había decidido volver a aquel lugar. Había tomado la decisión aquella noche, mientras sostenía mis párpados con los dedos para mantenerlos abiertos. El año anterior La Mujer del Faro había decidido presentarse en mis sueños porque quería darme la daga. Quizá esta vez había algo que se me escapaba. Quizá tenía que seguir corriendo y no rendirme, podría haber algo al final de aquella persecución. Había llegado a la conclusión de que una vez que no me doliera dormiría varias horas seguidas.

Escuché que la puerta principal se cerraba. Mi madre había ido a hablar con el profesor Kent y ya estaba de vuelta. Supuse que ahora venía la parte en la que tenía que bajar y escuchar el castigo impuesto por parte de mi madre y por parte del señor Kent. Me levanté de la silla, apoyándome en el escritorio. Sentí alivio de que Susan no estuviera. Me gustaba estar con mi amiga, pero ahora mismo tenía que disimular tanto mi dolor que no quería que lo notara. Era mejor mantenerme el mayor tiempo posible en soledad. Salí de mi cuarto y bajé las escaleras lo mejor que pude. Mi madre estaba en el salón.

—¿Puedes ir a comprar un par de cosas al centro comercial? —me pidió

mientras dejaba el abrigo y la bufanda sobre el sofá.

—Claro. Iré en autobús. Hace frío para ir en bici.

No pensaba ir en bici, pedalear estaba fuera de mis posibilidades. Me pasó un trozo de papel con lo que tenía que comprar y me lo guardé en el bolsillo.

—El señor Kent y yo hemos charlado.

—Lo sé. ¿Qué castigo me ha impuesto?

Sacó del bolso unas cuantas hojas grapadas y me las ofreció.

—¿Un trabajo? ¿En serio? Tengo muchas cosas que hacer.

—Bueno, la próxima vez piénsatelo mejor antes de dormir en clase.

—Estaba cansada.

—¿Dos veces?

—Susan ronca mucho —mentí para excusarme.

—Iris... —me advirtió.

—De acuerdo, lo siento. No volverá a ocurrir.

—Ese trabajo es lo mejor que he podido conseguir. Le he dicho que estabas pasando una mala racha porque tu padre no está en casa.

—¿Has mentido?

—¿Qué querías que hiciera? Además, estoy segura de que algo te tiene que afectar.

—Aprecio mucho a papá, pero sé que la convivencia con él era muy difícil. Aunque ahora parece otra persona, lo admito.

—De hecho, me gustaría que pasaras por su apartamento y almorzaras algún día con él. Hace tiempo que no vas.

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo, iré el fin de semana.

Me giré para salir y volver a subir los endemoniados peldaños hasta mi cuarto. Quería dejar las hojas sobre mi escritorio antes de salir, pero

cuando vi que la escalera se extendía hasta arriba y parecían alargarse, decidí dejar las hojas sobre la mesa del vestíbulo. Cogí mi abrigo de la percha y algo de dinero.

—Y otra cosa antes de que salgas, Iris. —La miré mientras me colocaba el abrigo. Me pareció ver cierta sonrisa socarrona—. Deja de enviarte notitas en clase con Peter Hault.

Apreté los labios y asentí. Sin decir una palabra salí de mi casa y caminé despacio hasta la parada de autobús. Me senté casi al final para separarme del resto de los pasajeros y poder sentarme y levantarme con tranquilidad y sin levantar miradas curiosas. El autobús salió de la zona residencial y se dirigió hacia la siguiente parada. Hacía un día de temperatura baja, pero el cielo estaba despejado y el sol brillaba con calidez. Al pasar junto al parque central pude ver que muchos habitantes habían decidido pasar el día bajo los rayos del sol. Los niños jugaban en el parque, los más pequeños le daban de comer a los patos, los adultos charlaban, los jóvenes hacían ejercicio..., y una conocida pareja hablaban muy cerca el uno del otro en la acera que rodeaba al parque. La pareja en cuestión era Sophie y Peter. Este estaba con los brazos cruzados sobre el pecho mientras Sophie se agarraba a sus brazos e intentaba acercarse a él y atraerlo. No pude evitar no mirar por encima de mi hombro cuando el autobús pasó por su lado, me picaba la curiosidad saber qué pasaba y sobre qué hablaban. Tampoco pude evitar sentir una punzada de celos. No me gustaba sacar conclusiones precipitadas, pero no me gustaba que Peter pareciera desesperado por entablar una conversación conmigo, incluso una amistad un poco más allá de la simple amistad, y luego verlo hablando a una distancia muy corta con su ex novia. Pero ¿qué sabía yo? Por el aspecto que presentaban él parecía molesto y ella desesperada. Decidí dejarlo de lado por el momento, aunque sabía que no iba a poder.

Supuse que, conociéndome, le haría sufrir un poco más de la cuenta. Decidí que iba a tardar unos cuantos días en llamarle. La venganza se sirve en frío.

Me apeé del autobús y entré en el centro comercial. Me dirigí hacia el supermercado. Pasé por delante de tiendas de ropas, zapaterías, tiendas de artículos a precio reducido. Me detuve en una cafetería. Miré el reloj, el próximo autobús salía en cuarenta minutos, así que me daba tiempo de sobra de tomarme un chocolate caliente y luego comprar las cosas que mi madre me había pedido.

Entré y tomé asiento. Una guapa camarera se acercó y tomó nota. Al cabo de unos cinco minutos colocó sobre la mesa una cálida taza de chocolate. Di un sorbo. Me pareció delicioso. Observé a las demás personas que había en la cafetería. Un par de señores mayores estaban sentados en la barra y leían el periódico mientras tomaban un café. Un par de mesas estaban ocupadas por familias. Una par de chicas estaban en otra mesa, y un chico, tan solitario como yo, ocupaba una mesa del fondo. Su rostro me resultó familiar, pero no conseguía encajarlo. Se parecía a alguien.

Volví a dar otro sorbo y rodeé la taza con las manos para entrar en calor. Observé a través de la ventana como la gente paseaba por la galería. ¿Era cosa mía o la gran mayoría eran parejas de enamorados? Nunca había tenido interés en ese tipo de cosas, sin embargo, en aquel momento me sentía sola.

Alguien se sentó frente a mí. Por un momento me imaginé que era alguien conocido, pero resultó ser el chico que me resultaba familiar. Cuando lo tuve frente a mí, a una distancia de menos de un metro, comprendí a quien se parecía.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó.

—No, pero tienes cierto parecido a Joe Cowell

—Vaya, aún lo recuerdas.

—Claro. Dime, ¿y él se acuerda de mí?

Sonrió con desdén.

—Soy su hermano, Jonathan.

—Un placer, Jonathan.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—No lo sé, quizá porque hemos coincidido. Claro que si te refieres a por qué estás precisamente sentando frente a mí, no tengo la menor idea.

—Quiero que dejes a mi hermano.

Dejé la taza sobre la mesa, y me crucé de brazos apoyando la espalda en el respaldo de la silla. Aquello empezaba a gustarme... y a cabrearme.

—Deseos cumplidos, Jonathan. Tú hermano no habla conmigo desde...

—Me coloqué un dedo en la barbilla, imitando con sarcasmo el gesto de hacer memoria—... mucho.

—Lo sé. Pero no quiero que te pongas en contacto con él. Nunca. No quiero que lo hagas en el futuro.

—¿Y a qué se debe esta petición? ¿Te ha pedido él que me lo dijeras?

—Algo así.

—¿Y por qué no me lo dice él?

—Está ocupado.

—¿Incluso para un mensaje?

—No quiere saber nada de ti.

Eso me dolió.

—¿Y cuándo decidió no querer saber nada de mí? Recuerdo que cuando me despedí de él me prometió que vendría, incluso me dio a entender que nuestra "relación" seguía.

—¿Y dónde entra Peter Hault en tu relación con mi hermano?

Guardé silencio. ¿Cómo lo sabía? Solo nos habíamos visto unas cuantas veces y o bien era de noche o bien estábamos en los pasillos del instituto, donde Jonathan no estaba.

—Peter es solo un amigo —apunté.

—Ya. Bueno, en realidad me da igual lo que tú y Peter Hoult hagáis. Solo quiero que te mantengas lejos de mi hermano. Me contó lo que ocurrió en el bosque.

Sentí que la sangre abandonaba mi piel. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No podía ser cierto que Joe le hubiera contado a su hermano lo que ocurrió aquel día y a mí no me hubiera dicho palabra. Mi garganta estaba seca. Las palabras no salían. No sabía qué decir, estaba totalmente sorprendida. Y dolida.

—No te lo contó, ¿verdad? Bueno, déjame decirte algo, Iris: no me gustas. Lo que aquel día pasó en el bosque fue alguna obra demoníaca, eso seguro. No sé quién eres, o qué eres, pero mantente lejos de mi hermano porque, tanto él como yo, lo queremos.

Siempre me había considerado una persona valiente. En cambio, ahora no tenía fuerza alguna para reprochar nada. No podía contradecirle porque sería negar algo innegable. Tampoco podía defenderme porque me faltaban fuerzas y nada parecía tener sentido. Deseé no sentirme tan sola en aquel momento.

—Puedes tener todas las aventuras terroríficas y paranormales que desees. Puedes ir a todas las fiestas que te inviten. Puedes colarte en la mansión cuantas veces quieras y con quien te dé la gana. Pero deja a mi hermano fuera de tus juegos.

—¿Eras tú? —dije sorprendida—. ¿Eras tú el que me seguías?

—Quería corroborar lo que mi hermano me contó. Después de lo que vi en la mansión, soy testigo de quien eres.

Hice memoria. Aquella noche ocurrieron cosas paranormales, pero no hice nada concreto que él pudiera ver u oír. Excepto mi conversación con la esposa de Charles II Woodman.

—Dime, ¿tu amigo Peter sabe que hablas con fantasmas? —preguntó con desdén. No respondí—. Supongo que después de lo que os ocurrió aquella noche, sabe que algo raro pasa a tu alrededor. Deberías tener cuidado, Peter no es de fiar.

—Fíjate qué curioso es el mundo, él dice lo mismo de los Cowells —le defendí. No tenía fuerzas para defenderme a mí misma, pero sí a Houl. No sabía por qué, pero me sentía en deuda con él por haberme ayudado en la mansión y por haberme guardado las espaldas en clase de química.

Rio con cierto aire de menosprecio.

—Se cree un chico muy listo, pero no sabe dónde se está metiendo. Quizá le avise, quizá le diga que eres un bicho raro.

Mi dolor se disipó en cuanto escuché sus últimas palabras. Toda la frustración que había guardado durante meses a causa del silencio de Joe, salió como un tapón de corcho.

—¿Sabes qué, Jonathan? —le dije, apoyando los brazos sobre la mesa e inclinándome hacia él—. Deberías tener cuidado con este bicho raro. Conozco unos cuantos fantasmas dispuestos a hacerte la vida imposible si a mí me diera la gana. Estás jugando con la persona equivocada. Como tú bien dices, lo que pasó en el bosque fue demoníaco. Estoy segura de que no quieres nada malo para los tuyos. ¿No quieres que me acerque a Joe? Genial, no lo haré. No lo he hecho desde que se marchó. Y si algún día vuelve, que lo hará, me mantendré tan lejos de él como él se mantenga de mí. Deja de seguirme. Deja de espiarme.

Era todo un farol, pero no era la única carta que me quedaba por jugar. No quería tener a Jonathan Cowell siguiendo mi rastro por todo Wood

Pine, y mucho menos teniendo en cuenta que Jeremy Garber buscaba información.

Jonathan cogió aire y se puso en pie.

—Me alegro haber llegado a un trato contigo —me dijo. Quería tener la última palabra. Genial, por mí no había problema.

Salió de la cafetería. Cuando lo vi alejarse me permití coger aire y descansar los ojos. Parecía que no había respirado ni pestañeado durante toda la conversación. Sin embargo, a pesar de todo me sentía traicionada. Comprendí por qué me había enviado la daga, lo que no alcanzaba a entender era por qué no me la había dado hasta ahora. Al menos las piezas comenzaban a encajar. Ahora sabía por qué Peter me dijo que no me fiara de los Cowells. Había visto que Jonathan me seguía. Gracias a aquella conversación sabía algo más: lo que había ocurrido en el bosque había causado tanta impresión en Joe, que había decidido marcharse. También sabía algo nuevo: Jeremy Garber no me seguía tanto como yo creía. Me había dejado un par de periódicos frente a mi casa, pero solo había sido eso.

Pagué mi chocolate y me marché de la cafetería. Después de comprar las cosas que mi madre me había apuntado en el papel, me encaminé hacia la parada de autobús a través del aparcamiento atestado de coches. La bolsa pesaba, así que me la cambié de brazo para que mi hombro descansara. Estaba segura de que cargar con tanto peso no era bueno para las heridas que me recorrían el tórax. Al meter la mano libre en el bolsillo de mi abrigo unas cuantas monedas se cayeron al suelo, y rodaron por la calzada como si quisieran huir de mí. Me agaché, dejando la bolsa a un lado, y comencé a recogerlas una a una. Por el rabillo del ojo vi que alguien se detenía a cierta distancia, como sobresaltado, y cambiaba de dirección. Me incorporé y miré por encima de mi hombro. No había nadie.

Volví a guardarme las monedas en el bolsillo, cogí la bolsa y continué mi camino.

Caminé más despacio de lo normal, no por el dolor, sino porque quería darme tiempo para ver quién era. Me daba la sensación de que alguien me seguía, y estaba segura de que Jonathan Cowell no podía ser después de haber tenido aquella conversación. Ya no tenía ningún motivo para seguirme. Giré la cabeza con disimulo y entre medio de dos coches vi que alguien se movía, agachado. Seguí caminando. Cuando llegué a la parada el autobús ya estaba allí. Me mezclé entre la gente, algo nerviosa. Cuando subí me senté en un asiento con la ventanilla opuesta al aparcamiento. Pensé que si quería saber quién era, lo mejor era mirar a hurtadillas sin que esa persona me viera. Si me sentaba junto a la ventanilla, iba a estar demasiado a la vista, y esa persona seguiría escondida.

El autobús se puso en marcha. Me erguí lo suficiente como para ver el aparcamiento desde el otro lado del pasillo. No vi a nadie conocido. Mierda.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Después del fin de semana el dolor de mis costillas se iba disipando. Entre la pomada y el paracetamol, me encontraba mejor, aunque sabía que aún no podía recibir mucho trote. Era la hora del almuerzo y había decidido recluirme en la última mesa de la cafetería del instituto. No había visto a Susan desde que llegamos al instituto, pero supuse que si no me encontraba junto a mi taquilla, se acercaría por allí para encontrarme. El fin de semana había pasado sin percances de ningún tipo. La mansión había estado tranquila, los fantasmas no habían aparecido, La Mujer de Blanco seguía sin dar señales de vida... Todo parecía seguir el curso natural de las cosas. Seguía durmiendo a intervalos de una hora y media. Estaba completamente cansada.

Saqué las hojas grapadas que el profesor Kent le había dado a mi madre. El tema de trabajo en cuestión consistía en redactar las fases del sueño y cómo funcionaba el cerebro cuando dormíamos. Qué irónico. Me quedo dormida en clase y el señor Kent quiere que le hable del sueño y el cerebro.

Un grito me hizo levantar la mirada. Un grupo de chicos estaban sentados en una mesa, casi al lado de la puerta. Al parecer se lo estaban pasando en grande, ya que no paraban de reír y de gritar. Excepto Peter, que en ese momento miró hacia mí por encima de su hombro. Un avión de papel cruzó el comedor hacia el otro extremo. Aparté la mirada y volví a prestarle atención a las hojas. Probablemente el trabajo sobre el sueño y el cerebro me daría sueño.

—¿Qué tal te va la vida? —me preguntó una voz que ya comenzaba a resultarme familiar—. Me quedé esperando tu llamada.

Peter se había sentado junto a mí en el banco, una pierna a cada lado para estar mirando hacia mí.

—¿Solo o con Sophie? —pregunté con sarna. ¿Qué demonios me estaba pasando? Como si me importara en realidad—. Os vi el viernes por la tarde junto al parque. Parecíaís muy juntos.

—¿Estás celosa?

—No.

—Pues lo pareces. —Me quedé en silencio, evitando mirarle. Me centré en seguir comiendo mi almuerzo—. Información especial para Iris Miller: me la encontré por la calle y la chica se empeñó en convencerme de que debía alejarme de ti.

—No me importa.

—Sí que te importa. Y como puedes ver aquí estoy.

—Deberías de respetar más los deseos de tu novia —le dije, a pesar de que no era lo que quería decir.

—No es mi novia. Si fuera mi novia, no te habría besado a la una de la madrugada en tu cocina, ambos sucios y con heridas en la cabeza.

—Quizá nos besamos porque nos golpeamos en la cabeza —le dije con una sonrisa burlona.

—¿Cuándo vas a dejar de excusarte?

Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban. Evité sonreír.

—Iris —me saludó Susan.

Al levantar la cabeza vi algo que desearía que nunca hubiera ocurrido. Mi amiga estaba de pie, junto a la mesa. Y a su lado estaba Jeremy Garber.

—Susan —exclamé, me habría levantado de un salto si no fuera por mis heridas.

—Me gustaría presentarte a Jeremy —dijo, con una sonrisa en los

labios, emocionada y alegre, y haciendo un ademán hacia Garber. Deseé que la tierra me tragara.

—Hola —dije lo más amable que pude—. He oído hablar mucho de ti.

—Un placer, Iris. —Me observó con detenimiento, como si intentara ver si en mi interior había alguien diferente. Luego miró a Peter—. ¿Y tú eres...?

—Peter Hault.

—Encantado.

Unos incómodos segundos flotaron a nuestro alrededor. Aquello no iba a salir nada bien.

—Bueno, sentémonos —animó Susan, sentándose en el banco de enfrente. Jeremy la imitó. Mi amiga miró a Peter y luego a mí, en una mirada que se podía traducir como "¿qué estás pensando?"—. Me alegra mucho que por fin os conozcáis.

—Sí —apuntó Garber—, la última vez que te vi fue cuando Susan me atropelló con el coche.

—Sí, lo recuerdo. —Simulé una sonrisa—. Espero que estés bien.

—Claro, totalmente recuperado.

—¿Qué estabais haciendo? —nos preguntó Susan.

Me quedé en blanco.

—El profesor Kent nos ha mandado un trabajo por quedarnos un poco rezagados en clase —informó Peter.

Di gracias al cielo por su rapidez.

—Vaya, no me habías dicho nada esta mañana.

—Lo olvidé. Guardé las hojas en la mochila y no las he sacado hasta ahora.

—¿Y el trabajo es en pareja o individual? —preguntó mi amiga.

—Individual —dije.

—Pareja —dijo Peter.

Genial, ahora hablábamos a la vez y encima no nos coordinábamos. Ambos nos miramos.

—Aún lo estamos resolviendo —decidí decir.

—Es que me resultaba extraño veros juntos. ¿El año pasado te metías con ella y este año te sientas a su lado en la cafetería?

Peter no abrió la boca. Era lo mejor que hacía. ¿Qué podía decir?

—Es solo por el trabajo, nada más —informé.

Nos quedamos los cuatro en silencio. Susan miraba a Peter, el cual observaba a Garber, el cual no me quitaba el ojo de encima. Y yo miraba a Susan, y evitaba mirar a los otros dos.

—Estoy haciendo un estudio de Wood Pine —anunció Jeremy, como si diera la noticia por primera vez—. Estoy recopilando hechos paranormales.

—Eso me ha dicho Susan.

Jeremy continuó hablando como si no me hubiera escuchado.

—Me preguntaba si estarías dispuesta a hablar sobre lo sucedido en los pasillos el año anterior. Tenía muchas ganas de conocerte por eso. Muy poca gente pasa por algo así.

—Vaya, no desperdicias el tiempo —exclamé.

—Bueno, voy a contrareloj.

Miré a Susan, que me devolvía la mirada con alegría por el momento, con orgullo por Jeremy e con impaciencia por mí. No quería hablar de ello, no quería responder. Primero porque era Garber, segundo porque estaba Peter, tercero porque era un tema muy frágil, y además me sentía cansada y comenzaba a tener visión doble a causa del sueño.

—No tengo mucho que decir al respecto, solo que todo salió volando por los aires —concluí.

—Algo tuviste que ver. Susan alcanzó a ver una sombra el día en el que su casa fue poseída.

Me encogí de hombros.

—No tuve tanta suerte, supongo.

—Venga, seguro que puedes contarme algo que pueda usar.

—Lo siento, pero no me gusta hablar de aquella noche.

Jeremy apretó los labios, algo molesto. Sus ojos me miraban desafiante. No aparté la mirada.

—Vamos, Iris, me dijiste que hablarías con él —me dijo Susan, algo molesta.

No supe qué decir. Discutir con mi amiga era lo último que deseaba, pero quería protegerme, y más después de que Jonathan Cowell anduviera por Wood Pine sabiendo mi secreto.

—Creo que ahora mismo Iris está un poco liada con el trabajo —anunció Peter—. Quizá en otro momento esté más dispuesta a hablar.

—¿Y tú desde cuando estás de su parte? —le protestó mi amiga a Hault.

—Tranquila, Susan, quizá en otro momento —la disuadió Jeremy, luego nos observó a Peter y a mí—. Entiendo que no te guste hablar de ello. Si yo tuviera una experiencia traumática, tampoco querría. ¿Podéis contarme al menos curiosidades que ocurran en el pueblo?

—A veces se escuchan gritos a través de la chimenea, pero supongo que con los días que llevas aquí ya lo habrás escuchado —le dijo con amabilidad, intentado relajar la tensión que Susan emanaba.

—Sí, sí, los he escuchado. ¿Qué podéis decirme de la mansión? Parece un lugar terrorífico, ¿no creéis?

—Supongo que ya estamos acostumbrados —sentenció Hault.

—Supongo que sí. Aunque el día de Halloween... ¡Vaya noche! ¿No lo

creéis?

Callé. Peter también. Me alegré de tener las manos bajo la mesa, ya que comenzaron a sudarme. Miré alrededor, intentando centrarme en lo que hacían los demás alumnos con el fin de poder encontrar un pensamiento que hiciera de salvavidas.

—Supongo que fue igual que todos los años —intervino Peter, extendiendo el brazo con disimulo por debajo de la mesa y colocando su mano sobre las mías.

—Bueno, no todos los años se quema la mansión.

—Eso no ocurrió en Halloween.

—Lo sé, pero estoy seguro de que atrajo la mirada de curiosos —nos dijo, volviendo la mirada a mí cuando pronunció la última palabra.

Peter presionó mis manos en un intento de tranquilizarme. Pero fue en vano, mi incomodidad frente a Jeremy crecía por momentos. Supe que si hubiera estado a solas con él, podría haber manejado mejor la situación, pero con Peter y Susan delante ni siquiera podía defenderme. Peter sospecharía, cosa que estaba segura de que ya hacía; y Susan podía molestarse más de lo que ya estaba.

—¿De verdad crees que alguien se atrevería a entrar en esa mansión el día de Halloween? —le preguntó Susan con tranquilidad, aunque por su expresión supe que seguía algo tensa.

—Claro que sí —exclamó Jeremy—. De hecho, tengo cierta información que dice que un par de personas entraron esa noche.

Maldito Jonathan, pensé. O bien se lo había contado a Jeremy, o bien ambos habían estado juntos, escondidos tras los arbustos o en el bosque, espíándonos. Pero si hubiera sido así, Hault los habría visto.

Aquello me dio fuerzas para abrir la boca.

—¿Tan malo es que dos personas o las que sean se cuelen en la

mansión en busca de... alguna experiencia paranormal?

—No, supongo que no. Según tengo entendido fueron una chica y un chico. Quizá querían intimidad. —Sonrió maliciosamente.

—Pues menudo lugar para enrollarse —opinó Susan.

—La verdad es que me encantaría saber quiénes eran, para poder preguntarles qué tal la experiencia.

—¿Cuál? ¿La de buscar una experiencia paranormal o la de enrollarse? —le preguntó Hoult, intentando acabar con la superioridad de Garber.

Evité sonreír. Jeremy no respondió.

—Creo que es hora de nos vayamos —continuó Peter—. Tenemos muchas cosas que hacer, ¿no es así, Iris?

—Sí, es cierto. Tengo que entregar este maldito trabajo cuanto antes.

Comencé a recoger mis cosas, y a guardarlas en la mochila, mientras Peter se ponía en pie y se colocaba su mochila al hombro.

—Ha sido un placer conoceros —nos dijo Jeremy con cierto tono que hizo que mis nervios se crisparan—. Sobre todo a ti, Iris.

Me coloqué la mochila al hombro y sonreí los más amablemente que pude.

—Venga, quiero terminar cuanto antes el trabajo —me apremió Hoult.

—Nos vemos —me despedí.

Caminé junto a Hoult hasta salir de la cafetería. No sabía muy bien a dónde íbamos, pero antes de que pudiera preguntar, Peter me agarró del brazo y me arrastró hasta un aula vacía. Cerró la puerta y colocó una mano sobre ella para que nadie pudiera abrirla.

—Aléjate de los Cowells —fue más una advertencia que un consejo.

—Lo sé, Peter —confesé—. Sé que Jonathan Cowell me siguió aquella noche.

Frunció el ceño confundido y sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué no me dijiste que era él?

—¿Por qué no me dijiste que tú eras el interés Jeremy Garber?

—¿Acaso puedes hacer que él pierda el interés?

—No, pero puedo vigilarle.

—Genial, pues ahora tienes que vigilar a Jonathan Cowell y a Jeremy Garber. —Caminé de un lado para otro, nerviosa. Me detuve pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Por qué quieres ayudarme?

—No quiero ayudarte, sino protegerte.

—¿Protegerme?

—Ambos tienen cierto interés en ti, ¿no es así? No voy a preguntarte por qué, no es asunto mío, pero me molesta.

—Te molesta —repetí, con la intención de que aquella información llegara a mi cerebro y se procesara.

—Sí, me molesta. ¿Acaso es malo que me moleste que tengan cierto interés en la chica que me gusta?

Mi mente tuvo un cortocircuito. Me quedé de piedra, mirándole y sin saber qué decir. Sabía que me sentía atraída por Peter, era algo evidente. Pero no llegaba a reconocer del todo que él se sintiera atraído por mí. A pesar de que lo ocurrido en la cocina era algo que demostraba nuestro interés. Sin embargo, escuchar una declaración como aquella, tan franca y en voz alta, parecía irreal.

—Tengo que terminar el trabajo —conseguí decir. No era lo que pretendía, pero fue lo que salió de mis labios.

—¿Estás de coña? —me dijo con una sonrisa sarcástica—. ¿Te digo que me gustas y tú pretendes salir corriendo?

—No salgo corriendo. Es que creas situaciones muy incómodas.

—Esto no es incómodo...

—Sí, lo es.

—... es una declaración.

—Genial.

—¿De verdad vas a seguir negando y evitando lo que ocurrió en tu casa?

—¿De verdad vas a seguir presionándome como hizo tu amigo Joe? —le devolví la pregunta, y al segundo siguiente me arrepentí. Me observó con el ceño fruncido. Hizo un amago de sonrisa, pero murió en sus labios antes de que llegara a la ironía. Apretó los labios, decepcionado, y me observó como si me viera por primera vez. Me dolió esa mirada, al igual que en sus ojos se traslució el dolor de mis palabras. Negó con la cabeza y abrió la puerta con una tranquilidad que rallaba la molestia. Luego salió del aula acompañado por una palabra: "Increíble"—. Peter, espera. ¡Peter!

Pero era demasiado tarde. Seguirlo no era una opción. Caminar por el pasillo, persiguiéndole como una fan desesperada haría que la gente nos mirara. No quería hacer el ridículo, y tampoco que él lo hiciera.

Me apoyé en la puerta, intentado coger algo de aire. En ese instante supe que tenía que hacer algo para que me perdonara.

CAPÍTULO DIECISIETE

Era la quinta vez que llamaba por teléfono a Peter, y la quinta vez que él no contestaba. Sentía cierta acidez de estómago cada vez que el tono de llamada se cortaba o cada vez que saltaba el buzón de voz.

—Serás... ¿por qué no respondes a mis llamadas? —le dije, frustrada, como si él pudiera oírme.

Me dejé caer en la cama y extendí los brazos. La semana había sido horrible, cada vez que intentaba hablar con él o llamar su atención para que cruzara su mirada conmigo y darme la oportunidad de hablar, me ignoraba. El viernes había intentado hablar con él en los pasillos, me había armado de valor y me había acercado incluso con sus amigos delante, pero Hault me respondió dándome la espalda. También intenté pasarle notas escritas a pesar de que me la estaba jugando, pero tal y como caían en su mesa, él me las devolvía sin leer. Susan tampoco me lo había puesto fácil. Estaba molesta conmigo porque decidí no contarle mi experiencia a Jeremy. Se había quedado a dormir en su casa durante toda la semana a pesar de su madre todavía estaba allí. También había decidido ir sola al instituto, bien salía antes de que yo me diera cuenta o bien se iba en coche después de que yo me marchara.

Así que me había dedicado a almorzar en las gradas el jueves y el viernes, dado que el resto de días me había sentado sola durante la comida.

Escuché pasos que se aproximaban por las escaleras. Supuse que era mi madre, así que no me levanté de la cama hasta que la puerta se abrió y vi a mi amiga.

—Vengo a por mis cosas —anunció—. Ya es hora de volver a casa y

dejar de abusar de la hospitalidad.

Me incorporé y la observé sin dar crédito a lo que decía.

—No digas tonterías, Susan. No es lo que piensas en realidad, simplemente estás enfadada por la conversación que tuve con Jeremy.

—No es cierto.

—No seas orgullosa. Podemos hablarlo.

—No hay nada de qué hablar, Iris. Me prometiste que hablarías con él, que le contarías tu experiencia, pero no lo hiciste. Me sentí muy decepcionada.

—Susan, hay personas a las que les cuesta más hablar de ciertas cosas. Pensé que podía, pero con Hault delante no me atreví. Además, recordar aquella cosa... Simplemente no pude.

—Bueno, eso es algo que me gustaría también aclarar. ¿Qué demonios hacías con Peter Hault?

Me encogí de hombros, como quitándole importancia.

—El señor Kent nos ha puesto un trabajo por no prestar atención. No tengo culpa de eso.

—¿Y tienes que hacerlo con Peter?

—¿Qué es lo que te ocurre con Peter?

—No me gusta.

—No, no es solamente eso. Hay algo más, y no quieres decírmelo. Una cosa es que te caiga mal, pero estar así solo porque tuviéramos que hacer un trabajo...

—No es trigo limpio.

—De acuerdo, me andaré con cuidado.

—¿Por eso te fuiste con él cuando dio por finalizada la conversación?

Me quedé en silencio. El rostro de Susan estaba casi escarlata. Estaba realmente sofocada y frustrada. Con los brazos en jarra tomó aire y luego

lo expulsó con reticencia, como intentando relajarse. Era la primera vez que discutíamos y no estaba siendo nada agradable. Me gustaba estar con ella, y pelear no me agradaba en absoluto.

—¿De verdad no crees que esto se está sacando de contexto? —le pregunté—. Entiendo que puedas estar enfadada conmigo por lo de Jeremy. Me equivoqué, pero no pude hacerlo. Aquel día fue algo duro para mí. —Recordé como había discutido con mi padre, y como había salido del instituto corriendo después de que me diera una bofetada—. No me gusta recordarlo.

—Me cae bien, Jeremy —confesó, sentándose en la cama, justo a mi lado, y dejando la ira a un lado. Sin embargo, todavía sentía su frustración—. Creo que me gusta...

Sonreí.

—Ya me había dado cuenta de eso. No paras de parlotear sobre él.

—¿Te estás metiendo conmigo? —intentó sonar ofendida, pero la risa la traicionó.

—Jeremy está haciendo un estudio paranormal —cité sus palabras a modo de burla—, Jeremy está recopilando datos sobre Wood Pine, bla, bla bla.

Me golpeó el brazo de forma cariñosa. Ambas reímos.

—Supongo que me he dejado llevar por la emoción —reconoció—. Me cuesta mucho hacer amigos y Jeremy ha sido muy amable conmigo.

—Lo sé. Pero recuerda que está haciendo un estudio sobre el pueblo, no quiero que luego te dé calabazas.

—Bueno, tú también deberías tener cuidado con Hoult.

—Lo sé.

—No, lo digo en serio, Iris —me advirtió, en tono que parecía más de una madre que de una amiga.

La miré de soslayo, me giré hacia ella y crucé los brazos. Los rayos de sol que entraban por la ventana me calentaron la espalda y me erizaron el vello de los brazos. El rostro de Susan se iluminó por el sol.

—No pensaba contarte esto, pero... —Cogió aire—. Hace tres años me gustaba Peter. No del modo romántico, simplemente sentía cierta atracción. Me parecía un chico muy guapo. Le dejé una carta de amor en la mochila, bueno, más bien era una declaración. Supongo que no pensé las consecuencias. No esperaba que él me jurara amor eterno ni nada de eso, pero tampoco creía que se fuera a dedicar a leérsela a sus amigos para luego reírse de mí. Pasé mucha vergüenza, tenía trece años. Peter no es de fiar, por eso quiero que tengas cuidado. Sé que no estás bien con Joe, y que la sonrisa de Peter puede llegar a ser muy tentadora. No quiero que caigas rendida a sus pies y que luego sufras. Que luego te humille frente a sus amigos.

Procesé la información.

—Entiendo. —Asentí—. Pero solo se trataba de un trabajo. Me fui con Peter aquel día y te dejé a ti y a Jeremy en el comedor porque no sabía cómo salir de allí. Entre él y yo no hay nada.

—¿Y por qué te has dedicado durante toda la semana a intentar hablar con él? ¿Crees que no te he visto acercarte a su taquilla?

—Sí, es cierto. Pero no es lo que piensas. Solo quería decirle algo del trabajo, pero él se ha dedicado a ignorarme —mentí—. Clásico de Hault.

Guardó silencio durante unos largos segundos, en los que no dejó de mirarme. Su mirada parecía taladrarme.

—Iris Miller, ¿crees que voy a creerte? He visto como miras a Peter, en los pasillos os vieron a los dos hablar junto a vuestra taquilla, sé que os pasáis notitas en clase. ¿Te has olvidado de que yo me entero de todo?

Apreté los labios, sintiendo como un enorme adoquín caía sobre mi

cabeza. Me regañé por ser estúpida. Por supuesto que Susan iba a saberlo, ella lo sabía todo. Las noticias, rumores, cotilleos..., de todo se enteraba.

—¿No tienes nada que decir? —volvió a la carga.

—Tendré cuidado con él, Susan —le respondí desesperada—. Hablar con él no es nada malo. No va a pasar nada.

Se puso en pie y comenzó a recoger sus cosas sin mediar palabra. No entendía lo que le ocurría. Se suponía que ya lo habíamos hablado y que había entendido mis razones.

—Y dime, ¿de qué habláis? —preguntó con cierto retintín.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—¿No vas a responderme?

—No lo sé, Susan. De cosas. Clases, profesores... ¿Acaso es malo?

—¡Ay, Iris! ¿Es que no te das cuenta que está ligando contigo? —me dijo, marcando lo evidente.

Decidí cambiar de tema, antes de que fuera a peor.

—¿No vas a quedarte más? ¿Vas a volver a tu casa?

—Mi abuela me necesita.

Entró en el armario y salió con los brazos llenos de ropas. Las dejó sobre la cama y comenzó a guardarlas en la bolsa.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —respondió, mirándome con cariño—, pero estoy preocupada por ti. Primero me ocultas cosas y segundo... Bueno, ya lo sabes, no creo que haga falta repetirlo. Pero no vuelvas a mentirme.

—De acuerdo, no volveré a ocultarte cosas.

Terminó de guardarlo todo, me dio un abrazo y se marchó. Miré mi habitación detenidamente. Ahora había un espacio libre en mi armario y dos cajones vacíos como vestigio de la estancia de mi amiga. En el

escritorio solo constaban mis libros y sabía que mañana la cama supletoria donde ella había dormido desaparecería y volvería al desván. Si durante todo este tiempo me había sentido un poco apretada en mi cuarto, ahora me sentía flácida.

Me dejé caer nuevamente sobre la cama, extendiendo la espalda. Cogí el móvil. Miré la pantalla, concretamente el número de Peter. Pasé el dedo por encima y le di a "llamar". Luego me mentí a mí misma y me dije que le había dado sin querer. Saltó el buzón de voz. Miré enfadada la pantalla.

—Estoy empezando a odiarte, Peter Hault.

Dejé caer los brazos por encima de mi cabeza, y con él el móvil, el cual cayó con un ligero y suave golpe sobre el cojín.

Cerré los ojos y pensé lo que debía hacer. Tenía que hablar con él porque me sentía mal. Pero no solo era por eso, sino por lo que el fantasma de su padre me había dicho. Era algo que no podía borrar de mi mente. Lo peor era que no podía corroborarlo, y en el caso de que pudiera no sabía cómo hacerlo sin ponerme en evidencia. Y después de lo que Susan me había contado me atrevía menos. Claro que si él tenía un don como yo, quizá con eso fuera más prudente.

Me acomodé en la cama y dejé que la oscuridad que mis párpados me ofrecían me envolviera. Me sentía algo cansada de dormir a intervalos, así que me dejé llevar durante unos minutos. Sin darme cuenta volvía a estar en el bosque. Corría hacia el oeste. Lo supe porque el sol estaba frente a mí, hasta ahora el cielo siempre había estado nublado, sin embargo, ahora era un día despejado. Atardecía. Corrí sintiendo pánico del ruido que se aproximaba a mi espalda. Llegué al claro de siempre, nada había cambiado en él. Deseé despertarme, sabía que ahora venía la parte en la que me escondía tras el árbol y aquella sombra me apresaba. En cambio,

decidí cambiar de dirección y me dirigí hacia el norte, a mi derecha. Pero cuando fui a internarme en el bosque me di cuenta de que había cometido un error. Aquello era un bucle. El sol volvía estar frente a mí y sin poder controlarlo volví a esconderme en el mismo árbol. Lloré cuando la sombra me rodeo y me apresó contra el tronco.

Desperté sobresaltada, tosiendo sin poder moverme. Las cotillas me dolían más que la última vez. Parecía que solo había dormido dos minutos, y me sorprendí al ver que no había sido así. A través de la ventana pude ver que ya había anochecido. Me levanté como pude, intentando no quejarme, pero fue imposible. Me acerqué hasta la ventana y la cerré. A lo lejos pude apreciar la mansión. El año anterior había soñado con La Mujer de Faro, y después resultó ser real. Mi corazón latió más fuerte cuando temí que la pesadilla que ahora me atormentaba pudiera convertirse en real en algún punto. Fue entonces cuando me regañé mentalmente. Tenía que recuperar la daga.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Volví a mirar la pantalla de mi móvil. El nombre de Peter constaba el primero. Le había llamado unas diez veces en el día y seguía sin responderme. Tampoco me lo había cruzado en las calles. Sabía que si quería hablar con él era tan fácil como llamar a la puerta de su casa, pero temía que fuera su madre y no él el que me abriera la puerta. Así que decidí seguir llamando cada cierto tiempo.

Miré hacia delante. La mansión se erigía frente a mí con un aspecto tétrico y espeluznante. El cielo estaba nublado, sumiendo a aquella casa y al bosque en una oscuridad casi completa. El único haz de luz que alumbraba aquella escena era mi linterna.

Había decidido entrar nuevamente. Tenía que encontrar la daga, me sentía insegura sin ella a pesar de que no sabía si funcionaba o no. Aquel sueño no dejaba de atormentarme, y allí, en el interior de aquellas paredes, se encontraba un vestigio del demonio. Quizá si acababa con él mis sueños desaparecerían. Quizá era aquella cosa la que me atormentaba en sueños. En cambio, algo me empujaba en la dirección contraria, una voz me susurraba al oído que volviera por el lugar que había venido. Esa voz era la de Peter. Aún podía escuchar las palabras que me dijo en la cocina, cuando me hizo prometer que no volviera a entrar en aquella mansión, al menos no sola. Nunca prometí nada, pero sentía que igualmente estaba rompiendo aquella promesa. Debía entrar, era algo que tenía que hacer. También debía hacerlo sola, dado lo que buscaba. Me sentía terriblemente mal, sobre todo porque me habría gustado hablar con Peter antes de meterme en aquello. Me habría gustado explicarle algunas cosas, hacerle algunas preguntas, incluso pedirle

perdón. Pero el muy cretino no me había respondido ni devuelto ninguna llamada.

Decidí intentarlo de nuevo. La línea sonó. A los tres tonos se cortó. Genial, ahora se dedicaba a rechazarme la llamada.

Suspiré, guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y alumbré la puerta por la que había entrado hacía una semana. Subí los peldaños que me separaban de ella y antes de empujar la puerta, esta ya se había abierto con un ligero gemido. La risa de un niño escapó del interior.

—De acuerdo —me dije a mí misma con el fin de escuchar algo menos espeluznante—, empezamos bien la aventura.

Entré en la mansión, alumbrando el vestíbulo que ya conocía. Me sorprendió ver que el interior parecía más oscuro que la otra vez. No había ningún sonido, todo estaba sumido en un silencio inquieto. Ni siquiera la vieja madera de las paredes o el parqué del suelo protestaba a causa del frío y la humedad.

Alumbré la puerta izquierda. Había decidido hacer el mismo recorrido que la otra vez, a excepción de las habitaciones y del tubo de ventilación. Sabía que en esos momentos la daga había estado en el bolsillo de mi cazadora, así que era absurdo e innecesario visitar esas habitaciones. Me llegaba con subir las escaleras, si es que se podía subir. Cuando Peter y yo las bajamos todo saltaba por los aires, así que dudaba que hubiera un peldaño estable.

Empujé la puerta, pero no se abrió. Volví a intentarlo. Nada. Empujé con más fuerza, pero la puerta seguía sin ceder. Pensé que quizá Brad Woodman la había cerrado con llave. Se me ocurrió la idea de entrar por la ventana que rompió Peter, pero recordé que cuando terminamos de caer por la ladera y miramos hacia la mansión, esta estaba intacta, como si nada hubiera ocurrido. ¿Y si rompía alguna ventana?

Me giré en el momento en el que la puerta se abría detrás de mí. Una susurrante voz femenina llegó a mis oídos.

—No deberías de estar aquí...

Sentí como el vello se me erizaba detrás de la nuca y en los brazos. La boca se me secó. Por un momento pensé en salir de aquella casa, pero la puerta por la que había entrado se cerró de golpe, como si alguien o algo me hubiera leído la mente.

—¡No! —grité cuando vi que la puerta se cerró—. ¡Mierda!

Ahora solo podía ir por un camino. Tendría que entrar en el ala abandonada y romper alguna ventana para salir. O pedir ayuda. Cogí mi móvil y volví a marcar el número de Peter. El tono de llamada llegó a mi oído para luego morir pasados treinta segundos. Nada.

Me armé de valor y crucé el umbral de la puerta. Tal y como en el otro lado de la mansión, lo primero que se abría era el vestíbulo por el que Peter y yo habíamos salido rompiendo una ventana. Sin embargo, a diferencia del otro ala, este estaba totalmente en ruinas. No había muebles, solo parte de ellos: el brazo de una silla, la mitad de una mesa, el marco vacío de un cuadro. Las ventanas estaban tapiadas con maderas y una fría brisa se colaba entre las rendijas. Recordé que aquella noche de Halloween las ventanas habían estado libres de madera. El techo carecía de lámparas y algunas zonas del parqué estaban rotas. Frente a mí se abría un conocido pasillo. La única diferencia era que este parecía mucho más largo que el de la zona este, y todas las puertas estaban cerradas.

Comencé a andar. No pensaba llegar muy lejos. Si antes mi prioridad había sido encontrar la daga, ahora era salir de allí cuanto antes aun sin ella. Llegué a la primera puerta e intenté abrirla. Estaba cerrada. Probé a abrir la que estaba frente a esta, pero se encontraba en las mismas condiciones. Del fondo de pasillo llegó el quejido de una puerta. Alumbré

rápidamente. Por un momento pensé que podía ser Charles Woodman, pero luego me pregunté si Jonathan o Jeremy me estaban siguiendo.

—Sigue caminando —me susurró de nuevo la voz de una mujer.

Advertí que delante, justo donde al haz de luz de mi linterna alumbraba, se movía tenuemente una sombra translúcida. La observe detenidamente, esperando a que aquel fantasma tomara forma. Entre medio de aquella materia éter, se formó el rostro de la mujer de Charles. Solo el rostro.

—Continua —me dijo, casi alentándome.

No sabía por qué, pero aquello no me gustaba. Primero me advertía que no debía estar allí, y ahora me alentaba a seguir.

—Te mostraré la salida —me dijo, antes de desaparecer.

Seguí caminando. El otro extremo del pasillo no se apreciaba, y la puerta que antes había escuchado abrirse todavía no había aparecido. Cometí la imprudencia de alumbrar el camino que ya había recorrido. Detrás de mí el pasillo se extendía tanto como hacia el otro lado, ni siquiera mi linterna era capaz de alumbrar el extremo. El vestíbulo por el que había entrado ya no estaba.

—No, no, no, no, no —me dije a mí misma, alumbrando hacia un lado y otro—. Otra vez no.

No podía ser que estuviera en un bucle de nuevo. No podía ser que me encontrara en aquel pasillo interminable otra vez. Saqué mi móvil del bolsillo con la esperanza de poder pedir ayuda. No tenía cobertura y la pantalla parpadeaba. Lo volví a guardar y agarré el pomo de la primera puerta que vi. Cerrada. Alcancé otra. Cerrada. Golpeé y empujé la siguiente puerta, pero tampoco cedió. Estaba nuevamente atrapada en aquella mansión, y esta vez Peter no estaba conmigo. ¿Qué pasaría si el fuego se propagaba por aquel corredor? ¿Qué haría si aquella sombra o

Charles Woodman aparecía de nuevo?

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Comencé a golpear todas las puertas que veía, ignorando el dolor que crecía en mis costillas cuando elevaba los brazos. Solo me detuve cuando la linterna comenzó a parpadear.

—¡No!

Me quedé sumida en la oscuridad. En aquel pasillo no se colaba ni un tenue haz de luz que me alumbrara. Tampoco había ningún sonido. La madera no crujía ni se quejaba. Mis oídos zumbaban ante tal silencio. Me dejé caer sobre la pared y me arrastré por ella hasta tocar el suelo. Intenté abrazarme las piernas, pero el dolor de las costillas me lo impidió. Intenté coger aire, manejar aquella situación, pero lo único que podía hacer era temblar y dejar que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Estaba asustada, la situación parecía extraña ajena a mí. Me sentía más sola que nunca. La Mujer de Blanco apenas me visitaba, Joe no estaba, Susan no sabía nada, mi familia quedaba fuera de esto, y Peter... estaba molesto conmigo. Deseé que no lo estuviera. Deseé no haber evadido el tema.

Apoyé la cabeza sobre la pared y respiré. No podía quedarme allí, lamentándome. Tenía que salir de aquella mansión como fuera posible. Me puse en pie y me limpié las lágrimas.

—Muy bien, tú lo has querido —le dije a quien estuviera escuchando, ya fuera Charles, su mujer o la sombra—. ¡No voy a quedarme aquí!

Puse una mano sobre la pared y anduve el camino de vuelta. Quizá aquel pasillo había sido un espejismo, quizá si caminaba lo suficiente el vestíbulo aparecería. Sentí la rugosidad del papel pintado en mis dedos, luego la puerta, y luego más papel. Pasé por delante de cinco puertas cuando mi cabeza y mi hombro derecho se dieron de bruces contra algo blando. Me di tal susto que la linterna escapó de mis manos y rodó por el

suelo, encendiéndose y alumbrando el camino intermitentemente. Yo caí hacia atrás y me golpeé la espalda con la pared. Un objeto duro cayó sobre mi cabeza y quedé sentada sobre el suelo y sobre pequeños cristales rotos que se clavaron sobre mis manos y rodillas. Solté un gemido de dolor.

La linterna estaba frente a mí, alumbrando parte del pasillo. Me miré las manos. Estaba llenas de cortes que sangraban y de cristales casi incrustados en la piel. El suelo estaba minado de ellos, un cuadro roto descansaba inerte a un lado, supuse que era eso lo que me había golpeado la cabeza, y en el centro de aquel lago de vidrio yacía una botella de güisqui, rota, sobre un charco. Fue entonces cuando percibí el olor a alcohol. Y algo más. Poco a poco el olor a bebida se transformó en un pestilente olor a putrefacción y descomposición. Sentí náuseas y la cena escaló por mi esófago hacia la garganta. La linterna rodó sola por el suelo hasta que su haz de luz alumbró los pies que colgaban sobre la botella de güisqui. Tragué saliva en un intento de bajar aquel bolo que subía, y alcancé la linterna para salir de allí cuanto antes. Ignoré el dolor de mis costillas y los pequeños cristales que estaban clavados en mis manos y rodillas. Me puse en pie lentamente, evitando mirar el rostro del hombre que yacía colgado. Sabía quién era, no me hacía falta verlo para saberlo. Aquel hombre era Charles II Woodman.

Pasé junto a él, dejando una distancia entre nosotros. Bajo mis pies crujían los cristales que se rompían. Anduve insegura, tocando la pared con la punta de los dedos y alejándome de aquel hedor. La linterna se apagó de nuevo y la pared desapareció. Volví a quedar sumida en la oscuridad. El único sonido que alcanzaba a oír era el de mi propia respiración.

—¿Qué es lo que quieres? —grité, desesperada.

Comencé a moverme nerviosa e inquieta, las lágrimas volvían a surcar mis mejillas. No sabía a dónde dirigirme. Moví los brazos a mi alrededor, pero no había nada. Ninguna pared, ninguna ventana, ninguna salida.

—¡Déjame salir!

Un fuerte crujido retumbo a mi alrededor. No era un crujido como de madera ni de cristal, sino como si algo en el interior de aquella casa se rompiera. Como si se quebrara por dentro en un intento de dejar salir todo lo que contenía. Una tenue luz roja oscura alumbró el lugar donde me encontraba. A mi alrededor todo seguía siendo negro, como si me encontrara en un espacio infinito, excepto por aquel foco de luz proveniente del suelo. Me acerqué a él lentamente y lo observé. Era como un pequeño agujero por el que escapaba una luz roja anaranjada, más oscura que la lava, con pequeños y fibrosos trazos negros. Aquel agujero comenzó a aumentar de tamaño poco a poco y empecé a andar hacia atrás. A medida que se hacía más grande, más luz emergía. Un fuerte olor a quemado y a azufre emanó de su interior. Aquel agujero comenzó a adquirir un aspecto fibroso y se movía hacia arriba y hacia abajo como si intentara coger aire para respirar. Siguió creciendo lentamente, hasta que las fibras oscuras que lo cubrían se rompieron y dejaron al descubierto una cavidad, que poco a poco fue adquiriendo profundidad. La luz roja se hizo más intensa.

Dejé de caminar hacia atrás cuando aquel cráter dejó de crecer. El olor a azufre se hizo más intenso. Fue entonces cuando me percaté del ruido que procedía del interior. Voces humanas chillaban y gritaban pidiendo ayuda. Otras aullaban de dolor. Otras voces reían de forma sardónica. Di un paso hacia delante, colocándome cerca del borde. Mire hacia el interior. No vi el fondo de aquel pozo, mi vista se perdía en las profundidades. La luz roja escapaba de pequeñas grietas y fisuras que

corrían por las paredes como si fueran raíces. Lo más horrible y pavoroso de aquel agujero sin fin era los brazos que salían de las paredes. Parecían brazos humanos, pero al llegar a la muñeca la mano se desfiguraba en una especie de garra sin llegar a transformarse del todo. Casi se tocaban las de un lado con las del otro. La piel era escamosa y parecía cubierta de un líquido denso y viscoso. A algunas le faltaban dedos y otras no dejaban de sangrar.

Sentí náuseas y quise dar un paso atrás, pero mis pies se negaron. Aquello me parecía tan aterrador que mi cuerpo estaba bloqueado. Querría correr, pero no sabía dónde. Parecía estar en un plano etéreo con la puerta del infierno frente a mí. Un rugido escapó del interior de aquel agujero. No quise empinarme a mirar hacia abajo, así que lo único que alcancé a ver fueron los brazos, estirándose hacia donde yo me encontraba. Los gritos desesperados aumentaron su volumen. Una sombra emergió de aquel cráter. Una sombra que ya conocía. Era más grande que la del bosque, casi tan gigantesca como la de mis pesadillas. Se irguió frente a mí. Un nudo se instaló en mi corazón y los nervios me encogieron el estómago. No supe cuando comencé a llorar ni cuánto tiempo llevaba. La sombra me rodeó, dando vueltas a mi alrededor, estrechándose poco a poco. Sentí pavor, aquello no podía estar ocurriendo de verdad. Miré en derredor, intentando encontrar un lugar por el que escapar, pero aquella cosa me rodeó la pierna y tiró de mí. Caí sobre el suelo, golpeándome las costillas ya magulladas. Sentí un ligero crujido en el momento del golpe. Un dolor punzante me recorrió el tórax. Aquella sombra volvió a introducirse en el agujero y me arrastró con ella. Perdí la linterna e intenté agarrarme a algún saliente, evitando el dolor que sentía al mover los brazos. Mis manos se agarraron a una fibra rota y viscosa, y mis piernas y cuerpo quedaron suspendidos, oscilando hacia el

interior de aquel pozo. Mis manos comenzaron a perder fuerza y el líquido denso no me ayudaba a mantenerme colgada y a darme un punto de apoyo para subir. Caí unos cuantos centímetros hacia abajo, las garras se movían, ansiosas por agarrarme. Deslicé una de mis manos al interior del bolsillo y alcancé el móvil. No sabía cuánto tiempo aguantaría, pero tenía que intentar pedir ayuda. Quería escuchar a Peter. No pude llevarme el teléfono al oído, pero pude ver como la llamada se establecía.

—¡Peter! —grité, cuando el móvil se resbaló de mi mano cubierta de líquido viscoso y cayó al vacío.

Me deslicé unos centímetros más hacia abajo. Los brazos me fallaban, las manos me dolían, apenas podía respirar. Sentí que me agarraban de las piernas y tiraban de mí. Sentí cómo me desgarraban la piel. Caí un poco más, lo suficiente como para sentir que clavaban sus uñas en mis muslos.

Comprendí que no había otra escapatoria. Comprendí que aquel era el final.

—Lo siento —susurré, intentado disculparme con aquellas personas que no volvería a ver.

Me solté de aquella raíz fibrosa y me dejé caer. Lo último que pude ver fue que decenas de garras me rodeaban, arañaban y desgarraban, mientras el techo de aquella mansión desaparecía de mis ojos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nick Miller llegó a su casa a las ocho, después de un duro día de trabajo. Hoy le había tocado hacer ronda por Wood Pine. Había paseado por el centro con su compañero de trabajo, luego había tomado un café, luego había conducido por el pueblo, haciendo una ronda completa por las zonas que le habían asignado. Las charlas de su amigo le hacían el trabajo más llevadero cuando se sentía preso en la rutina. Sin embargo, a veces todo era tan monótono que se aburría. La única diversión del día había sido llevar a Billy, el indigente borracho, a dormir la mona en el calabozo después de que unos vecinos los alertaran de que Billy se estaba comiendo las sobras de la comida que había en el contenedor de basura.

Pero todo tiene un fin, y aquel día no iba a ser menos. Por fin había llegado a casa, podría ver la televisión o leer el libro que había dejado a medias. También pensaba llamar a su mujer y charlar con ella un rato. Preguntar por su Iris. Sabía que había sido muy duro con ella tiempo atrás, pero nunca supo manejar la situación. Iris se le escapaba de las manos, no comprendía ciertas cosas de ella y nunca las había aceptado. Estuvo tan ciego que no se percató de que también le estaba haciendo daño a su mujer. Todo se desbordó aquel día en el que Iris quiso sorprenderle llevándole el almuerzo y vio algo que no comprendió. Pobre chica, pensó. ¿Cómo podía explicarle que aquella mujer, aquella compañera de trabajo, estaba colada por él y se abalanzó sin pensar dándole un beso justo en el instante en el que su hija entraba? Fue un malentendido que salió muy caro. Su mujer le dio otra oportunidad a pesar de que no confiaba en él, se mudaron y empezaron una nueva vida. Al menos le gustaba llamar a las segundas oportunidades así. Lo más

difícil fue Iris. No había manera de hacerla entrar en razón y cada vez la situación se hacía más insostenible.

Gracias a Dios, supo retirarse a tiempo. Les dejó a ellas el espacio que ambas necesitaban para pensar, él también lo necesita. Y ahora salía con su mujer, tenían la intimidad que necesitaban, Iris se relacionaba más que antes y muchísimo mejor. Todo parecía ir bien y tenía esperanzas de volver a casa pronto. Lo quería de verdad.

Dejó las llaves en el cenicero de la entrada y colgó la cazadora en el perchero. Aquella noche hacía algo más de frío, se notaba que el invierno se acercaba. Había más humedad que los días anteriores y el cielo estaba nublado. Pronto las nubes descargarían con fuerza el agua acumulada.

Agarró el teléfono y marcó el número de su antiguo hogar. Quería preguntarle a Juliet que tal había pasado el día. Le sorprendió encontrar que la línea no funcionaba. Dejó el teléfono en su lugar y se encaminó a la cocina en busca de comida. Se sirvió unos cereales con el fin de aplacar el rugido de su estómago y luego se desplazó hasta su escritorio para coger el móvil y llamar de nuevo a Juliet.

Al dejar el bol de cereales sobre la mesa un golpe sordo lo sobresalto. Al girarse se percató que todas las puertas de los armarios de la cocina estaban abiertas de par en par, la tabla para cortar el pan estaba en el suelo, el microondas estaba abierto y el reloj digital que descasaba sobre la encimera parpadeaba.

Una pequeña alarma llamó su atención. En la pantalla de su ordenador figuraba un mensaje entrante. Se acercó hasta él y lo abrió:

"Necesito tu ayuda".

Nick miró alrededor, intentado encontrar algo que explicara aquella situación. No había remitente en el mensaje, simplemente esas tres palabras. Comenzó a sentirse nervioso. Otro mensaje asomó en la

pantalla:

"No huyas. No te haré daño".

Rio con desdén. Aquello parecía una pésima broma de sus compañeros de trabajo. Se agachó y desenchufó el ordenador. La pantalla se apagó y todo quedó sumido en silencio. Fin de la broma. Fue a coger de nuevo el bol de cereales, pero se detuvo cuando la pantalla se encendió de nuevo, mostrando la misma imagen de hacía un momento.

"Soy La Mujer de Blanco".

—No puede ser —se dijo a sí mismo—. Esto no puede ser cierto. He debido de quedarme dormido.

"No. No estás dormido".

No supo qué responder. Sentía que flotaba sobre el suelo.

"No tengo mucho tiempo, Nick. Necesito tu ayuda. Solo tú puedes ayudarme. Iris...".

—¿Iris? ¿Qué le pasa? ¿Le ha ocurrido algo?

"Aún no. Pero pronto no podré protegerla".

Una multitud de preguntas le bombardearon la mente. Aquella mujer era la que siempre había acompañado a Iris, la mujer en la que nunca había creído porque pensaba que su hija tenía alguna enfermedad psiquiátrica. A pesar de que siempre había visto que Iris se recuperaba de todo, de que nunca enfermaba, de que sus heridas sanaban más rápido de lo normal o desaparecían, nunca había creído en ella. Se negaba a ello. Y ahora estaba con él, en aquel pequeño apartamento, hablando y pidiéndole ayuda a través de un ordenador.

"Esta es la única forma de ponerme en contacto contigo. Será la única vez que hablemos".

—De acuerdo. ¿Qué necesitas? ¿Qué le ha pasado a mi hija?

"Iris necesita nuestra ayuda. Yo no poder ayudarla en un futuro

próximo. Tú sí podrás".

Nick guardó silencio, a la espera.

"No será fácil, Nick".

—Es mi hija. Es mi pequeña. Estoy dispuesto a cualquier cosa.

Unos intensos segundos flotaron en el apartamento. El silencio era atronador, y solo el suave timbre de que había un mensaje entrante fue capaz de romperlo.

"Un alma por otra alma".

El mensaje caló en el cerebro de Nick como un adoquín caía al mar. Pesado, sordo. Sintió que el corazón se le encogía.

"Tú por ella".

Sonrió con tristeza y tomó asiento frente al ordenador. No podía dejar de mirar aquel mensaje y pensar en Juliet y en Iris. Si aceptaba aquel trato, no las volvería a ver. Si no lo aceptaba, Iris se marcharía y les rompería el corazón a ambos. Tomó aire, intentando contener el nerviosismo.

"Sé que es mucho lo que te pido, Nick".

—Mi alma por su alma —repitió en voz alta—. No, no es mucho. Es mi hija. Mi Iris. —Guardó silencio durante unos segundos, respirando con dificultad. Sonrió lo mejor que pudo y firmó su sentencia—. Supongo que yo ya he vivido suficiente.

* * *

Peter volvió a sentir que el móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón. Iris había estado llamándole durante dos días, pero él no se había dignado a responder a sus llamadas. Estaba enfadado, pero no con ella, sino consigo mismo.

Comprendía la situación de Iris, quizá su vida fuera muy complicada, pero la de él tampoco había sido moco de pavo. No llegaba al extremo de

Iris de poder interactuar con las almas errantes, pero sí las veía. También le molestaban, sobre todo la de su difunto padre. No podía decirle a Iris que él sabía su secreto, y tampoco sabía cómo darle a entender que él se parecía a ella más de lo que se imaginaba. Si él daba el primer paso, Iris saldría corriendo a esconderse en el refugio del hogar, sería afortunado si ella no se mudaba. Lo que no conseguía comprender era por qué razón había confiado en Joe y no en él. Ya no sabía qué hacer para ayudarla. Seguirle a la mansión después de ver que el hermano de Joe la vigilaba fue lo mejor que se le ocurrió para echarle una mano. Y aun así, aun viendo aquella sombra y todos los hechos paranormales que le ocurrieron a ambos, era incapaz de sincerarse. Tampoco es que él le hubiera dicho la verdad a ella, pero tampoco quería dar el primer paso. Nunca se lo había contado a nadie y no sabía si sería capaz. Esa era su frustración.

Decirle que le gustaba ya había sido un gran paso. Un paso que esperaba que ella también diera después de aquel semibeso en la cocina. Sin embargo, no salió como deseaba. Iris se cerró en banda, y lo que le dijo no le gustó ni un pelo. Saber que Joe la había presionado para que salieran juntos le parecía algo abominable. Gracias a eso comprendió en parte por qué razón ella no cedía. La comprendía.

El motivo por el que no le respondía a las llamadas era simple y llanamente que estaba enfadado. Por Joe, por Jonathan, por Jeremy. Por él. Por haber sido tan gilipollas de haberle dejado el camino libre a Cowell. Por no haber tonteado con ella cuando quería y como deseaba. Reconocía que el modo en el que ella lo había mirado aquel día cuando se sinceró le había dolido. Pero la perdonaba. Le gustaba tanto que la perdonaba.

—¿No vas a responder a la llamada? —le preguntó su madre

Estaban el en coche. Su madre tenía que trabajar aquella noche y le

había pedido que la acercara al trabajo y la recogiera por la mañana. La noche caía como un manto sobre Wood Pine. El cielo estaba nublado y adquiriría un aspecto grisáceo en vez de negro. La carretera estaba húmeda y los árboles se reflejaban en el suelo como si fueran manos esqueléticas gracias a la luz de las farolas.

—Quizá luego —respondió, sin estar seguro de si todavía seguía enfadado consigo mismo o no.

—Tu móvil ha sonado durante dos días. ¿No crees que quizá sea importante lo que esa persona tiene que decirte?

—Podría ser —le respondió con un encogimiento de hombros—. De todas formas ahora voy conduciendo, no creo que sea responsable cogerlo.

—¿Desde cuando eres tú tan responsable?

—Me estoy volviendo mayor.

El móvil dejó de sonar. Parecía absurdo, pero le dolía cada vez más rechazar las llamadas de Iris. Pero ¿qué podía decirle?, pensó, ¿que estaba enfadado porque ella le había rechazado y comparado con Joe? No podía decirle eso porque en parte era mentira. Decirle la verdad sería algo así como destapar viejas heridas y no quería confesar que estaba enfadado consigo mismo por no haber alejado a Joe de ella, por no haberla avisado.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dijo su madre una vez hubieron pasado junto al parque. Su móvil vibró solo una vez en el bolsillo. Buzón de voz—. Esa persona que te está llamando no será por casualidad esa chica pelirroja, ¿no? ¿Cómo se llamaba? ¿Iris?

Peter suspiró, cansado y frustrado.

—No.

—Eso es un sí —sentenció su madre—. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Nada —le respondió para evadir el tema.

—¿Nada? Entonces estás enfadado porque no ha pasado nada. Es decir, que querías que hubiera pasado algo y te has llevado un chasco.

—Mama, lo siento, pero no estoy de humor. —Aceleró el coche para llegar antes al ambulatorio y poder salir de aquella conversación. No quería ni tenía ánimos de hablarlo con su madre.

—Aquel día en urgencias me pareció una chica bastante difícil de conquistar. Creo que sabe cómo se ata los cordones de un zapato.

—Mamá —le advirtió, deteniendo el coche frente a la puerta del edificio.

Su madre se quitó el cinturón de seguridad y luego le agarró la barbilla para que la mirara.

—Escúchame bien, pequeño Peter —le dijo su madre, como cuando era pequeño y quería que le prestara atención—, responde a esa encantadora chica, porque si te llama tantas veces es porque de verdad se arrepiente. No te comportes como un capullo.

Salió del coche y se despidió de él con un movimiento de mano. Fue a continuar su camino y volver a casa, pero en vez de eso, detuvo el motor y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Observó la pantalla. Iris lo había llamado decenas de veces. Aquella insistencia lo conmovió tanto que se sintió culpable por no haberle hecho caso, ni con las llamadas ni en los pasillos del instituto. Colocó el pulgar sobre su nombre. Le devolvería la llamada, pensó que ella se alegraría y él se disculparía. Pero la pantalla del su móvil se apagó y luego ofreció una imagen en grande del nombre de ella. Lo estaba volviendo a llamar. Tomó aire y respondió:

—Iris, escucha, solo quiero disculparme —le dijo antes de que ella comenzara a hablar. Sin embargo, lo único que escuchó fue un ruido ensordecedor que lo obligo a apartarse el móvil del oído. Observó la

pantalla sin comprender nada. Unos gritos desesperados escapaban del auricular. Se sintió alerta —. ¿Iris!? ¡Iris!

—¡Peter!

Escuchó como su voz se apagaba y los gritos aumentaban, hasta que la llamada finalizó. El coche quedó sumido en un silencio sepulcral, roto únicamente por la lluvia que había empezado a impactar de repente sobre el coche. Los granizos provocaban un ruido sordo.

Y entonces lo comprendió.

—No, no, no, no, no. ¡Maldita sea! Te dije que no entraras en la mansión sin mí. ¡Joder!

Arrancó el motor y salió a toda velocidad. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto. Tenía que llegar a la mansión antes de fuera tarde. Maldita sea, pensó, por qué razón no le había respondido. Si no se hubiera comportado como un auténtico cretino, ahora mismo estaría a salvo, se regañó.

Condujo por las calles de Wood Pine. Tenía que cruzar la zona céntrica para poder llegar a la mansión. Sabía que estaba excediendo el límite de velocidad y rezaba para que ningún policía lo detuviera, pero ¡joder! ¡Iris lo necesitaba!

Llegó al parque central y tomó la curva que lo llevaría más cerca de su destino. Cada vez se aproximaba más a Iris, lo presentía. Estaba cerca. Miró por la ventanilla y detuvo el coche con un frenazo en mitad de la calzada. No se creía lo que sus ojos veían. En el parque, en la zona infantil, Iris Miller estaba sentada en uno de los columpios. La lluvia caía sobre ella, los granizos la golpeaban, y ella ni se inmutaba. Peter salió del coche sin pensárselo dos veces y cruzó el parque corriendo. Al llegar a su lado se detuvo.

—¿Iris? —la llamó, aun sabiendo que nada funcionaría.

Lo peor eran sus ojos, estaban abiertos y perdidos en un lugar que él no alcanzaba a ver. Su pelo estaba apelmazado y húmedo, sus ropas mojadas, desgarradas y rotas. Lo segundo peor era que sangraba por múltiples heridas. Tenía un profundo corte en la cabeza, un ojo amoratado y el labio partido. Sus manos descansaban sobre su regazo y sangraban por varios cortes, al igual que las rodillas. No llevaba zapatos. Sus pies también sangraban.

—Joder —susurró Peter, quitándose la cazadora y colocándosela a ella sobre los hombros mientras se agachaba frente a ella—. Iris, ¿me escuchas? ¿Puedes oírme?

Nada. Ausente. Ni solo sonido, ni un simple parpadeo.

—¿Iris? Por favor, mírame. Dime que sabes que estoy aquí —le pidió, sosteniéndole el rostro entre las manos y deseando que aquello fuera una pesadilla, que se hubiera quedado dormido al volante—. Iris..., mírame.

—Las sombras están aquí —susurró.

—¿Qué?

—Las sombras están aquí.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Iris. Peter la interceptó con su pulgar.

—De acuerdo. —Respiró aliviado—. Puedes hablar, eso es bueno. Estas reaccionando, ¿verdad?

—Las sombras están aquí.

Peter apretó la mandíbula, enfadado. Aquello no podía estar pasando. Debería haber estado con ella. ¿Por qué demonios no le había respondido a las llamadas? Se incorporó, deseando que hubiera algo cerca a lo que poder golpear.

—¡Mierda! —exclamó, frustrado. La miró detenidamente. Agarró

cuidadosamente una de sus manos y la giró, colocando la palma hacia arriba. Luego lo hizo con la otra. Sobre su palma había una multitud de cristales clavados. Cerró los ojos conteniendo las lágrimas. Apartó un trozo de tela procedente de la manga de su cazadora y dejó al descubierto un trozo de piel. No sabía cuántas había, pero una multitud de heridas, como si un monstruo la hubiera cogido y arañado por completo, minaban su brazo. —¡Mierda!

Vamos, piensa, se dijo a sí mismo. Iris necesitaba su ayuda, y no sabía cómo ofrecérsela. Su madre estaba en el ambulatorio, podría ayudarla, pero la gente comenzaría a hacer preguntas. No podía llevarla a su casa, no sabía coser heridas, no sabía si se recuperaría. Tomó aire y evitó llorar. Un pensamiento le cruzó la mente. Sabía que la madre de Iris había sido enfermera. Ella podría ayudarla, sabría qué hacer, podría ayudarlo a él. Y además guardaría silencio.

Se acercó a Iris y la tomó en brazos. La llevó hasta el coche y la sentó en el asiento del acompañante. Condujo con prudencia, pero más rápido de lo permitido. No podía dejar de mirarla y preguntarse qué demonios había ocurrido en aquella mansión. Permanecía callada, con la vista perdida. Apenas parpadeaba. Se sintió por un lado aliviado de estar cerca de su casa, y por otro lado agobiado. No sabía qué decirle a su madre. ¿Que la había encontrado en el parque? ¿Que había ido a la mansión sola por su culpa? Porque estaba seguro de que aquello era su culpa.

Detuvo el coche frente a la casa de Iris. La lluvia repiqueteaba contra el techo del coche, llovía con más fuerza que antes. Miró alrededor. No había nadie a la vista, pero algunas casas todavía tenían las luces encendidas. La luz del salón de Iris estaba encendida. Bien, pensó, al menos no estará adormecida cuando aparezca con su hija en brazos, magullada y en otro mundo. Salió del coche y tomó nuevamente a Iris en

brazos. Decidió entrar por la puerta de atrás, no quería que ningún vecino lo viera. Le dio varios golpes a la puerta con la punta del zapato, no quería soltar a Iris. La luz se encendió y Juliet levantó la persiana para mirar a través del cristal. Cuando vio que llevaba a una Iris completamente ensangrentada, su expresión pasó de extrañeza a puro terror. Su piel se volvió blanca.

—¡Dios mio! —exclamó en un volumen que casi llegaba al grito—. ¿Qué le ha pasado?

Se apartó de la puerta para dejar paso.

—La he encontrado en el parque —le contó mientras sentía como los nervios le invadían incluso más que antes. La llevó hasta el salón y la tumbó en el sofá—. Estaba sentada en el columpio. No sabía qué hacer.

Juliet se arrodilló junto a su hija, y le tomó una mano entre las suyas, para luego apartarla de golpe al sentir los cristales.

—¿Iris? —la llamó su madre, llorando—. Iris, ¿puedes oírme? Por favor, ayúdala, sánala como siempre has hecho. ¿¡Dónde estás!?

—No te escucha —intervino Peter, dejando a un lado las últimas palabras de Juliet—. Solo pronuncia una frase una y otra vez. No sabía a donde llevarla. En el ambulatorio harían preguntas.

Juliet lloraba. Se incorporó y se giró hacia él.

—Gracias por traerla, Peter —le dijo mientras se acercaba a él—. Tienes que irte. Tu madre debe estar preocupada.

—No, ni hablar. No me iré.

—Peter, no puedes quedarte aquí.

—Lo siento mucho, señora Miller, pero no voy a abandonar a su hija.

—Las sombras están aquí —repitió Iris.

Ambos la observaron. Seguía tumbada en el sofá. Todo estaba empapado de agua y manchas rojizas se extendían por el tapizado del

sofá y por la alfombra.

—De acuerdo. —Se giró de nuevo hacia Peter—. ¿Qué sabes de Iris?

Peter enmudeció. No sabía qué decirle, nunca se había imaginado que su primera confesión iba a ser a Juliet y no a Iris.

—Algunas cosas —decidió.

—Llévala arriba, a mi habitación, y tumbala en la cama.

Hoult la tomó en brazos y subió las escaleras mientras escuchaba como Juliet, desesperada, intentaba llamar a su marido. Pero fue en vano. Dejó a Iris en la cama y se sentó junto a ella, tomándole una de sus dañadas manos.

—Lo siento, Iris —le dijo—. Por favor, dime que estás ahí, dime que puedes escucharme. Siento no haberte respondido a las llamadas, siento haber sido un cretino contigo. —Le besó el dorso de la mano a pesar de la sangre—. Por favor, perdóname. No quería dejarte sola. Iris, mírame. Por favor, mírame.

Iris parpadeó. Sus ojos enrojecidos observaron a Peter. Frunció el ceño ligeramente.

—¿Peter? ¿Eres tú?

Juliet entró a paso ligero en la habitación, dejando la ropa limpia de Iris sobre la cama. Había estado bajo el umbral de la puerta escuchando las disculpas de Peter. Sabía que su hija necesitaba sus cuidados, pero fue incapaz de interrumpir al joven que estaba sentado junto a su hija. Se sentó al otro lado de la cama.

—¡Iris! ¡Cariño! —exclamó su madre, aliviada porque hubiera vuelto. Pero Iris ni siquiera la miró, sus ojos enfocaban a Peter con dificultad.

—Has venido —afirmó—. ¿Has venido a por mí, Peter?

—Claro que sí —le respondió con cierto alivio. Pero algo no encajaba. Aquella no era la Iris sarcástica que siempre le hablaba—. Iris, no estás

aquí, ¿verdad?

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? —intervino Juliet, asustada—. Te está mirando.

—No. No está aquí.

—Los niños —le interrumpió Iris—. Los blanco se llevan a los niños. —Sonrió. La herida del labio volvió a abrirse—. Los niños no mueren, Peter. ¿No es maravilloso?

—Iris... —susurró él.

Los ojos de Iris se cerraron y su cuerpo languideció. La mano que Peter sostenía cayó sobre el colchón.

—¡Iris! —exclamó, tomando su brazo y moviéndola para que despertara—. ¡Iris!

—Necesito que me traigas el botiquín —le dijo Juliet—. Está en el baño. Tengo que quitarle esta ropa y coser las heridas, lavarla. —Las lágrimas le caían por sus mejillas.

—Eh. —Le cogió la mano para tranquilizarla—. Estoy aquí contigo. Todo saldrá bien, ¿vale?

Juliet asintió. Mientras Peter iba a buscar el botiquín, la desvistió, dejándola en ropa interior. Estaba cubierta de sangre reciente y de sangre seca. No podía dejar de llorar. La cubrió con las sábanas justo cuando Peter llegaba con el botiquín. Cogió unas pinzas y comenzó a quitarle los cristales que permanecían clavados en sus manos.

—¿Cómo puedo ayudarte, Juliet?

Juliet cogió una esponja del botiquín y varias gasas.

—Lávala. Límpiale el rostro, los brazos y las piernas. Yo haré el resto.

Durante la siguiente hora se dedicaron a lavar y curarle las heridas. Juliet tuvo que coserle algunas de los brazos y las piernas; Peter tuvo que limpiarle la piel varias veces para evitar abrir las que ya se habían cerrado.

Tuvo que salir de la habitación y esperar fuera cuando Juliet se dispuso a lavarle el resto del cuerpo y a curarle las heridas del tórax, vientre y espalda. Caminó en el rellano de un lado a otro. Se sentó en el primero peldaño de las escaleras, pero se sentía tan inquieto y nervioso que volvió a caminar de un lado para otro. Dejó caer la espalda sobre la pared. Se sentía tan culpable... No dejaba de regañarse a sí mismo. Se miró las ropas. Aún estaban algo húmedas y parte de ellas estaban manchadas de la sangre de Iris. Se sintió al borde de las lágrimas. Observó la habitación de Iris. Sus pies le llevaron hasta el interior. Era una habitación bonita. Ordenada y limpia. Oía a ella. Se acercó al escritorio y observó los libros que descansaban sobre él. El trabajo que tenía que entregar al profesor Kent aún estaba sin acabar. Fue a salir de allí antes de que Juliet se percatara de que había entrado, cuando el pequeño cenicero que estaba junto al monitor del ordenador llamó su atención. En el interior estaban los tapones de las válvulas de las ruedas de una bici. Sonrió con tristeza. Sabía que eran los suyos no había duda alguna.

La puerta de la habitación de Juliet se abrió y escuchó que lo llamaba. Cuando entró en el cuarto vio que había movido a Iris al otro lado de la cama para no manchar la ropa limpia. Le había puesto unos pantalones de pijama y una camiseta de manga larga. Sus pies estaban vestidos con unos calcetines de rayas a colores.

—¿Podrías llevarla a su cuarto y tumbarla en la cama? —le preguntó Juliet—. Tengo que cambiar las sábanas.

Peter la tomó en brazos por cuarta vez en ese día. Siempre había querido estar cerca de ella, pero no en aquella situación. Odiaba coger su cuerpo en ese estado.

—Ten cuidado, es posible que tenga un par de costillas rotas.

La llevó hasta su habitación y la arrojaron entre los dos. La expresión

de su rostro era tranquila y plácida, parecía que dormía profundamente en un dulce sueño.

—Enseguida vuelvo.

Asintió y se quedó a solas con una durmiente Iris. Acercó a la cama el sillón que estaba junto a la pared, se sentó, le dio la mano a Iris y se quedó dormido junto a ella.

CAPÍTULO VEINTE

Peter sintió que alguien le tocaba el hombro. Se despertó desconcertado y fuera de lugar. No recordó dónde se encontraba hasta que vio que Iris dormía aún en la cama y él se encontraba sentado en el sillón. Tenía una manta de sofá echada por encima. Se frotó los ojos, intentando eliminar las últimas telarañas del sueño. Miró por encima de su hombro y vio que la señora Miller lo observaba con una sonrisa, mezcla de tristeza y agradecimiento.

—Te quedaste dormido y fui incapaz de despertarte —le dijo.

—¿Qué hora es? —preguntó, como si estuviera acostumbrado a despertarse en los sillones de casas ajenas. Vio que el sol ya había salido, las nubes de la noche anterior habían seguido su curso y ahora el día lucía un cielo despejado, casi brillante.

—Las nueve.

Se irguió en el sillón, intentó estirar la espalda sin que se notase. No quería parecer maleducado.

—Nick vino a ver a Iris durante la noche. Me costó contactar con él, pero lo conseguí. Cuando volví a la habitación ya te habías dormido. Debías de estar agotado. —Sonrió con dulzura—. Mi marido me pidió que te diera esto.

Le ofreció una camiseta de manga larga.

—Oh, no, no se preocupe. Iré directo a mi casa a cambiarme.

—Peter, no puedes ponerte tu cazadora. Estaba tan sucia que la estoy lavando con la esperanza de que la sangre se quite. —Hizo una seña para que se mirara a sí mismo—. Tampoco puedes salir así. Es mejor que nadie haga preguntas.

Hasta ese momento no se había percatado del grado de suciedad que la camiseta presentaba. Sabía que estaba manchada de sangre, pero no se imaginaba que hasta el punto de tirarla.

—Vamos, puedes cambiarte en el baño.

Aceptó la camiseta, pero antes de levantarse observó a Iris.

—¿Cómo está?

—No se ha despertado en toda la noche.

—No sé si eso es bueno.

—Despertará, estoy segura —le alentó, cogiéndole una mano a Iris para darle cariño—. ¿No crees que deberías de llamar a tu madre para decirle que estas bien?

En ese momento lo recordó. Tenía que haber recogido a su madre en el trabajo a primera hora de la mañana. Se puso en pie de un salto.

—¡Mierda! Tendría que haber recogido a mi madre a las ocho.

—¿Quieres que hable con ella? Puedo decirle cualquier cosa para evitarte la regañina.

—No será necesario, aunque se lo agradezco —le dijo mientras se cambiaba la camiseta—. Mi madre está acostumbrada a que me quede a dormir en casa de algún amigo.

—Trae. —Le quitó la camiseta sucia de las manos—. La tendrás limpia mañana.

No le pareció bien cargar a la mujer con un trabajo innecesario, pero en aquel momento tenía tanta prisa que carecía de tiempo para discutir.

—Gracias. —Miró a Iris una vez más antes de salir de la habitación—. Volveré esta tarde si no le importa.

—Puedes venir cuando quieras, Peter.

Se encaminó hacia las escaleras y se detuvo a la mitad cuando la señora Miller lo llamo desde el primer peldaño.

—Peter, ¿podría pedirte un favor?

Hoult asintió.

—No le cuentes nada de esto a nadie, por favor.

—Nunca lo he hecho, ni lo voy a hacer. Descuida. —Siguió bajando, pero volvió a detenerse—. Señora Miller, si se despierta, ¿podría avisarme?

La madre de Iris asintió y Peter salió de la casa con un ligero sabor agrisado. No quería marcharse del lado de Iris, pero tenía que hacer de tripas corazón al menos durante las próximas horas. Corrió hasta el coche con la esperanza de que ningún vecino lo viera, sobre todo Susan. Si lo veía empezaría a hacer preguntas, y por la conversación que tuvieron en el comedor del instituto se imaginaba que Susan no sabía nada del secreto de su amiga Iris. Entró en el coche y condujo hacia el centro. Lo más probable era que su madre hubiera vuelto a casa andando, así que si tenía suerte podía encontrarla por el camino. No lo hizo. Condujo el camino de vuelta y tampoco la vio. Cuando llegó a su casa y abrió la puerta, su madre lo miró de forma inquisitiva.

—Iba a preguntarte por qué no habías ido a buscarme al trabajo, pero voy a cambiar de pregunta: ¿dónde has pasado la noche y por qué llevas una camiseta que no es tuya?

—He dormido en casa de Mark —mintió como mejor pudo—. Me la ha dejado.

—¿Y la tuya? ¿Y tu cazadora?

—En casa de Mark.

—¿Ese tal Mark es un chico o una chica?

Peter puso los ojos en blanco y se dirigió a la cocina con el fin de evitar más preguntas. Pero su madre, a veces, podía ser muy insistente.

—No nací ayer, Peter Hoult —le dijo desde el vestíbulo.

—Es una chica —confesó, abriendo el frigorífico y alcanzando el bote de leche.

—De acuerdo —le dijo su madre—, ten cuidado con lo que haces. Voy a la ducha —le informó después de una pausa.

En los días posteriores se estableció una rutina. Peter iba por las mañanas a clase, entrenaba una hora por las tardes y se marchaba con la excusa de que tenía que terminar el famoso trabajo del profesor Kent, a pesar de que él no tenía que hacer ninguno, era Iris la que debía hacerlo. Luego volvía a casa, se daba una ducha e iba durante el resto de la tarde a ver a Iris. Hacía los deberes junto a ella y adelantó su trabajo hasta que el miércoles por la tarde lo terminó. Luego pasó a estudiar historia.

—Peter —le dijo un día la madre de Iris, entrando en la habitación. Se sentó en el borde de la cama—, me gusta mucho que vengas a ver a mi hija, pero no quiero que esto afecte a tus estudios.

—No lo hace, señora Miller. Ya he terminado el trabajo que el profesor Kent le mandó a Iris. Y ya he hecho todos los deberes.

—Puedes llamarme Juliet.

—De acuerdo. Juliet.

—Sé que aprecias mucho a mi hija. Has venido todos los días y eso es algo que demuestra cierto cariño. Te estoy muy agradecida por todo, y ella lo estará cuando despierte.

Ambos miraron a Iris, que seguía plácidamente dormida.

—Lo dudo. Lo dudo mucho. Probablemente me tire algo a la cabeza.

Juliet rio suavemente, arrancándole una sonrisa a Peter.

—¿Qué pasó entre vosotros?

—En realidad fue una tontería. Me enfadé conmigo mismo y no le respondí a las llamadas. Quería que se me pasara el malhumor antes de hablar con ella. Me equivoqué. Debería haber respondido la primera vez.

Si lo hubiera hecho, esto no habría pasado —se lamentó.

—La vida de Iris es complicada.

—Lo sé, pero le pedí que me avisara si entraba de nuevo en la mansión, que no lo hiciera sola... Me llamaba para eso y no le respondí.

—¿La mansión?

—El día de Halloween vine a buscarla para llevarla a la fiesta. Vi que salía de aquí y que Jonathan Cowell la seguía. No me gustó aquello y la seguí a la mansión. Conseguimos salir de allí a duras penas.

—¿Jonathan Cowell? ¿El hermano de Joe?

Peter asintió. Cogió la mano de Iris le dio un tierno abrazo con su mano.

—¿Qué era lo que quería o pretendía?

—No lo sé. Se lo pregunté a tu hija, pero no me contó nada.

—Joe era su amigo. ¿Por qué haría algo así? Iris confió en él.

—Quizá cometió la imprudencia de confiar. Todos nos equivocamos.

Guardaron silencio durante unos largos segundos, en los que observaron a Iris, escuchando su respiración.

—¿Qué sabes de ella?

—¿A qué se refiere?

—La trajiste aquí para que la gente no hiciera preguntas. Me dijiste que sabías algunas cosas. ¿Qué sabes?

—Solo que interactúa con el más allá.

—¿Te lo dijo ella?

Peter apretó los labios. Eso le habría gustado, pero no, no fue así. Simplemente lo supo, tenía algo en su mirada que la hacía sincera y especial. Una profundidad tan inmensa que era imposible de ocultar. Y además él también podía ver más allá, eso había sido el primer indicio de todos.

—No, no lo hizo. Algunas cosas no se pueden ocultar.

—¿Podrás guardar su secreto?

—Siempre lo he hecho.

Estuvieron un par de minutos en silencio, Juliet observando a su hija con el rostro lleno de preocupación, nunca había estado tantos días inconsciente, con las heridas abiertas y el rostro magullado. Peter volvió al libro de historia, intentado leer el mismo párrafo una y otra vez, pero no conseguía concentrarse. La conversación con la señora Miller le había hecho pensar en Jonathan Cowell. ¿Y si este la había seguido a la mansión? ¿Y si había visto algo de lo que le había ocurrido? De ser así, el hermano de Joe podría ser de ayuda para saber que le había ocurrido a Iris, pero aquello era una utopía. Peter sabía que Jonathan lo utilizaría en su contra o se lo contaría a Jeremey Garber.

—¿Qué crees que le ocurrió en el pelo? —preguntó Peter, observando como el cabello de Iris estaba cortado en algunas partes, con las puntas algo abiertas, como si algo se las hubiera quemado. Se había percatado de eso el primer día que fue a verla después de encontrarla en el parque, pero no había tenido fuerzas para preguntarle a Juliet.

—No lo sé, pero cuando se despierte no lo va a llevar bien. Le encanta su pelo.

Tenía una la mano de Iris unida a la suya, era incapaz de soltarla, solo lo hacía cuando necesitaba las dos manos para hacer los deberes o cuando se marchaba de allí. Sin embargo, cuando sintió que algo cambiaba, la soltó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juliet.

Peter colocó la palma de la mano de Iris hacia arriba. Las heridas estaban desapareciendo.

—¡Gracias! —exclamó Juliet, casi en un susurro, parecía que se lo decía

a alguien en vez de aclamar al cielo—. Muchas gracias.

El rostro de Iris recuperó parte de su color habitual. Los cortes más pequeños desaparecieron casi en un segundo. El cardenal que le cubría el ojo izquierdo pasó de color púrpura a un verde amarillento. Juliet se puso en pie, retiró la sábana que cubría el cuerpo de Iris y le quitó los calcetines, subiendo los bajos del pantalón hasta las rodillas para inspeccionarle las piernas. Algunas heridas estaban cubiertas, así que le quitó parte del vendaje. Las heridas más superficiales habían desaparecido; las más profundas casi estaban curadas. Pero algo detuvo su curación. Parecía que el proceso se había quedado en pausa.

—Tranquila —dijo Juliet, mirando la habitación sin saber a dónde mirar—, lo has hecho genial. Muchas gracias.

—Ayúdame a quitarle el vendaje de los brazos y de las piernas.

Al descubrir la piel de los brazos, Peter comprobó que no tenía ninguna cicatriz y que solo quedaban un par de rasguños por sanar. No dejarían marcas. Las piernas estaban en el mismo estado.

—¿No vas a preguntar?

Peter la observó. La mirada Juliet era una mezcla de comprensión, temor y alivio.

—De pequeño me enseñaron a no hacer preguntas innecesarias.

Se pasó la siguiente hora en el mismo sillón de todas las tardes. Cuando llegó la hora de irse, recogió sus cosas, besó a Iris en la frente y bajó las escaleras para despedirse de Juliet.

Pasó los dos días siguientes exactamente igual que los días anteriores. Según le había contado la señora Miller, Susan se había pasado varias veces para visitar a Iris, pero no la había dejado entrar con la excusa de que estaba con fiebre, necesitaba descansar y no quería que contagiara a nadie. A Peter no le sorprendió que Susan no se acercara a él en los

pasillos para preguntar por su amiga, ni siquiera sabía que iba a casa de Iris todas las tardes.

Pero el viernes hizo algo diferente. Antes de pasarse por casa de Iris se armó de valor para hacer lo que debía hacer. Ver como Iris sanaba delante de sus ojos le había provocado cierta adoración. Siempre supo que era especial, pero nunca supo hasta qué punto. Ahora lo sabía. Saber aquello lo hizo sentirse enfadado por el comportamiento de Jonathan y Jeremy. Si la seguían y veían algo de lo que él había presenciado Iris sería un blanco fácil. Ahora comprendía por qué se cerraba tanto con las demás personas, por qué no quería que Jeremy le hiciera preguntas imprudentes.

Subió al coche y salió de la zona residencial. Sabía que Jonathan trabajaba en un taller mecánico de coches en la zona este de Wood Pine. Con suerte lo encontraría arreglando algún motor. Condujo despacio, dentro del límite, pensando que le diría. Barajó varias opciones, pero todas le parecieron mal. Pensándolo mejor, supo que aquello no iba a acabar bien dijera lo que dijese. A más se acercaba, más sentía la sangre hervir. Cuando llegó y paró el coche junto a la acera un nudo se le formó el estómago. Jonathan estaba arreglando el motor de un coche. Tenía el capó levantado y miraba el interior como si de un puzzle se tratase. Verlo tan cómodo y con tanta naturalidad le produjo rabia. No sabía cómo podía haberle dicho a Garber algo de Iris.

Salió del coche y se acercó a él con determinación. Cuando estuvo a unos tres metros, lo llamó sin dejar de caminar hacia él.

—¡Eh, Cowell!

Jonathan se giró y lo miró enarcando una ceja, sorprendido. Una fugaz sonrisa de desdén ocupó sus labios.

—Vaya, Hault, ¿qué te trae por aquí?

No lo pensó dos veces. Agarró por la camiseta a Jonathan y lo empujó contra la pared que tenía al lado, agarrándolo.

—¡Eh! ¿Qué demonios haces, Hoult? ¿Has perdido el juicio? —se defendió Cowell, soltando el destornillador que llevaba en una de las manos y colocando ambas con las palmas visibles, en posición de inocencia. El destornillado produjo un suave golpe contra el suelo. Peter escuchó que el jefe de Cowell, un hombre bajo, con barriga prominente y calvo, arrastraba la silla hacia atrás al verlos desde su despacho.

—No te hagas el inocente, Jonathan. Sé que has seguido a Iris.

—Fue por su protección.

—¿Y contárselo a Garber también fue parte de esa protección?

—Buscaba información, tío.

—Deja de perseguir a Iris, ¿queda claro?

—¿Qué demonios estáis haciendo? —gritó el dueño del taller, aproximándose a ellos—. ¿Se puede saber qué hacéis?

—Esa niña está loca. No quiero que se acerque a mi hermano.

—Me importa una mierda tu hermano. ¡Aléjate de Iris!

—¡Hoult, suéltale! —le gritó el dueño, empujando hacia atrás a Peter para que soltara a Jonathan.

—No te preocupes, Hoult —le dijo cuándo Peter hubo dado un paso hacia atrás y se hubo liberado—. No me interesa tu novia.

Dio un paso al frente, pero el jefe de Cowell se puso en medio y volvió a empujarlo hacia atrás.

—Lárgate, Hoult —le ordenó—. Y olvídate de traer tu coche aquí. Este ya no es tu taller.

Peter volvió al coche, estaba más enfadado que antes. Sabía que no podría hacer nada con Jonathan, si este quería la iba a volver a seguir allá a donde fuera. Pero esperaba que aquello lo hubiera disuadido durante

un tiempo. Arrancó el motor y sacó el coche del aparcamiento. Condujo durante media hora, intentando liberar la rabia acumulada en el cuerpo y la tensión de los músculos. No quería ir a visitar a Iris con aquella tensión, Juliet lo notaría y no quería decirle nada. Así que condujo por Wood Pine como si fuera un zombi. Dio vueltas por el paseo y por el parque, luego condujo por la zona residencial donde vivía, pasando por delante de su casa dos veces. Cuando finalmente aparcó frente a la casa de Iris, se sentía algo más aliviado.

Salió del coche y como siempre, rodeó la casa para entrar por la puerta de atrás. No quería que Susan lo viera. Llamó con los nudillos y esperó a que Juliet le diera la bienvenida.

—¡Peter! —exclamó con alegría, pero no se retiró de la puerta para dejarle paso como siempre.

—Hola, señora Miller. —Guardó silencio sin saber cómo pedirle que lo dejara entrar—. He venido a ver a Iris.

Juliet miró por encima de su hombro y luego salió al porche, obligando a que Peter diera un par de pasos atrás. Encajó la puerta tras de sí y lo observó con cierta tristeza.

—¿Iris se encuentra bien?

—Sí, Peter. Se ha despertado. —Sonrió, pero fue una sonrisa triste.

—¿En serio? —dijo con alegría, pero por la expresión de Juliet supo que algo no marchaba bien—. ¿No puedo verla? ¿Qué ha ocurrido?

Las preguntas se le agolpaban en la mente.

—Dice que no quiere visitas.

—¿Qué? ¿No quiere visitas de nadie o no quiere las mías?

—De nadie. Me ha dicho que no quiere que nadie la vea.

—Señora Miller..., Juliet, por favor, necesito verla. Puede dejarme entrar, le diré que me he saltado sus normas, que ha sido mi culpa —le

rogó, nervioso y pasándose una mano por el pelo. Sabía que estaba haciendo el ridículo—. Por favor.

—Peter..., Iris me lo ha rogado. Y sé que cuando le pasan estas cosas no quiere ver a nadie. Tampoco a mí. —Le cogió la mano, dándole apoyo—. La verás pronto y podrás hablar con ella. De verdad.

Asintió sin mucha convicción. Dejó ir la mano de Juliet y bajó los escalones del porche con pies pesados. Sabía que estaba haciendo lo correcto dejándole espacio a Iris, pero por otro lado se sentía rechazado. Tenía unas ganas tremendas de poder verla, abrazarla y pedirle perdón.

—Juliet —le dijo, antes de marcharse—, si Iris cambia de opinión o se encontrase peor, por favor, avísame. Estaré aquí en menos de un minuto.

—Lo sé. Lo haré.

Cruzó el jardín, se subió al coche y se marchó.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Abrí los ojos desconcertada. Sentí una pequeña punzada de dolor en la cabeza y en el lado izquierdo de mis costillas. Observé el techo del lugar en el que me encontraba. Era el techo de mi habitación, la lámpara que pendía de él también era la mía. Me incorporé sobre mis codos, ignorando el dolor, y miré detenidamente lo que me rodeaba. Era mi habitación y estaba exactamente igual que siempre, a excepción del sillón donde solía sentarme a leer. No estaba junto a la pared, sino junto a la cama, bastante cerca.

Aquello no podía ser real. Recordaba haber entrado en la mansión y haber caído por aquel agujero que resultó ser la entrada del infierno. Aún podía sentir cómo aquellas garras me cogían y tiraban de mí, desgarrándome la piel. Aún podía oler a azufre... Me miré la piel y observé que solo tenía unos cuantos rasguños. ¿Cómo había llegado a casa? No recordaba haber salido de allí, recordaba haber muerto... de nuevo.

¿Y si ahora estaba en el infierno? ¿Y si todo era un truco?

—¿Mamá? —la llamé, esperando un largo segundo. Mi corazón latía deprisa. No podía ser verdad, no podía haber salido de allí viva—. ¡Mamá!

Mi madre apareció, cruzando la puerta a paso ligero. Sus ojos estaban asustados, pero su expresión era de alivio. Dio un paso para acercarse y abrazarme, pero me levanté de la cama de un salto, profiriendo un grito de dolor y me apoyé en el escritorio, tomando en la mano el abrecartas y girándome hacia la que decía ser mi madre. Aquello no era real.

—Iris, tranquila.

—¿Quién eres? —grité.

—Soy yo, Juliet, tu madre.

—No, mi madre está viva. —Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas, mi corazón latía aún más fuerte que antes—. Estoy muerta. Morí. Esto es solo una ilusión. Es el infierno.

—No, Iris, esto es real —me dijo, acercándose a mí poco a poco.

—¡No te acerques a mí! —grité.

—De acuerdo. Me quedaré aquí y responderé a todo lo que preguntes.

Miré alrededor, intentando pensar. La que decía ser mi madre comenzó a llorar. Miré por la ventana sin soltar el abrecartas, la mansión estaba tal y como siempre, mi jardín también, y la casa de Susan.

—¿Cómo llegué aquí?

—Peter te encontró en el parque. Te trajo a casa.

—¿Peter?

—Sí, Peter. Peter Hoult. ¿No te acuerdas de él?

Me llevé una mano a la sien y me agaché en el suelo, intentando recordar.

—Es imposible —dije—. Yo estaba sola, él no me respondía a las llamadas...

—Es cierto, me lo dijo.

—Las llamadas... —Me erguí y busqué mi móvil en el escritorio y en la mesilla de noche—. ¿Dónde está mi móvil?

—Iris...

—¿Dónde está mi móvil? —grité. Quería tenerlo en mis manos, quería ver si podía hablar con él. Quería pedirle ayuda a alguien, pero ¿cómo hacerlo? Si estaba en el infierno, todo sería una ilusión. Incluso mi móvil.

—No lo llevabas encima cuando Peter te trajo —me respondió, casi juntando las palabras—. Tampoco llevabas los zapatos.

—Lo llamé estando en la mansión, pero... se me cayó justo cuando respondió a mi llamada. Y entonces...

Rompí a llorar y me dejé caer en el suelo, soltando el abrecartas. Mi madre se acercó hasta mí y me abrazó, colocando mi cabeza sobre su pecho.

—Estás en casa, pequeña —me dijo mientras me mecía y me acariciaba el pelo—. Estás en casa.

No podía dejar de llorar. Estaba asustada, sentía un miedo demasiado grande como para guardarlo en mi interior.

—Vamos, tumbate en la cama. Tus costillas todavía no están curadas.

Me dejé llevar, esperando sentirme mejor, pero cuando me arropé nada había cambiado. Me sentía igual de deshecha que antes. En mi mente nada tenía sentido. Caí al infierno, aquellas garras me rompieron, morí. ¿Cómo es posible que estuviera viva?

Alguien llamó a la puerta y mi madre salió de mi cuarto. Escuché una voz que me resultaba familiar, pero que no ubicaba del todo. Las voces se apagaron. Me levanté nuevamente de la cama y me acerqué a la ventana de mi cuarto. La abrí para poder escuchar.

—Senora Miller..., Juliet, por favor, necesito verla. Puede dejarme entrar, le diré que me he saltado sus normas, que ha sido mi culpa. Por favor.

Mi madre volvió a negarse y luego escuché como unos pasos bajaban los escalones que separaban el porche del jardín.

—Juliet, si Iris cambia de opinión o se encontrase peor, por favor, avíseme. Estaré aquí en menos de un minuto.

Escuché que la puerta se cerraba y salí de mi habitación para dirigirme a la ventana del rellano, que daba a la parte delantera de la casa y mostraba la calle. Escuché que mi madre subía las escaleras y observé a

través del cristal como Peter subía al coche.

—Quería verte —me dijo mi madre. Estaba junto a la barandilla, pero continué mirando hacia Peter, que arrancaba el coche en ese momento y se marchaba—. Ha venido a casa todos los días. Se sentaba junto a ti y hasta bien entrada la noche no se marchaba. Ha terminado por ti el trabajo que tenías que entregarle al profesor Kent.

Me giré hacia mi madre. No dije nada, simplemente me quedé pensando, atando cabos.

—Se ha portado muy bien.

—¿Todos los días? —pregunté, algo desconcertada—. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Casi una semana.

Volví a mirar por la ventana, luego me separé de ella y caminé hasta mi madre, fundiéndome en un abrazo. No sabía si aquello era real o no, pero en aquel instante necesitaba que me rodearan con los brazos y no me dejaran marchar. Me sentía desequilibrada en muchos sentidos.

Mi madre me llevó hasta mi habitación sin soltarme y luego quiso acomodarme en la cama, pero me negué y me senté en el sillón que al parecer, Peter había ocupado durante tantos días. Mi estómago rugió en ese momento. Tenía la mente tan colapsada que no me había dado cuenta de que estaba hambrienta.

—Te traeré una sopa caliente —dijo mi madre—. Creo que te sentará bien.

Me dejó sola en mi cuarto. Cuando sus pasos se perdieron en las escaleras me pregunté si de verdad estaba en mi casa. Todo parecía apuntar a que estaba allí en carne y hueso, pero nada encajaba. Recordaba haber caído en aquel pozo sin fondo, recordaba aquellas garras, apresándome. Si caí, no pude haber salido, así que lo más lógico

era que siguiera allí, es decir, aquí. El infierno podría haberse convertido en mi propia casa con el fin de atormentarme. Era tan sencillo como eso.

—No estás en el infierno —me dijo una conocida voz.

Cuando levanté los ojos vi que La Mujer de Blanco estaba a los pies de la cama. Me dedicó una triste sonrisa que se disolvió un segundo después. Esa vez pude observarla mejor. No solo su aura había desaparecido, sino parte de ella. Antes era de carne y hueso, opaca; ahora su imagen, si la observabas con detenimiento, era un poco translúcida. Si la mirabas de forma rápida, no te percatabas; pero si atendías a ella, podías ver una tenue diferencia.

—¿Y eso cómo lo sé? —pregunté, ignorando su apariencia y dejando las preguntas para un momento más tarde—. Tú podrías ser producto de ellos. Algún truco.

—Ellos no pueden copiarme.

—También puedes decirme eso y no ser verdad.

Tomó asiento en la cama, cerca de mí. Nuestras rodillas estaban cerca, pero no llegaban a tocarse. Me pregunté qué pasaría si intentaba tocarla. ¿La traspasaría mi mano?

—Caí en aquel agujero. Morí. ¿Cómo es posible que esté aquí?

—Porque no caíste por ningún agujero, Iris. Fue una alucinación.

—No, no es verdad. —Me levanté las mangas y le enseñé las heridas. Pensaba que tendría más, pero solo había un par de ellas—. ¿Y esto?, ¿qué me dices?

—Sí, son reales —afirmó—. Yo te curé hasta donde pude. Siento si no lo hice por completo.

¿Cómo era posible que hubiera sido una alucinación y las heridas fueran reales? Nada tenía sentido. Las alucinaciones no provocaban heridas de verdad.

—No puede ser.

—Yo te saqué de la mansión —me interrumpió—. Cuando te quedaste inconsciente y todo hubo terminado, te saqué. Pero no pude llevarte muy lejos.

—Me dejaste en el parque.

—Sabía que Peter te encontraría.

Mi corazón latió más rápido. No podía creerme nada de lo que me estaba contando, porque ella nunca me pondría en evidencia delante de nadie. No me dejaría delante de las narices de Peter para que este se enterara de mi secreto. La Mujer de Blanco que yo conocía nunca se atrevería a exponerme de esa manera.

—Imposible —rebatí—. Tú nunca me dejarías delante de un humano en las condiciones en las que me encontraba. Nunca expondrías mi secreto.

—Peter ya lo sabía, Iris —me informo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin comprender nada.

—Lo sabe desde el año pasado.

—Joe...

—No, Joe no le dijo nada. Es más observador de lo que piensas. Aquella noche no podía llevarte más lejos, así que te confié a Peter. Sabía que encontraría la forma de hacer lo correcto.

¿Peter lo sabía? ¿Por eso me había seguido a la mansión? ¿Ese era el motivo por el que sentía cierto interés en mí? No sabía si sentirme sorprendida o dolida.

—¿Recuerdas lo que te dijo aquel fantasma?

La miré desconcertada.

—En clase de química. Es verdad, Peter puede verlos, pero no como tú.

—No es cierto —negué con énfasis. No sabía si era que no me lo creía o que no quería creérmelo.

—Tienes que hablar con él, Iris. Es la única persona que puede ayudarte, o al menos la única que puede ayudarte en algunos ámbitos.

Dejé reposar la espalda en el sillón. La idea de que seguía en el infierno cobraba fuerza. Nada de aquello tenía sentido. Era cierto que aquel fantasma, el padre de Hoult, me había dicho que Peter los veía, pero nunca llegué a creerlo por completo. Pensaba que me tomaba el pelo. ¿Y ahora resulta que era verdad? No podía ser. Para que fuera verdad, Peter tendría que haber sufrido una experiencia cercana a la muerte. ¿O no?

La Mujer de Blanco seguía allí sentada. Hacía mucho tiempo que no pasaba tantos minutos seguidos conmigo. Se miraba las rodillas como pensando en otra cosa. Tenía tantas preguntas que hacerle.

—¿Cómo es posible que fuera una alucinación? No tiene sentido. Yo estaba ahí, frente a aquel agujero. El olor... No había nada a mi alrededor. —Me pasé los dedos por la frente, frustrada—. Sé que normalmente nunca me cuentas nada, pero esto... Tienes que decirme algo.

—Cuando aquel demonio murió, las almas que había absorbido escaparon. Pero no lo hicieron como antes. Se llevaron una parte de aquel demonio con ellos, haciéndolos más fuertes. Charles II Woodman tiene una gran parte de aquel demonio. Fue el que más tiempo pasó en su interior.

—Por eso podía ver parte de la sombra —afirmé.

—Así es. Esa entrada que viste al infierno era real, pero una alucinación. Woodman la hizo.

—¿Por qué? ¿Por qué me hizo aquello?

—Porque puede. Porque puedes verlos. Porque me tienes a mí.

Entonces comprendí parte del todo. Aquel día en el bosque el demonio la quería a ella. Siempre pensé que quizá quería su alma para hacerse más fuerte, pero sabiendo ahora que pertenecía a los de blanco la cosa

cambiaba, quizá era por algo más. La mujer de Charles II Woodman buscaba a su bebé y quería encontrarlo a través de la joven que yo tenía delante. Y ahora Charles también la buscaba. Todo giraba a su alrededor. Incluida la muerte de Fredd.

—¿Por qué todos te buscan? Todos quieren algo de ti.

—Es complicado.

—Pero si no me lo dices, nunca poder ayudarte.

Sonrió con tristeza.

—Tú siempre me ayudas, Iris. —Se puso en pie y se alisó el vestido a pesar de que no tenía ninguna arruga.

—¿Por qué estas diferente? Pareces apagada.

—No me queda mucho tiempo.

—¿Te mueres? —pregunté, sintiendo que un peso caía sobre mi esternón. La idea de no volver a verla a ver me pareció horrible.

—No exactamente. —Guardó silencio unos largos segundos, miró por encima de su hombro como si pudiera oír algo que solo ella era capaz—. En realidad puedes ayudarme.

—¿Cómo?

—Necesito que recuperes la daga. Está en la mansión, justo en el lugar en el que viste a Woodman.

—No, no, no, no. No pienso volver a entrar en la mansión.

—Iris, necesitas la daga —me advirtió—. Esto es solo el principio.

La miré con cierto temor, pero no por ella, sino por sus palabras.

—No puedo volver a entrar ahí. Nunca he sentido tanto miedo, ¿no lo entiendes? ¿Por qué no vas tú, la coges y me la traes? No me hagas volver a entrar ahí.

Se agachó a mi lado, nuestros ojos quedaron casi a la misma altura.

—Eres el ser humano más valiente que he conocido, Iris Miller. Yo no

puedo entrar.

—Entraste para sacarme de allí.

—No podré entrar de nuevo —me interrumpió—. Necesito que recuperes la daga.

Su imagen se disolvió poco a poco, hasta que no quedo nada de ella. Me quedé sola en la habitación maldiciendo a mi don, a La Mujer de Blanco, y a mí misma por existir.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Volví a mirarme en el espejo. Las heridas del rostro habían desaparecido, la de los brazos y las piernas casi no se veían, y los moratones de las costillas tenían un color amarillento. Bien, estaban casi sanadas y además ya no me dolían. Mi cuerpo se había convertido con el tiempo en lo que era. Excepto por una cosa: mi pelo. Mi larga cabellera rojiza ahora lucía justo por encima del hombro. Cada vez que me miraba en el espejo me costaba reconocermé, estaba acostumbrada a llevar el pelo largo, y ahora me resultaba extraño. No era que me quedara mal, es que me hacía un rostro distinto. Cuando me miré en el espejo después de tantos días inconsciente un grito escapó de mi garganta. Mi pelo estaba cortado por algunos lados, más bien mechones, y casi toda la parte de abajo estaba seca, abierta y quemada. Mi madre intentó cortar por lo sano, nunca mejor dicho, y decidió coger las tijeras y hacerme un favor. Ahora parecía un pelo sano, así que agradecí a mi madre por tomar la iniciativa.

Escuché que la puerta principal se abría. Era mi padre. No lo veía desde hacía un par de días, así que salí de mi habitación y bajé las escaleras. Estaba en el vestíbulo, saludando a mi madre. Se daban un efusivo abrazo, algo que me resultó muy extraño. Cuando sus ojos cayeron en mí se sorprendió.

—¡Vaya! —exclamó—. Bonito corte de pelo. Te queda muy bien.

Terminé de bajar los últimos escalones y me abrazó cariñosamente. Aquella muestra de afecto duró unos segundos más de lo normal.

—¿Te encuentras bien, papá? —le pregunté, aún entre sus brazos.

Me soltó y me sostuvo el rostro entre sus manos.

—Solo me alegra verte de pie. Tu madre y yo hemos estado muy asustados.

—Tu padre ha venido para hablar contigo sobre...

—Mejor sentémonos en el sofá, estaremos más cómodos —interrumpió a mi padre.

No sabía de qué iba todo aquello, pero supuse que tratarían el tema de los días anteriores. Y no me extrañaba, era comprensible el terror por el que habían pasado. Pensé que probablemente me prohibirían entrar en la mansión, algo en lo que estaba de acuerdo, excepto por la petición de La Mujer de Blanco.

Mis padres tomaron asiento en el sofá y yo en el sillón que estaba al lado.

—Hemos estado muy asustados por ti, Iris —comenzó mi madre—, pero comprendemos tu vida.

—Sabemos que nunca ha sido fácil, y mucho menos para ti.

—Esperad un momento —interrumpí—, si esto es una charla sobre "te entendemos, pero no queremos que vuelvas a entrar en la mansión", podéis ahorrároslo. No voy a entrar otra vez.

—Eso no nos serviría de nada —dijo mi padre—. Por mucho que te digamos no hagas esto o no hagas aquello, lo vas a hacer. Lo que te queremos decir es que puedes confiar en nosotros.

Los miré detenidamente. Había pasado más años de mi vida ocultándome de ellos a causa de la sobreprotección de mi padre, que sincerándome. ¿Cómo iba a hacerlo ahora? No podría.

—Lo que queremos decirte, hija, es que si alguien te molesta, puedes contar con nosotros —aseguró mi madre.

—Peter le contó a tu madre que Jonathan te siguió a la mansión. Si te está molestando, dínoslo para que podamos ayudarte.

—¿Que Peter hizo qué? —pregunté más horrorizada que sorprendida. Apoyé los codos sobre mis rodillas y me pasé las manos por el rostro. Sería chivato, pensé. Al final Susan va a tener razón sobre que no se puede confiar en él. Mis padres eran tan protectores conmigo que contarle lo de Jonathan implicaba aumentar la seguridad en la familia.

—No le culpes, Iris. El chico estaba muy preocupado por ti —me dijo mi madre, colocándome una mano sobre el brazo.

No entendía nada. La Mujer de Blanco me había dicho que me dejó en manos de Peter porque sería prudente, y ahora me encontraba con eso.

—Iris, no te atormentes ni lo veas como una traición. Peter no te ha dejado ni un solo día, estaba inquieto y alarmado. No sabía qué hacer.

Supuse que desde el punto de vista de Peter todo se veía diferente. La preocupación y el miedo hacen que digamos cosas que no debemos o no podemos. Así que lo dejé pasar.

—De acuerdo —dije finalmente—. Si alguien vuelve a molestarme, os lo diré.

—¿Hay alguien más que esté molestándote? —preguntó mi padre.

Jeremy Garber, pensé. Pero dije:

—No, nadie más. Además, no he vuelto a saber nada de Jonathan.

Mis padres asintieron sin mucha convicción. Sabían cuando les estaba mintiendo, y era evidente que ahora lo hacía. Dieron la conversación por terminada, me dijeron que me anduviera con cuidado y que los llamara si algo ocurría.

Salí del salón y cogí mi abrigo. Tenía que hablar con Peter tarde o temprano, pero antes tenía que ir a ver a una persona que echaba mucho de menos. Susan se había pasado por mi casa algunos días, pero mi madre la había disuadido diciéndole que mi dolencia era muy contagiosa. No pensaba contarle la verdad, pero por lo menos se merecía una

disculpa.

Fui a llamar a su puerta, pero esta se abrió antes de que mis nudillos tocaran la madera. Un hombre de mediana edad me observó y sonrió.

—Tú debes de ser Iris, ¿verdad?

—¿Está Susan?

—¡Deja paso! —exclamó la voz rota de una mujer.

El hombre se apartó del umbral de la puerta. Yo lo imité. Una mujer, vestida con unas mallas negras y un anorak, salió de la casa. Llevaba un cigarrillo encendido en los labios y un par de bolsas de viaje en las manos. Su cabello estaba suelto y despeinado. El rímel estaba corrido por debajo de los ojos.

—Supongo que ya te habrás quedado tranquilo, capullo —le dijo al hombre que había abierto la puerta—. Cuando la vieja necesite ayuda olvídate de llamarme.

La mujer pasó por delante de mí, dejando tras de sí un tufo no muy agradable. Ni siquiera reparó en mí. Detrás de ella salió un hombre delgado, con el pelo ralo y mal vestido. Supuse que era el novio de aquella mujer, y que aquella mujer era la madre de Susan. No se parecían en nada. Observé cómo metían las bolsas en el coche y luego se marchaban. La mujer hizo un gesto obsceno con el dedo medio por la ventanilla.

—Disculpa que hayas tenido que presenciar esto —me dijo el hombre.

—¡Oh, no! No se preocupes. Susan me había prevenido.

—Te invitaría a entrar, pero la casa está hecha un asco. Le pediré a mi sobrina que salga.

Dejó la puerta abierta. A través de ella pude apreciar que la casa no era lo que antes había sido. La tela del sofá estaba hecha girones, y los cuadros habían desaparecido. La mesita de café estaba llena de platos,

vasos y porquerías. Grandes cercos redondos y manchas de Dios sabe qué cubrían la superficie que quedaba a la vista.

—¡Iris! —exclamó cuando me vio. Nos fundimos en un abrazo—. ¿Cómo estás? Tu madre no me dejó verte porque estabas muy mal.

—Sí, lo siento mucho, Susan. No me encontraba en condiciones de que me vieras...

—¿Y ese corte de pelo? Te queda genial.

—¡Gracias! Necesitaba un cambio.

Nos sentamos en los peldaños que llevaban al jardín.

—Te he echado mucho de menos. El colegio no era lo mismo sin ti, me refiero para mí, claro.

Reí suavemente.

—Ya estoy mejor, volveré a clases la próxima semana.

—He hablado con los profesores y me han dado el temario que han impartido durante tu ausencia. Así no perdías nada.

—Eres una buena amiga, Susan. Siempre piensas en todo.

Sonrió y miró el jardín durante un par de segundos.

—Oye, Iris, esta semana no estaré en Wood Pine.

—¿Te vas? ¿Es por tu madre?

—No, no, no es nada de eso. —Guardó silencio—. Siento que hayas tenido que conocer a mi madre de esa manera. Pero es por otra cosa. ¿Recuerdas la llave que había en el cuadro?

Asentí.

—Jeremy me ha ayudado a buscar, y hemos llegado a la conclusión de que tiene que ser un lugar cercano a donde vivía mi abuela. La llave tiene una inscripción en el lateral, pero se ve muy mal. Al final hemos dado con el sitio. Iré esta semana.

—¿Irás con Jeremy?

—No, se va a quedar en Wood Pine. Aun así si necesito ayuda, lo llamaré.

—Estás más unida a él de lo que pensaba. —Sonreí a pesar de que no me gustaba Jeremy—. Sí que te gusta de verdad.

Se encogió de hombros, creo que incluso se sonrojó. Le di un pequeño empujo con el hombro.

—Me alegro.

Observé el jardín con ella. Unos niños de unos cuatro años pasaron por delante de la casa en sus pequeñas bicis.

—¿Te gusta Peter? —me preguntó—. Me refiero si te gusta en serio o si solo es un capricho.

Suspiré.

—Es complicado —resumí.

—¿Por Joe o porque yo te doy la lata?

—Por muchas cosas. Pero no es tan mal chico como tú piensas.

Asintió sin mucha convicción.

—Sé que ha ido a verte —confesó—. Sé que entraba por la puerta de atrás. No es que sea una cotilla, es que hubo un par de días en que dejó el coche frente a tu casa. Se cree que no conozco el coche de su madre, pero se equivoca. Esto es Wood Pine.

Reí.

—¿Por qué él podía entrar a verte y yo no? —me preguntó—. No es que este molesta, es que no lo entiendo.

Maquiné algo a toda marcha. Sin embargo, con el rostro de Susan frente a mí y sus sinceros ojos mirándome, no podía pensar.

—Por el trabajo del profesor Kent —respondí—. Venía a ponerme al día. Lo ha hecho él.

Su rostro reflejó la sorpresa.

—¿En serio?

—Así es.

—¡Vaya! Hoult siendo amable es lo último que podría imaginarme.

—Te he dicho que no es mal chico. Es que a veces se lía.

—O tú le gustas mucho —propuso.

Aparté mi mirada de la suya en un intento de que no se reflejara lo que realmente ocurría. Mi sonrisa me traicionó.

—Así que le gustas. ¡Quién lo diría! Peter detrás de Iris. —Rió amistosamente.

—Y supongo que a ti no te gusta nada de nada la idea.

—No, pero eres mi amiga. Lo respeto.

—Siempre me dices que no me fie de él.

—Y sigo pensando lo mismo, pero mi trabajo es avisarte no impedirte hacer algo.

Las voces procedentes del interior de la casa de Susan llegaron hasta nosotras. Escuché a la abuela llorar y a su hijo consolarla. Susan tragó saliva, incómoda y dolida.

—Supongo que ahora todo irá mejor —la consolé, frotándole la espalda—. No te agobies.

—Me da lástima mi abuela. Lo ha pasado muy mal, ¿sabes? No solo por como lo han dejado todo, sino porque es su hija y siempre lo será. Sabe que no tiene remedio, pero no puede evitar pensar que le habría gustado que tuviera otra vida. Al final cada uno escoge por sí mismo, ¿no es así? Pero a mi abuela le hubiera gustado que se casara con mi padre, era un buen hombre. Pero empezó con la bebida, luego le siguieron las drogas. Solo quiere dinero y cosas para poder venderlas y seguir con sus costumbres. Mi abuela se siente dolida.

—¿Siempre fue así? Me refiero a tu madre.

—No. Bueno, era alocada, popular, le gustaba salir con chicos. Una Sophie. Pero no era como es ahora. Cuando me dio a luz, no me quiso. Mi padre ya había muerto, así que no me quería tener cerca.

—¿No crees que quizá no pudo soportar la idea de perder a tu padre?

—Ya no estaban juntos. Se quedó embarazada y lo odió por ello. También a mis dos abuelas por no dejarla abortar. Conoció a un tipo, parecido al novio de ahora. Cuando se recuperó del parto, se marchó.

—Tienes a tu abuela. Y a tu tío. Me tienes a mí. —Sonreí—. Sé que una madre hace falta, pero todas las madres no son perfectas. Y mientras tengas a gente que te quiere, todo irá bien.

—Gracias.

—¿Cuándo te vas?

—El lunes por la tarde. Cuando salga de clase.

—Avísame antes de irte. No me gustaría que te marcharas sin decírmelo.

—Solo me voy unos días.

—Para mí serán duros.

—Tienes a Peter —sugirió, riéndose.

—Bueno, no es lo mismo. Tú eres tú, y él es él.

La puerta se abrió y el tío de Susan nos sonrió.

—Perdona que hayas tenido que presenciar lo de antes, Iris —se disculpó de nuevo—. Soy John, el tío de Susan. Antes no tuve la oportunidad de presentarme.

Susan y yo nos pusimos de pie. Le estreché la mano al hombre.

—Encantada.

—Susan, tu abuela necesita tu ayuda. Un placer, Iris.

John entró dentro de la casa y dejó la puerta encajada.

—Tengo que irme. Lo siento.

Nos dimos un largo abrazo. Acto seguido Susan entró en su casa, cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Seguí caminando por la calle a pesar de que mis pies querían cambiar de dirección. Me dirigía a casa de Peter y a medida que me acercaba parecía que todo se desdibujaba alrededor. Mis ojos solo apreciaban con nitidez su casa y el camino que me llevaba hasta ella. Pensé que aquello era una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida, pero luego recordé la mansión. Acordarme de ese tipo de cosas me daba valor para seguir adelante.

Crucé el camino que dividía el jardín en dos y subí los dos peldaños que me separaban de la puerta. Miré atrás por si Jonathan o Jeremy me habían seguido, pero supuse que si lo hacían, serían más inteligentes que los días anteriores con el fin de que no me percatara. Observé que el coche no estaba en el camino de entrada. Luego me di cuenta del fantástico día que hacía. El cielo estaba despejado y el sol brillaba aún bajo. Sin embargo, me calentaba el rostro de una forma agradable.

La puerta se abrió sin que yo llegara a llamar. La madre de Peter me sonrió amablemente.

—¡Iris! Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

Obvié el hecho de que recordara mi nombre. Hacía más de un año que me había escapado del ambulatorio y dudaba que recordara mi nombre de aquel día. Con tanto flujo de pacientes de un lado para otro era complicado acordarse de un nombre, a no ser que causara gran impresión. ¿Yo causaba una gran impresión?

—Hola, señora Hoult —saludé amablemente.

—Beth —insistió para que me dirigiera a ella por su nombre—. Si buscas a Peter, no está. Lo he mandado a comprar.

—¡Oh! Bueno en ese caso volveré más tarde. Siento haberla molestado.

Me giré para volver a mi casa, en parte aliviada porque aquella conversación con Hoult se aplazara, en parte nerviosa porque no quería retrasarla más. A veces dejar las cosas para después hacía que te comieras la cabeza con el cómo saldrá todo y cómo irá todo.

—No te preocupes, Iris. Tiene que estar al llegar. ¿Quieres esperarlo dentro y te sirvo un café?

—No, no es necesario. Solo dígame que he venido.

—Podrás decírselo tú. Vamos, entra.

Me agarró del brazo y me arrastró al interior de la casa, la cual parecía totalmente diferente a la que era cuando Peter daba una fiesta. Era un hogar acogedor, decorado con tonos pastel y cosas bonitas. Se notaba la mano de una mujer. No había tiestos de por medio. Ni siquiera había una mota de polvo.

—Por aquí.

La seguí hasta la cocina, pasando por delante de varias fotos familiares colgadas en la pared. Un Peter de unos cinco años sonreía a la cámara. Su rostro infantil denotaba que iba a tener cierto atractivo de mayor. En otras salía Beth junto a su hijo. Una foto pescando en un lago, otra divirtiéndose en la playa. En ninguna de ellas vi al padre de Peter.

Al llegar a la cocina me ofreció una silla. Me senté a la mesa y esperé a que Beth me colocara una taza de café caliente frente a mí. Ella se sentó justo al otro lado de la mesa con otro café.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien.

—Peter me dijo que estabas indispuesta.

Me sorprendí al saber que hablaba sobre mí con su madre. Sonreí sin saber qué responder. Me sentía incómoda allí sentada, en una cocina

extraña, rodeando la taza de café con mis manos y hablando con una mujer que solo había visto una vez en mi vida.

—¿Cómo te encuentras ahora que estás mejor?

—Bien, mucho mejor. Gracias por preguntar.

Beth sonrió y bebió un poco de su taza.

—Espero que Peter se haya portado bien contigo y no haya dado la lata en tu casa al ir todos los días —me dijo con voz esperanzada. Me pregunté qué y cuántas travesuras hacía Hault en su casa a lo largo del día. Cuando su madre temía que hubiera sido una molestia era porque conocía a su hijo.

—No, no se preocupe. Se ha portado bien.

Sonreí como mejor pude y me guié por las palabras de mi madre.

—Es un buen chico —me hizo saber—. Nunca hace las cosas con mala intención. Sé que paso algo entre vosotros y no respondió a tus llamadas durante unos días. No se lo tengas en cuenta, a veces se hace un lío, Iris.

—Ya es agua pasada.

Me dedicó una tierna sonrisa.

—Me alegra oírlo. —Bebió otro sorbo de su taza—. Te has cortado el pelo, ¿verdad? El año pasado lo llevabas largo.

—Sí, me lo corté el otro día. Necesitaba un cambio.

—Te queda muy bien.

—Gracias.

Comenzaba a sentirme más incómoda que antes. Sabía que la mujer solo intentaba ser amable, pero yo no sabía de qué hablar. Apuré el café y dejé caer las manos sobre mi regazo. No debería de haber entrado en casa de Peter, debería de haber vuelto más tarde, o haberle mandado un mensaje al móvil diciéndole que quedáramos en algún otro lado.

—¿Qué te parece Wood Pine? —me preguntó—. Llevas un año aquí, ya

te habrás formado una opinión.

—Bueno, es un pueblo bastante... —Pensé la palabra adecuada—
extraordinario. No en todos los pueblos se escuchan cosas extrañas por la
chimenea.

Rió con suavidad.

—Es verdad.

—La gente es amable y acogedora, supongo. Aunque tampoco tengo
muchos amigos, pero esos pocos son amables. También me gusta el olor a
pino y que todo esté casi inmerso dentro del bosque.

—Es un pueblo muy bonito. Pintoresco.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo lo encontrasteis? No es un sitio del que se oiga hablar mucho.

—No lo sé. Fue mi padre el que lo encontró. Buscábamos un lugar
tranquilo.

—¿Estabas de acuerdo con mudarte?

—Al principio no, pero luego me gustó el lugar. Conocí a Susan, mi
vecina.

—Susan Elfman, la conozco de vista. Parece una buena chica.

—Sí, lo es.

—Es un pueblo pequeño. Todos sabemos dónde están los demás.

La puerta principal se abrió. Con la última charla mis nervios se habían
apacado un poco, sin embargo, al escuchar las llaves y la voz de Peter
saludando volví a sentirme incómoda. Los nervios invadieron mi
estómago y me arrepentí de haberme tomado un café.

—En la cocina —le dijo Beth, levantándose de la silla. Yo, en cambio,
me quedé clavada en el sitio, parecía que me había sentado sobre
pegamento.

Peter entró con las manos cargadas de bolsas y las dejó sobre la

encimera.

—La próxima vez no me mandes a comprar tantas cosas. Me voy a herniar con tanto peso.

Su madre tosió y señaló hacia donde me encontraba. Los ojos de Peter volaron hasta mí. Dio un paso hacia delante para acercarse, luego rectificó y dio un paso hacia atrás. Finalmente cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los labios. Su madre tenía razón en que a veces se liaba él solo. Yo conseguí levantar mis posaderas de la silla. Hacía tanto tiempo que no lo veía que sentí un nudo en el pecho. Pero no en el sentido de tristeza, sino de alegría. Sentí unas ganas enormes de abrazarle.

—¡Iris! —consiguió exclamar, aunque se notó que disimulaba—. Te has... —Hizo un gesto con la mano, señalando mi corte de pelo—. Estás... —buscó las palabras sin encontrarlas. Al final desistió y dijo—: ¿Qué haces aquí?

Su madre enarcó una ceja y puso los ojos en blanco.

—Ha venido a buscarte, así que le dije que te esperara.

Ambos nos miramos, frenados por nuestros pies.

—¿Por qué no vais a dar una vuelta? —Propuso Beth—. Llévate el coche.

Peter asintió y me hizo un gesto para que lo siguiera. Mis pies consiguieron moverse. Me detuve frente a la madre de Hault y le di las gracias por el café.

—Ha sido un placer —me dijo, estrechando la mano que yo le ofrecía—. Ven cuando quieras, Iris.

—Vamos, es para hoy —se quejó Peter, cogiéndome la otra mano y tirando de mí hasta la puerta.

Salimos al exterior sin mediar palabra, nos subimos al coche sin decirnos nada y luego condujo en silencio durante todo el trayecto. Si en

la cocina me sentía incómoda, ahora parecía ser un momento más embarazoso. Sentía pinchazos en el cuerpo por todas partes, era como si te picara una zona, pero no consiguieras distinguir el punto exacto para rascarte.

Condujo por las calles y salió del pueblo por el otro extremo. Nunca había visitado esa parte, aunque tampoco había mucha diferencia. En realidad era casi igual que el resto. Árboles y más árboles. Aun así se me hacía extraño, era la primera vez que veía aquella zona. Me pregunté a dónde íbamos, pero decidí guardar silencio y depositar cierta confianza en el conductor. Supuse que íbamos a algún lugar tranquilo para hablar de lo sucedido. Solo esperaba que no fuera en mitad del bosque, no me gustaba la idea de estar en un lugar perdido en mitad de la nada, y además tan lejos del pueblo.

Cuando el coche hubo recorrido unos cinco kilómetros, redujo la velocidad y giró a la derecha. Había un camino más estrecho y sin asfaltar, con marcas de ruedas sobre la tierra. La vegetación había decidido apartarse y no crecer más en ese camino, como queriendo invitar a los transeúntes a que siguieran aquella senda. Después de unos minutos sintiendo como el coche se mecía por el camino de tierra, Peter lo detuvo a un lado. No me miró. Supuse que había llegado el momento de las preguntas y las respuestas. No sabía cómo abordar el tema porque me daba miedo su reacción. A pesar de que según mi madre me había cuidado, estaba convencida de que aquello no sería fácil. Temía que saliera igual que con Joe. Temía que me doliera más que con Joe.

—Peter —rompí el silencio—, tenemos que hablar sobre lo ocurrido aquella noche.

Salió del coche sin escucharme, cerró la puerta y rodeó el automóvil. Lo imité, pero me quedé junto a la puerta, preguntándome que debía hacer

ahora. Se dirigió hacia mí, me rodeó con sus brazos y me abrazó, levantándose del suelo.

—Llevo queriendo hacer esto desde que te vi sentada en mi cocina — confesó.

Me quedé paralizada. Después le devolví el abrazo. Fuerte. El me imitó.

—No vuelvas a asustarme de esa manera, Iris Miller. No sabes el miedo que pasé aquel día —susurró junto a mi cuello.

Dejó que mis pies tocaran el suelo, pero no rompió el abrazo. Me había quedado encadenada a él, no quería que me soltara y al parecer el tampoco quería soltarme ni que lo soltara a él. Hundí mi rostro en su cuello.

—Siento haberte asustado.

—Y yo siento no haberte respondido a las llamadas.

—Olvida eso.

Nos quedamos así. Quietos, abrazados y en silencio. Los pájaros cantaban a nuestro alrededor, un perro ladró a lo lejos junto a unas suaves risas de niños. También escuchaba el corazón de Peter, fuerte y seguro. El olor de su piel me invadía los sentidos. Apoyó una mejilla sobre mi cabeza y me acarició el pelo, enredando las puntas en sus dedos.

—Estás preciosa con este corte de pelo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Eso era lo que querías decirme delante de tu madre?

Mi pregunta le arrancó una suave y ronca risa.

—Te habría comido a besos de no ser por mi madre.

Mi cuerpo se tensó una fracción de segundo y luego se relajó con un agradable calor en el pecho.

—Vas a hacer que me sonroje, Peter Hault.

—Ya era hora.

Me apartó unos centímetros de él y me sostuvo el rostro entre sus manos. Me observó detenidamente. Primero mis ojos, luego la frente, después mi nariz y mis labios. Me acarició cada una de esas partes.

—Eres mágica, Iris.

Supuse que había visto cómo mis heridas sanaban gracias a La Mujer de Blanco. Para mi sorpresa no me sentí asustada, sino querida. Nunca jamás, nadie, me había dicho algo así. Un calor reconfortante invadió mi cuerpo y mis sentidos.

—¿Me das permiso para besarte?

Apoyé mi rostro en una de sus manos y sonreí. Sus labios eran cálidos y suaves. Algo se movió dentro de mí y no supe lo que era. Sentía un calor en el pecho y en el estómago, las piernas me temblaban. Nunca había sentido una sensación como aquella: nerviosa y pletórica al mismo tiempo. Nuestros labios se separaron, pero nuestras frentes quedaron unidas. Peter rozó la punta de su nariz con la mía en un gesto cariñoso. Recordé que hizo lo mismo aquel día en mi cocina. Era un gesto tierno, era un gesto de él. Tan personal que lo quise solo para mí.

—Me gustaría enseñarte algo.

Se separó de mí. Esperé sentir el frío de su ausencia, pero no ocurrió nada. Seguía sintiendo su calidez. Me cogió de la mano y me llevó por el bosque. Olía a pinos, a humedad y a algo más que no conseguía identificar. En conjunto era un olor agradable, parecía que estaba colmado de paz.

—Siempre vengo solo cuando necesito pensar —dijo mirándome por encima del hombro—. Pero hoy quiero compartirlo contigo.

El ladrido del perro volvió a romper el canto de los pájaros y las risas de los niños se escucharon más fuertes que antes. Comenzamos a bajar una pendiente. Cuando llegamos abajo un bello paisaje quedó frente a mí. Un

precioso lago se abría paso entre medio de los árboles. El agua estaba cubierta en algunas zonas por hojas que habían caído sobre ella y la luz del sol arrancaba tenues destellos de su superficie. Un pequeño embarcadero se adentraba en el lago unos metros.

—Sígueme.

Me llevó hasta el embarcadero y nos sentamos en el borde del extremo que más se adentraba en el lago. Nuestras piernas caían hacia el agua, pero el nivel era suficiente bajo como para que nuestros zapatos no se mojaran. Observé cómo las libélulas se posaban y revoloteaban sobre la superficie. Unos niños jugaban con un perro al otro lado del lago mientras los padres, sentados en una manta sobre la tierra conversaban y reían.

—No suele venir mucha gente. Antes solían venir a beber y a hacer fogatas, pero lo prohibieron cuando una parte salió ardiendo. Dijeron que habían visto fantasmas y como todo en este pueblo es paranormal la gente le cogió miedo. Casi siempre está vacío. Aunque de vez en cuando viene alguna familia. —Me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos—. ¿Habías venido alguna vez?

—No. Es lugar precioso. Susan nunca me ha hablado de él.

—Quizá no se atreve a venir.

—O quizá no es real —murmuré en voz baja, sintiendo el mismo temor de hacía unos días. Me sentía tan bien que ya había olvidado parte de mis miedos, sin embargo, parecía ser que aquello había vuelto para atormentarme. Volví a debatirme nuevamente entre si aquello era real o no. Nunca había escuchado hablar del lago de Wood Pine, y que ahora apareciera en el mapa por arte de magia me parecía irreal.

—¿Que no es real? —repitió Peter—. Estamos aquí, Iris. Sentados. Es real. —Me miró como temiendo que no fuera la misma persona de antes—. ¿Por qué dices algo así?

Volví a mirar el lago. Era real. Parecía real. Desde hacía un par de días todo parecía sólido y al mismo tiempo parecía que se evaporaba. El miedo que sentía bailaba dentro de mi cabeza y me hacía flotar.

—En la mansión... Algo ocurrió. El pasillo parecía eterno, ¿sabes? Y de repente ya no me encontraba allí, sino en un espacio infinito. Había un agujero en el suelo que se hacía más y más grande, parecía que respiraba. Olía a azufre. No tenía fin. De los lados salían brazos y garras... —Lo miré fijamente, intentando tantearle y deseando que no me mirara como si estuviera loca—. Caí por ese agujero, Peter. Y aún estoy ahí dentro, una parte de mí lo sabe. Esto es solo una ilusión, nunca llegué a salir de la mansión.

Arrugó la frente, observándome. Se giró hacia mí y me sostuvo el rostro con sus manos. Luego me besó.

—¿Esto te parece irreal? —me preguntó. Volvió a besarme otra vez—. ¿Y esto? —Me besó de nuevo—. ¿Sigues pensando lo mismo?

Sonreí con tristeza.

—Esto es real, Iris. Y sé que vas a pensar que quizá lo que te estoy diciendo para convencerte. Pero no es así.

—La Mujer de Blanco me dijo que fue una ilusión provocada por Charles Woodman.

—¿La Mujer de Blanco?

Me percaté de mi desliz. Nunca le había hablado de ella a nadie que no fuera de mi familia. No sabía si lo había hecho porque comenzaba a sentirme cansada de tanto pensar o porque me sentía cómoda con Peter.

—Es la mujer que me acompaña, siempre. Va vestida de blanco. Esta casi siempre presente, pero solo la veo cuando ella quiere que la vea. Siempre intenta protegerme.

—No te lo he preguntado por eso, sino porque has dicho que va vestida

de blanco.

Lo observé sin comprender nada.

—Aquella noche me dijiste algo parecido. Te agarraste a mí y me dijiste que los niños no morían, que los de blanco se los llevaban.

—Me lo dijo la mujer de Woodman. Supongo que me impactó demasiado.

—¿Y qué significa que los niños no mueren?

—No creo que eso sea cierto.

—¿Has visto algún niño fantasma?

Pensé detenidamente. Solo había visto al de La Familia Fantasma. Nunca en todos mis años me había encontrado con un niño fantasma. Me pareció curioso.

—Solo uno.

—¿No te parece extraño?

—Supongo que algo curioso sí que es.

—¿No crees que esa mujer vestida de blanco sea como un ángel de la guarda?

—Nunca he sabido quién es ni lo que es. Simplemente está ahí.

—Quizá yo también tenga uno. —Me miró y sonrió—. ¿Puedes ver si alguien me acompaña?

Reí suavemente.

—No, no puedo ver a nadie igual que ella. Solo a ella.

Asintió y observó en silencio el lago.

—Peter —titubeé—, ¿tú puedes verlos?

Agachó a cabeza y se miró los zapatos. Una triste sonrisa murió en sus labios.

—¿Se nota mucho?

El corazón me golpeó el esternón y los nervios me removieron el

estómago. Era la primera vez que conocía a alguien como yo. Me sentí bien y mal al mismo tiempo, era una sensación agri dulce. Dulce porque tenía a alguien con quien hablar, y agrio porque probablemente lo pasaba tan mal como yo.

—Mi padre no era buena persona —me contó—. Le daba a la bebida y tenía mal carácter. Una combinación bastante mala. Maltrataba a mi madre constantemente, tanto física como psicológicamente. La pobre estaba hecha un auténtico desastre, había mañanas en las que ni siquiera se levantaba de la cama y yo tenía que comer cualquier cosa que encontraba en la despensa. También me maltrataba a mí. Mucho. Recuerdo que me escondía en el desván porque sabía que allí no iba a subir, demasiados escalones para una persona que no podía mantenerse en pie algunas veces. —Hizo una pausa y evitó mirarme—. Un día volvió borracho, pero no tanto como para caerse en el sofá. No me dio tiempo esconderme. Creo que esos fueron los golpes más fuertes que una persona me ha dado jamás. Y lo digo en serio, en el colegio no me iba nada bien. Me empujó tan fuerte que creo que volé. Me golpeé la cabeza con algo, según mi madre fue el filo de la mesa. Cuando desperté estaba en el hospital. Estuve alrededor de un día inconsciente. Mi madre les dijo a los médicos que me había caído jugando, pero nadie la creyó. Estaba hecho polvo. Ahí fue cuando mi madre se divorció, la casa se vendió, y tomaron caminos separados. Nosotros nos mudamos aquí y nunca más volví a saber de él. A veces tengo pesadillas, y ahora... aún más.

—¿Eso fue lo que te hizo poder verlos?

—Creo que sí. Pero no los veo de forma limpia. Es curioso. Los veo en los reflejos de las cosas y cuando los miro directamente no están definidos. Es como si estuvieran detrás de un cristal empañado. Pensé que me estaba volviendo loco, me hicieron pruebas y todo estaba normal.

Cuando eres niño no piensas que tienes algo malo dentro de ti, simplemente piensas que son cosas paranormales. Cuando crecí no me preocupé mucho. Supe que si algo malo me pasaba, ya no estaría en este mundo.

—Mi padre siempre quiso llevarme a un psiquiatra. Mi madre nunca se lo permitió.

—No creo que nadie pueda arreglarnos. —Se acercó a mí y me dio un beso en la frente—. ¿Cómo supiste que podía verlos?

Guardé silencio. Después de escuchar su historia no me atrevía a decirle que había sido su padre el que lo había delatado. Pero tampoco podía ni quería mentirle.

—En realidad fue en clase de química. Vi a tu... —dejé que el silencio flotara—. Me dijo que tú podías verlos.

—Así que lo viste. Intenté ayudarte rompiendo aquella probeta. No quería que te molestara.

—Solo lo he visto esa vez. Aunque reconozco que es más probable que aparezca cuando estoy contigo.

—No voy a dejar de estar a tu lado por su culpa. —Guardó silencio durante unos largos segundos—. ¿Por qué volviste a la mansión?

—Tenía que recuperar algo que perdí cuando estuvimos allí.

—¿Puedo saber qué es?

Suspiré, resignada. Ya había llegado bastante lejos, así que supuse que decirle el motivo de mi visita a la mansión no iba a suponer gran cosa.

—Una daga.

—¿Llevabas una daga el día de Halloween? ¿Qué hacías con una daga?

—Es una larga historia. Resumiendo: la necesito.

—¿La encontraste? No llevabas ninguna encima cuando te encontré.

—No, no la encontré. Sigue en la mansión, La Mujer de Blanco me lo ha

dicho.

Asintió sin mucha convicción, no porque no me creyera, sino por lo que venía a continuación.

—Tienes que volver a entrar —afirmó.

—No pensaba hacerlo, pero ella me dijo que debía encontrarla.

Lo meditó un momento, observando el agua.

—Supongo que esta vez no irás sola. Pienso ir contigo, Iris.

—Es peligroso, Peter.

—Intenta detenerme. No vas a librarte de mí —me dijo con suavidad.

Sonreí. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y entrelazamos nuestros dedos. Dejamos que el tiempo avanzara y que el sol nos calentara la piel. La familia aún estaba al otro lado del lago, los niños seguían riendo y el perro ladrando mientras corría feliz de un lado para otro. Pero esos sonidos parecían distantes. Solo el canto de los pájaros y el batir de las alas de las libélulas más cercanas llegaban a mis oídos. Cerré los ojos y me relajé. Sentía la piel caliente pero la suave brisa la enfriaba, haciendo que alcanzara una temperatura muy agradable. Me sentí tan bien que no me di cuenta de que me dormía.

—¿Iris? —Susurro Peter—. Iris despierta.

Abrí los ojos. Aún seguía apoyada en su hombro.

—Te has quedado dormida.

—Lo siento, es que estoy algo cansada todavía.

—Solo han sido cinco minutos. No tiene importancia. Pero creo que la cama es más cómoda para dormir que mi hombro.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso?

Sonrió y me dio un suave beso en los labios.

—Te llevaré a tu casa para que puedas descansar.

—¿Podré verte luego?

—Siempre.

Se puso de pie y me ayudó a levantarme. Recorrimos el embarcadero de la mano, pero me solté cuando vi que una libélula se ahogaba en la orilla del lago.

—Espera —avisé.

Hice un cuenco con mis manos y la cogí, dejando caer el agua entre mis dedos. La libélula batió las alas intentando librarse del agua. Acerca mi dedo índice y recogí el exceso secándolo en mis pantalones. Aleteó de nuevo y se detuvo. Acerqué mis labios a las manos y soplé suavemente. La libélula elevó el vuelo, cruzó el lago y se perdió entre los árboles.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Peter Hoult se levantó aquella mañana con un mal sabor de boca. Cuando terminó de desayunar y salió al exterior para ir a clases, se encontró con que las ruedas de su coche estaban pinchadas. Las cuatro.

Volvió a entrar en su casa, dejó sus cosas sobre la encimera y se desplazó hasta el garaje para coger las herramientas necesarias. Solo tenía una rueda de repuesto. Pensó en cambiar esa e ir a comprar las demás, pero luego barajó la posibilidad de que quizá el autor de aquello estuviera rondando por allí y se tomara la molestia de pinchar la buena.

Agarró el móvil y llamó al taller. No en el que Jonathan Cowell trabajaba, sino a otro que se encontraba más cerca de su casa. Encargó las cuatro ruedas y pidió que se las llevaran allí. Sabía que tenía que ir a clase, pero su madre estaba trabajando aquella mañana y no había nadie para recoger el pedido de las ruedas. Quizá luego se acercaría al instituto en bici.

Mientras esperaba a que el técnico del taller llegara, barajó quién podría haber sido el autor de aquello. En realidad ya pensaba dos nombres: Jeremy Garber, cosa que dudaba porque solo había tenido una charla con él; o Jonathan Cowell. De ese no tenía ninguna duda. Después del encuentro en su trabajo probablemente se habría tomado la justicia por su mano.

El técnico llegó en la furgoneta. Dejó las ruedas sobre el camino de entrada al garaje mientras Peter le pagaba. El hombre hizo un comentario jocoso cuando vio las ruedas del coche pinchadas, luego se sentó de nuevo tras el volante y se marchó con una sonrisa.

—Bueno, vamos allá —se dijo a sí mismo, inspirándose paciencia.

Se puso manos a la obra. Levantó el coche unos centímetros con la ayuda del gato y procedió a quitarle los tornillos a la ruedas. No supo cuánto tiempo se llevó con aquel trabajo, pero cuando hubo cambiado dos ruedas y se disponía a cambiar la tercera, una voz lo sorprendió.

—¿Tienes algún enemigo?

Peter miró hacia el lugar donde provenía aquella voz masculina y descubrió al padre de Iris, cerrando la puerta del coche de policía.

—Alguno —confesó.

—¿Te han pinchado las cuatro ruedas?

Asintió.

—Vaya, ¡cuánto rencor! ¿Necesitas ayuda?

—No, señor Miller. Ya me queda poco para terminar. Tengo que dejarlo listo para que mi madre pueda cogerlo esta tarde.

—Comprendo.

Peter se irguió y lo observó. Esperaba que aquel hombre le dijera por qué se encontraba allí en aquel momento. Sin embargo, no dijo nada. Se limitaba a mirar las ruedas pinchadas que descansaban en el césped.

—¿Por qué esta aquí, señor Miller? ¿Le ha pasado algo a Iris?

—No, no, Iris se encuentra bien. —Se acercó al joven y le hablo en susurros—. Necesito hablar contigo de la mansión.

Peter sintió que se le helaba la sangre en las venas. No sabía si aquel hombre se refería a la última visita de Iris o a la futura que habían planeado en el lago sin fecha exacta.

—Procuraré que no vuelva a entrar, señor Miller —acertó a decir, pensando que sería la respuesta más adecuada—. Se lo prometo.

—A eso me refería, Peter. Necesito que vuelva a entrar.

Hoult sonrió sin mucha convicción. ¿De qué iba aquello?

—No lo comprendo...

—Iris tiene que volver a entrar en la mansión. Quiero que vayas con ella. Sé que te estoy pidiendo algo demasiado grande para ti, sé que lo pasaste mal cuando ella estaba inconsciente.

—No entiendo lo que quiere decirme. ¿Por qué tiene que volver a entrar? ¿Es por la daga?

—¿La daga? —le devolvió la pregunta. Hizo un ademán con la mano para apartar aquello que no comprendía—. El jueves. El jueves por la noche.

—¿Por qué?

El hombre se movió incómodo sin saber dónde poner las manos y dónde descansar la vista. Acabó por guardar las manos en los bolsillos y acercarse a Peter.

—Si te cuento esto es porque confío en ti y confío en que ayudarás y protegerás a Iris con tu propia vida.

—Eso sobra decirlo.

—No puedes echar a correr en el último momento y dejarla atrás, ¿me has entendido?

—Jamás le haría eso. Iris es muy especial para mí.

El señor Miller asintió, apretó los labios y cogió aire.

—El jueves por la noche ocurrirá algo en la mansión. Necesito que tanto tú como Iris estéis allí. Invéntate algún motivo para llevarla.

—¿Me está pidiendo que le mienta?

—Sí, así es. Necesito que la lleves. No sé qué ocurrirá, pero yo no saldré de allí, ¿comprendes?

Peter sonrió con miedo, sin saber qué decir.

—Me parece que no es una buena idea, señor Miller.

Nick lo agarró por los hombros suavemente y lo sostuvo para lo que lo mirara a los ojos.

—Si no soy yo, será ella —confesó—. Iris no puede morir.

Sintió que las piernas perdían fuerza, pero se sostuvo a pesar de todo.

—¿Estás de acuerdo conmigo, Peter? —No esperó respuesta—. El jueves por la noche. Estaré allí. Y cuando pase lo que tenga que pasar, llévatela. Sácala de allí y no dejes que vuelva a entrar. Nunca.

—Yo...

—Peter, sé que te importa. Eres la única persona a la que puedo pedirle ayuda. Por favor, no dejes que mi niña muera.

Hoult consiguió coger aire. No recordaba haber respirado durante el último minuto. Tragó saliva y asintió.

—No voy a dejar que nada malo le ocurra a Iris. Pero si usted... —dejó la frase en el aire—. Si la saco de allí en contra de su voluntad, me odiará.

—No lo hará. Quizá se enfade al principio, pero con el tiempo lo comprenderá. Es una chica lista.

—¿Por qué usted? —le preguntó sin llegar a comprender del todo de donde provenía aquel trato de si no era él sería Iris.

—Es una larga historia. Prométeme que no le contarás nada de esta conversación a ella. Simplemente llévala el jueves por la noche y luego sácala de allí.

Hoult asintió. Nick se giró sobre sus talones y se encaminó hacia el coche para marcharse.

—Señor Miller —lo llamó, acercándose a él y tendiéndole la mano. Si lo que decía era cierto, aquella sería la última vez que lo vería con vida—, ha sido un placer conocerle.

Le estrechó la mano durante unos segundos, para luego darle un pequeño tirón y traerlo hacia sí y abrazarlo con firmeza.

—Cuida de mi pequeña, por favor —le dijo mientras lo abrazaba—. No te lo pediría si no confiara en ti.

—Lo haré.

Nick dio un paso atrás, rompiendo el abrazo. Se subió al coche y se alejó de aquella calle. Acababa de hacer lo que aquella extraña mujer vestida de blanco le había pedido a través de mensaje. Su vida por la de Iris; pedirle ayuda a Peter Hault; sacar a Iris de la mansión. Esperaba que todo fuera bien... para Iris, ya que para él iba a ser el final de todo. Lo único que le quedaba por hacer era despedirse de Juliet y de Iris, sin que ninguna de las dos se percataran de que aquello era el final.

Mientras Nick Miller se alejaba, Peter se quedó en la acera, sin saber qué hacer a continuación. Observó las ruedas como si fueran extrañas. Lo que aquel hombre le había pedido era casi como llevarlo al patíbulo y no hacer nada por salvarlo. Iris o él. Sabía que estaba mal decidir algo así, pero Iris era... Iris. No podía dejar que nada malo le ocurriera, pero también estaba mal sacrificar a otra persona. Nick le había dicho que no había otra manera, y que le prometiera que Iris no se enterara de aquello. ¿Cómo iba a ocultárselo? Sabía que si se lo decía se empañaría en salvar a su padre, pero al mismo tiempo se expondría, y no podría permitir eso.

Terminó de cambiar las ruedas, abrió el maletero y metió las que estaban pinchadas e insalvables. Se sentó tras el volante y condujo hasta el taller donde trabajaba el hermano de Cowell. Aparcó junto a la acera y se bajó.

—¿Qué haces aquí, Hault? —le preguntó de mal humor Jonathan, dejando a medias lo que sea que estuviera haciendo dentro de aquel motor—. Mi jefe te dijo que no volvieras.

—Solo será un momento —le respondió mientras abría el maletero.

Comenzó a sacar las ruedas una a una y a lanzarlas hacia la entrada del taller.

—Eh, ¿¡qué demonios haces!?! —le gritó.

—Devolverte tu trabajo. La próxima vez moléstate en quitarlas.
Cerró el maletero, se subió de nuevo al coche y se marchó.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Caminaba junto a Susan hacia el instituto. El sol aún estaba bajo, pero comenzaba a calentar la atmosfera de una manera agradable. Los niños iban al colegio con una mezcla de felicidad y pereza; los adolescentes marchaban riéndose. Susan a mi lado no dejaba de darle vueltas a la hoja que llevaba entre las manos, en ella había escrito una larga lista de cosas que tenía que hacer antes de marcharse. Y yo iba debatiéndome, nerviosa, entre un montón de pensamientos. El día anterior no había visto a Peter y me pregunté si todo iba bien a pesar de que él me hubiera dicho por teléfono la tarde anterior que había tenido un pequeño percance. No me dijo cual fue aquel pequeño contratiempo. Tampoco pregunté. Lo sentía extraño al auricular, como si su mente estuviera colapsada por un montón de ideas. Barajé la posibilidad de que quizá estuviera pensativo con la mansión. Todavía no habíamos acordado ningún día, pero los nervios corrían por mi cuerpo, y supuse que por el de él también.

—¿Crees que se me olvida algo en la lista? —me preguntó Susan, sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé —respondí—. ¿Tantas cosas tienes que hacer antes de marcharte? —le dije cuando vi la enorme lista que reflejaba la hoja. A Susan le hubiera hecho falta un papiro más que un folio.

—No quiero dejar nada a medias, mi abuela se encuentra muy cansada.

—Estoy segura de que si tu abuela necesita ayuda, la pediré. No te agobies.

Llegamos al instituto y cruzamos las puertas que delimitaban el recinto. Divisé a Peter junto a la puerta del edificio, apoyado sobre la pared. Sentí

felicidad al verle, aunque también algo de nervios. Me quedé parada al pie de las escaleras. Susan miró a uno y luego al otro. Puso los ojos en blanco y subió las escaleras hasta estar frente a Peter. La seguí manteniendo una distancia prudencial.

—Buenos días —le dijo—, quiero que sepas que no apruebo la relación que mantienes con mi mejor amiga, pero como la respeto estoy dispuesta a darte una triste oportunidad, Peter Hoult. Si le haces daño, me da igual la manera en la que sea, simplemente si la veo derramar una lágrima por ti, te corto tres de tus más preciadas posesiones. ¿Queda claro?

—Cristalino —le respondió con una sonrisa.

—Bien.

Acto seguido cruzó las puertas del edificio y se perdió entre la gente.

—Perdónala —la disculpé—, es muy protectora.

—Es normal. Soy un peligro.

Entramos en el edificio y caminamos uno junto al otro. Si la gente nos miraba, no me di cuenta. Parecía que flotaba en una nube, y además tenía la cabeza ocupada por una multitud de pensamientos.

—No sabía que Susan me odiara tanto.

—No te odia, está enfadada. —Observé que fruncía el ceño—. Hace años leíste una carta suya a tus amigos. Se rieron de ella.

—¡Ah, la carta! —exclamó—. Sí, la recuerdo. La dejó en mi mochila. Cuando la leí me pareció adorable, así que volví a guardarla a pesar de que no sentía lo mismo por ella. Desgraciadamente, Sophie la encontró en mi mochila, la leyó y se lo contó a todo el mundo.

—¿Fue Sophie?

—¿Crees que yo haría algo así? La carta estaba firmada, Iris. No iba a exponerla.

—Deberías decírselo. Vive en una mental guerra fría contigo.

Me detuve junto a las taquillas. Fui a poner la combinación de mi candado cuando Peter me agarró del brazo y me empujó al aula más cercana, en ese momento vacía. Cerró la puerta, me atrajo hacia sí y me plantó un beso en los labios.

—Lo siento, no podía soportarlo más.

Sonreí como una tonta.

—¿Qué te paso ayer? Me dijiste que habías tenido un pequeño percance.

—Las ruedas del coche estaban pinchadas.

—¿Las cuatro? —pregunté asombrada.

—Las cuatro. No podía dejar el coche así, mi madre lo iba a necesitar por la tarde.

—¿Quién te ha pinchado las ruedas?

—Una larga historia. —Guardó silencio unos cortos segundos y cambió de tema—. Oye, quería preguntarte si lo de la mansión sigue en pie.

Sentí un nudo en el estómago.

—Supongo que sí. Tengo que recuperar la daga.

—¿Qué te parece si vamos el jueves por la noche?

—¿¡Jueves!?! Al día siguiente hay clase.

Rio suavemente.

—¿Desde cuándo eso te ha preocupado a la hora de allanar edificios? Además, me apetece tener el fin de semana libre para estar contigo. Me gustaría salir por ahí.

—¿Conmigo? —Me sorprendía más a cada momento—. ¿Qué hay de tus amigos?

—Se las apañarán sin mí, Iris. No soy un lobo alfa. Además, tú me gustas más que ellos.

Me abracé a él y apoyé mi cabeza sobre su hombro.

—Está bien, el jueves. Pero más te vale llevarme a algún lugar bonito el viernes.

Me abrazó con moderada fuerza, como si no quisiera dejarme marchar. El primer timbre sonó en el pasillo.

—Tengo que buscar al profesor Kent y entregarle el maravilloso trabajo que hiciste por mí.

—De acuerdo. Te dejo marchar, pero solo hasta después. ¿Nos vemos en el almuerzo?

—¿Estás seguro?

—No lo dudo ni un solo segundo.

Sonreí, me puse de puntillas y le di un beso. Comenzaba a acostumbrarme a aquella rutina a pesar de que nunca lo había hecho con Joe.

Salí del aula y me encaminé hacia la sala de profesores. Al pasar junto a los amigos de Peter, estos se quedaron observándome como si no me reconocieran. Al segundo siguiente caí en la cuenta de que era la primera vez que me veían con mi nuevo look y manteniendo una conversación normal con Peter en mitad del pasillo.

Ignoré sus miradas y continúe. Llegué al pasillo donde se encontraba la sala de profesores y el despacho del director. Aquel pasillo me trajo recuerdos del primer día de clase, cuando pisé estas mismas baldosas, cansada y enfadada por la insistencia de la mudanza. Recordaba perfectamente al señor Gibson, el director, rebotante de alegría por tener una nueva alumna. También recordaba que allí fue mi segundo encuentro con Peter. Sí que había cambiado todo en un año...

Me aproximé a la sala de profesores. Cuando asomé la cabeza por la puerta me encontré con una sala muy confortable. Había un par de sofás, una mesa redonda con cinco sillas, varios muebles llenos de libros y unas

taquillas pequeñas. En el interior se encontraban varios profesores. Tres de ellos estaban charlando, una profesora estaba junto a las taquillas, y el profesor Kent junto a la máquina de café. Al girarse me observó y me saludó con una sonrisa. Por la expresión supo por qué yo estaba allí. No quise entrar en aquella habitación, así que esperé a que él se acercara.

Lamentablemente el tiempo se detuvo. Siempre ocurría cuando menos me lo esperaba. El segundero del reloj se detuvo, todas aquellas personas que se encontraban a mi alrededor se movieron despacio, las motas de polvo descubiertas por los rayos de sol que entraban con la ventana quedaron suspendidas en el aire. La silueta de un hombre se formó junto a mí. Tragué saliva. Sabía quién era y no quería mirarlo. Al parecer no hizo falta, se colocó frente a mí y me observó.

—Hola de nuevo, Iris —me dijo. Tenía una voz ronca y profunda, pero no en el sentido tranquilizador, sino con un ligero timbre de amenaza que hacía que mis vellos se pusieran de punta—. Dime, ¿cómo te va con mi hijo? —Rió de forma desagradable—. Deberías tener cuidado con él. No siempre cuenta la verdad. Voy a ir al grano contigo, te daré una pista: ten cuidado el jueves en la mansión. Quizá te lleves alguna desagradable sorpresa.

Acto seguido se marchó, dejándome bajo el umbral de la puerta, apoyada en una de las jambas, con el rostro pálido y sintiendo un sutil mareo que crecía por momentos.

* * *

Peter aparcó el coche junto a la parada de autobús. Estaba exactamente igual que hacía un año cuando Joe se despidió. Un año después despedía a Susan. Me daba la sensación de que todo el mundo se marchaba en esa parada. Miré hacia la parte de atrás del coche. Susan se disponía a abrir la puerta. Iba abrazada a una maleta de mano no muy

grande. Según ella solo se marchaba unos días, así que llevaba poca ropa. Peter me había recogido en mi casa y había insistido en acercarnos a la parada de autobús para que la abuela de Susan no tuviera que salir de casa.

Salimos del coche y nos quedamos junto a la marquesina. El autobús aún no había llegado.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo, animada—. Deséame suerte, Iris. Creo que la voy a necesitar.

—Todo irá bien, Susan. Además, solo tienes que llamarme si necesitas ayuda.

Me dio un fuerte abrazo. Luego se giró hacia Peter.

—Más te vale que cuides a mi amiga —le advirtió.

—Lo haré. Y, por cierto, antes de que te vayas me gustaría decirte algo. —Susan lo miró con cierta expresión de desdén. Estaba claro que esperaba algún comentario jocoso que tomarse a mal—. Nunca les leí tu carta a mis amigos. Fue Sophie. La encontró en mi mochila.

—¿Pretendes que te crea, Peter? Si eso fuera cierto, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—No hay manera de acercarse a ti, Susan. Eres un erizo, cuando alguien se acerca a ti, tus púas se ponen de punta. Y además no sabía que estuvieras enfadada conmigo por eso, simplemente pensé que te comencé a caer mal en algún punto.

—De todas formas, da lo mismo —dijo, ignorándolo—. Eso paso hace mucho.

—Solo quiero decirte que lo siento. Y que tu carta me pareció adorable. Aún la tengo guardada.

—Vete a la mierda, Hault —le soltó Susan, sin saber si tomárselo a broma o enfadarse.

—Lo digo en serio. La tengo guardada en un libro.

Reí. No para romper la tensión, sino porque me pareció gracioso que Peter guardara la carta de mi amiga empollona.

—No te rías —me acusó—. Tú tienes guardados los tapones de las válvulas de mi bici.

Abrí la boca sorprendida. ¿Cuándo los había visto?

—¿Has espiado mi cuarto?

—¿De verdad guardas eso?

—Lo tienes encima del escritorio —apuntó Peter.

—Me gané ese trofeo —me defendí.

—Te has ganado muchas cosas —dijo con una suave voz y una sonrisa.

—Puaj —se quejó Susan—. Creo que voy a vomitar antes de subirme al autobús.

—De todas maneras, también guardo la pelota de tenis que me firmaste.

—¿Cuándo ocurrió eso? —dijo Susan, extrañada.

—Ya ni me acordaba...

El autobús se detuvo junto a la parada y abrió las puertas.

—Bueno, ha llegado el momento. —Volvió a darme otro abrazo, esta vez más largo—. Te llamaré o te mandaré algún mensaje.

—Mucha suerte. Espero que encuentres lo que buscas.

Se giró hacia Peter y le ofreció la mano.

—Tregua —ofreció.

—Acepto.

Ambos estrecharon las manos y se sonrieron.

—Si algo le pasa a mi amiga, la paz se acabará.

Cogió su maleta y encaminó hacia el autobús. Cuando este se hubo marchado dejando tras de sí una estela de polvo, me sentí algo vacía.

Sabía que solo serían unos días, pero me parecía extraño estar sin ella.

Volvimos a subirnos al coche. Ahora que íbamos solos de vuelta al pueblo me sentía algo más pensativa. No dejaba de darle vueltas a lo que el padre de Peter me había dicho. Si era verdad que Houlton no me había contado la verdad, o toda la verdad, podría soportarlo. Quizá tenía algún motivo. Pero lo último que me dijo sí que me había sorprendido. Una desagradable sorpresa... en la mansión... No podía dejar de darle vueltas a que había sido Peter el que me había dicho de visitar la mansión el jueves. ¿Qué demonios estaba planeando? ¿Qué era lo que estaba ocultando?

—Oye, Peter —me armé de valor—, ¿hay algo que quieras decirme?

—¿Decirte?

—Sí, no sé. Estás algo raro.

Me miró con el ceño fruncido y luego volvió la vista a la carretera.

—No estoy raro. Es que estás acostumbrada a que sea desagradable contigo.

Reí intentando ocultar mis pensamientos.

—No sé, me resultó raro que quisieras ir pasado mañana a la mansión en vez del viernes.

—Ya te lo dije. —Movié las manos en el volante, incómodas—. Solo quiero pasar el fin de semana tranquilo. Contigo.

—De acuerdo —acerté a decir, sin estar muy segura. Supuse que se me había notado en el tono de mi voz porque descubrí a Peter mirándome.

—¿Te encuentras bien? Es extraño que me preguntes algo así. Creía que ya lo habíamos acordado.

—Solo le doy vueltas a las cosas.

—No hay ningún motivo oculto, Iris. De verdad.

Observé que tragaba saliva. No era experta en lenguaje corporal, pero

estaba algo inquieto. No dejaba de humedecerse los labios y tragar saliva, los nudillos de sus manos estaban blancos a causa de agarrar el volante con fuerza. Aquello no me gustó en absoluto.

Aparcó frente a mi casa y detuvo el motor.

—¿Quieres ir a algún lado? —me preguntó, girándose hacia mí.

Lo miré nerviosa. ¿Estaría planeando algo con sus amigos? ¿Alguna broma en la mansión? No, no creía que fuera algo así.

—Me parece que voy a ducharme y a terminar los deberes.

Abrí la puerta del coche y me apeé. Escuché que detrás de mí se abría la otra puerta y que Peter me llamaba. Crucé el camino de entrada y subí los escalones del porche.

—Iris, espera —me dijo, agarrándome del brazo con suavidad y girándome hacia el—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, solo tengo algo de prisa.

—Eso no es verdad. —Me soltó y se movió incómodo, sin saber dónde poner las manos—. Estás extraña. ¿Tiene algo que ver con las preguntas que me has hecho en el coche? Porque creo que sí.

—No es nada, en serio.

Me giré para abrir la puerta, pero me retuvo nuevamente.

—Iris, por favor —susurró, suplicándome.

Lo miré sin saber qué hacer. Llegados a este punto me planteé si seguir siendo sincera. ¿Habría cometido otra vez el mismo error que con Joe?

—Estás raro —inquirí—. No es por ser pesada o desconfiada, es que... estás inquieto. Y eso me pone nerviosa.

Omití lo que me dijo su padre.

—Es por lo del jueves —confesó—. No quiero que pases otra vez por lo mismo y yo no pueda ayudarte o no sepa lo que hacer.

—Entiendo. ¿Crees que es mejor si no vamos?

Guardó silencio y miró hacia la derecha, observando el porche.

—¿Y qué pasa con la daga? —susurró.

—Quizá en otro momento —sugerí, intentando marcarme una estrategia. Quizá si le sugería no ir, él se retiraría y todo acabaría ahí. Si insistía en ir, quizá mi pensamiento de la broma con sus amigos no sería tan descabellado, o quizá es que simplemente tenía algo planeado.

Volvió a guardar silencio, pensativo. Me miró a los ojos. No supe descifrar aquella mirada. Era una mezcla extraña como de súplica, temor y cariño mezclados en un mar de inquietud. ¿Qué le pasaba?

—Será mejor que lo resolvamos cuanto antes —aconsejó—. A antes vayamos, antes conseguiremos lo que buscas y todo quedará solucionado.

Asentí. Sin embargo, mis sentimientos de enfado porque pensara que tenía algo planeado, se esfumaron, y en su lugar apareció un temor incomprensible. Aquella mirada no me había gustado ni un pelo. Era una mirada llena de... ¿perdón?, ¿de disculpa?, ¿de aprensión?

—¿El jueves a las doce? —le pregunté.

Asintió y sonrió lo mejor que pudo. Su mirada seguía siendo la misma.

Me giré para abrir la puerta, pero me detuve cuando vi que un sobre blanco descansaba junto al banco de la entrada. Lo cogí y lo observé. Mi nombre estaba impreso en él, sin dirección ni código postal. Solo el nombre.

—¿Qué es? —preguntó Peter, acercándose. Sentí su cuerpo pegado a mi brazo. Su calor me estremeció la piel. Observé sus ojos, rogando no ver aquella mirada, pero seguía ahí. Me maldije por tener aquellos sentimientos.

Volví al sobre y lo abrí. En su interior había un folio doblado, al desplegarlo vi que había impreso el artículo de un periódico. Sentí que mis piernas perdían fuerza. Era un artículo de hacía algunos años. Cuatro

para ser exactos. En aquel entonces vivía en La Casa del Porche y tuvimos que mudarnos cuando la hija adolescente de mi vecina murió y comenzó a molestarme. En realidad me atormentó de tal manera que pasaba los días dormida por falta de energía. Solo quería que se marchara, así que me ofrecí a ayudarla con el fin de que dejara de molestar. Me pidió que le diera un mensaje a su madre. En aquel entonces tenía trece años y a pesar de que sabía que debía mantenerme al margen, me sentía tan cansada que no me lo pensé dos veces. Le di el mensaje a su madre, la cual me acusó de timadora, insensible loca y esquizofrénica. Se hizo eco en el barrio residencial y los vecinos la tomaron con mis padres. Aquella mujer había perdido a su hija y aunque nosotros lleváramos años viviendo allí, aquella mujer era más conocida y más querida. La protegieron de una manera extrema. Nadie hablaba con mis padres, nadie hablaba conmigo a pesar de que salía poco. Una vez me pincharon las ruedas de la bici, supuse que fueron los amigos de la fallecida. Otra vez pintaron con spray el coche de mis padres. Aquello llegó al extremo de que ningún dependiente del supermercado más cercano al barrio quisiera atender a mi madre. Comprendí que la situación se me había ido de las manos, y aquella adolescente seguía apareciéndose ante mí. La noticia hizo tanto barullo en el pueblo que salió en el periódico local. Nada del otro mundo en realidad. Pero ahí estaba ahora, en mis manos, después de tantos años. Nos mudamos para comenzar de nuevo y me prometí que nunca más ayudaría a ningún fantasma. Hasta que apareció el abuelo de Joe.

Miré detenidamente la hoja que descansaba en mis manos. En ningún lado se mencionaban nuestros nombres, pero sí salía una foto de la casa. Me pregunté cómo demonios había conseguido esto el querido amigo de Susan.

—¡Maldito Jeremy Garber!

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Salí de mi casa de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a mis padres. Sí, a ambos, mi padre había decidido pasar la noche aquí por primera vez desde que se marchó. Habíamos cenado juntos, luego vimos una peli y cuando me fui a dormir me dio el abrazo más grande que nunca me había dado. Fue extraño. Tanto el abrazo como la necesidad de no soltarme. Supuse que me echaba de menos, y a mi madre también, ya que se había quedado a dormir con ella. No me importaba en absoluto que quisiera volver a casa, pero era una sensación extraña después de tantos meses sin verlo sentado tranquilamente en el sofá, viendo una peli con mi madre y ambos de la manos. Aquello me pareció singular y adorable al mismo tiempo.

En realidad me hizo pensar en Peter. Mientras miraba la pantalla del televisor me comía la cabeza pensando qué era lo que le ocurría. Al día siguiente de encontrar aquella carta de Jeremy, Peter había estado más raro si cabía. Habíamos estado juntos en el instituto, incluso habíamos almorzado uno al lado del otro, a solas, rodeados de un montón de miradas curiosas. Sin embargo, algo le pasaba. Parecía apagado, ausente. Terminé por descartar ese pensamiento sin sentido de que tenía algo planeado. Había algo oscuro y triste en sus ojos. Empecé a pensar que quizá se estaba preocupando demasiado por la visita a la mansión.

Después de que aquella película terminara y de que mi padre me diera el abrazo más grande del mundo, subí a mi cuarto y llamé a Susan. Al parecer se encontraba bien, aunque su voz sonaba triste y distante. Me dijo que había tenido algunos problemas y que me los contaría a la vuelta. Me dio las buenas noches y se despidió. Me dio la mala sensación

de que todo el mundo estaba triste o preocupado por algo.

Esperé en la cama, vestida para salir pitando a las doce. Y ahora me encontraba abriendo la puerta de mi casa con mucho cuidado. Peter y yo habíamos quedado en encontrarnos dos casas más abajo e ir en bici hasta la mansión. Caminé por la acera, empujando la bici y pensando en si sería capaz de poner un pie en aquella maldita casa. La noche estaba despejada y la luna se apreciaba entre medio de las ramas de los árboles, proyectando su luz a mi alrededor. Por lo menos tendría más luz que aquella fatídica noche.

Peter ya esperaba en la acera, había dejado su bici apoyada en un árbol.

—Hola, hace un poco de frío, ¿verdad?

Vaya pregunta más idiota había formulado. Lo que quería Peter en aquel momento era oírme hablar del tiempo.

—Un poco —respondió, algo incómodo—. ¿Vamos?

Se subió a la bici. Yo le imité. No me había dado un solo beso, y eso era raro porque los días anteriores parecía que le costaba separarse de mí.

Esta nervioso, Iris, solo es eso, pensé.

Pedaleamos sintiendo el frío en el rostro. Llevaba una linterna en el bolsillo de la cazadora, cada vez que subía la pierna para empujar de nuevo el pedal la sentía junto a mis costillas. A medida que me acercaba los nervios iban aumentando. Peter iba delante, no se giró ni una sola vez para mirarme. Aquello aumentó mi nerviosismo, no podía dejar de darle vueltas al comentario de su padre. ¿Qué me ocultaba? ¿Cuál era aquella desagradable sorpresa?

Cuando llegamos, escondimos las bicicletas detrás de unos matorrales. La verja de hierro seguía encajada, tal y como la última vez.

—¿Crees que Jeremy está por aquí? —pregunté—. No dejo de pensar

que siempre tiene un ojo puesto en mi espalda.

—Es tarde, probablemente esté durmiendo.

Asentí sin mucha convicción.

—De acuerdo —propuse—, el plan es entrar, subir y recoger la daga. Probablemente se me cayó en el pasillo, así que no tendremos que dar muchas vueltas.

—A no ser que ellos no quieran que lleguemos hasta ese punto.

—Ese es el problema. Pero tenemos que intentarlo.

Miramos la mansión. No sabía si era cosa mía, pero cada vez que la veía parecía que algo había cambiado. Estaba más tétrica por momentos, como si algo maligno fuera cambiando cada parte de ella, oscureciéndola.

—Vamos allá —me alenté.

Puse una mano sobre la verja para empujarla cuando sentí que Peter me agarraba suavemente el brazo y me giraba hacia él. Me acarició el rostro lentamente y me dio un beso.

—Ten cuidado —me pidió.

—Tú también.

Entramos de la mano en aquel recinto. Cruzamos el camino de entrada, sintiendo como una multitud de ojos inexistentes nos observaban. Cuanto más me acercaba a la puerta de entrada, más rápido y fuerte latía mi corazón. Mi boca estaba seca y mis manos sudaban. Si Peter se percató, no dijo nada. Se limitó a seguir adelante y a ignorar mi sudorosa piel.

—Bien —dijo, cuando estuvimos frente a la puerta—. La abriré yo, solo por si acaso. No quiero que te pase nada.

Lo detuve con un suave tirón.

—Siempre se abre sola.

En aquel instante la puerta se abrió con un profundo quejido,

mostrando la oscuridad imperturbable de su interior. Tragué saliva. No sabía si iba a conseguir volver a entrar. Pensaba que sí, iba a acompañada de Peter y eso me hacía sentir más segura. En cambio, no podía dejar de pensar en que quizá ocurría lo mismo, en que si Hoult caía por aquel agujero yo no sabría cómo ayudarlo. Tanto si era real como si era una ilusión.

—Entremos —me dijo—, quiero salir de aquí cuanto antes.

Alumbramos el interior con las linternas. El vestíbulo lucía exactamente igual que antes, la única diferencia era que ambas puertas estaban abiertas. Tanto la que llevaba al ala derecha como a la izquierda.

—No pienso ir a la izquierda —rehusé.

—Supongo que ese fue tu último camino. Pero la daga se te cayó en el ala oeste.

Asentí a regañadientes. Me apretó la mano y entramos en el ala izquierda. Al cruzar el vestíbulo sentí un ligero déjà vu del día de Halloween. Recordé como Peter rompió la ventana por la que luego nos precipitamos. Ahora lucía intacta, como el resto, y la gracia era que los listones de madera que la cubría la última vez que entré ya no estaban. Nada había sido consumido por el fuego tampoco. Supuse que eso también había sido una ilusión a manos de Charles Woodman. En aquel momento me pregunté por qué nuestro incendio fue mentira y el que casi acababa con Bradley Woodman fue de verdad. Si lo había ocasionado el mismo fantasma, ¿por qué habían sido diferentes? Hasta ahora no me había planteado aquella pregunta.

Recorrimos el pasillo por completo, hasta que llegamos a las escaleras.

—Tenemos que subir, Iris.

Dejé que mis pies me llevaran. A medida que subía las escaleras, más me pesaba el estómago. Era como si una loza fuera cayendo poco a poco

en mi interior. Un ruido llamó nuestra atención. El gemido de la puerta principal nos detuvo. Miramos hacia atrás aun sabiendo que no veríamos nada. Alumbré el rostro de Peter.

—¿Crees que alguien nos está siguiendo?

Se encogió de hombros.

—Es una mansión fantasma, Iris. No es raro que las puertas se abran y se cierren. Quizá no sea nada.

No supe si era por la luz de la linterna o no, pero me pareció que su rostro estaba más blanco de lo normal.

Continuamos subiendo. Al llegar el rellano, alumbré el suelo con la esperanza de encontrar la daga, pero lo único que había era polvo y trozos de madera. Entramos en el pasillo sin dejar de mirar por encima de nuestro hombro. No sé qué esperábamos encontrar o ver, quizá a Charles Woodman, quizá a su esposa, quizá una sombra, pero ambos estábamos nerviosos y asustados.

—Hemos recorrido una gran parte del pasillo, Iris. La daga no está aquí. ¿Hay alguna posibilidad de que se te cayera en el tubo de ventilación o cuando saltamos por la ventana?

—No lo sé. La Mujer de Blanco me dijo que estaba aquí.

—Quizá se refería a las inmediaciones.

Un golpe resonó en la casa. Ambos alumbramos el camino que habíamos recorrido. Había venido de abajo. Me pegué un poco más a Peter.

—No te sueltes, ¿vale? —me dijo.

Las linternas comenzaron a parpadear.

—Oh, no. Otra vez no...

—Tenemos que bajar. Lo siento mucho por la daga, pero vamos a tener que improvisar algo.

Me agarró y tiró de mí. Caminaba tan rápido que me era casi imposible seguirle el paso. Las linternas parpadeaban cada vez más y comenzaba a sentir un ligero y conocido mareo.

—Peter —lo llamé para que dejara de caminar.

Nos detuvimos al pie de las escaleras y me observó. Me apoyé en su hombro sintiendo como mis piernas comenzaban a flaquear. Al mirar hacia el pasillo que llevaba al otro lado divisé como Charles Woodman cobraba fuerza. Una sombra se desplegó tras él y de ella se extendieron tentáculos oscuros, recorriendo las paredes el techo y el suelo, acercándose a nosotros. El suelo y las paredes comenzaron a temblar. Un zumbido resonó en toda la casa.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Peter, haciéndose sonar por encima del ruido.

Me agarró de la mano y tiró de mí, pero algo me frenó. Al mirar hacia abajo descubrí que la sombra me había rodeado la pierna. Me arrastró hacia atrás y caí hacia delante con un golpe seco. Me lastimé el codo, pero no tuve tiempo como para preocuparme por ello, ya que mi cuerpo se deslizaba por el suelo. Mi mano había perdido la de Peter. Pataleé para librarme de aquella cosa, pero nada servía. Comenzaba a sentir un ligero quemazón en el tobillo. Escuché como Peter me llamaba, vi que corría por el pasillo para alcanzarme.

De un segundo a otro sentí como aquella cosa me liberaba. Me deslicé por el suelo un par de metros más y me di de bruces contra una puerta.

—Iris —dijo Peter, alcanzándome e intentando incorporarme—, ¿estás bien?

Asentí y me llevé una mano al codo.

—¿Dónde está Woodman?

Las linternas habían dejado de parpadear y ahora iluminaban aquel

rellano, algo más grande que el otro. Peter alumbró las escaleras que llevaban abajo.

—Ha desaparecido. Creo que estamos en el otro ala.

Me puse en pie. Me dolía el tobillo una barbaridad, pero decidí no decir nada. Al mirar alrededor y alumbrar las paredes comprendí que aquello no era el ala derecha. Estábamos de nuevo frente a las mismas escaleras que antes. De alguna manera habíamos aparecido en el mismo lugar. Aquella casa era como un laberinto sin salida.

—No quiero estar aquí —dije—. Esta casa es horrible, no te deja salir nunca. Es como si adquiriera fuerza.

Agarré a Peter de la mano y me dispuse a recorrer el pasillo con el fin de poder llegar al otro ala y bajar las otras escaleras, pero la puerta se cerró delante de mis narices. Las linternas se apagaron y quedamos sumidos en la oscuridad. Ambos nos agarramos con más fuerza.

—Así comenzó la otra vez —susurré, escuchando como mi corazón latía.

Una luz roja comenzó a cobrar fuerzas en el piso inferior. Su reflejo cobraba fuerza en la pared de las escaleras y en los peldaños, haciendo juego de luces y sombras. Parecía que parpadeaba lentamente, como si respirara. Ya sabía de qué se trataba. A pesar de que fuera una ilusión sentí los nervios fluir por mi cuerpo.

—¿Qué es ese olor?

—Azufre —apunté.

Peter y yo nos miramos, nos agarramos con más fuerza y comenzamos a bajar las escaleras. Aquel agujero ya era grande, y el olor era muy intenso. Sentí náuseas. Peter se cubrió la nariz y la boca con el brazo. Cuando bajamos el último peldaño la escalera desapareció detrás de nosotros, dejándonos en un espacio infinito, negro y rojo. El nudo de mi estómago se hizo más grande y pesado.

—Esto no puede ser real —murmuró Peter, mientras se acercaba al borde de aquel agujero. Dio un paso atrás cuando observó los brazos y garras que salían de las paredes.

De repente aquel agujero se cerró. Me coloqué al lado de Hault y miré el lugar donde antes había estado aquella entrada. Ahora, en su lugar, una lámina translúcida dejaba ver lo que había en el interior. Manos golpeaban aquel cristal; rostros se pagaban a él, gritando; las sombras se movían entre los cuerpos, retorciéndolos. Sentí que la boca se me secaba. La luz roja del interior se disolvió y el sonido de unos pasos nos obligó a elevar la vista. Mi linterna emitió una luz débil pero continua. Alumbré al frente y observé como de entre las sombras salía la figura de un hombre que supe reconocer.

—Hola, Peter. Te he estado esperando.

La sonrisa de aquel hombre me hizo sentir escalofríos. Observé como Hault apretaba la mandíbula, tenso. Me apartó y me colocó detrás de él.

—Tranquilo, hijo, estoy muerto.

Rió de forma descarada, como si aquello le divirtiera. Abrió la boca tanto que pensé que iba a desencajar la mandíbula como una serpiente. Su figura comenzó a difuminarse y a través de él apareció la sombra, despacio, casi latente, como si siempre hubiera estado ahí.

—¿Iris? —dijo una voz detrás de mí.

Al mirar por encima de mi hombro descubrí a mi padre. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Observó su alrededor como si no comprendiera del todo qué era lo que ocurría. ¿Era él de verdad o no? ¿Mi padre era una ilusión de aquella sombra?

El suelo comenzó a temblar. La linterna resbaló de mis manos y cayó con un ruido sordo sobre el suelo. Todo quedó a oscuras, hasta que unas tenues luces comenzaron a cobrar fuerza. Al mirar hacia arriba descubrí

que era una lámpara de araña, la cual se mecía de un lado a otro con el temblor de la casa. Descubrí que estábamos en la mansión, Peter a mi lado, mi padre detrás. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Había venido a buscarme?

La sombra comenzó a dar vueltas a nuestro alrededor, dejándonos encerrados en un gran círculo que empezaba a estrecharse por momentos. Ya había visto aquello antes. En mis sueños y el día en el que caí por aquel agujero. Supe que aquello no iba acabar bien. Tanto el rostro de Peter como el de mi padre estaban desconcertados. Hoult tiró la linterna contra aquella pared que parecía humo, pero en vez de atravesarla esta quedó presa por la fuerza y se hundió entre las sombras, siguiendo el mismo recorrido que esta. Los cuadros que estaban colgados en las paredes, los barrotes de las barandillas, los trozos de madera y astillas se unieron a aquel huracán, rompiéndose en trozos más pequeños, algunos parecían que se desintegraban. Aquella sombra se transformó en un torbellino de escombros, que levantaba un fuerte viento cargado de polvo y serrín. Vislumbré rayos en su interior. Restos más grandes de madera escapaban del interior hacia nosotros. Me agaché para cubrirme. Observé como Peter se cubría la cabeza y por el rabillo del ojo vi que mi padre apartaba de un manotazo un trozo de barandilla y rebuscaba en el bolsillo interior de su chaqueta. De él extrajo una pistola. Encañonó el arma sin saber a dónde apuntar y disparó una vez hacia aquella cosa.

—¡No! —gritó Peter, intentando detenerlo, pero la sombra le agarró por la pierna y lo arrastró por el suelo.

Intenté alcanzar su mano, pero solo rocé sus dedos antes de que se perdiera más allá de aquel muro de oscuridad y sombra. Me giré hacia mi padre. La sombra le agarró por la muñeca y lo zarandeó y empujó hacia el

otro extremo de aquel círculo. El arma se perdió en las sombras. El círculo comenzó a estrecharse cada vez más rápido. Algo me golpeó el hombro. Luego la cabeza. Escuché disparos y observé destellos en el interior de aquella pared. Sentí que se me enredaba algo en los pies. Divisé entre medio de las sombras el arma, apuntando hacia mí. Al segundo siguiente escuché un disparo y que algo me empujaba hacia fuera de aquel huracán.

Caí con un golpe seco en el suelo. El huracán se disolvió en menos de cinco segundos, expulsando todo el material que había contenido hacia el exterior. El suelo estaba cubierto por trozos de maderas, serrín, astillas y polvo. Mi linterna estaba en un rincón de aquella habitación. La pistola al otro lado. Mi padre yacía en el suelo, boca arriba. Tenía los ojos abiertos y gesticulaba con la boca. Vi que la sangre emanaba de su pecho.

—¡No! —grité.

Me acerqué casi gateando hasta él. La bala le había dado a la altura del corazón. Sentí que las lágrimas resbalaban por mis mejillas y mi rostro se contraía. Le cubrí la herida con mis manos, intentando taponar.

—No, no, no, no, no, no —negué una y otra vez, con la visión turbia por las lágrimas.

Mi padre me miró con los ojos llenos de dolor. Elevó una mano y me acarició el rostro.

—Mi pequeña... —susurró con una triste sonrisa. Le costaba trabajo respirar. Su piel estaba blanca, exenta de color.

—No te vas a morir —le dije con la voz contraída—. Vamos a sacarte de aquí y llamaremos a una ambulancia.

Me percaté de que Peter estaba al otro lado del cuerpo de mi padre. De pie. Observándolo.

—¿Verdad, Peter? —le dije—. Vamos a sacarlo de aquí.

Peter se agachó sin apartar la vista de él. Mi padre elevó una mano y Hoult se la estrechó.

—Gracias, chico —le dijo.

Observé como tensaba su mandíbula y se me cayó el alma a los pies. "Te llevarás una desagradable sorpresa". Eso fue lo que me dijo su padre. No, no podía ser verdad. ¿Él lo sabía?

—Me... —intentó decir mi padre, pero perdía fuerzas—. Me lo prometiste. —Respiró con dificultad—. Sácala de aquí.

Hoult apretó los dientes, asintió y me miró como nunca antes lo había hecho. Fue entonces cuando pude vislumbrar la verdadera mirada que hasta entonces no había comprendido. Apretó una vez más la mano de mi padre y la dejó sobre su vientre. Se puso en pie, pasó por encima del cuerpo en una zancada, me agarró por la cintura y me arrancó de allí.

—¡No! —grité—. ¡No! ¡Suéltame!

Me tenía cogida prácticamente en volandas mientras yo forcejaba para librarme de su abrazo.

—¡Suéltame, maldita sea! —exclamé a pleno pulmón, llorando.

La casa comenzó a temblar de nuevo. Parte de la barandilla que no se había desprendido con aquella sombra se desplomó contra el suelo. Trozos de madera comenzaron a caer del techo, era como si aquella casa se fuera desplomando poco a poco. Peter seguía tirando de mi cuando las paredes comenzaron a arder.

—¡Iris, tenemos que salir! —gritó Peter detrás de mí, tirando de mi cuerpo como podía.

—¡No! —grité sin siquiera escuchar—. ¡No pienso dejarle! No pienso dejarle.

Me arrastró forcejando, tirando de mí hasta el pasillo. A medida que nos alejábamos de aquella habitación, a medida que se hacía más

pequeña la imagen de mi padre a mis ojos, las paredes del pasillo iban prendiendo. El cuerpo de mi padre yacía en el suelo. Solo pensaba que no podía dejarlo allí, en aquella mansión, con aquel fuego, con aquella sombra, con aquellos fantasmas. Se quedaría allí, atrapado para siempre. No podría salir. No encontraría el camino adecuado.

—¡Suéltame! —le grité a Peter mientras este seguía alejándose de aquella habitación poco a poco.

No podía apartar la mirada de aquella imagen. No podía dejar de berrear y gritar. La mano de mi padre se movió, elevándose, y La Mujer de Blanco se materializó junto a él. Iba a curarle, iba a devolverle la vida como había hecho conmigo tantas veces antes. El brazo de mi padre se elevó hacia ella y ella extendió el suyo hacia él. Pero antes de que sus dedos llegaran a tocarse, el brazo de mi padre cayó inerte en el suelo y La Mujer de Blanco desapareció.

Un grito desgarrador salió de mi garganta. Me flaquearon las piernas y me dejé caer en el suelo. Sentía un profundo dolor en el corazón, tenía las mejillas húmedas, y el calor del fuego me calentaba el rostro. Me sentía flácida y vacía. Peter me soltó y se colocó frente a mí, agachado, pero fui incapaz de mirarle a pesar de que me agarró el rostro para que lo mirara.

—Iris, escúchame: tengo que sacarte de aquí.

Aparté su mano de mi rostro y me cubrí la cabeza con los brazos. El cuerpo me pesaba toneladas. Las manos de Peter me pusieron en pie y me subió a su hombro como si fuera un cuerpo inerte. Cruzó la puerta principal y salimos al frío de la noche. Bajo los escalones de la entrada y me dejó en el suelo a unos cuantos metros de la puerta principal. Me dejé caer de rodillas en el suelo, rota. No podía dejar de llorar, me dolía el diafragma, no podía respirar.

—Iris, tenemos que irnos de aquí antes de que venga la policía —me

dijo, cogiéndome una mano—. No pueden encontrarnos aquí.

Lo miré sin dejar de llorar. Al ver su rostro sentí un dolor aún más profundo. ¿Por qué no me lo dijo? Podría haber buscado una solución. ¿Por qué me mintió? ¿Por qué dejó que él muriera? ¿Por qué lo sabía? ¿Porque era parte de un plan que yo no conocía? ¿Por qué me había traicionado?

—Iris, tenemos que irnos.

Me solté de su mano como si quemara y me arrastré por el suelo para poner distancia entre él y yo. Su expresión inquieta dejó traslucir una punzada de dolor. Me puse en pie como pude y me limpié la nariz en la manga de la cazadora sin poder dejar de llorar. La mansión estaba ardiendo hasta los cimientos.

—Iris —me dijo, despacio y con las manos intentando tranquilizarme—, puedo explicarlo. Por favor. Pero antes tenemos que irnos.

—No te acerques a mí —le grité—. ¡Nunca!

Miré una vez más aquella casa, me giré y corrí hacia la verja tan rápido como pude. Dejando a Peter detrás. Dejando a mi padre en el pasado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Siempre había pensado que el día más triste de mi vida había sido cuando con ocho años caí a la piscina. Casi morí aquel día, o morí, no lo recuerdo del todo bien. No podía existir un día más triste que aquel, ¿no es así? Pues sí, sí que existía. Los días más tristes son aquellos en los que enterramos a las personas que amamos. Es como si rompiéramos el lazo físico que nos une, y esa persona que ya no está entre los vivos pasase a formar parte de algo etéreo en nuestra mente. Así era como me sentía. Supuse que así se sentía también mi madre. Estaba de pie a mi lado, con la mirada perdida en el féretro de mi padre. Una corona de flores descansaba entre el féretro y el cura, el cual decía las últimas palabras antes de que el ataúd comenzara su descenso a las profundidades.

Una fina lluvia caía del cielo. Mi madre se guarecía bajo un paraguas distinto al mío. Siempre había compartido paraguas con mi padre y me pareció mal ocupar su lugar. Muchos de los que estaban allí habían abierto sus paraguas; otros no. Me sorprendió ver que todos sus compañeros de trabajo habían acudido. Algunos vecinos también, aunque yo no conocía a nadie en particular, solo de vista. Susan había vuelto a tiempo. Su expresión era una mezcla de tristeza e incertidumbre. Por la mirada supe que no le había ido bien allá donde fue, y que se había encontrado con una desagradable noticia al volver. Sentí lástima, sabía que esperaba encontrarme con los brazos abiertos, y en vez de eso se había encontrado con esto. Jeremy Garber estaba junto a Susan, callado y con expresión melancólica. No supe si estaba recogiendo material para su estudio, pero en aquel momento me daba igual. Beth Hault también había acudido. Y Peter... Sentí una oleada de furia al verlo. ¿Cómo se

había atrevido a ir después de lo que hizo? Sabía que mi padre iba a estar allí y no me lo dijo; sabía que posiblemente iba a morir y guardó silencio. Me apartó de su lado en los últimos momentos. Lo odiaba por ello. Yo debería de haber estado a su lado, cogiéndole de la mano. Debería de haberlo sacado de allí. Murió solo, rodeado de llamas. Nadie merece morir así. Mi padre podía no haberme aceptado nunca, pero se metió en algo que no entendía y murió solo. Odiaba a Peter por ello. Si hubiera tenido el valor de decírmelo, todo podría haber acabado de forma diferente. Lo que más coraje me daba era que Peter conocía mi mundo, ¿por qué arriesgar la vida de mi padre? ¿Por qué tener secretos con él? ¿Por qué no me dejó estar con él?

—Amén —dijo el cura, seguido por el coro de las demás voces.

Mi madre, las personas más allegadas y yo comenzamos a poner flores sobre el féretro. Peter no colocó ninguna. Ese gesto hizo que me derrumbara un poco más. Cuando el ataúd comenzó a bajar la gente comenzó a dispersarse. Susan pasó junto a mí y me abrazó.

—Todo irá bien, Iris —me alentó—. Siempre estaré para ti.

Las lágrimas escaparon de mis ojos. Pensé que después de haber llorado durante toda la noche y no haber dormido ni un solo minuto no me quedarían lágrimas. Al parecer sí.

—Gracias.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

—Iris. —Me volví hacia mi madre—, estaré en el coche. No puedo quedarme aquí —me dijo, deshaciéndose en lágrimas.

Asentí y vi cómo se alejaba de lo que sería la tumba de mi padre. Al volverme hacia el ausente féretro vi que un hombre sostenía una pala y esperaba. ¿A qué?, ¿a que le diera la orden? Abrí los labios, pero los cerré sin saber qué decir. No era capaz de pronunciar una palabra. No quería

que lo enterraran.

—Siento mucho tu pérdida, Iris.

Era Jeremy. Lo miré a los ojos. A pesar de que tenía una expresión triste, lo miré con desdén. En aquel instante me dio igual todo lo demás. Sabía que lo que había ocurrido no había sido su culpa, pero necesitaba desahogarme.

—No quiero que esto salga en tu trabajo, ¿me oyes? Puedes escribir lo que te dé la gana de mí o de Wood Pine, pero deja a mi padre fuera de tus juegos.

Jeremy me miró con ojos penetrantes, sin embargo, siguió guardando silencio.

—Y deja de enviarme periódicos y cartas. ¿Queda claro?

No respondió. Se limitó a apretar los labios, a agachar la cabeza y a alejarse.

Me quedé de nuevo allí. La gran mayoría de las personas se marchaban hacia sus coches, excepto algunos amigos del trabajo. Y Peter. Seguí allí de pie, sin paraguas. Su madre se había marchado. Tenía las manos guardadas en los bolsillos de su abrigo negro. Nunca lo había visto tan bien vestido. La fina lluvia que caía le mojaba el rostro y colocaba sobre sus hombros y cabello pequeñas perlas cristalinas.

Aparté la mirada. No, ahora no podía fijarme en esas cosas. Me había traicionado, y de un modo peor que Joe Cowell. Ni siquiera podía mirarlo a la cara.

—Iris. —Peter se había acercado hasta mí. Estaba algo pálido y su rostro era una máscara de tristeza. Seguía con las manos guardadas en el interior de los bolsillos—. Lo siento muchísimo, de verdad. Pero no tuve elección.

Evité mirarlo. No quería tenerlo frente a mí, no quería tenerlo a menos

de un metro porque sabía que toda la furia que sentía saldría en erupción. Apreté los puños en el interior de mis bolsillos, parpadeé fuerte para evitar llorar y lo miré.

—Te odio.

Agachó la mirada y apretó la mandíbula. Sabía que había sido un golpe para él y que le llevaría tiempo encajarlo. Una parte de mí quería castigarlo por lo que hizo. Volvió a observarme y sonrió con tristeza. Sus ojos estaban algo vidriosos. Apretó los labios, asintió conteniendo las lágrimas y se marchó. Miré por encima de mi hombro, obligándome a no llamarlo y pedirle una explicación, obligándome a no dejar que mi parte comprensiva me manejara. Susan estaba a mitad de camino del aparcamiento y nos observaba. Cuando Peter pasó por su lado, lo miró con tristeza e hizo el amago de tocarle el brazo, pero Hoults se apartó negando repetidas veces con la cabeza y continuó con su camino. Sentí una punzada de dolor en el corazón y me giré hacia el hombre que aún sostenía la pala con expresión solemne.

Al recordar aquella noche mis ojos se humedecieron. Recordaba haber bajado la carretera que unía la mansión con el pueblo como si me persiguiera el mismísimo diablo. Algunos habitantes se habían concentrado en algunos puntos de las aceras, observando el resplandor de la mansión y el humo que ascendía hacia el cielo. Otros estaban asomados a las ventanas. Me crucé con unos cuantos coches de policía y un par de camiones de bomberos. Detrás iba una ambulancia. Me pregunté quien los había llamado. ¿Peter? ¿O con solo ver el resplandor de las llamas era suficiente para que fueran camino de aquella casa?

Pedaleé con fuerza hasta llegar a mi casa. Salté de la bici y la dejé caer en el césped. Mi madre estaba en la cocina, abrazada a sí misma, envuelta en una bata. Miraba a través del cristal de la ventana las llamas. Se giró

cuando me oyó.

—¿Iris? —me preguntó cuando vio que lloraba casi a pleno pulmón—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Me abracé a ella con todas mis fuerzas sin poder hablar.

—Me he despertado y estaba sola en casa. —Me cogió por los hombros y me apartó para mirarme, nerviosa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo siento —le dije entre llantos—. No he podido salvarle.

—¿De qué estás hablando? ¿A quién no has podido salvar?

—Está muerto.

Me dejé caer de rodillas en el suelo. Me percaté que mi madre daba dos pasos atrás.

—¿Quién? —preguntó, casi como un graznido.

—No he podido salvarle. Lo he intentado.

—¿Te refieres a Peter? Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? —me preguntó, agachándose frente a mí y cogiéndome las manos.

Negué repetidas veces. Tomando aire e intentando relajar mi vientre. Pensé que mi pobre madre tenía un resquicio de esperanza por el amor de su vida.

—Papá.

Fue como una sentencia. Al mirarla a los ojos comprendí que su corazón se rompía. Se dejó caer de rodillas, con el rostro pálido y los ojos vacíos.

—Fue mi culpa —murmuré—. Si yo no fuera así... Si yo no fuera el monstruo que soy.

Y era verdad, pensé. Si yo no fuera extraña, si no fuera anormal, nada de aquello hubiera ocurrido. Él seguiría vivo.

Mi madre reaccionó y me cogió por los hombros, zarandeándome para que entrara en razón.

—Tú no eres un monstruo —me regañó. Luego me abrazo.

Horas después la policía vino a avisarnos. Habían encontrado el cuerpo de mi padre. Le dijeron a mi madre que había recibido un disparo en el pecho. El arma seguía allí, y el asesino había escapado. Le alentaron con palabras llenas de esperanzas, diciéndole que lo encontrarían, pero yo sabía que no iban a hacerlo. Ella también lo sabía. Su asesina había sido yo por ser como era. El cómplice había sido Peter por permitirlo. Cada vez que lo pensaba me dolía el corazón. No llegaba a comprender lo que había ocurrido, pero fue peor cuando nos dijeron que un detalle curioso rodeaba el cuerpo. La mansión entera había ardido hasta los cimientos, pero alrededor del cuerpo de mi padre se extendía un círculo de seguridad que lo había rodeado y protegido de las llamas. Era la única zona de la casa que no se había quemado.

En los días posteriores, mi madre preparó el entierro. Me dijo que quería acabar con aquello cuanto antes, que no soportaba más la incertidumbre de ver como se iba de forma definitiva. Susan volvió, pero me negué a recibirla. Peter no volvió a llamarme ni a visitarme. La Mujer de Blanco no apareció. Tampoco el alma de mi padre, por ningún lado.

Me sentía más sola que nunca.

Mirando al hombre que sostenía la pala a la espera de una orden comprendí que después de aquello una nueva etapa comenzaba en mi vida. De alguna manera me había hecho algo más dura a pesar de que lo único que sentía en aquel momento era dolor. Algo había cambiado en mi interior.

Cerré el paraguas y lo dejé caer en el suelo. Me acerqué a aquel hombre y le tendí la mano.

—Lo haré yo —le dije, intentando contener las lágrimas.

—Señorita, es mi trabajo. Usted solo dígame cuando se siente

preparada.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Es mi padre, yo lo entierro.

Le quité la pala de las manos. Aquel hombre no entendía que había muerto por mi culpa. No le culpé, y tampoco se lo expliqué. Me limité a clavar la maldita pala en la tierra y llenar aquel agujero que parecía que me tragaba. A medida que el ataúd desaparecía bajo la tierra mis ojos lloraban. El nudo de mi garganta era tan grande que tenía ganas de gritar. Llené la pala y la vacié en la tumba. La volví a llenar y la volví a vaciar. Mis rodillas me fallaron y caí sobre ellas, exhausta. Rompí a llorar como el día que volví de la mansión. Rompí a llorar de forma desgarradora. Me encogí sobre mí misma y grité de dolor.

Sentí que alguien se agachaba a mi lado y me abrazaba.

—Tranquila, Iris —me dijo Susan—. Estoy aquí contigo. Tranquila.

Me abrazó fuerte, sin soltarme. A través de las lágrimas pude ver como el hombre me quitaba suavemente la pala de las manos.

—Lo haré yo, chica —me alentó suavemente.

Vi que hundía la pala en la tierra suavemente y la vaciaba. Me quedé allí observando en silencio cómo poco a poco aquella tumba iba llenándose de tierra. Me quedé de rodillas sobre la hierba, con Susan abrazándome con firmeza. Mi cabeza estaba apoyada sobre su pecho, el frío del césped mojado me calaba hasta las rodillas. Pero me dio igual. No me moví de aquel lugar hasta que aquel hombre hubo terminado su trabajo.

EPÍLOGO

Nick Miller sabía que había muerto. Lo supo porque estaba en un lugar que nunca había visto antes. Era un espacio infinito, blanco, con una luz resplandeciente en el horizonte. Mirara por donde mirase, allí estaba. No sentía frío y tampoco calor.

Se miró las manos y la ropa. Iba vestido con las últimas ropas que había llevado. Al mirarse el pecho descubrió que no tenía la herida de bala. Recordaba todo a la perfección. Entró en la mansión para salvarle la vida a Iris. Era lo que le tocaba hacer, aunque le doliera dejar su sitio en aquel mundo. Salvar a Iris era lo más valiente que había hecho en la vida. Esperaba que con el tiempo pudiera acostumbrarse al recuerdo de aquel rostro lloroso que le pedía que luchara y no se marchara. Esperaba acostumbrarse a la sorpresa y dolor que reflejó cuando Peter hizo lo que tenía que hacer. Esperaba que algún día pudiera perdonárselo a Peter.

Una tenue luz blanca se encendió frente a él, a una distancia de unos metros. Emitía un calor agradable y cálido. Poco a poco fue acercándose y tomando forma, hasta que la imagen de una mujer vestida de blanco quedó frente a él. Aparentaba unos veinte años, quizá un poco más. Su cabello negro caiga sobre sus hombros y sus ojos azules desprendían ternura.

—Hola, Nick —le dijo.

Nick dio un paso atrás, sorprendido. Nunca pensó que se encontraría cara a cara con aquella mujer que había acompañado a su hija. Mirándola detenidamente tuvo un vago recuerdo del momento en el que murió. La vio de pie a su lado, extendiéndole la mano.

—Eres La Mujer de Blanco —afirmó.

Ella asintió con una amable sonrisa, pero tensa.

—Gracias por haber accedido a lo que te pedí. Sé que era un sacrificio muy grande, quizá el más grande que una persona puede ofrecer.

—Por Iris haría cualquier cosa.

—Lo sé.

Algo le resultaba familiar en aquella mujer. No sabía bien qué era, pero le recordaba a alguien. No sabía si era la forma del rostro o el color de los ojos, pero juraría que había visto ese rostro en alguna parte.

—¿Nos hemos visto antes?

Aquella mujer lo miró con ojos penetrantes sin dignarse a responder. Cuando aquel rostro adquirió aquella seriedad algo se movió dentro de Nick. Sí, la conocía. Ya creía que sí.

—Eres tú —le dijo, con una sonrisa llena de alegría. Nunca pensó que volvería a verla. Se alegraba tanto—. Claire...

La Mujer de Blanco miró por encima de su hombro, como si temiera que alguien los oyera a ambos.

—Nick —le dijo, dejando a un lado lo demás—, sé que ya has hecho mucho por Iris, pero necesito que hagas algo más.

—Lo que sea —se apresuró a decir.

—Necesito tu permiso. Necesito que quieras.

—Claire, sabes que estoy dispuesto a lo que quieras.

La Mujer de Blanco asintió. Volvió a mirar una vez más por encima de su hombro.

—No sabes cuánto me alegro de que seas tú la que cuides de Iris —le dijo, pero aquella mujer no le prestó atención. Sus palabras se perdieron en el aire que los rodeaban.

La Mujer de Blanco colocó una mano sobre la cabeza de Nick y le sonrió. Fue una sonrisa extraña, una mezcla entre gratitud y ternura pero

llena de miedo.

—No absorbas demasiados fantasmas —le advirtió.

Nick sintió que una energía lo atravesaba. Al principio era cálida, pero luego fue fría y cortante. Parecía que un viento gélido lo helaba por dentro. Al mirar a aquella mujer sintió miedo. Se miró las manos mientras algo en su interior se perdía. Su piel comenzaba a traslucirse, sus manos comenzaron a distorsionarse. Sintió que cada parte de él se volatilizaba, se desunía pero no llegaba a romperse. Los ojos de aquella mujer le parecieron fríos y distantes, y llenos de arrepentimiento. Se miró el cuerpo, los pies y las manos mientras sentía que era su fin. Se observó a sí mismo hasta que lo único que quedó fue una sombra turbia y translúcida. Cuando aquella mujer apartó su mano, algo tiro de él hacia abajo sumiéndolo en una oscuridad desconocida.

Mientras tanto, aquella mujer vestida de blanco, caminaba hacia el horizonte lleno de luz y calidez, y se perdía en el infinito.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Vaya, espero que no me odiéis por este final. Pero no podía ser otro, aunque ahora mismo eso lo sé solamente yo. Antes de comenzar con los agradecimientos, me gustaría decir que he disfrutado mucho escribiendo esta segunda parte. Para mí ha sido una experiencia muchísimo mejor que la que viví con el primer libro. Creo que en *La mansión de Wood Pine* ocurren cosas mucho más interesantes que en la primera, y mantener la acción y el suspense me ha gustado mucho. Me he divertido en grande, aunque suene raro. Sé que está mal decirlo, pero el capítulo doce siempre será mi preferido. Está mal tener un preferido, pero todos somos humanos. Qué le vamos a hacer.

Siguiendo con los agradecimientos, lo primero de todo es: gracias a ti, lector. Donde sea que estés. Espero que sigas leyendo esta historia hasta el final. Y, sobre todo, recuerda que sin ti, esto no sería posible.

Me gustaría dar las gracias a muchas personas, pero no tengo espacio para hacerlo, así desde estas líneas doy las gracias a todos. Y, como no, en especial a esa persona que está a mi lado y se encarga de leer todo lo que escribo. Gracias a mis lectores betas, que aunque solo sean dos, les debo mucho. Gracias a la comunidad indie. Gracias a todos mis compañeros por orientarme en lo que es mejor y peor, espero que sigamos ayudándonos mutuamente durante toda nuestra vida. Gracias también a Alexia Jorques por tan increíble portada, me encanta trabajar contigo y creo que lo sabes. Y, por último, al servicio de Amazon y KDP, sin ellos esta obra no se habría publicado.

Por otro lado, me gustaría disculparme por los errores gramaticales que el libro pueda contener. La corrección la he hecho yo misma y, por mucho

que lo repase, puede que alguna falta se me haya pasado. Mis más sinceras disculpas.

Si quieres saber más sobre mis libros, promociones, giveaways y noticias, no dudes en visitar mi web: audreydryauthor.com. También podrás acceder desde ahí a la web de la serie Iris Miller. Siempre puedes seguirme a través de mi cuenta Twitter (@AudreyDryWriter), o Instagram ([audrey.dry.writer](https://www.instagram.com/audrey.dry.writer)), o *La Cafetería de Audrey* en Goodreads.

Por último pido algo muy importante para mí. Tanto si te ha gustado el libro como si no, no olvides que siempre puedes hacérmelo saber a través de una reseña en Amazon y/o Goodreads.

¡Un fuerte abrazo a todos!